



B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

BIBLIOTECA PARTICULAR

DEL

M. I. Sr. Dr. D. Ignacio Navarro Canales

CANÓNIGO MAGISTRAL DE CÁDIZ

Título de la obra

Número de orden

A.T.A

1039

ATA
1039



OBRAS COMPLETAS
DE
LUCIANO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO (SUCESES DE RIVADENEYRA),
Paseo de San Vicente, 20.

M 4398
3224

BIBLIOTECA CLÁSICA.

TOMO CXXXVIII.

OBRAS COMPLETAS

DE

LUCIANO

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

CON ARGUMENTOS Y NOTAS

POR

D. FEDERICO BARAIBAR Y ZUMÁRRAGA

TOMO IV

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a

calle del Arenal, núm. 11

1890

OBRAS DE LUCIANO.

LII.

EL MENTIROSO Ó EL INCRÉDULO.

TIQUIADES Y FILOCLES.

1. TIQUIADES.—¿Podrías decirme, amigo Filocles, qué especie de atractivo induce á mentir á la mayor parte de los hombres, hasta el punto de que se gocen diciendo cosas absurdas, ó escuchando atentamente á los que las dicen?

FILOCLES.—Hay muchos motivos que inducen á mentir á ciertos hombres, atentos sólo á la propia utilidad.

TIQUIADES.—No es esa la cuestión, como suele decirse; no hablo de los que mienten por interés. Estos tienen disculpa, y aun merecen alabanza en ocasiones, como al mentir para engañar al enemigo, ó para procurarse con la mentira la salvacion, según, pongo por caso, hizo á menudo Ulises para salvar su vida y procurar la vuelta de sus compañeros (1). Yo hablo, amigo mío, de los que sin necesidad alguna anteponen á la verdad la mentira, se gozan con ella, y en ella se ocupan sin ningún motivo ó precisión. De éstos quiero saber por qué se conducen así.

(1) Vid. Homero, *Odisea*, 1, v. 5.

2. FILOCLES.—¿Pero quizá has conocido á algunos con esa innata afición á mentir?

TIQUÍADES.—Hay muchísimos de esa condición.

FILOCLES.—¿Pues qué otra causa puede haber, sino una aberración de la inteligencia, que les hace decir lo que no es verdad y preferir lo pésimo á lo mejor?

TIQUÍADES.—No es eso, pues pudiera citarte infinidad de personas, sensatas por lo demás y de admirable ciencia, pero tan prendadas, no sé cómo, y tan aficionadas á mentir, que aflige el ver hombres de tales prendas, y por otra parte intachables, gozándose en engañarse á sí mismos y en engañar á los demás. Mejor que yo sabes tú que los antiguos Herodoto y Ctesias de Cnido, y antes que éstos los poetas, capitaneados por Homero, todos hombres famosos, emplearon la mentira escrita, al extremo, no sólo de engañar á sus oyentes de entonces, sino de transmitir hasta nosotros sus falsedades, como herencia conservada en sus palabras y bellísimos versos. A menudo me acontece avergonzarme por ellos cuando cuentan la castración de Urano, el encadenamiento de Prometeo, la sedición de los Gigantes, y toda la tragedia de los Infiernos, ó cuando dicen que, por amor, se transformó Júpiter en cisne ó en toro, y una mujer se convirtió en ave ó en osa. ¿Pues y los Pegasos, las Quimeras, las Gorgonas, los Cíclopes y mil fábulas semejantes, todas absurdas y maravillosas, propias sólo para recrear á niños que aun temen al Mormo (1) y á la Lamia? (2).

(1) *Mormo* era un ente fantástico equivalente á nuestro coco. Servía para espantar á los niños. Praxinoe (Teócrito, *id.* xv, v. 40) lo invoca para disuadir á su Zopirión de seguirla á las fiestas de Adonis.

(2) Las Lamias eran una especie de brujas de quienes se decía que devoraban niños vivos. Cf. Horacio, *Epist. ad Pisones*, v. 340:

Nen pranse Lamie vivum extrahat puerum.

3. Sin embargo, cabe disculpa en los poetas; pero al ver mintiendo en común ciudades y pueblos numerosos, ¿es posible contener la risa? Si los Cretenses, pongo por caso, no se avergüenzan de enseñar el sepulcro de Júpiter, ó si los Atenenses aseguran que Erictonio salió de la tierra y que los primeros hombres brotaron como hortalizas, del suelo ático, origen más ilustre que el de la leyenda tebana, que los hace nacer de una siembra de dientes de culebra. Pero si alguno no juzga ciertos estos cuentos ridículos, y examinándolos con criterio prudente, supone que sólo un Corebo (1), ó un Margites (2) puede creer que Triptólemo atravesó el aire llevado por dos serpientes aladas (3), ó que Pan vino de Arcadia á Maratón (4) en auxilio de los Atenenses, ó que Oritia (5) fué robada por Bóreas, ya se le suele tener por un impío ó un loco que niega cosas tan evidentes y probadas. ¡Tan grande es el poder de la mentira!

4. FILOCLES.—Pero los poetas y las ciudades tienen disculpa; aquéllos mezclan en sus escritos los encantos de la ficción, cuyo aliciente es grande, porque la necesitan si han de recrear á sus oyentes: los Ate-

Es de notar que la *Lamia* sea uno de los pocos mitos clásicos de que han quedado vestigios en la Euskaria, tanto en la costa como en la región Mediterránea. Su canto (*Lamiaren cantua*) suena entre el fragor de las olas. Cerca de Salvatierra, en la sierra de Encía, hay una gruta, con vasto estanque, habitada, según la tradición, por *Amilamias*, especie de Náyades, de indole caritativa y afable.

(1) Tonto que por no ofender á su suegra, no quería dormir con su mujer. Esta tuvo que fingirse enferma de un mal cuya curación dependía de cohabitar con un hombre, para decidirle á la consumación del matrimonio.

(2) Cf. *Hermotimo*, 17.

(3) Hijo de Celeo, rey de Eleusis. Mereció la protección de Ceres, que le enseñó la agricultura.

(4) Cf. *La Doble acusación*, 9.

(5) Hija de Erecteo, rey de Atenas. Tuvo de Bóreas á Zétes y Calais.

nienses, los Tebanos y demás que haya, ennoblecen su país con tales fábulas. Si se quitasen de Grecia esas místicas tradiciones, nada impediría que muriesen de hambre los que las refieren, porque los extranjeros no querrían oír la verdad ni de balde. Sólo los que, sin motivo alguno, se complacen en mentir, son los verdaderamente ridículos.

5. TIQUIÁDES.—Dices bien. En este instante llego de casa de Eucrates, donde he oído tal cúmulo de relatos increíbles y fabulosos, que no pudiendo aguantar tan desmesurado mentir, me he escapado como perseguido por las Furias, dejándole en la mitad de un relato portentoso y absurdo.

FILOCLES.—Pero Eucrates es persona fidedigna: nadie puede dudar de hombre que se deja crecer tanto la barba, pasado de los sesenta y versado en la ciencia filosófica. No permitiría que nadie mintiese en su presencia, cuanto más atreverse él á faltar á la verdad en nada.

TIQUIÁDES.—No sabes, amigo mío, lo que nos ha contado y el empeño que ha puesto en que lo creyéramos: no has oído cuántas veces ha jurado y perjurado hasta por la vida de sus hijos, de suerte que al mirarle se me venían mil cosas al pensamiento: ya lo creía loco y de razón deficiente, ya un embaucador, ó un mono ridículo oculto hasta entonces bajo piel leonina. Tales absurdos contaba.

FILOCLES.—¿Cuáles eran, amigo Tiquíades? Te aseguro por Vesta que anhelo conocer toda la charlatanería oculta bajo aquellas barbas.

6. TIQUIÁDES.—Cuando estoy completamente desocupado suelo ir á su casa; pero necesitando hoy hablar con Leóntico, uno de mis amigos, como sabes, supe por su criado que había ido de mañana á visitar á Eucrates, que se encontraba algo enfermo: con el

doble objeto, pues, de hablar con Leóntico y de ver á Eucrates, cuya indisposición ignoraba, fuí á casa de este último. No hallé en ella á Leóntico, que, según me dijeron, acababa de salir, sino una concurrencia numerosa, en la cual figuraban el peripatético Cleodemo, el estoico Dinómaco, y aquel Ion que, como sabes, tiene la pretensión de ser admirado cuando diserta sobre los escritos platónicos, como único capaz de percibir bien la profundidad de sus pensamientos y de explicárselos á otros. Ya ves que se trata de hombres llenos de ciencia y virtud, lo principal de cada escuela, todos venerables y de fisonomía casi aterradora de puro severa. El médico Antígono, llamado, creo, con motivo de la enfermedad, se hallaba también presente. Eucrates parecía encontrarse aliviado: el acceso había sido de su habitual dolencia, y el humor se le había vuelto á bajar á los pies. Mandóme sentarme á su lado en el lecho, bajando, al verme, la voz con entonación de enfermo; pero yo al entrar le había oído clamar y disputar á gritos. Procurando no tocarle los pies, y dándole la ordinaria excusa de que no tenía noticia de su enfermedad y de que en cuanto la había sabido había venido á visitarle, me senté á su lado.

7. Habíase tratado ya de la enfermedad de Eucrates, y continuaba todavía la discusión, indicando cada cual algún remedio. Entonces Cleodemo dijo: «Si con la mano izquierda se coge del suelo el diente de una comadreja muerta, como antes he dicho, y se envuelve en la piel de un león recién desollado, y se rodea en seguida á las piernas, cesa el dolor al punto.—No de león, repuso Dinómaco, sino de cierva virgen y jamás cubierta: la cosa es así más probable, porque la cierva es animal ligero, cuyo vigor reside principalmente en las piernas. El león también es vigoroso;

su grasa, su mano derecha y las cerdas rígidas de su barba son de eficacia innegable cuando saben emplearse con los oportunos encantamientos; mas en la curación de los pies nada prometen.—También yo creía antes, añadió Cleodemo, que siendo la cierva animal veloz debía emplearse su pellejo; pero poco hace un hombre de Libia, perito en estas cosas, me hizo cambiar de opinión demostrándome que los leones eran más veloces que las ciervas. Los leones, decía, las persiguen y las cazan.» Todos los presentes opinaron que el Libio tenía razón.

8. Entonces yo: «¿Creéis, les dije, que con encantamientos ó remedios externos pueden calmarse dolores cuya causa es interna?» Rieronse de mi pregunta y manifestaron que el desconocimiento de cosas tan evidentes, por ningún hombre sensato puestas en duda, acusaba en mí la más crasa ignorancia. Pero al médico Antígono pareció agradarle mi pregunta: tiempo hacía, sin duda, que le menospreciaban por su persistencia en tratar científicamente la enfermedad de Eucrates, prescribiéndole abstención del vino, alimentación vegetal, y, en una palabra, relajar las fibras. Sonriéndose, pues, Cleodemo: «¿Qué dices? exclamó. ¿Te parece imposible que esas cosas tengan remedios útiles para las enfermedades?—Nunca creeré, le respondí, mientras no tenga muy roma la inteligencia, que medicamentos externos, sin ninguna relación con las causas internas de la enfermedad, puedan, por medio de cuatro palabritas y conjuros, operar la curación cuando á los enfermos se aplican. Nunca se verificará eso, aun cuando en la piel del León de Nemea envolváis diez y seis comadreja. Yo he visto al mismo león cojear de dolor dentro de su piel entera.

9. —Eres muy simple, añadió Dinómaco, si no te

has cuidado de aprender esa clase de remedios y de cómo aprovechan aplicados á las enfermedades. Páreceme que te niegas á admitir cosas tan comprobadas como la desaparición de las fiebres intermitentes, la curación de los bubones, la fascinación de los reptiles y otras que ya hacen hasta las viejas. Si todo esto se practica, ¿por qué no ha de efectuarse ésta por medios semejantes?—Tu conclusión no es legítima, repuse; sacas, como suele decirse, un clavo con otro; mas no está demostrado que esos efectos sean producidos por semejante causa. Si cambiando el orden del discurso no principias por demostrarme que esos hechos están dentro de la ley natural, ó sea que la calentura ó el bubón temen á un nombre divino ó á una palabra y huyen por eso de la ingle, cuanto digas será para mí cuento de viejas.

10. —De tus palabras colijo, replicó Dinómaco, que no crees en la existencia de los dioses, puesto que imaginas imposible la curación por medio de nombres sagrados.—No hay tal, amigo mío, le repuse; puede haber dioses, y sin embargo ser todo eso falso. Yo reverencio á los dioses, veo sus curaciones, reconozco el bien que hacen á los enfermos y cómo les devuelven la salud con la medicina y los remedios. El mismo Esculapio y sus hijos sanaban los enfermos con medicamentos benignos, y no envolviéndoles en leones y comadreja.

11. —Deja eso, dijo entonces Ion; voy á contaros una cosa estupenda. Era yo un mocito de unos catorce años. Vinieron á avisar á mi padre que su viñador Midas, criado robusto por otra parte y muy trabajador, mordido por una víbora á la hora en que suele estar más concurrida la plaza pública, yacía en el suelo y empezaba ya á gangrenársele la pierna. Mientras ataba los sarmientos y los sujetaba al tutor,

la víbora, deslizándose ocultamente, le había mordido en el dedo grueso del pie y había huído á la cueva: clamaba el infeliz y se moría de dolor. Esto nos avisaron: luégo vimos á Midas, á quien sus compañeros traían sobre unas parihuelas, completamente hinchado, lívido, descompuesto, y casi sin respiración en apariencia. Entonces un amigo que casualmente presenciaba la escena: «Tranquilízate, dijo á mi padre, que estaba afligido: voy á buscar á un Babilonio de esos que llaman Caldeos, lo traigo volando y curará al hombre.» Abreviando el relato: vino el Babilonio y curó á Midas, sacándole el veneno con cierto conjuro, y atándole además al pie un canto recogido de la columna sepulcral de una doncella. Quizá esto os parezca poco; pero la verdad es que Midas, echándose al hombro las parihuelas en que le habían traído, se volvió al campo. Tanto pudo el encantamiento con la sepulcral piedra.

12. También hizo el Caldeo otras cosas verdaderamente divinas. Fué al campo por la mañana, pronunció siete nombres sagrados tomados de un libro antiguo, purificó el lugar con azufre y una antorcha dando en torno de él tres vueltas, y así arrojó cuantos reptiles había en aquella campiña. Acudieron, como arrastrados por la fuerza del conjuro, muchas serpientes, áspides, víboras, cerastas, aconcias y escuerzos machos y hembras. Faltaba un dragón viejo, que por sus muchos años no había podido sin duda salir de su agujero y obedecer al conjuro. El mágico aseguraba que no estaban todos los reptiles, y eligiendo una serpiente joven la envió como embajador al dragón, que al fin vino en seguida. Reunidos ya todos los reptiles, sopló sobre ellos el Babilonio: abrasáronse todos y se consumieron al punto, con gran asombro nuestro.

13. —Y dime, Ion, dije yo entonces, ¿la joven serpiente traía de la mano al dragón viejo, ó venía éste apoyado en un báculo?—Te burlas, dijo Cleodemo; yo también he sido más incrédulo que tú respecto á esos prodigios, que me parecían increíbles de todo punto; pero desde que vi volar á un extranjero del país de los Hiperbóreos, según se llamaba él mismo, creí y me rendí á la evidencia, á pesar de haberme resistido tanto. ¿Qué hacer viéndole caminar en pleno día por el aire, andar sobre el agua y pasar entre llamas con toda tranquilidad y paso á paso?—¿Pero tú has visto eso, le dije, tú has visto volar á un Hiperbóreo y caminar sobre el agua?—Lo he visto, respondió Cleodemo, y por más señas llevaba el calzado de cuero sin curtir que los más de ellos usan. ¿Pero qué vale esto en comparación de los prodigios que nos hizo ver inspirando amores, evocando demonios, resucitando muertos antiguos, obligando á presentarse en forma visible á la tremenda Hécate y haciendo bajar del cielo á la Luna?

14. Os contaré lo que le he visto hacer en casa de Glaucias, hijo de Alexicles. Glaucias, apenas recibida la herencia de su padre recientemente fallecido, se enamoró de Crisis, hija de Deméneto. Yo era entonces su maestro de filosofía, y si el amor no me lo hubiera distraído, sabría ahora toda la doctrina peripática, pues á los diez y ocho años usaba ya el análisis y había llegado al fin de un curso de física. Sin saber qué hacer respecto á su amor, me lo reveló todo. Yo, como procedía en un maestro, traigo á su casa el mágico Hiperbóreo, al cual, por de pronto, dió Glaucias cuatro minas (hay que pagar adelantado para los sacrificios), y le prometió diez y seis si le hacía gozar de Crisis. Nuestro Hiperbóreo aguardó al plenilunio, época en que son más eficaces estos encanta-

mientos; hizo un hoyo en el patio de la casa, y principió á media noche por evocar á Alexicles, padre de Glaucias, muerto hacía siete meses. El anciano, irritado por el amor de su hijo, comienza por enfurecerse, pero cede al cabo. Evocó en seguida á Hécate, á la cual mandó traerse el Cerbero, hizo bajar la Luna, ofreciendo á nuestra vista el espectáculo más variado y multiforme, pues primero se presentó una forma de mujer, después un buey magnífico y, por fin, una perrita. El Hiperbóreo terminó por hacer un cupidillo de barro, al cual: «Ve, le dijo, y tráete á Crisis.» Voló el barro y poco después llama Crisis á la puerta: entra, abraza á Glaucias como loca de amor y yace con él hasta que canta el gallo. Entonces sube la Luna al cielo, baja al infierno Hécate, desvanécense los demás espectros, y casi al amanecer llevamos á Crisis á su casa.

15. Si hubieses visto esto, Tiquíades, no negarías la gran utilidad de los encantamientos.—Tienes razón, repuse, lo creería si lo hubiese visto. Pero os supongo dispuestos á perdonarme que no tenga la vista tan perspicaz como la vuestra. Por otra parte, conozco á esa Crisis de que habláis: es mujer galante, fácil y dispuesta á todo, y no entiendo cómo habéis necesitado el embajador de arcilla, el Hiperbóreo nigromante, y la propia Luna, cuando por veinte dracmas la hubierais hecho venir desde los mismos Hiperbóreos: es moza que á tal encanto no resiste, y de condición diametralmente opuesta á los fantasmas: éstos, según decís, huyen en cuanto oyen ruido de hierro ó bronce; pero Crisis acude al son en cuanto suena el retintín de la plata. Admírame además que ese mágico, que podría hacerse amar de mujeres riquísimas y recibir de ellas muy buenos talentos, sea avaro hasta el punto de hacer amable á Glaucias por

cuatro miserables minas.—Te pones en ridículo, interrumpió Ion, negándolo todo.

16. Con gusto te preguntaría tu opinión respecto á los que libran de sus terrores á los endemoniados y conjuran públicamente los fantasmas. No necesito citar ejemplos, pues todos conocen á aquel Sirio de Palestina, maestro en tales curaciones, el cual cuando en ciertas fases de la Luna halla á su paso epilépticos con los ojos en blanco y la boca llena de espuma, los levanta y los envía sanos de su enfermedad mediante cantidades crecidas. Cuando está junto á los atacados les pregunta por dónde se les ha metido el demonio en el cuerpo: el enfermo calla, pero el demonio responde en griego ó en bárbaro, y revela quién es, de dónde ha venido y cómo ha entrado en el cuerpo del paciente: entonces le conjura á salir, y si no obedece, lo expulsa por medio de amenazas. Yo he visto salir un demonio negro y todo ahumado.—No es extraordinario, le dije, que hayas visto eso tú, que descubres las ideas cuya percepción, según Platón vuestro padre, es sumamente obscura y difícil por la debilidad de nuestros ojos.

17. —¿Solamente Ion, dijo entonces Eucrates, ha visto esas cosas? ¿Muchísimas personas no han encontrado demonios ya de noche, ya en pleno día? Yo puedo asegurar que los he visto, no una vez, sino infinitas. Al principio me espantaban mucho; pero ahora, á fuerza de costumbre, no me parece cosa extraordinaria, sobre todo desde que un árabe me dió este anillo hecho con hierro de cruces, y me enseñó un conjuro compuesto de muchas palabras.—¿Cómo, dije yo, no dar crédito á Eucrates, hijo de Dinón, varón sapientísimo, y más cuando con franqueza y autoridad expone en casa sus ideas?

18. —Pues no sólo por mí, sino por todos los míos

podrías saber lo de la estatua que se aparece todas las noches á todos los de esta casa, niños, jóvenes y viejos.—¿De qué estatua? le dije.—¿No has visto, respondió, al entrar en el patio una estatua bellísima—obra del escultor Demetrio?—¿Un tirador de disco, encorvado en actitud de lanzarlo? Tiene el rostro vuelto hacia la mano del disco y un poco doblada la rodilla, como dispuesto á enderezarse en cuanto lo haya arrojado.—No es ésa, dijo Eucrates; aunque el discóbolo á que te refieres es obra del propio Mirón: tampoco se trata de la que está á su lado, joven hermoso con la cabeza diademada: esta es obra de Policletes. Prescinde de cuantas estatuas hay entrando á la derecha, entre las cuales están los Tiranicidas de Cricias y Nesiotas. ¿Has visto junto al surtidor la estatua de un hombre de vientre prominente y cabeza calva? Está medio desnudo; el viento parece que le mueve los pelos de la barba; tiene muy marcadas las venas y perfecta semejanza con un hombre: á ésta me refiero: á mí me parece la de Pélico, el general corintio.

19. —Por Júpiter, exclamé, he visto esa estatua al lado de la de Saturno: tiene bandas, coronas secas y el pecho dorado con hojas de oro.—Yo, siguió Eucrates, lo doré, porque me curó en tres días una fiebre que me devoraba.—¿Luego también fué médico Pélico?—Sí, y no te burles, dijo Eucrates, porque no tardaría en castigarte la estatua. Sé por experiencia cuánto puede esa estatua por tí ridiculizada. ¿No crees que puede enviar la fiebre á quien se le antoje, así como puede quitarla?—¿Séame propicia, exclamé, y protectora esa estatua! ¿Pero qué le veis hacer todos los que vivís en la casa?—En cuanto anochece, prosiguió Eucrates, baja de su pedestal y hace la ronda á la casa. Todos la encuentran, á veces cantando, pero no hace mal á nadie: no hay más que apartarse de su camino, y pasa

sin molestar á los que encuentra. A menudo se lava y juguetea toda la noche, hasta el punto de oirse el ruido del agua.—Mira, le dije, no sea esa estatua la del cretense Talo, hijo de Minos, y no la de Pélico; pues aquél era de bronce, y rondaba por Creta: porque, aunque tu estatua no sea de bronce, sino de madera, pudiera no ser obra de Demetrio el escultor, sino invención de Dédalo; puesto que, según dices, se escapa de su pedestal todas las noches.

20. —Guarda, me respondió, no tengas que arrepentirte de lo dicho. Sé lo acontecido á uno que le robó los óbolos que le ofrecemos todos los novilunios.—Terrible debió ser, interrumpió Ion, porque era un sacrilegio. ¿Cómo lo castigó la estatua? Quisiera saberlo, aunque Tiquíades no lo creerá, de seguro.—Había á los pies de la estatua, siguió Eucrates, muchos óbolos, algunas monedas de plata pegadas con cera á sus muslos, y hojuelas del mismo metal, exvotos de personas á quienes había sanado de la fiebre. Teníamos entonces como mozo de cuadra un perverso esclavo libio, que concibió el proyecto de robarle durante la noche todas las ofrendas, y lo realizó en el momento de retirarse del pedestal la estatua. En cuanto volvió Pélico, echó de ver el robo, y mira cómo castigó y cogió en flagrante delito al esclavo. El desdichado anduvo toda la noche dando vueltas en el patio, sin poder salir de él, como metido en intrincado laberinto, hasta que, al amanecer, fué cogido con el robo en la mano. Recibió no pocos palos entonces; y después de sobrevivir escaso tiempo á su hazaña, murió de mala manera el perverso, apaleado, según decía, tan cruelmente todas las noches, que á la mañana tenía lleno de cardenales el cuerpo. Para que te burles de Pélico y creas que yo chocheo como si fuese contemporáneo de Minos.—Pues con todo, le respondí, el bronce siem-

pre será bronce, y esa estatua obra del alopecense Demetrio, hacedor, no de dioses, sino de hombres; por lo cual nunca me atemorizará la estatua de Pélico, cuyas amenazas ni aun en vida me hubieran amedrentado mucho.»

21. Después el médico Antígono: «Tengo yo, dijo, un Hipócrates de bronce, como de un codo de alto, el cual en cuanto la mecha de la lámpara se apaga, recorre toda la casa, hace ruido, tira las cajas, revuelve los medicamentos, y golpea en la puerta, sobre todo si diferimos el sacrificio que anualmente le ofrecemos.—¿Exige, pues, ese Hipócrates que le ofrezcáis sacrificios, dije, y se indigna si, á su tiempo, no se le regala con victimas completas? Debía satisfacerse con alguna ofrenda fúnebre, con alguna libación de leche y miel, ó una corona depositada sobre su cabeza.

22. —Oye, dijo Eucrates, lo que vi hace cinco años delante de testigos. Era por la vendimia. Dejé, hacia el mediodía, los vendimiadores en el campo y me fuí á pasear por el bosque, solo con mis pensamientos y reflexiones. Estaba en lo más cerrado, cuando oí ladridos de perros, y me figuré que sería mi hijo Mnasón, que según costumbre habría venido á divertirse cazando con sus amigos en las espesuras. Pero no había tal: poco después, estremécese la tierra, retumba una voz como de trueno, y veo adelantarse una espantosa mujer, casi de medio estadio de altura. Llevaba en la mano izquierda una antorcha, y en la derecha una espada como de veinte codos: por la parte inferior los pies eran anguiformes, y en la alta se parecía á una Gorgona, por lo terrible de su mirar, quiero decir, y su horripilante catadura: por cabellos tenía serpientes, agrupadas en rizos, ó retorciéndose en espirales sobre el cuello y la espalda. Mirad, amigos míos, cuánto me horrorizo sólo de contarlo.» Al decir esto nos mostraba

á todos Eucrates los brazos con los pelos erizados por el terror.

23. Ion, Cleodemo y Dinómaco, pobres viejos á quienes Eucrates dirigía á su gusto, le escuchaban con los ojos fijos y la boca abierta, adorando en silencio aquel increíble coloso, aquella mujer de medio estadio, aquella especie de espantajo gigantesco. Yo, en tanto, consideraba que aquellos hombres, encargados de enseñar á la juventud y objeto de universal asombro, sólo en el cabello cano y en la barba se diferenciaban de los niños, más fáciles, por otra parte, en dejarse sorprender por las embusterías.

24. Dinómaco, recobrando el habla: «¿De qué tamaño, preguntó, eran los perros de la diosa?—Mayores que elefantes de la India, respondió Eucrates, negros como ellos, hirsutos y con un vello sucio y repugnante. En cuanto vi aquello, continuó, me detuve, y volví hacia la palma de la mano el sello del anillo que me había dado el árabe. Hécate, entonces, golpeando la tierra con su pie serpentino, produjo una abertura inmensa tan grande como el Tártaro, saltó á la sima y desapareció por ella. Cobré ánimo, y me incliné á mirar por el abismo, pero agarrándome á un árbol próximo para que el vértigo no me precipitase de cabeza. Vi entonces todo lo que hay en el infierno, el Piriflegetón, la laguna, el Cerbero, los muertos, de los cuales hasta llegué á conocer á algunos. Distinguí perfectamente á mi padre, cubierto todavía con el traje que llevó á la sepultura.—¿Y qué hacían las almas? dijo Ion.—¿Qué otra cosa, respondió Eucrates, sino pasar el tiempo sobre el campo de gamones con sus padres y amigos, divididas en tribus y fraternías?—Refuten ahora las Epicúreos á Platón el divino, dijo Ion, y á su doctrina sobre las almas. ¿Viste acaso á Sócrates y á Platón entre los muertos?—Vi á Sócrates, res-

pondió Eucrates, aunque no con claridad, pero colegi que sería por la calva y el abultado vientre: á Platón no lo distinguí: hay que decir la verdad á los amigos. Cuando lo hube visto todo con atención, y estaba para cerrarse la sima, algunos esclavos que venían á buscarme, entre ellos ese mismo Pirrias, llegaron antes de que se cerrase del todo. Dí si esto es verdad, Pirrias.—Por Júpiter, respondió éste, también oí ladridos por la sima, y parecióme ver el resplandor de la antorcha.» El aditamento del ladrido y del resplandor me dieron risa.

25. «No es cosa nueva, dijo entonces Cleodemo, y no presenciada por otros la que tuviste ocasión de ver, pues yo mismo, estando enfermo, vi, hace poco, otra igual. Visitábame y me curaba Antígono, que está presente. Era el día séptimo de la enfermedad, y abrasábame una fiebre altísima. Me habían dejado solo; habían cerrado la puerta de mi aposento y estaban todos fuera, según tú, Antígono, lo habías prescrito por si podía dormir. Entonces, estando yo bien despierto, aparecióseme un joven hermosísimo, vestido de blanco, y mandándome dejar el lecho, me llevó por una sima al infierno, en donde reconocí á Tántalo, Ticio y Sísifo en cuanto los vi. ¿A qué deciros lo demás? Llegué al tribunal, en el que estaban Eaco, Carón, las Parcas y las Furias, y una especie de rey (Plutón á mi juicio), sentado en el trono, pronunció los nombres de los que debían morir y que gozaban de la vida más del tiempo señalado. Cegióme el mancebo de la mano y me presentó á Plutón, el cual, indignado contra mi conductor: «Aun no se ha acabado su hilo, exclamó; váyase, pues. Tráeme en cambio al herrero Démilo, que vive ya más de lo que cabe en su huso.» Escapé lleno de gozo; dejéme la fiebre, y anuncié á todo el mundo que Démilo iba á

morir. Vivía en nuestra vecindad, y decían que estaba enfermo. Poco después oímos el llanto de los que deploraban su defunción.

26. — ¿Qué hay de admirable en eso? dijo Antígono. Yo conozco á un hombre que resucitó á los veinte días de enterrado. Fuí médico suyo antes de morir y después de su resurrección.— ¿Y cómo, dije yo, no se le pudrió el cuerpo en veinte días, ó no murió de hambre si no? A menos de ser quizá un nuevo Epimécides (1) tu enfermo.»

27. Hablando de esto, vinieron de la palestra los dos hijos de Eucrates, uno ya hombre hecho y derecho, y el otro próximamente de quince años de edad. Nos saludaron, y se sentaron en el lecho junto á su padre. A mí me trajeron una silla. Entonces Eucrates, como asaltado á su vista por súbito recuerdo: «¡Ojalá sea tan feliz por éstos, dijo extendiendo las manos sobre sus hijos, como lo que voy á referirte es, Tiquíades, la pura verdad! Todos saben cuánto he amado á mi esposa, madre de éstos, difunta hoy. Bien lo he demostrado con lo que por ella hice en vida y después que falleció. A su muerte quemé en su pira todos cuantos adornos y vestidos eran de su gusto mientras vivió. A los siete días de su fallecimiento estaba yo, como ahora, en esta cama, buscando consuelo á mi dolor, y leía en silencio el libro que sobre la inmortalidad del alma ha escrito Platón. De repente entra la misma Deméneta, y se sienta á mi lado donde está Eucrátides ahora.» Al decir esto señalaba Eucrates al más joven de sus hijos, que, pálido ya, se

(1) Filósofo cretense que, según la tradición, se estuvo durmiendo en una cueva veintisiete años seguidos. Plutarco dice cincuenta, y Diógenes Laercio se alarga hasta cincuenta y siete. Fué en dormir competidor de Endimión, con quien se le confunde á veces.

echó á temblar como un niño al escuchar la relación. «Al verla, siguió Eucrates, prorrumpí en llanto y la abracé. Pero ella, sin permitirme desahogar con gritos mi dolor, reprendióme porque habiéndola hecho ofrenda de todo lo demás, no había quemado una de sus zapatillas, que era de oro. Dijo que la zapatilla se había caído detrás de un cofre, y como, en efecto, nosotros no la habíamos hallado, sólo habíamos quemado una. Hablábamos aún, cuando una execrable perrilla de Melita (1) ladró debajo de la cama, y Deméneta desapareció. La zapatilla, hallada bajo el cofre, fué quemada después.

28. ¿Todavía te parece justo, Tiquíades, negar la existencia de cosas tan claras y diariamente repetidas?»—No, por Júpiter, le respondí. Dignos serían de que, como á niños traviesos, les vapuleasen las nalgas con zapatilla de oro cuantos tuviesen la avilantez de no dar crédito á cosas de tan incontestable verdad.»

29. En esto llegó el pitagórico Arignoto, muy reverendo y meledudo. Ya le conoces; es célebre por su ciencia y por su sobrenombre de «el divino». Al verlo respiré, creyendo que sería un hacha contra tanto mentir. Este sabio, me dije, tapará la boca á estos narradores de prodigios: llega para mí como el *Deus ex machina* del refrán, enviado por la Fortuna con oportunidad feliz. Sentóse en el sitio que Cleodemo le dejó; enteróse del estado de la enfermedad, y cuando supo que Eucrates estaba mejor: «¿De qué filosofabais hace poco?» preguntó. Os oí cuando entraba, y me pareció que había una discusión formal.—De qué otra cosa, dijo Eucrates, sino de persuadir á ese corazón diamantino (esto lo dijo señalándome)

(1) Vid. *De los que viven á sueldo*, 34.

á creer en demonios y fantasmas, y en que las almas de los muertos vagan por la tierra y se presentan á cuantos quieren.» Estas palabras me llenaron de rubor, y por deferencia á Arignoto, incliné la cabeza. Pero éste: «Considera, Eucrates, repuso, si Tiquíades dice acaso que sólo vagan por el mundo las almas de los muertos de manera violenta, como, por ejemplo, la de uno que se haya ahorcado, ó á quien hayan empalado ó cortado la cabeza, ó que haya tenido otra muerte de este tenor, pero que respecto á los fenecidos naturalmente, no sucede así; pues si tal fuere su opinión, en absoluto no se la puede rechazar.—No es eso, por Júpiter, respondió Dinómaco; niega en redondo todas esas cosas, y cree que nadie las ha podido ver.

30. —¿Qué dices? exclamó Arignoto, mirándome de reojo. ¿Te parece que no hay nada de eso, cuando todos lo han visto, por decirlo así?—En defensa mía abogas, repuse; si no creo, es porque soy el único que no veo; si viese, creería como vosotros creéis.—Pues bien, replicó Arignoto, si alguna vez vas á Corinto, pregunta dónde está la casa de Eubátidas, y cuando te la enseñen, cerca del Cranio, entra y di al portero Tibio que quieres ver el sitio de donde el pitagórico Arignoto, abriendo una fcsa, expulsó un demonio é hizo desde entonces habitable la casa.

31. —¿Qué era eso, Arignoto? preguntó Eucrates.—La casa, prosiguió, hacía tiempo que estaba deshabitada porque inspiraba terror; si alguno iba á vivir en ella, pronto huía lleno de golpes, expulsado por un espectro espantoso y alborotador. El edificio estaba ya ruinoso y el techo se comenzaba á hundir, y no había alma viviente que se atreviese á entrar. En cuanto oí esto, tomé algunos libros, pues tengo muchos egipcios respecto al asunto, y entré en la casa

hacia la hora del primer sueño, sin atender á mi huésped, que, sabedor de mi designio, se esforzaba en disuadirme y hasta me agarraba del vestido suponiendo que iba á perdición segura. Tomo, pues, una lámpara y entro solo: dejo la luz en la sala más grande, me siento en el suelo y leo en voz baja. Preséntase el demonio tomándome por uno de tantos y esperando aterrarme; era pálido, melencólico y más negro que la noche. Plántaseme delante y procura acozarme por todos lados, á fin de poder vencerme, cambiándose, ora en perro, ora en león, ora en toro. Usando el idioma egipcio, empleo yo el conjuro más terrible; encanto al demonio; lo rechazo al rincón más obscuro de la sala; observo el lugar por donde ha desaparecido, y duermo durante el resto de la noche. Al amanecer, cuando todos, perdida la esperanza, me creían muerto como los otros, salgo, contra lo que temían, me acerco á Eubátidas, le doy la buena noticia y le participo que, purificada y limpia de miedo su casa, podía habitarla en adelante. Me llevo á Eubátidas con otros muchos atraídos por lo estupendo del caso: los conduzco al lugar por donde había visto desaparecer al demonio, y mando socavar la tierra con picos y azadones. Lo hicieron, y á una orgía de profundidad apareció sepultado un cadáver antiguo que sólo conservaba los huesos. Lo sacamos, le dimos sepultura, y desde entonces dejó la casa de estar infestada por espectros.»

32. Cuando Arignoto, hombre de ciencia divina y para todos respetable, terminó su relato, ninguno de los presentes dejó de acusarme de loco rematado, porque negaba tales hechos atestiguados por un Arignoto. Pero yo, sin espantarme de nada, ni de la melena ni de la buena fama del filósofo: «¡Cómo! le dije, ¿tú también eras de esos que, preciándose de ser única

esperanza de la verdad, están llenos de humo y de fantasmas? Para nosotros, como el proverbio dice, sales carbón, siendo un tesoro.—Pues si no das crédito á mis palabras, dijo Arignoto, ni á las de Dinómaco, Eucrates y Cleodemo, ¿puedes citarme alguna persona más digna de fe en el asunto y que nos contradiga completamente?—Sí, por cierto, le respondí: el admirable abderitano Demócrito, tan convencido de la imposibilidad de semejantes absurdos, que encerrado en un sepulcro fuera de la ciudad, meditaba y escribía en él de día y de noche. Unos mozos, queriendo asustarlo y divertirse á su costa, se vistieron túnicas negras como de muertos, se pusieron máscaras imitando calaveras y empezaron á bailar en derredor de Demócrito, haciendo mil piruetas. Pero el filósofo, sin espantarse de la farsa, ni siquiera mirarlos; «¡Basta de bromas!» dijo sin interrumpir su escritura. Tan firmemente creía que, fuera del cuerpo, nada son nuestras almas.—Lo que dices, exclamó Eucrates, demuestra que también era un loco Demócrito, si de ese modo pensaba.

33. Voy á referiros un suceso que me ha sucedido á mí, sin que nadie haya tenido que contármelo. Quizá al oírlo te veas obligado á darle crédito, Tiquíades. Cuando, joven aún, vivía en Egipto, á donde me había enviado á instruirme mi padre, antojóseme subir por el Nilo hasta Copto (1) y visitar la estatua de Memnón (2), con objeto de oír los maravillosos sonidos que, al nacer el sol, produce. Los oí, en ver-

(1) Ciudad de Egipto, hoy Keft.

(2) Hijo de Titón y de la Aurora. Su estatua era una de las maravillas de Egipto. Es uno de tantos mitos solares que pudiera significar el nacimiento de la luz, ó la vida naciendo al rayo vivificante del Sol. (Vid. Sánchez Calvo, *Los Nombres de los Dioses*, pág. 441 y sigs.)

dad, pero no sonidos sin significación, como el vulgo; Memnón se dignó desplegar, en obsequio mío, los labios, y pronunció un oráculo de siete versos, que os recitaría si no fuese inoportuno.

34. En la navegación venía casualmente con nosotros un hombre de Menfis, uno de los sagrados escribas, sabio admirable, profundo conocedor de toda la ciencia egipcia. Decía que había vivido veintitrés años en los hipogeos, mientras Isis le enseñaba la magia.—¿Hablas de mi maestro Pancrates, dijo Arignoto, un hombre divino, rasurado, vestido de lino, meditabundo, que no habla muy bien el griego, alto, romo, de labios gruesos y piernas delgadas?—Es el mismo Pancrates, respondió Eucrates. Al principio no sabía quién era; pero, viendo que cuantas veces andaba la nave hacía infinidad de prodigios, cabalgando en cocodrilos ó nadando entre fieras que se le sometían y le halagaban con las colas, comprendí que era un hombre sagrado, y procuré insinuarme en su amistad, logrando, más pronto de lo que pensaba, hacerme su compañero y amigo. Me revelaba todos sus secretos, y por fin me decidió á dejar en Menfis todos mis criados y á seguirle solo, pues no habíamos de necesitar ninguno para nuestro servicio. Mirad cómo vivimos en lo sucesivo.

35. Cuando llegábamos á un alojamiento cogía una tranca de la puerta, una escoba ó una mano de mortero, lo vestía, y pronunciando cierta fórmula mágica, le hacía andar y parecer un hombre para todos. Este servidor nos traía agua, guisaba, preparaba los alimentos y lo arreglaba y prevenía todo con la mayor destreza. Cuando ya no eran necesarios sus servicios, pronunciaba Pancrates otra fórmula, y la escoba volvía á ser escoba y la mano, mano. Por más empeño que puse, nunca pude conseguir que me revelase este

secreto; únicamente era reservado en esto, pues en lo demás nunca se reservaba. Por fin un día, escondido en obscuro rincón, logré, á hurto suyo, oírle la fórmula mágica, compuesta sólo de tres sílabas. Él se fué á la plaza, después de haber dado sus órdenes á una mano de mortero.

36. Al día siguiente, aprovechando la ocasión de tener Pancrates un quehacer en la plaza, tomo la mano de mortero, la visto, pronuncio tres sílabas iguales, y le mando traer agua. Me trae una ánfora llena. «Basta, le digo: no traigas más agua y vuelve á ser mano de mortero.» Pero se niega á obedecerme, y continúa trayendo agua hasta llenar la casa. No sabiendo que resolución adoptar, y temeroso de que Pancrates llevase á mal lo hecho, cojo un hacha y parto por medio la mano; pero cada parte coge un ánfora, y continúa trayendo agua, de suerte que en vez de uno me resultan dos criados. Llega en esto Pancrates, se entera de lo ocurrido, transforma mis aguadores en leña, como antes del encanto; me abandona sin decirme nada, desaparece no sé cómo y se aleja para siempre de mi vista.—Por consiguiente, interrumpió Dinómaco, ¿sabrás todavía convertir en hombre una mano de mortero?—Ciertamente, respondió Eucrates, pero sólo á medias; no podría, en efecto, una vez convertida en aguador, volverla á su primitiva forma, y me expondría á que me anegase la casa.

37. —Ancianos, dije yo entonces, ¿no acabaréis de referir prodigios? Siquiera por estos jóvenes, dejad para otra ocasión vuestros increíbles ú horrendos relatos, si no queréis henchirles la cabeza de terrores y de fábulas absurdas. Tened consideración á la juventud y no la acostumbréis á oír cosas cuyo recuerdo puede turbar para siempre su alma, imbuyéndoles

ideas que la hagan pusilámene y la llenen de supersticiones diversas.

38. —Al mentar la superstición me has hecho recordar una cosa buena, dijo Eucrates entonces. ¿Qué piensas de esto, Tiquíades, de los oráculos digo, de las palabras proféticas, de los versos recitados á gritos por hombres inspirados, ó de los que surgen del santuario, ó son pronunciados para predecir lo futuro por virgen profetisa? Indudablemente tampoco les darás crédito. Pues yo tengo un anillo sagrado, cuya piedra grabada representa á Apolo Pitio; y no digo que este Apolo me habla, porque no te figures que me precio de cosas increíbles, pero sí os referiré lo que he visto y oído en Mala en el templo de Anfíloco, donde este heroe conversó realmente conmigo y me aconsejó sobre mis asuntos. Después os contaré lo que he visto en Pérgamo (1) y lo que he oído en Pataras (2). Al volver de Egipto á mi casa, supe que el oráculo de Mala era el más famoso y verídico, y que respondía con claridad, palabra por palabra, á lo escrito en las tablillas entregadas al profeta, y creí lo mejor experimentarlo á mi paso y consultar sobre el porvenir á la deidad fatídica.»

39. Aun estaba Eucrates en esto, cuando coligiendo yo por aquella digresión trágica sobre el oráculo á dónde iba á llegar la cosa, y no creyendo oportuno ser el único contradictor de todo, lo dejé navegando entre Mala y Egipto, pues comprendía además que no les era grata la presencia de un refutador de sus

(1) Capital del reino de su nombre, formado á la desmembración del imperio de Alejandro. Comprendía las dos Frigias, la Licaonia, la Lidia, la Jonia, parte de la Caria, en el Asia menor, las islas de Lampsaco y Paros y el Quersoneso de Tracia en Europa.

(2) Ciudad de Licia (Asia menor), notable por su templo y oráculo de Apolo.

mentiras. «Voy, les dije, en busca de Leóntico, á quien tengo que hablar ahora. Vosotros, que no os satisfacéis con las cosas humanas, pedid á los dioses auxilio para contar prodigios.» Dicho esto, salí de la casa. Aprovechando gozosos esta libertad, es de suponer que, como en un festín, se habrán atracado á gusto de mentiras.

Esto es, amigo Filocles, lo que acabo de oír en casa de Eucrates, y te aseguro que, como hubiera bebido vino dulce, tengo cargado el estómago y necesito un emético. Con gusto y sin reparar en el coste, compraría la droga que me hiciera olvidar todo lo oído, pues temo que, arraigado su recuerdo en mi memoria, llegue á causarme daño. Por todas partes creo ver Hécates, prodigios y demonios.

40. FILOCLES.—Tu narración me ha producido ese mismo efecto. Dícese, en verdad, que no sólo rabian y temen al agua los mordidos por perros hidrófobos sino que si un hombre mordido muere, tiene su mordedura igual virus que la del perro, y produce igualmente horror al agua. Tú has sido mordido en casa de Eucrates por multitud de mentiras, y me has transmitido el efecto de tu mordedura, llenándome también la cabeza de demonios.

TIQUÍADES.—Pero tranquilicémonos, querido mío, tenemos contra esta enfermedad el gran remedio de la verdad y del recto criterio. Usémoslo, y no nos turbará ninguna de esas necias y vanas falsedades.

LIII.

HIPIAS (1) Ó EL BAÑO.

1. Entre las personas sabias merecen, á mi juicio: mayor elogio las que, no limitándose á disertar agudamente sobre cada asunto, realizan con obras sus promesas verbales. Así, si de médicos se trata, un hombre de buen sentido no llamará á los que puedan disertar mejor sobre su ciencia, sino á los que se hayan preparado detenidamente á ejercer la medicina; y de igual modo al que puede cantar y tocar la cítara lo tengo yo por mejor músico que al que sólo entiende de armonías y de ritmos. Pues, ¿y de generales qué podré decirte? ¿No son estimados con razón más eminentes los que no sólo sobresalen en táctica y en militar elocuencia, sino en combatir en primera línea y en demostrar su arrojo? Agamenón y Aquiles entre los antiguos, y Alejandro y Pirro más adelante, así consta que han sido.

2. ¿Para qué digo esto? No con objeto de ostentar erudición histórica he hecho tales citas, sino para demostrar que entre los mecánicos son también dig-

(1) Arquitecto que floreció en tiempo de Marco Aurelio y de Luciano. No debe confundirse con su colombroño el Sofista, contemporáneo de Platón.

nos de admiración cuantos, ilustres ya por su inteligencia y saber, han legado á la posteridad monumentos de su arte y obras de su ingenio, mientras que los solamente ejercitados en discusiones teóricas merecen más el dictado de sofistas que el de sabios. Entre los primeros figuran Arquímedes y Sótrato de Cnido, inventor éste de la manera de someter á Tolomeo la ciudad de Menfis sin necesidad de cerco, sólo con torcer el cauce y dividir las aguas del río; aquél, de un artificio para quemar las trirremes enemigas. Antes de éstos, el milesio Tales, habiendo prometido á Creso pasar su ejército á pie enjuto, llevó el Halis (1) en una sola noche, no sé cómo, por detrás del campamento, aunque no era mecánico de profesión, sino hombre prudente é ingenioso de cuya palabra podía uno fiarse. Callo por demasiado antigua la estratagema de Epeo, que no sólo inventó para los Griegos el caballo de Troya, sino que, según cuentan, se encerró en él con los demás guerreros.

3. Entre estos inventores debe figurar nuestro contemporáneo Hippias, comparable con cualquiera antiguo en agudeza de ingenio y claridad de explicación, y sobre todo por la superioridad de sus obras y la perfección de su arte, no sólo en asuntos tratados ya con éxito feliz por sus antecesores, sino porque, según el adagio geométrico, dada una recta, construye perfectamente un triángulo. Si un artista trabaja bien en cualquiera ramo de su profesión, acredita con ello su valía; pero Hippias figura á la cabeza de los mecánicos, de los geómetras, de los armonizadores y de los músicos, y sobresale tanto en cada una de estas ramas como si fuese el único que las conociera. Elogiar lo que sabe de radios, refracciones, es-

(1) Hoy Kizil-Ermack, en el Asia menor.

pejos y astronomía, en lo cual hace que sus antecesores parezcan niños de teta, sería labor de mucho tiempo.

4. Pero no dejaré de elogiar una obra suya que he visto recientemente con asombro. El asunto es común y frecuente, pues se trata de un edificio para baños; pero son admirables la concepción y la inteligencia en tan vulgar construcción desplegadas. El terreno era desigual, en brusco y violento declive; pero supo elevar la parte baja y nivelar la otra con sólido basamento, y afirmó con cimientos profundos y robustos y numerosos contrafuertes toda esta parte inferior de la obra. El edificio sobre ella alzado corresponde á la magnitud de la base y á su uso y destino, por la elegancia de sus proporciones y por el acierto con que están distribuídas las luces.

5. La puerta es alta: llégase á ella por ancha gradería, cuya suave inclinación la hace muy cómoda. Traspasado el umbral, hállase un vestíbulo común á toda la obra, destinado á cómoda sala de espera de esclavos y criados, y situado á la izquierda de los departamentos de lujo, los cuales guardan perfecta relación con el edificio, pues son elegantes y tienen luz copiosa. La parte que los contiene no es indispensable en un baño, pero es necesaria en sitio destinado á recibir á los favorecidos por la fortuna. A continuación hay por los dos lados una serie de cámaras para desnudarse, y en el centro una sala inmensa, muy alta é inundada de luz, en la cual se encuentran tres recipientes de agua fría adornados con piedra lacedemonia, y dos estatuas antiguas de mármol blanco, una de Higía (1) y otra de Esculapio.

(1) Hija de Esculapio, diosa de la salud. *Higía* es también sobrenombre de Minerva, por la facultad de curar que ésta poseía.

6. Se pasa luégo á una cámara cuyo templado ambiente no llega á ser molesto. Es de forma ovalada. A la derecha hay otra sumamente alegre, con todo lo necesario para las fricciones. Tiene puertas de pulido mármol frigio, por las cuales [se entra al salir de la palestra. Después de esta sala hay otra que supera á las demás en hermosura. Está perfectamente dispuesta [para permanecer en pie ó sentado: se puede estar en ella sin molestia] alguna y revolverse á sus anchas. El mármol frigio cubre sus paramentos desde el zócalo á la bóveda. De allí se pasa á una galería caliente, con los muros cubiertos de mármol de Numidia. El salón interior es bellísimo y lleno de luz: sus paramentos tienen brillantez purpúrea.

7. También brinda tres baños de agua caliente. Después de bañarse se puede salir sin pasar por los mismos departamentos, para lo cual se atraviesa un corto tránsito que lleva á los baños fríos por una cámara templada, en cuyo interior penetra profusamente la luz. La elevación es proporcionada: la anchura corresponde perfectamente á la longitud; y Venus y las Gracias brillan y sonríen por doquier; pues como Píndaro dijo bellamente (1):

Quien principia una obra, el frontispicio
Procura que á lo lejos
Resplandezca con áureos reflejos.

Resplandor procurado principalmente por las ventanas, que dan al edificio brillantez y luz. El sabio Hiplas dió exposición boreal al frigidario, aunque sin privarlo por completo de la influencia del Mediodía, y colocó al Noto, al Euro y al Céfiro las cámaras necesitadas de más calor.

(1) Olímpica VI, v. 4.

8. ¿A qué hablaros ya de las palestras, de los guardarropas para los que en ellos se ejercitan, de las galerías cómodas y cortas que á los baños conducen, aunando la higiene y la comodidad? No se crea que he tomado sobre mí el cargo de elogiar en este escrito una obra vulgar. El inventar bellezas nuevas en asuntos comunes es, á juicio mío, prueba de talento nada inferior. En esto estriba precisamente el mérito de la admirable obra de Hipias: sus baños reúnen todas las buenas cualidades de que un edificio de esta naturaleza es capaz: utilidad, oportunidad, claridad, proporción, acomodamiento á las condiciones del terreno, conjunto de todo lo necesario, exquisita previsión de todas las necesidades, dos retretes para aguas mayores y menores, y dos relojes indicadores de la hora, uno por medio del agua y de un mugido, otro por la sombra del sol. Quien tal vea y no juzgue digno de alabanza el edificio, será, en mi opinión, no sólo necio, sino ingrato ó envidioso quizás. Por eso he querido en lo que se me alcanza manifestar en este escrito mi admiración á la obra y á su artista y constructor. Si un dios os permite bañaros allá, estoy seguro de que seremos muchos á aplaudir.

LIV.

PREFACIO Ó BACO.

1. Cuando Baco llevó su ejército contra los Indios (nada me impide, creo, referiros una leyenda báquica), dícese que al principio le despreciaron los naturales del país, al extremo de tomar á risa su llegada, ó, más bien, de compadecer su atrevimiento, muy creídos de aplastarlo con sus elefantes, si osaba presentarles la batalla. Sus exploradores les habían traído, sin duda, noticias extravagantes de aquel ejército. La falange y los batallones, decían, son de mujeres insensatas y furiosas, coronadas de hiedra, ceñidas de pieles de cervatos, armadas con pequeñas lanzas sin hierro, adornadas también de hiedra, y con ligeros escudos que retumbaban cuando se les hería (tomaban por escudos los tambores). Entre filas iban algunos rústicos jóvenes, completamente desnudos, bailando el córdax, con colas y cuernecillos como de cabritos recentales.

2. Llevado en un carro arrastrado por panteras, el general, sin barba y hasta sin vello en las mejillas, cornudo, coronado de uvas, diademado el cabello, vestido de púrpura y calzado de oro, tiene á su lado dos lugartenientes; uno pequeño, viejo, gordo, barrigudo, remangado de nariz, con orejas tiesas y largas, vacilante, apoyado en un garrote, caballero casi siem-

pre en un asno, vestido con túnica (1) color de azafrán; en una palabra, completamente en armonía con su amo; el otro, hombre monstruoso, chivo en la parte inferior, de piernas peludas, cuernos y profusas barbas, iracundo y violento, con una siringa en la izquierda y una vara encorvada en la derecha, andaba saltando entre todo el ejército, y espantando á las mujerzuelas que huían al acercárseles, soltando la cabellera al viento y gritando: «¡Evoe!», por lo cual sospechaban los espías que este era el nombre de su señor. Estas mujeres destrozaban los rebaños, despedazaban las reses vivas y se las comían crudas.

3. Reíanse, como es natural, los Indios y su monarca al oír semejantes noticias, y creían inútil oponerse al invasor y formar su ejército en batalla. Si se acercaban, enviarían sus mujeres contra el enemigo, pues á ellos les parecía indecoroso vencer y degollar á aquellas mujeres insensatas y á su femeninamente diadema. do general, al vejezuelo chiquitín y beodo, al otro semisoldado, y á los desnudos y soberanamente ridículos danzantes. Mas cuando les avisaron que el dios incendiaba el país, quemaba las ciudades con sus moradores, abrasaba las selvas, y en breve tiempo llenaba la India entera de fuego, que tomado del rayo paterno es el arma de Baco, corrieron á las armas, equiparon y enfrenaron los elefantes, les cargaron las torres, y salieron contra el enemigo, despreciándolo todavía, pero airados ya y ganosos de pulverizarlo con su general imberbe.

4. Próximos y á la vista los dos ejércitos, colocan los Indios en primera línea los elefantes, y ponen la fa-

(1) Se llamaba esta túnica *χροκωτός* por su color amarillo de azafrán (*χρόκος*). Era de tela muy fina. Usábanla sólo las mujeres ó personas afeminadas.

lange en movimiento. Baco ocupa el centro de sus tropas; Sileno manda el ala derecha; Pan la izquierda, y los Sátiros hacen de jefes de las compañías y de los batallones (1). Evoc es el grito general de combate. Suenan los tambores; despiden los címbalos fragor bélico; un Sátiro ejecuta con un cuerno el modo ortio (2); rebuzna marcialmente el asno de Sileno, y las Ménades, ceñidas de serpientes, saltan, aullan y descubren el hierro de los tirsos. Los Indios y sus elefantes ceden al punto, y huyen á la desbandada, sin atreverse á ponerse á tiro de arco. Vencidos y prisioneros, son llevados, en fin, por los que poco antes desdennaban, aprendiendo con este resultado á no despreciar por simples rumores ejércitos extranjeros.

5. Pero ¿qué tiene que ver con Baco (3) este Baco? dirá acaso alguno. Pues que me parece (por las Gracias os pido que no me supongáis lleno de furor coribántico ó completamente beodo si oso comparar mis obras con los dioses), me parece, digo, que muchas personas á quienes se anuncian composiciones nuevas, como las mías, proceden á semejanza de los Indios. Piensan que van á oirme recitar piezas satíricas, jocosas y completamente cómicas, y se persuaden de que así es en efecto, formándose de mí no sé qué opinión, de suerte que unos dejan de asistir á mis lecturas, como si no debieran apearse de sus elefantes para dar oídos á mujeriles locuras y á satíricas danzas, y otros, atraídos por esto mismo, acuden, y se

(1) Lit. *taxiarcas* y *locagos*. El *locos*. (λόκος) se componia de diez, doce ó diez y seis hoplitas; y la *taxis* (τάξις) de ocho *locos*. (Vid. mi trad. de la *Anábasis* de Arriano, Apéndice III).

(2) Servia el modo ortio de toque de ataque.

(3) Proverbio para dar á entender la incongruencia de dos cosas. Nació en las innovaciones que en el primitivo sistema dramático introdujeron los trágicos, prescindiendo de Baco en los argumentos de sus piezas.

asombran de hallar hierros en vez de hiedras, y no se atravén á aplaudir, turbados por lo inopinado del encuentro. Pero yo, con toda confianza, les anuncio que, si mis antiguos convidados desean ahora como antes iniciarse muchas veces en mis misterios, y, recordando las comunes alegrías de nuestros anteriores festines, beber hasta la saciedad de esta copa sin despreciar á Sátiros y Silenos, yo les aseguro que se llenarán del espíritu de Baco y gritarán «¡Evoe!» conmigo.

6. Harán, sin embargo, lo que quieran, pues la audición es libre. Pero ya que aun estamos en la India, quiero referiros una de sus cosas, no ajena á Baco ni á mi intento. En el país de los Macleos, que mirando hacia la corriente del Indo ocupan la margen izquierda y llegan hasta el Océano, hay, cercado de seto, un bosque sagrado, no muy extenso, pero espesísimo, pues la hiedra y la vid crecen en él con tal profusión que lo tienen en obscura sombra. Manan en el bosque tres fuentes de agua hermosa y cristalina, dedicadas una á los Sátiros, otra á Pan y otra á Sileno. Los Indios van á aquel bosque una vez cada año para celebrar la fiesta del dios, y beben todos de las fuentes, pero haciendo distinción de edades, pues los jóvenes beben de la de los Sátiros, los adultos de la de Pan, y los ancianos de la de Sileno.

7. Largo de referir sería lo que acontece á los jovenzuelos cuando han bebido de la fuente satírica, y los atrevimientos de que se sienten capaces los hombres abrevados en la de Pan; pero no será fuera de propósito relatar lo que hacen los ancianos embriagados con su agua. En cuanto bebe un viejo y se siente penetrado por el espíritu de Sileno, permanece al principio callado, como agobiado por la bebida y completamente beodo; pero de pronto su voz se hace sonora y vibrante, melodioso su acento y elocuente

su palabra: tórnase de mudo en gárrulo, al extremo de que, ni tapándole la boca, se le podría reducir al silencio y cortar sus interminables discursos, agradables y prudentes por lo demás; de suerte que lo de (1)

espesas cual la nieve en el invierno

pudiera decirse de sus palabras, como de las de aquel orador Homero; y si por lo avanzado de su edad no cabe llamarlos cisnes, sí asemejarlos, por su inagotable facundia, á cigarras infatigables, cuyo canto dura hasta muy entrada la noche. Entonces, disipada la embriaguez, callan y vuelven á su primer estado. Pero aun no he dicho lo más maravilloso. Si el anciano, por haberse puesto el sol, deja sin concluir el interrumpido discurso, al siguiente año, cuando torna á beber, lo reanuda en el punto en que la embriaguez le dejó en el precedente.

8. A ejemplo de Momo, he enderezado esto contra mí, y no creo necesario demostrar á dónde va la fábula. Bien veis en qué puede aplicárseme. Si deliro, la embriaguez es la causa; si digo algo razonable, se deberá al favor de Sileno.

(1) Homero, *Iliada*, III, v. 212.

LV.

PREFACIO Ó HÉRCULES.

1. Los Galos, en su idioma, llaman Ogmios á Hércules, pero lo representan de una manera extraña. El dios es para ellos anciano decrepito, calvo por delante, canos los cabellos que le restan, arrugada, negra y tostada la tez como la de los marinos viejos. Te parecería un Caronte, ó un Iapeto salido de las cavernas tartáreas. Todo, en una palabra, menos Hércules. Sin embargo, tal cual es tiene todos los atributos de Hércules: lleva colgando la piel de león, la maza en la derecha, aljaba al hombro, y un arco tendido en la izquierda: Hércules, como se ve, de arriba abajo.

2. Creía, pues, que los Galos representaban á Hércules en esta forma, ó por burlarse de los dioses griegos, ó en venganza de haberles invadido Hércules en otro tiempo sus tierras, quitándoles rico botín, cuando al buscar los rebaños de Gerión recorrió muchas regiones de Occidente.

3. Pero no os he dicho todavía lo más extraño de la imagen. Aquel Hércules anciano trae consigo, atados por la orejas, una multitud de hombres. Las ligaduras de que se sirve son delicadas cadenas de oro y de ámbar, semejantes á collares bellísimos. Los prisioneros, á pesar de la fragilidad de su cadena, no

tratan de huir, como fácilmente podrían, ni se resisten, ni se afianzan con los pies, ni se echan hacia atrás, sino que gozosos y alegres siguen al que los guía, lo colman de elogios, se aprietan en torno suyo, y al querer adelantársele, aflojan las cadenas, como si llevasen á mal que los soltasen. Pero todavía me pareció más singular lo que sin dilación voy á decir. No teniendo el artista de dónde colgar los cabos de las cadenas, pues en la mano derecha lleva el dios la maza y en la izquierda el arco, le perforó la punta de la lengua, é hizo venir atados á ella todos los hombres, hacia los cuales se vuelve y les dirige una sonrisa.

4. Largo rato permanecía yo mirando esta imagen, experimentando sentimientos de asombro, con mezcla de indignación y duda. Un Galo que estaba cerca de mí, hombre instruído en nuestra literatura, como me dió á entender la pureza con que hablaba el griego, y conocedor de las costumbres patrias: «Yo te explicaré, extranjero, me dijo, el enigma de esa imagen, ante la cual pareces completamente perplejo. Los Galos no creemos como vosotros que Mercurio es el dios de la elocuencia, sino Hércules, porque es mucho más fuerte que Mercurio. El que representemos en figura de anciano á aquella divinidad, no debe sorprenderte. La elocuencia sólo en la vejez alcanza su madurez y plenitud, si, como dicen vuestros poetas,

La mente juvenil revolotea (1),

pero la vejez

Dice cosas más cuerdas que los mozos (2).

Por la misma razón la lengua de Néstor fluye miel,

(1) Homero, *Iliada*, III, v. 108.

(2) Eurípides, *Las Fenicias*, v. 533.

según vosotros, y los oradores troyanos emiten palabras liliáceas, es decir, floridas, pues, si mal no recuerdo, el lirio es una flor vuestra.

5. No te extrañe, pues, el que este anciano Hércules, como dios de la elocuencia, lleve con su lengua hombres encadenados de los oídos: sabido es, en efecto, el parentesco cercano de los oídos y la lengua. No tomes tampoco á injuria el que tenga la lengua agujereada, pues yo recuerdo que un cómico vuestro (1) ha dicho en sus yambos:

Todos los habladores un horado
Tienen en el extremo de la lengua.

6. En una palabra, creemos que Hércules, varón sabio, llevó á cabo sus empresas por medio de la palabra, y arrolló todos los obstáculos con el vigor de la elocuencia. Los dardos de sus discursos son, á mi ver, penetrantes, rápidos, bien dirigidos al blanco y hieren las almas. Aladas llamáis también vosotros á las palabras.»

7. Esto me dijo el Galo. Por lo que á mi respecta, considerando si á mi edad, y después de haber estado tanto tiempo alejado de estas declamaciones literarias, debería presentarme aquí y exponerme otra vez al veredicto de jueces tan ilustrados, he recordado con oportunidad aquella imagen de Hércules. Antes me asaltaba el temor de que creyeseis que yo hacía esto á manera de joven y echándomelas de mozallete, á pesar de mis años; y no estaba seguro de que algún mozo no me echase en cara aquello de Homero: «Tu fuerza feneció», ó «te agobia la carga de los años», ó

Tardos son tus corceles y criados (2),

(1) Desconocido.

(2) *Iliada*, VIII, v. 103.

lanzándome á los pies este último dardo. Pero al acordarme de aquel anciano Hércules, me atrevo á emprenderlo todo y no me avergüenzo de hacer lo que á mi edad hacía él mismo.

8. ¡Vayan enhorabuena el vigor, la rapidez, la hermosura y todas las prendas corporales! Tu Amor, ¡oh poeta de Teos! (1), al ver mi barba encanecida, huya de mí, si quiere, con alas de oro veloces como de águila, pues nada se le importa á Hipocrides (2). ¡Pero pueda yo ahora rejuvenecerme, florecer, tornar á la primavera de la vida con mi elocuencia, atraer la muchedumbre, cautivarla por los oídos, y disparar dardos á manta, sin temor de que el carcaj se agote! Así me consuelo de mi edad y de la vejez á que he llegado. Por lo mismo me he atrevido á poner á flote mi nave y á llevarla al medio del mar, después de estar retirada tanto tiempo. Dioses, enviadme auras propicias. Necesito ahora más que nunca un viento favorable y amigo que hinche mis velas, para que, si lo mereciese, me aplique alguno este verso de Homero (3):

Bajo el manto andrajoso; ¡qué robustos
Muslos enseña el viejo!

(1) Anacreonte.

(2) Proverbio ya citado.

(3) *Odisea*, XVIII, v. 73.

LVI.

DEL ÁMBAR Ó DE LOS CISNES.

1. El ámbar, según el mito cuenta, proviene de lágrimas vertidas por los álamos de la orilla del Eridano: estos álamos son las hermanas de Faetón, convertidas en árboles á fuerza de llorar al muchacho. Su llanto continúa y constituye el ámbar. Enterado de estas relaciones poéticas, esperaba, si alguna vez visitaba el Eridano, ponerme debajo de un árbol y extender un paño de mi túnica para proveerme de ámbar.

2. No hace mucho tiempo, obligado á ir á aquel país con otro objeto, hube de remontar el Eridano; pero, aunque me volvía todo ojos, no vi álamos ni ámbar. Los naturales no conocían á Faetón ni de nombre. Al informarme y preguntarles cuándo llegábamos á los álamos que daban ámbar, se rieron los barqueros y me suplicaron que les explicase más claramente mi deseo. Contéles la correspondiente fábula. «Faetón era hijo del Sol: cuando se hizo adulto pidió á su padre permiso para llevar el carro que éste diariamente guiaba. Concedióselo el Sol. Murió Faetón, despedido del carro. Lloráronle mucho sus hermanas por aquí cerca, donde cayó, junto al Eridano, y convertidas en álamos, lloran ámbar por su hermano.»

3. «¿Qué impostor y mentiroso, dijeron, te ha contado semejante cosa? Nunca hemos visto caer á ningún auriga, ni tenemos los álamos que dices. Si eso fuese verdad, ¿crees que por dos óbolos andaríamos remando y llevando barcas contra la corriente, cuando podríamos hacernos ricos recogiendo lágrimas de álamo?» Me molestaron no poco estas palabras, y callé, avergonzado de mi pueril buena fe, que me había hecho dar crédito á poetas inventores de fábulas imposibles y extravagantes é insanas. Al propio tiempo resultaba fallida una de mis mejores esperanzas, y me dolía el que el ámbar se me hubiese caído de las manos cuando andaba ya discurriendo en cuántas cosas y en cuáles había de emplearlo.

4. Creía por lo menos hallar seguramente en aquel país bandas de cisnes cantando en las orillas del río. En esta idea: «¿Cuándo, volví á preguntar á mis barqueros, pues todavía remontábamos el río, cuándo los cisnes colocados en una y otra orilla dejan oír su canto melodioso? Dícese que estos compañeros de Apolo, peritos cantantes en otro tiempo, fueron convertidos aquí en aves, y que no olvidados de la música, cantan por eso mismo todavía.

5. —Pero, buen hombre, me contestaron riendo, ¿no acabarás de mentir de nuestra tierra y de nuestro río? Nosotros estamos en él continuamente y trabajamos en el Eridano casi desde niños; y aunque vemos de cuando en cuando cisnes en los remansos de la orilla, graznan tan discordante y confusamente que los cuervos y los grajos son sirenas comparados con ellos. Que canten melodiosamente, como dices, ni en sueños los hemos oído. No atinamos por eso quién haya podido decirte de nosotros semejantes patrañas.»

6. De igual modo y con frecuencia puede ser engañado quien dé crédito á los que propenden á exa-

gerarlo todo. Siento, por lo mismo, respecto á mí en estos instantes temor de que los que habéis acudido á oirme por primera vez, esperando hallar en mí ámbar y cisnes, os retiréis dentro de poco burlándoos de quienes os habían prometido preciosidades de esta especie en mis discursos. Pero yo afirmo que ni vosotros ni nadie me hábrá oído jamás preciarme de tales méritos. Encontraréis, seguramente, y no en escaso número, otros Eridanos que no sólo destilan ámbar, sino oro puro de su boca, más melodiosa que la de aquellos cisnes fabulosos. Yo ya veis como soy: sencillo, sin fábulas, sin modulaciones de ningún género. Guardad, pues, que concibiendo de mí esperanzas excesivas, no os suceda como á quienes ven objetos bajo el agua. Creyendo que son tan grandes como mirados de arriba parecen, aumentada por la luz la imagen, se indignan cuando, sacados al aire, resultan más pequeños. Yo os lo advierto: sacad el agua en que estoy sumergido, y no esperéis hallar nada grande. Culpad de lo contrario á vuestra infundada esperanza.

LVII.

ELOGIO DE LA MOSCA.

1. La mosca, comparada con los cínifes y otros insectos, no es el más pequeño de los seres alados; superales en tamaño tanto como á ella la abeja. No tiene como las aves todo el cuerpo cubierto de plumas, con las mayores dispuestas para el vuelo: sus alas, como las de las cigarras, saltamontes y abejas, son de gasa finísima, que, comparada con la de otros insectos, les aventaja en delicadeza tanto como una tela india á las fabricadas en Grecia, y tienen, como los pavones, brillantes matices, como notará quien la mire con atención cuando, extendidas al sol las alas, se dispone á volar.

2. Su vuelo no es como el de los murciélagos, un batir continuo de alas, ni conjunto al salto como el de los saltamontes, ni estridente como el de las abispas: la mosca se cierne con gracia en la región del aire á que puede elevarse. Tiene también la buena cualidad de no volar en silencio, sino con una especie de canto, no molesto como el de cínifes y mosquitos, ni pesado como el zumbar de las abejas, ó terrible y amenazador como el de las avispas; supera á todos éstos en dulzura tanto como las flautas á tambores y trompetas.

3. Tocante á lo demás del cuerpo, la mosca tiene la cabeza unida al cuello por un canal tenuísimo; la mueve con facilidad en todas direcciones, y no la tiene fija como los saltamontes; sus ojos son prominentes y se parecen mucho al cuerno; su pecho es compacto y de él nacen las patas, sin quedar enteramente pegadas como las de la avispa. El abdomen es también fuerte y en forma de peto, con fajas anchas y escamas. Se defiende, no con el extremo del vientre como la abeja y la avispa, sino con la boca y la trompa, de que está provista como el elefante. La trompa le sirve para alimentarse, para coger las cosas y para adherirse á ellas, pues en la punta tiene una especie de tubo, del cual sale un diente con el que pica y bebe sangre. También bebe leche, pero la sangre le gusta más, y la extrae con poco dolor de los picados. Tiene seis patas, pero anda sólo con cuatro, pues las dos delanteras las usa como manos. Por eso la ves andar en cuatro pies, llevando levantada en las manos alguna comida, enteramente lo mismo que nosotros los hombres.

4. No nace como la vemos: al principio es un gusano salido del cadáver de un animal ó de un hombre; poco después echa patas, cría plumas y se trueca de reptil en ave. Fecundada á su vez, pare un gusanillo que será mosca más tarde. Criada con los hombres, participa de su mesa y de su casa, y gusta de todos los manjares menos del aceite, pues el beberlo la mata. Aunque circunscrita á escaso tiempo, es su vida muy breve, ama mucho la luz, y en ella lo hace todo. A la noche se está quieta, no vuela ni canta: se recoge y permanece inmóvil.

5. Para demostrar que su inteligencia no es escasa, tengo suficiente con decir que sabe huir de su cruel é insidioso enemigo la araña. Esta se embosca, pero

la mosca la ve, la observa y cambia de dirección para no caer en los lazos y en las terribles garras de la fiera. Respecto á su fortaleza y valentía no necesito hablar yo, cuando el más sublime de los poetas, el grandilocuente Homero, queriendo elogiar á uno de sus más denodados héroes, no lo compara en esfuerzo al león, al jabalí ó á la pantera, sino que lo equipara en bizarría y en tenacidad á la mosca (1), en la cual no hay sólo atrevimiento, dice, sino fortaleza, pues aunque se la rechace, no desiste, y vuelve á la carga. La alaba tanto, y se complace de tal modo en elogiarla, que no habla de ella poco y una vez, sino muchas, realzando con su mención la hermosura de sus versos. Ora, en efecto, representa un enjambre de moscas volando en torno de una taza de leche (2); ora, cuando al apartar Minerva el dardo que iba á causar mortal herida á Menelao, compara á la diosa á madre que vela á su hijo dormido, y hace entrar en la comparación á la mosca (3); ora, en fin, realzando las moscas con sus más honoríficos dictados, cuando llama *den- sos y naciones* sus enjambres (4).

6. Tan fuerte es la mosca, que hiere con su mordedura no sólo la piel del hombre, sino la de los caballos y bueyes. Atormenta al mismo elefante, se mete entre sus arrugas y le hiere con su trompa hasta donde se lo permite su largura. En sus amores y bodas disfruta de libertad infinita; el macho no deja á la hembra, como los gallos en seguida que la cubre, sino que continúa sobre ella. La esposa lleva al esposo; vuelan juntos, sin que el vuelo perturbe su

(1) *Iliada*, XVI, v. 570.

(2) *Id.*, II, v. 469 y sigs.

(3) *Id.*, IV, v. 130.

(4) *Id.*, V, 460.

aérea cópula. Aun cortada la cabeza, vive y respira largo tiempo el cuerpo de la mosca.

7. Pero quiero deciros ya lo más maravilloso de su naturaleza. Creo que Platón observó ya este hecho en su libro de la inmortalidad del alma. Si se echa ceniza sobre una mosca muerta resucita al punto, nace otra vez, y comienza nueva vida (1), lo cual debe llevar á todos el convencimiento absoluto de que es inmortal el alma de la mosca, puesto que, alejada del cuerpo, vuelve á él, lo reconoce, lo reanima y lo torna á ser lo que era. Esto mismo hace verosímil la fábula del Clazomenio Hermótimo, que suponía que su alma le dejaba á menudo y viajaba sola, y que volvía después, entraba en su cuerpo y lo resucitaba (2).

8. La mosca ociosa y libre disfruta del trabajo de los demás y halla en todas partes abundante mesa. Para ella son ordeñadas las cabras; las abejas no trabajan menos para las moscas que para los hombres; los cocineros para ella guisan manjares que prueba antes que los reyes, con los cuales vive y come, paseándose sobre sus mesas.

9. Su prole ó nido no lo pone en un sitio determinado, sino que, como los Escitas, allí donde la noche la sorprende en su nómada vuelo, establece su hogar y su morada. Pero nada hace, como he dicho, mientras dura la noche; no quiere hacer nada oculta-mente, pues no piensa ejecutar ninguna mala acción de que pudiera avergonzarse de día.

10. Dice también la fábula que la mosca era en otro tiempo una mujer hermosísima, aunque habladora, música además y aficionada al canto (3). Amaba

(1) Vid. Eliano, *De los animales*, II, 29.

(2) Cf. Plinio, *Hist. nat.*, VII, 52.

(3) Llamábase *Mía* (Μυία), que significa Mosca.

á Endimión al mismo tiempo que la Luna. Como se complacía en despertar al joven con mil cantos, juegos y chanzonetas, enfadóse Endimión y la Luna irritada la convirtió en mosca. Por eso, acordándose de Endimión, turba á todos el sueño, y principalmente á los muchachos, que tienen la piel tierna. Su picadura y su afición á la sangre no son, pues, signo de crueldad, sino de amor y filantropía. Goza como puede y recoge la flor de la belleza.

11. Hubo en la antigüedad una mujer llamada Mosca (1), poetisa excelente, tan bella como instruída; y otra del mismo nombre, ilustre hetaira atenien- se, de la cual dijo el Cómico (2):

Mordióle el corazón la bella Mosca.

Así la musa cómica no se desdeñó de sacar á escena el nombre de la mosca, ni nuestros ascendientes de imponérselo á sus hijas. Hay más. Hasta la tragedia la cita con gran elogio, cuando dice (3):

¡Oh vergüenza, con impetu invencible
Para hartarse de muerte cae la mosca
Sobre el cuerpo del hombre, y el hoplita
De la lanza enemiga tendrá miedo!

Muchas cosas diría de la Mosca hija de Pitágoras, si su historia no fuese conocida por todos.

12. Hay también unas moscas grandes, llamadas *militares* ó *perros* por el vulgo, caracterizadas por su áspero zumbido y vuelo rápido. Viven mucho, están sin comer todo el invierno, ocultas casi siempre en las vigas. Lo asombroso en ellas es que desempeñan

(1) *Mia*. Ponemos en castellano el nombre de la poetisa y de la hetaira.

(2) Probablemente Aristófanes.

(3) Se supone que estos versos pertenecen á alguna de las tragedias de Eurípides que se han perdido.

llamas? ¡Pero es cosa de risa el que obligue á hablar á un pez! Todos son mudos. Dinos, tú, Convicción, ¿quien es su maestro?

LA CONVICCIÓN.—Crisipo, que está presente.

PARRESÍADES.—Lo comprendo. El oro entre la composición de este nombre (1). Ahora, tú, Crisipo, dinos, por Minerva, si conoces á estos hombres y si les aconsejabas que obrasen como obran.

CRISIPO.—Tú pregunta me ofende, Parresíades, pues dá á entender que puede haber algo común entre mí y esas gentes.

PARRESÍADES.—Bravo, Crisipo, eres un noble varón. Irá, pues, cabeza abajo, á juntarse con los otros; porque es de temer que sus espinas (2) ahoguen á cualquiera que lo coma.

52. LA FILOSOFÍA.—Basta de pesca, Parresíades. No se te lleve alguno, como son tantos, el oro con el anzuelo, y tengas que pagárselo á la Sacerdotisa. Vamos á pasear nosotras. En cuanto á vosotros, ya es hora de que volváis á vuestra mansión, para no excederos en el uso de la licencia. Tú, Parresíades, y tú, Convicción, recorred todos los filósofos, y coronad ó estigmatizad, como se ha mandado.

PARRESÍADES.—Así se hará, Filosofía. ¡Adiós, los mejores de los hombres! Bajemos, Convicción, y ejecutemos lo que se nos ha ordenado. ¿Adónde iremos primero? ¿A la Academia ó al Pórtico?

LA CONVICCIÓN.—Comencemos por el Liceo.

PARRESÍADES.—Lo mismo da. De fijo sé que á donde quiera que vayamos, necesitaremos pocas coronas y muchos estigmas.

(1) Χρυσίππος se compone de χρυσός, oro, é ἵππος, caballo.

(2) Se refiere á los sofismas de los estóicos.

XVI.

LA TRAVESIA, O EL TIRANO.

CARÓN, CLOTO, MERCURIO, CINISCO, MEGAPENTES, MICILO, LOS MUERTOS, TISIFONE, RADAMANTO, EL LECHO Y LA LÁMPARA DE MEGAPENTES.

1. CARÓN.—Basta, Cloto: la barca está dispuesta hace tiempo, y preparada para la travesía; vacía la sentina, izado el mástil, tendida la vela, colgado en su sitio cada remo, por mí no habría que esperar para levar el ancla y partir. Pero Mercurio, que hace tiempo debía estar aquí, tarda sin tino. Por eso, la barca está, como ves, vacía de pasajeros; y habiendo podido hacer hoy tres viajes, es ya la tarde y no hemos cobrado un óbolo. Luégo Plutón, bien lo sé, siendo de otro la culpa, pensará que no ando diligente en mi empleo. Nuestro excelente conductor de muertos, bueno si los hay, habrá bebido arriba el agua del Leteo y no se acuerda de volver; ó lucha con algunos mancebos, ó tañe la cítara, ó pronuncia discursos, para mostrar su ingenio, ó hace, de paso, alguna ratería (1); porque esta es otra de sus artes. Pero lo cierto es que se toma bastante libertad, aunque sólo nos pertenece á medias.

(1) V. *Diálogo de los Dioses*, tomo I.

lleza visible en sus amores? Tú, en verdad, miras tus libros con ojos muy abiertos; los examinas, por Júpiter, hasta la saciedad, y hasta los lees de corrido, adelantándote á los labios con la vista; pero esto no basta, si no conoces también las bellezas y defectos de cada escrito, y el sentido de todas las palabras y su construcción sintáctica, y si el autor se ha sujetado á las reglas gramaticales, y cuáles términos son de buena y de mala ley, castizos ó adulterados.

3. ¡Cómo! ¿Quizás sabrás esto sin haberlo aprendido? ¿De dónde, por vida mía, á menos que, como aquel pastor (1), hayas recibido un ramo de laurel de las Musas? Pero presumo que jamás habrás oído hablar del Helicón, donde, según dicen, moran; no has permanecido en él de muchacho, ni te es lícito siquiera acordarte de estas diosas. Ellas no se desdijeron de aparecerse á un pastor rudo y velloso, de cutis bronceado por el viento; pero á un hombre como tú (permíteme por la Venus libanitida (2) no decirlo ahora todo) estoy seguro de que jamás se han dignado aproximarse. En vez de darte laurel, te hubieran azotado con mirto ó tallos de malva para que no vinieses á impurificar el manantial de Olmeo ó de Hipocrene (3), destinado á apagar la red de rebaños y pastores de boca no manchada. Podrás ser muy atrevido é imprudente, pero nunca lo bastante para decir que has recibido instrucción, que te has cuidado de mantener relaciones con los libros ó que tal ha sido tu maestro y tal tu condiscípulo. |

4. Esperas, sin embargo, conseguir todo esto con

(1) Hesiodo. Vid. *Teogonía*, v. 30.

(2) Venus tenía en el Líbano un templo, donde se le tributaba un culto vergonzoso.

(3) Vid. Hesiodo, *Teogonía*, v. 5 y 6.

sólo comprar libros y libros. Pero aunque recojas todas las obras que Demóstenes dejó escritas por su propia mano, y las de Tucídides, bellamente copiadas hasta ocho veces por aquel príncipe de los oradores, y en fin, todas las que Sila (1) envió á Italia desde Atenas, ¿aumentarás algo tu instrucción, por más que duermas sobre tus libros y te los pegues al cuerpo y los uses como vestidura? Aunque se vista de seda (2), dice un refrán, la mona, mona se queda. Tienes un libro en la mano y lees continuamente, pero nada entiendes de lo que lees, y eres un asno moviendo la oreja cuando suena la lira. Si la posesión de libros hiciese instruído á su dueño, esa posesión sería de valor inestimable y sólo los ricos podríais ser sabios, pues compraríais ciencia en la plaza y nos hundiríais á los pobres. ¿Quién, por otra parte, podría competir en instrucción con los comerciantes y libreros que venden y poseen tantos volúmenes? Examíalos, sin embargo, si te place, y verás que tampoco te aventajan gran cosa en conocimientos; su lenguaje es como el tuyo, bárbaro, y su inteligencia nula, como de hombres que jamás discernen lo bueno de lo malo. Sin embargo, tú sólo tienes quizá los dos ó tres libros que les compras, y ellos andan entre libros día y noche.

5. ¿Mas para qué cosa buena se los compras, como no pienses que los estantes de tu biblioteca son también unos sabios en el hecho de contener tantas antiguas copias? Respóndeme, si quieres; ó mejor, pues esto no es posible, haz una señal afirmativa ó negativa á mis preguntas. Si un hombre que no supiese tocar la flauta tuviera las de Timoteo ó las que Ismenias (3)

(1) Vid. Plutarco, VIDAS PARALELAS, *Sila*, XXVI.

(2) *Lit. de oro*.

(3) Timoteo y los dos Ismenias fueron célebres flautistas.

compró por siete talentos en Corinto, ¿podría, sin más, tocar la flauta, ó le sería completamente inútil la posesión de aquellos instrumentos, puesto que no podría usarlos según arte? Haces señal negativa, y aciertas. Pues aunque posea las flautas de Olimpo y de Marsias, no tocará quien no sepa. Y quien poseyera el arco y las saetas de Hércules sin ser un Filoctetes capaz de armarlo y de apuntar al blanco, ¿qué te parece que sería? ¿podría disparar como un arquero? También haces signos negativos. Supongamos de igual modo una persona imperita en el arte de dirigir un navío, y otra en el de guiar un caballo; si la primera recibe un barco magnífico, de solidez y elegancia intachables, y la segunda compra un corcel de Media (1), ó un centaúrida, ó un potro marcado con el coppa (2), ¿no se convencerán ambos de que no sirven para el caso? Dices también que sí. Pues bien, créeme y asiente también á esto. Cuando un hombre ignorante, como tú, compra muchos libros, ¿no provoca y excita él mismo las censuras contra su ignorancia? ¿Por qué tardas en asentir á esto? La prueba es evidente, y quien te ve, te aplica lo de «¿qué tiene que ver el perro con el baño?»

6. No hace mucho tiempo había en Asia un rico á quien faltaban los dos pies: se le habían helado, creo, en un viaje que tuvo necesidad de hacer sobre la nieve. Este accidente le puso en situación tan deplorable. Para remediar su infortunio, se mandó hacer unos pies de madera, con cuya ayuda andaba, apoyado en dos

(1) Alude á los de Nisea, ciudad de Media, cuyos corceles eran famosos en la antigüedad.

(2) Los caballos de alto precio se marcaban con letras que designaban su valor. En *Las Nubes* de Aristófanes se habla de un *Σαμφόρας*, marcado con la letra sigma. El coppa era un signo de numeración que valía 90.

esclavos. Este infeliz tenía la ridícula manía de comprar continuamente borceguíes magníficos, en cuya adquisición ponía gran empeño, atento á llevar calzados con la mayor elegancia los trozos de madera, ó sea sus pies postizos. Pues lo mismo haces tú. Tienes inteligencia coja y dura como tronco de higuera, y te compras coturnos de oro, con los cuales apenas podría andar el hombre más ligero.

7. Entre los demás libros habrás comprado, sin duda, varios ejemplares de Homero. Pues bien, toma uno y haz que te lean el canto segundo de la *Iliada*: no examines los demás, que ninguna relación tienen contigo. En ese canto se describe un personaje ridículo, orador impertinente, de cuerpo encanijado y defectuoso. Es Tersitas. Supongamos que, tal cual es, coge las armas de Aquiles; ¿crees que por esto sólo se hará al instante gallardo y fuerte? ¿Crees que pasará de un salto el río, y enrojecerá sus aguas con sangre de Troyanos y matará á Héctor, y antes á Licaón y á Asteropeo, cuando ni siquiera podría llevar sobre los hombros la fraxinea lanza de Aquiles? No, me dirás. Pues ¿cuánto no haría reír, cojeando con el escudo, agobiado bajo su peso, mostrando al mirar, bajo el casco, aquellos ojos bizcos, levantando el espaldar de la coraza con la curva de su giba, arrastrando las grebas, avergonzando así al que fabricó las armas y á su dueño? ¿Y no ves que esta figura es tu retrato cuando, llevando en las manos un hermoso volumen de purpúrea cubierta y áureo ombligo, lees de tal modo que con bárbara pronunciación lo afeas y desfiguras, provocando la risa de los instruídos, mientras te aplauden tus interesados aduladores, que también se miran de cuando en cuando y sueltan contenidas carcajadas?

8. Quiero referirte también un suceso ocurrido en Delfos. Un Tarentino, llamado Evángelo, bastante co-

nocido en su patria, se propuso ganar premio en los Juegos Píticos. En los ejercicios gímnicos comprendió pronto que no podría lograrlo, pues ni en fuerza ni en rapidez le había hecho la naturaleza apto para ellos; pero el premio del canto y de la cítara lo supuso fácil de alcanzar, creído de los execrables aduladores de su séquito, que lo elogiaban incesantemente y prorrum-pían en gritos de admiración apenas ponía sobre las cuerdas la mano. Preséntóse, pues, en Delfos, con boato magnífico: túnica recamada de oro, mandada tejer para el caso; hermosísima corona de laurel del mismo precioso metal, con bayas de esmeraldas del tamaño natural del fruto; cítara estupenda por la materia y por el arte, toda de oro fino, adornada de sellos y pedrería variada con relieves representando entre otros asuntos las Musas con Orfeo y Apolo, constituían el atavío de Evángelo. Para los espectadores fué un asombro.

9. Llegado el día del certamen, hubo tres competidores. Correspondióle el número dos á Evángelo, detrás de un tal Tespis, de Tebas, que compitió bastante regularmente. Entra, pues, nuestro hombre cubierto de oro, esmeraldas, jacintos y berilos; la púrpura del traje brilla entre el oro del bordado. Todo el teatro queda lleno de asombro y en expectativa silenciosa. Llega, por fin, el instante preciso de cantar y de tañer la cítara. Evángelo principia por arrancar á su instrumento discordes y agrías notas; rompe al propio tiempo tres cuerdas, por la inhábil violencia con que las ataca, y comienza á cantar con una voz tan débil y antiartística que todo el público se echa á reir, y los jueces del certamen, indignados del atrevimiento, lo mandan azotar y expulsar del teatro. El áureo Evángelo dió entonces un espectáculo ridículo, arrastrado por los azotadores en medio de la escena, llorando con

las piernas acardenaladas por los golpes, y recogiendo del suelo las piedras que se habían saltado de la cítara cuando la golpeaban al mismo tiempo que al dueño.

10. Tras breve intervalo, presentóse un Eleense llamado Eumelo, con vieja cítara de clavijas de madera y vestido y corona que con diez dracmas estarían bien pagados. Pero la habilidad de su canto y el arte con que toca la cítara, le ganan la victoria. Coronado por el heraldo, cuéntase que burlándose de su rival inútilmente ensoberbecido con su lira y sus piedras: «Evángelo, le dijo, tú estás coronado de laurel de oro, porque eres rico, y yo, como soy pobre, de laurel délfico. El único fruto que de tu aparato obtienes es que nadie se compadezca de tu vencimiento, y que todos te desprecien por tu ignorancia y tu inútil lujo.» Lo de Evángelo te viene como anillo al dedo, fuera de que nada se te importe la risa de los espectadores.

11. Tampoco será inoportuno el referirte otra historia sucedida antiguamente en Lesbos. Cuando las mujeres de Tracia despedazaron á Orfeo, dícese que su cabeza y su lira, arrojadas al Hebro (1), bajaron hasta el golfo de Melana. Puesta sobre la lira, flotaba la cabeza, cantando la triste suerte de Orfeo, y la lira, cuyas cuerdas hacía sonar el viento, acompañaba su canto. En este concierto llegaron á Lesbos, cuyos habitantes recogieron la cabeza y la sepultaron en donde hoy está el templo de Baco: la lira fué dedicada á Apolo, en cuyo santuario se conservó mucho tiempo.

12. Más adelante, Neanto, hijo del tirano Pítaco, habiendo sabido que esta lira amansaba animales, árboles y piedras, y que después de muerto Orfeo sonaba todavía sin que nadie la tocase, compró á fuerza de dinero á un sacerdote, para que, sustitui-

(1) Rio de Tracia, hoy *Marizza*.

yéndola con otra igual, le diese la lira de Orfeo. Recibióla Neanto; pero no creyendo seguro usarla en la ciudad durante el día, se fué de noche á uno de los arrabales, llevándola oculta bajo el manto. Una vez solo allí, sacó el joven la lira y se puso á tañer y á trastornar sus cuerdas, esperando, en su ignorancia y desconocimiento de la música, que el instrumento iba á producir melodías celestes, seducción y encanto de todas las cosas, y que él iba á ser feliz con la herencia de la habilidad órfica, hasta que acudiendo al ruido muchos perros de los que allí abundaban, despedazaron á Neanto. Así tuvo igual suerte que Orfeo, aunque en sus manos sólo pudo atraer perros la lira. Evidencia esta historia que no era la lira lo que encantaba á los oyentes de Orfeo, sino el arte y la voz que en grado supremo había recibido de su madre. El instrumento, por sí mismo, no era mejor que los otros.

13. ¿Mas para qué hablarte de Orfeo y de Neanto, cuando en nuestros días (acaso viva aún) ha habido un hombre que ha comprado en tres mil dracmas la lámpara de arcilla del estoico Epicteto? Esperaba, creo, que leyendo de noche á la luz de aquella lámpara, la sabiduría de Epicteto se le colaría, al dormir, en la cabeza y le asemejaría al asombroso anciano.

14. Hace poco, ayer, como quien dice, compró uno el bastón que Proteo el cínico (1) dejó para arrojarse al fuego. Costóle un talento la reliquia, que guarda y enseña, como los Tegeatas la piel del jabalí de Calidonia, los Tebanos los huesos de Gerión, y los rizos de Isis los Menfitas. El dueño de tan estupenda alhaja te supera en ignorancia y tontería. Considera si será

(1) Cf. *La Muerte de Peregrino*, en este mismo volumen.

grande tu infelicidad, que te hace falta un palo en la cabeza.

15. Dícese que Dionisio componía tragedias tan extremadamente malas y ridículas, que á menudo hicieron bajar á las canteras á Filóxeno, porque no podía menos de reirse al oirlas. Enterado Dionisio de las burlas, adquirió con mucho empeño el punzón con que Esquilo escribía, creyendo con él conseguir entusiasmo é inspiración poética. Pero escribió sandeces mayores todavía, como las que cito para muestra:

Doris, esposa de Dionisio, ha muerto.

Y luégo:

¡Ay! ¡qué mujer tan cómoda he perdido!

Y en fin, esta máxima salida del mismo punzón:

Los mortales imbéciles se engañan.

Máxima que tiene el mérito de parecer escrita expresamente para tí por el tirano. El punzón que la escribió merecía ser dorado por esto.

16. ¿Qué esperas de los libros para estar siempre revolviéndolos, encolándolos, recortándolos, ungiéndolos de cedro y azafrán, forrándolos de piel y guarneciéndolos de ombligos como si obtuvieses de ellos algún fruto? ¿Su adquisición te ha hecho por ventura más virtuoso? ¿qué dices? ¡Ah, te callas como los mudos peces! Vives como no debe decirse. La impureza de tus costumbres te granjea, como dice el adagio, aborrecimiento terrible. Si eso hiciesen los libros, fuerza sería huir de ellos á toda prisa.

17. Dos ventajas pueden obtenerse estudiando los antiguos: facilidad de elocución, y conocimiento de lo que debe hacerse y de lo que debe evitarse, por la imitación de los excelentes. Pero quien da á entender

que ni esta ni otra utilidad obtiene de los libros, ¿qué hace comprándolos, si no dar que roer á los ratones, habitación á las polillas, y golpes, so color de negligencia, á los esclavos?

18. ¡Cuánta debe ser tu vergüenza cuando alguno, viéndote en la mano un libro de los que continuamente manejas, te pregunta si es de un orador, de un historiador ó de un poeta! Tú, que has leído el epígrafe, le contestas con aplomo. Pero si, como en el trato familiar ocurre, el otro prolonga la conversación y aplaude ó censura ciertos trozos de la obra, héteme perplejo y sin poder decir esta boca es mía. En aquel instante, por haber llevado como Belerofonte un escrito en contra tuya (1), ¿no querrías que te tragase la tierra?

19. El cínico Demetrio vió en Corinto á un necio que, en primoroso libro, leía *Las Bacantes* de Eurípides, si no me equivoco. El lector estaba en la escena en que un mensajero anuncia el furor de Agave y la muerte de Penteo. Demetrio le arrancó el libro y lo hizo trizas, diciendo: «¡Mejor es que yo despedace una vez á Penteo que tú tantas!» Por más que reflexiono é investigo, no he podido averiguar todavía la causa de tu extremada afición á comprar libros, pues el que sea por tu utilidad ó para tu uso es cosa que nadie podrá imaginarse, aunque sólo tenga de tí la más insignificante noticia. Más verosímil fuera creer que compra peines un calvo, espejos un ciego, flautas un sordo, meretrices un eunuco, remos un habitante del interior y arados un piloto. ¿O te propones, quizá, hacer ostentación de tus riquezas, demostrando á todos que te sobran hasta para derrocharlas en cosas que ninguna utilidad te acarrearán? Es posible;

(1) Vid. Homero, *Iliada*, VI, v. 160.

pero según he logrado saber en lo que me permite mi condición de Sirio, si no te hubieses inscrito fraudulentamente en el testamento de un viejo, hubieras muerto de hambre á estas fechas y hubieras vendido todos tus libros.

20. Aun resta suponer que los elogios de tus aduladores no sólo te han convencido de que eres bello y amable, sino sabio y orador é historiador como no hay otro, y que tú compras libros para justificar sus aplausos. Dícese, en efecto, que les sueles leer de sobremesa algunas obras, y que ellos, llenos de sed, se ponen á gritar como las ranas en tierra, sin lograr beber hasta que se han deshecho á gritos. Pero no comprendo cómo con tanta facilidad te dejas llevar de la nariz y les crees á pies juntos, hasta el extremo de admitir que te pareces á un monarca, como el falso Alejandro, ó el falso Filipo, hijo de un batanero, ó el falso Nerón, de tiempo de nuestros padres, ó cualquiera otro, en fin, cuyo nombre va tildado de impostura.

21. ¿Pero el que tú, hombre ignorante y necio, incurras en semejante sandez y andes con la cabeza levantada, imitando el paso, el traje y el mirar del personaje con cuya semejanza gozas, tiene nada de extraño, cuando el epirota Pirro, príncipe, por lo demás, excelente, se dejó engañar por sus aduladores, hasta el punto, dicen, de creerse muy parecido á Alejandro? La diferencia entre ambos, como me convencí viendo un retrato de Pirro, era, conforme al tecnicismo musical, de dos octavas, no obstante lo cual, se creía viva imagen del Alejandro. Pero ofendo á Pirro comparándolo á tí en esto. Lo siguiente te es perfectamente aplicable. El Epirota había caído en este error; creía lo dicho á pies juntos, y nadie opinaba de distinto modo ni dejaba de padecer la misma

enfermedad, hasta que una anciana extranjera le dijo la verdad en Larisa y lo curó de su sandez. Pirro, después de enseñarle los retratos de Filipo, de Perdicas, de Alejandro, de Casandro y de otros reyes, la preguntó á quién se parecía, seguro de que señalaría á Alejandro; pero la anciana, después de vacilar un poco: «A Batraquión el cocinero», dijo. Había efectivamente en Larisa un cocinero llamado Batraquión muy parecido á Pirro.

22. No podré decir á cuál bardaje de nuestros bailarines te pareces tú, pero me consta que todo el mundo cree llegada al colmo tu manía de parecerte á tal ó á cual. No es de admirar, pues, que siendo tan mal pintor quieras parecer erudito, y creas ciegamente á los que en este concepto te suelen adular. ¿Mas para qué divago? Manifiesta es la causa de tu afición á libros, aunque por mi rudeza no la haya visto ya. Imaginas muy ingenioso tu expediente y esperas gran fruto de él, si la noticia llega á oídos del Emperador, hombre sabio y que estima muchísimo el saber. Si oye decir que adquieres y coleccionas muchos libros, crees que en breve conseguirás cuanto quieras de él.

23. Pero, infame, ¿supones tan empapado de mandrágora al Emperador que, si sabe esto, no sabrá también cómo vives de día, cuánto bebes y á qué inmundos placeres dedicas tus lechos y tus noches? ¿Ignoras que son infinitos los ojos y los oídos del Príncipe? Tus actos son tan públicos, que hasta los ciegos y los sordos los conocen. Con sólo pronunciar una palabra, con sólo desnudarte en el baño, ó sin necesidad de desnudarte, con sólo hacer desnudarse á tus esclavos, ¿qué piensas? ¿no se descubrirá al punto el secreto de tus noches? Responde ahora: si vuestro sofista Baso (1),

(1) Hubo varios sofistas de este nombre. Luciano debe aludir á uno, Corintio, sobre quien recaían sospechas de parricidio.

si Bátalo (1) el flautista, si el bardaje Hemiteón de Sibaris (2), autor de famosas leyes en que se os prescribe la manera de suavizar la piel, depilarla y de usar toda especie de lascivia; si uno de éstos, digo, se presentase cubierto con la piel de león y con la maza en la mano, ¿por quién crees que lo tomarían los espectadores? ¿por Hércules? No, á menos de tener en los ojos una olla de legañas. Diez mil cosas testificarían en contra del disfraz: el paso, la mirada, la voz, el cuello inclinado, el albayalde, la masilla y el colorete con que soléis adornaros; pues, como dice el refrán: «Mejor se pueden esconder en el sobaco cinco elefantes que un bardaje.» Si una piel de león no basta para cubrir un hombre de esta especie, ¿crees que un libro bastará para taparte? Eso es imposible: te denunciarían las demás señales.

24. Sin duda ignoras que la buena opinión no ha de buscarse en los puestos de libros, sino que cada cual se la debe procurar por sí mismo y con su vida cotidiana. ¿Crees tú que los copistas Calino y Ático testificarán y abogarán en favor tuyo? No: gentes implacables te aplastarán, si place á los dioses, y te reducirán á la última miseria. Debías, si recobrases ahora tu juicio, vender todos esos libros á algún sabio, y con ellos vender también tu recién construída casa, y devolver á tus compradores de esclavos parte de lo mucho que les debes.

25. Porque tú has puesto singular empeño en dos cosas: en adquirir libros de gran valor, y en comprar jóvenes gallardos, ya bien hechos. En este doble ne-

(1) También pasa por poeta obsceno.

(2) Presunto autor del libro á que alude Ovidio (*Tristes*, lib. II, Elegía única, v. 417):

Nec, qui composuit nuper Sybaritida, fugit.

gocio tratas y contratas con afán. Pero es imposible siendo pobre sobrellevar el gasto de esta doble afición. Escucha, pues, que nada hay más sagrado que un consejo. Despréndete de todo lo impropio de tí y atiende à la otra enfermedad: compra siervos complacientes, no sea que si te faltan los de casa te dirijas à hombres libres: mira que en esto hay peligro de que, como no reciban cuanto gusten, divulguen lo que hacéis después de beber, como últimamente aquel infame que al salir de tu casa ha revelado tus torpezas y mostrado la huella de tus dientes. Pudiera yo probar, con los testigos entonces presentes, la indignación que sentí y lo à punto que estuve de pegar al indiscreto cuyas revelaciones me sublevaban por tí, sobre todo cuando invocó el testimonio de otro joven y luego el de otro que ha confirmado sin vacilar su revelación. Atiéndeme, pues, bendito varón; conserva tu dinero y guárdalo para poder sin riesgo hacer y consentir estas cosas dentro de tu habitación. Porque à que dejes de hacerlas ¿habrá quien te pueda persuadir? No suelta fácilmente la perra el cuero que le han enseñado à roer.

26. El otro consejo es más fácil de seguir: no compres más libros; estás bastante instruído; tu ciencia es suficiente; tienes todo lo antiguo en la punta de la lengua; conoces toda la historia, todas las artes del decir, todos los vicios y elegancias, y usas términos áticos à placer. Gracias à tu muchedumbre de libros has llegado al colmo de la sabiduría y de la erudición. Nada impide, en efecto, que me divierta un poco à tu costa, ya que te complaces en verte burlado.

27. Con gusto te preguntaría qué libros prefieres, de tantos como tienes à tu disposición. ¿Los de Platón? ¿los de Antístenes? ¿los de Arquíloco ó de Hiponax? ¿Ó desdeñas obras de esta clase y te dedicas à los oradores? Dime, ¿lees quizás el discurso de Esquines con-

tra Timarco? Pero, sin duda, conoces todo esto y muy al pormenor. ¿Has visto algo de Eupolis y Aristófanes? ¿Has leído toda la comedia de los *Baptas*? (1). ¿No te ha conmovido nada de lo que en ella hay? ¿No te ha dado vergüenza al reconocerte allí? Lo que más asombrará á cualquiera es que con un alma como la tuya te atrevas á tocar libros, y ¡con qué manos, Júpiter salvador! Pero ¿cuándo los lees? ¿De día? Nadie te ha visto. ¿De noche? ¿Cómo, si estás consagrado á tu otra afición? ¿Antes de obscurecer? No te atreverías entonces á hacer tal.

28. Déjate, pues, de libros y entrégate á tus gustos. Aunque, bien mirado, más valdría que te abstuvieras y respetases á la Fedra de Eurípides, cuando en su ira contra las mujeres exclama (2):

A las tinieblas cómplices no temen,
Ni que airados los muros las delaten.

Mas si estás decidido á perseverar en tu dolencia, anda, compra libros, tenlos encerrados en casa y disfruta del honor de poseerlos. Eso te basta. Pero no los toques jamás, no los leas, no apliques tu lengua á discursos y poemas de los antiguos que ningún mal te han hecho. Sé que empeñado, como el proverbio dice, en blanquear á un Etíope, pierdo lastimosamente el tiempo. Comprarás libros, no los leerás y serás el ludibrio de las personas ilustradas, que no avaloran un libro por la hermosura exterior, ni por lo subido del precio, sino por el estilo y fondo de los autores.

29. Crees, sin duda, que ocultándola bajo apariencias de erudición, vas á disimular tu ignorancia y á engañarnos con la muchedumbre de tus libros, sin

(1) Una de las más licenciosas comedias de Eupolis. Se ha perdido.

(2) *Fedra*, v. 417.

conocer que los médicos más ignorantes siguen igual sistema, mandándose fabricar cajas y calabacitas de plata y escalpelos con dibujos en oro; pero al irlos á emplear no saben manejarlos, y suele ocurrir que el último practicante se presenta y, con roñosa pero bien afilada lanceta, libra de sus dolores al paciente. Aunque empleando una comparación más vejatoria, fijate en los barberos, y observarás que los hábiles tienen una navaja, un cuchillito y un espejo de regulares dimensiones, y los ignorantes y torpes ostentan muchas navajas y enormes espejos; pero con todo no logran disimular su impericia; y, lo que es todavía más ridículo, la gente va á afeitarse en las barberías próximas, y viene á arreglarse el cabello y á mirarse en sus espejos.

30. Del mismo modo pudieras tú prestar á otros tus libros, ya que no puedes usarlos. Pero jamás has prestado un libro, pues haces lo que en el pesebre el perro: ni come la cebada, ni la deja comer al caballo, que puede hacerlo. Esto es, por ahora, lo que con franqueza tenía que decirte de tus libros: de tus demás acciones bajas y miserables me oirás á menudo en adelante.

LIX.

LA MALEDICENCIA NO DEBE SER CRFIDA DE LIGERO (1).

1. La ignorancia es ciertamente un mal grave, y causa para la humanidad de males sin cuento. Envuelve en espesa niebla nuestros actos, obscurece la verdad y cubre de sombra la vida de cada hombre. Aseméjémonos entonces á personas vagando en las tinieblas, ó más bien, ciegos del todo, tropezamos sin razón, ó nos vamos más allá de lo debido, ó no vemos lo que cerca y á nuestros pies tenemos, ó nos arredra como peligro inminente lo alejado y distante; no habiendo nada, en fin, en que no vacilemos. La ignorancia, sin embargo, ha suministrado á los trágicos abundantes asuntos, como las historias de Labdacidas y Pelópidas (2) y otras semejantes, porque casi todos los males que en el teatro vemos han sido producidos por la ignorancia, como si ésta fuese una especie de

(1) La palabra *διαβολή* tiene varias acepciones significa *maledicencia, calumnia, delación, rumores verdaderos ó falsos* extendidos contra un enemigo con intención de perjudicarlo. Hemos preferido la primera acepción en la traducción del título de este tratado: en el decurso de él nos hemo^s visto precisados á admitir las otras, según lo indicaba el sentido.

(2) A estos ciclos pertenecen las desgracias y aventuras de Edipo, Atreo y Tiestes, Eteocles y Polinice, etc.

genio de lo trágico. Pero digo esto con la vista atenta á otras cosas, y sobre todo, á las falsas delaciones de parientes y amigos contra amigos y parientes. Su perniciosa influencia ha destruído familias, ha arrasado ciudades y ha enfurecido padres contra hijos, hermanos contra hermanos y amantes contra amadas. Mil amistades han sido rotas, y mil casas demolidas por delaciones con apariencias de ciertas.

2. Para que en ellas [no caigamos nunca, intento presentar en este discurso como en un cuadro lo que es la delación con sus causas y efectos. Mucho antes que yo hizo su retrato Apeles de Efeso (1), cuando fué delatado á Tolomeo (2) como cómplice de la conjuración tramada en Tiro por Teódotas (3). Apeles jamás había estado en Tiro, ni tenía de Teódotas más noticias que la de que era un lugarteniente de Tolomeo, á quien éste había encomendado el gobierno de Fenicia. En tanto Antífilo (4), uno de los émulos de Apeles, envidioso del favor que le concedía Tolomeo y de su talento artístico, lo denunció al rey como conocedor de la conspiración, asegurándole que se le había visto en Fenicia comiendo con Teódotas y hablándole al oído durante todo el banquete. Aseguró, en fin, que la sublevación de Tiro y la toma de Pelusa (5) se debían á manejos de Apeles.

3. Tolomeo, hombre no muy perspicaz, pero alimentado en la lisonja cortesana, se dejó llevar y arre-

(1) Distinto del gran Apeles, natural de Cos, que floreció en tiempo de Alejandro y de Tolomeo, hijo de Lago. El Apeles del texto fué natural de Colofón y ciudadano de Efeso.

(2) Tolomeo IV, llamado Filopator, hijo de Evérgetes.

(3) Vid. Polibio, *Historia*, lib. v, cap. xii.

(4) Pintor bastante notable. Lo cita Plinio (*Hist. nat.*, xxv, 10).

(5) Ciudad considerada como la llave de Egipto. Según Polibio (*loc. cit.*), la ciudad de cuya toma se trataba por los conjurados era Tolemaida.

batar por esta delación absurda, y sin reflexionar sobre su verosimilitud, ni considerar que el delator era un rival, y que para tamaña empresa era poca cosa un pintor, y sobre todo un pintor favorecido por él y antepuesto á todos los de su arte, y sin averiguar previamente si el artista había ido á Tiro alguna vez, se enfureció de pronto, y llenó de gritos el palacio, llamando á Apeles ingrato, traidor y conspirador. Quizá, si alguno de los presos de la conspiración, indignado de la maldad de Antífilo, y apiadado del infeliz Apeles, no hubiese manifestado que el pintor no había tenido parte en la conjura, Apeles también hubiera pagado con su cabeza los males de Tiro, de los que era inocente.

4. Dícese que Tolomeo se avergonzó tanto de su precipitación, que dió cien talentos á Apeles, y le entregó á Antífilo para que lo tuviera en esclavitud. Apeles, no olvidando el riesgo corrido, se vengó de la delación con el cuadro que voy á describir.

5. A la derecha está sentado un hombre de orejas casi tan grandes como las de Midas, tendiendo de lejos la mano á la Delación, que se adelanta. Al lado del hombre hay dos mujeres, la Ignorancia y la Sospecha, á mi modo de ver. Por otra parte, se acerca la Delación en figura de mujer increíblemente hermosa, pero encendida, alterada y como transportada de cólera y furor, con una antorcha encendida en la izquierda y arrastrando con la derecha por los cabellos á un joven que dirige las manos al cielo y pone por testigo á un dios. Lo conduce un hombre feo, pálido, de mirada penetrante, de aspecto como de persona enflaquecida por grave enfermedad. Es la personificación de la Envidia (1), como claramente da á

(1) El correspondiente griego de Envidia ($\phi\theta\acute{o}\nu\omicron\varsigma$) es masculino. Por eso la representa Apeles con figura de varón.

entender. Siguen otras dos mujeres, instigando, componiendo y adornando á la Delación. Según me manifestó el intérprete del cuadro, una era la Perfidia y la otra la Asechanza. Detrás va otra mujer de lúgubre exterior, vestida de negro y desgarrada. El Arrepentimiento, según pude entender. Esta vuelve la cabeza llorando, y avergonzada fija los ojos en la Verdad que viene más atrás. Así expresó Apeles por medio de la pintura el riesgo en que había estado.

6. A imitación del pintor de Efeso tratemos, pues, si os parece, de trazar el cuadro de la Delación, principiando por definirla: así aparecerá más clara su imagen. La delación es una acusación hecha en ausencia y sin conocimiento del acusado, á la que se da fe sin contradicción de nadie. Esto constituirá el fondo de mi discurso. Los personajes son tres, como en las comedias, el delator, el delatado y la persona á quien la delación se hace. Examinémoslos uno á uno, y veamos cómo obran verosímelmente.

7. Principiemos, si os parece, por sacar á escena al protagonista del drama, ó sea al autor de la calumnia: no es un hombre de bien, como fácilmente ven todos; porque no hay hombre de bien que se preste á hacer daño á otro. Al contrario, los buenos se distinguen por sus beneficios á los amigos, por no acusarlos injustamente, por no procurarles el aborrecimiento de los demás, ganándose así ellos buena fama.

8. Fácilmente se deduce de lo dicho que el delator es un hombre injusto, perverso y perjudicial á los que le tratan. ¿Quién duda, en efecto, de que la igualdad en todo y el abstenerse de cualquiera abuso son los caracteres de la justicia y la desigualdad, y el apropiarse atrevidamente más de lo debido lo son de la injusticia? Ahora bien; el que á hurto de los demás delata y calumnia, ¿no acapara en provecho propio á sus

oyentes apropiándose de sus oídos y tapándoselos de modo que obstruídos por sus mentiras no puedan ya dar paso á la defensa del otro? Extremo de injusticia es tal conducta, según legisladores tan excelentes como Solón y Dracón han dado á entender en el hecho de obligar á los jueces con la religión del juramento á escuchar por igual á las dos partes, y á conceder igual benevolencia á los sometidos á su dictámen, hasta que comparadas una con otra las dos causas, resulte una mejor y otra peor: antes de comparar la acusación y la defensa creyeron impío é injusto en extremo el juicio del tribunal. También, por consiguiente, podremos sostener que los mismos dioses se indignarían si permitiésemos al delator decir sin empacho cuanto quisiera, y cerrásemos los oídos á la defensa del acusado, ó le tapásemos la boca para votar contra él bajo la influencia del discurso acusador. No es justo, pues, ni legítimo, ni conforme á la religión del judicial juramento el que nadie haga una delación. Mas por si los legisladores no pareciesen bastante dignos de fe cuando mandan juzgar sin injusticia y sin parcialidad, creo oportuno invocar el testimonio de un excelente poeta (1), que dió sobre el particular esta hermosa máxima, ó por mejor decir, esta ley:

Sin oír las dos partes nunca juzgues.

Sabía, creo, que entre las muchas injusticias en que la vida abunda, ninguna hay mayor y más opuesta á la equidad que condenar á uno sin juicio y sin dejarle hablar. Esto precisamente procura con empeño el delator: entregar indefenso al acusado al furor

(1) *Focílides*, según el Escoliasta de *Las Acispas* de Aristófanes, en cuyo verso 919 se hace la misma cita.

del que le escucha, quitándole todo medio de justificarse con lo clandestino de la acusación.

9. El delator es tan fingido y tan cobarde, que no obra al descubierto jamás. Semejante á enemigos emboscados, lanza sus flechas desde obscuro rincón, sin que sea posible hacerle frente ni atacarle, por no saberse de cierto en donde se halla; lo cual es el mejor indicio de que los delatores no dicen la verdad. Quien se cree en posesión de ella procura, en efecto, convencer públicamente al acusado de la verdad de la acusación, y discute y cuestiona con él; de igual modo que nadie, pudiendo vencer en campo descubierto, va á emplear engaños y emboscadas contra el ejército competidor.

10. Hombres de esta calaña bullen sobre todo en las cortes de los reyes; medran con el favor de príncipes y potentados, y donde quiera que haya muchas envidias, sospechas á manta é infinitas ocasiones de adular y calumniar. Allí, en efecto, donde son mayores las esperanzas, son más graves las envidias, más peligrosos los odios y más perita en malas artes la emulación. Todos los cortesanos se dirigen miradas penetrantes, y como gladiadores procuran descubrir la parte vulnerable del contrario; cada cual quiere ser el primero, y empuja y separa con el codo á su vecino, y derriba y echa abajo, si puede, al que va antes que él. Allí el hombre honrado es derribado pronto, echado de filas é ignominiosamente expulsado por fin: medra, por el contrario, el más adular y el más experto en malas artes, que, al cabo, consigue vencer y triunfar; y así justifican los cortesanos el dicho de Homero (1):

Marte es de entrambos, y el que mata muere.

(1) *Iliada*, XVIII, v. 309.

Así, no siendo el certamen de cosas baladíes, inventan para perderse recursos variados, entre los cuales el más rápido y peligroso es la delación. Nace ésta de la envidia ó de un odio lleno de esperanzas, y acaba con lastimosas y trágicas catástrofes, fecundas en males y tribulación.

11. No es, sin embargo, fácil y sencilla la delación, como acaso alguno se haya llegado á imaginar; exige, por el contrario, gran destreza, no poco ingenio y especial vigilancia. La delación no sería tan dañosa si no tuviese cierta verosimilitud; ni prevalecería contra la verdad, tan fuerte de suyo, si no cautivase á todos con el aliciente de lo probable y con mil artificios más.

12. El hombre colocado en elevada posición está por lo mismo más expuesto á la delación de los envidiosos que deja tras de sí. Considerándolo como obstáculo ó impedimento á sus planes, todos apuntan sus flechas contra él, creyendo cada cual llegar al primer puesto si expugna á aquel potentado y lo despoja de la regia amistad. Es cosa parecida á lo que en los juegos gímnicos ocurre entre los que se disputan el premio del correr. El buen corredor, en cuanto cae la barrera, pensando sólo en adelantar terreno, fija el pensamiento en la meta y puesta en los pies la esperanza de la victoria, no piensa en perjudicar á su vecino, ni para nada se cuida de los demás; pero el mal atleta, el antagonista impotente, desesperado de ganar por la rapidez, apela á malas artes, y sólo atiende á cómo podrá detener ó derribar á su competidor, pues sin astucia le es imposible el triunfo. Así es la amistad de estos favorecidos: el que la posee se halla expuesto á todas las perfidias, y si, descuidado, cae en medio de sus rivales, es al punto su víctima; y si se les ama y se procura su amistad, es sola-

mente porque parece que pueden hacer daño á los otros.

13. Los delatores no proceden de ligero, para dar á sus acusaciones apariencias de verosimilitud; ponen en ello gran cuidado, temerosos de incurrir en algún absurdo ó contradicción. Así es que casi siempre, tomando á mala parte los merecimientos del calumniado, fingen sobre ellos acusaciones llenas de probabilidad: al médico, por ejemplo, lo acusan de envenenador; al rico, de aspirante á la tiranía, y al ministro, de conspirador.

14. A veces el mismo que oye la calumnia da un asidero á los delatores, cuya malignidad sabe acomodarse á la condición de quien los escucha para conseguir su fin. Si conocen que es celoso: «En la cena, dicen, hizo una señal á tu esposa, la miró y suspiró. Estratónice también le ha mirado con amor»; y luego unas cuantas insinuaciones calumniosas sobre amores y adulterios del galán. Si el príncipe se jacta de poeta y se tiene en mucho como tal: «Filóxeno, le soplan al oído, se rió ayer de tus versos, los ridiculizó, y dijo que no tenían medida ni dulzura.» Si peca de religión y de piedad: «Tu amigo, le dicen, es un ateo, un impío y un despreciador de los dioses, que niega su providencial intervención.» Estas palabras producen el efecto de la picadura de un tábano en los que las escuchan, los cuales, como es de suponer, se enfurecen y se arrebatan contra el amigo, sin esperar su plena convicción.

15. Los delatores, en efecto, casi siempre escogen y denuncian hechos que saben han de producir en sus oyentes la mayor indignación. En cuanto descubren el punto en donde conviene herir, disparan sobre él sus flechas, esperando que en el primer acceso de cólera no tendrá tiempo de inquirir la verdad, y que

si el acusado quiere defenderse será rechazado por el prejuicio en que le ha hecho incurrir la inopinada revelación con sus visos de probabilidad.

16. Porque la especie de calumnia más eficaz es, sin duda, la que más contraría á los gustos del oyente. Por eso cuando ante el Tolomeo llamado Dionisio fué acusado Demetrio el Platónico de haber bebido sólo agua, y de no haberse vestido de mujer en las fiestas de Baco, instruído el proceso, si no hubiese bebido desde la mañana en presencia de muchos y no hubiese bailado al son de los címbalos, vestido con una túnica de Tarento, era hombre muerto el filósofo, por no serle gratas las costumbres del Rey y censurar con su templanza y sus doctrinas la relajación del tirano.

17. El delito mayor que podía delatarse á Alejandro era el de no reverenciar á Hefestión ni darle culto. Cuando Hefestión murió, Alejandro, que le amaba en extremo, quiso, entre otras pruebas de magnificencia, elevar á la categoría de los dioses al difunto (1). Pronto, pues, las ciudades erigieron templos, consagraron altares y recintos, é instituyeron sacrificios y fiestas en honra de la nueva divinidad, é hicieron del nombre de Hefestión el juramento más santo para todos. Si alguno se permitía sonreír ó no se le mostraba fervorosamente devoto, era condenado á muerte. Los aduladores, explotando la pueril pasión del príncipe, la encendieron más y más, la excitaron contando sueños enviados por Hefestión, refiriendo sus apariciones, atribuyéndole curas milagrosas, publicando sus oráculos y acabando por ofrecerle sacrificios como á numen tutelar y preservador de males.

(1) Vid. Arriano, *Anábasis*, lib. VII, 14; y Plutarco, VIDAS PARALELAS, *Alejandro*, 72 y 75.

Alejandro gozó oyéndoles, y acabó por creerlos y por considerarse tan feliz, que no sólo era hijo de un dios, sino que también tenía el poder de hacer dioses. ¡Cuántos amigos de Alejandro no recogieron entonces triste fruto de la apoteosis de Hefestión, acusados de no haber adorado al dios adorado por todos, y se vieron caídos y arrojados por ello de la gracia y de la presencia del monarca!

18. Agatocles de Samos, taxiarca del ejército de Alejandro y muy estimado por éste, se halló en aquel tiempo á punto de ser encerrado con un león. La causa era haberle visto llorar al pasar junto al sepulcro del favorito divinizado. Por su suerte, según se dice, acudió en su socorro Perdicas, jurando por todos los dioses, incluso el mismo Hefestión, que éste se le había aparecido en la caza, y le había mandado que ordenase á Alejandro el perdón de Agatocles, atendiendo á que sus lágrimas no eran efecto de incredulidad, sino del recuerdo de la amistad pasada.

19. La adulación y la calumnia hallaron, pues, fácil acceso al alma de Alejandro, acomodándose á sus pasiones. Como en un asedio no se acercan los enemigos á la parte alta, escarpada y firme de los muros, sino que si advierten alguna desguarnecida, ruinoso ó baja, la atacan con todas sus fuerzas para hacerse dueños de la muralla y entrar á la ciudad de seguida; así los calumniadores, cuando ven en el alma un punto flaco, vicioso y fácil de dominar, lo atacan vigorosamente, aplican á él sus máquinas, y toman por fin la fortaleza, sin que nadie se les oponga, ni se dé siquiera guarda de que atacan. Una vez salvado el muro, lo llevan todo á sangre y fuego, queman, matan, destierran, pues tal cuadro debe presentar, á mi juicio, un alma vencida y esclavizada.

20. Las máquinas que contra quien les escucha po-

nen en juego los delatores, son el engaño, la mentira, el perjurio, la insistencia, la impudencia y otras mil bribonadas; pero la más fuerte de todas es la adulación, pariente, ó más bien, hermana de la delación. No hay, en efecto, alma tan generosa ni tan defendida por diamantino muro que no se rinda á los ataques de la adulación, sobre todo cuando la calumnia mina los cimientos con trabajos de zapa.

21. Esto tocante al ataque exterior. De dentro ayudan muchos traidores, que dan la mano, abren las puertas y favorecen de todas maneras la expugnación del que escucha la delación. Primero el amor á la novedad, ingénito en todos los hombres; luégo el pronto hastío que apenas tocadas nos inspiran las cosas; después el aliciente de todo relato extraordinario, pues, aunque ignoro la causa, lo cierto es que todos experimentamos placer en que nos comuniquen al oído secretos inventados para inspirarnos recelo suspicaz. Conozco, en efecto, algunos cuyos oídos sienten al escuchar las delaciones un cosquilleo no menos dulce que si se los tocasen con una pluma.

22. Cuando apoyado por tantos auxiliares acomete el delator, vence sin dificultad, pues no puede haberla allí donde nadie se presenta al combate, ni rechaza al invasor. El que oye la delación se rinde voluntariamente; los delatados ignoran la celada, y son muertos durante el sueño, como habitantes de una ciudad asaltada de noche.

23. Lo más lastimoso es que el calumniado, ignorante de todo, acércase á su amigo alegremente, como que la conciencia nada le echa en cara, y habla y obra como de costumbre, hallándose el infeliz cercado de asechanzas. Si el otro tiene alma generosa, franca y leal, se enfurece al punto y se desfoga, hasta

que, permitiendo justificarse al calumniado, comprende que se ha irritado sin razón contra su amigo.

24. Más si es bajo y ruin, recibe al amigo con fingida sonrisa; pero lo detesta, aprieta los dientes en secreto, y como el poeta (1), dice:

Guarda en el fondo de su pecho la ira.

Pues no hay, á mi ver, cosa más injusta y vil, que alimentar la cólera mordiéndose los labios, aumentar el odio encerrándolo en el corazón, tener en el pecho un sentimiento y manifestar lo contrario al hablar, y representar con máscara alegre y cómica una tragedia dolorosa y atroz. Cuando se ve al delator, en otro tiempo amigo del calumniado, obrar, sin embargo, así, confírmase el que le dió oídos en esta resolución. Entonces no quiere ya oír la voz de la víctima, ni escucharle cuando se quiere justificar: aquella amistad aparente corrobora el prejuicio sobre la verdad de la delación, sin considerar que entre amigos íntimos surgen á menudo motivos de aborrecimiento desconocidos de los demás, ni que, á veces, un culpable imputa su crimen á un amigo, para apartar de sí la acusación. Nadie, en efecto, se atreve á acusar á su enemigo, pues lo manifiesto de la enemistad impediría que se diese crédito á su delación. A los que pasan por amigos, acometen por esta razón los delatores; con lo cual alardean de afecto á quien los oye dando á entender que por favorecerle no perdonan ni á los amigos á quienes tienen más amor.

25. Hay también algunos que, aun cuando se convencen de la injusticia de una delación, no se atreven ya á hablar ni á mirar á los amigos calumniados, por la vergüenza que les causa la ligereza con que die-

(1) Homero, *Odisea*, VIII, v. 273.

ron crédito á la delación, ó como si fuera para ellos una ofensa el reconocer que aquéllos habían obrado bien.

26. Así se ve afligida la sociedad por multitud de males originados por la facilidad y ligereza con que se da crédito á las delaciones. Antea dice (1):

Resuélvete á morir, amado Preto,
Ó mata al criminal Belerofonte;
Que en su loca pasión forzarme quiso
El tálamo nupcial á que manchase;

y ella se había anticipado á declararse y había sido rechazada. A punto, sin embargo, estuvo el joven de perecer en su combate con la Quimera. Tal premio hubieran dado á su continencia y al respeto á su huésped las asechanzas de aquella mujer infame. Fedra también, calumniando de modo semejante á su hijastro, hizo caer sobre su inocente cabeza la maldición de su padre, aunque nada ¡justos dioses! nada malo había perpetrado.

27. Sí, dirá alguno; pero á veces el delator es digno de crédito, sobre todo cuando tiene opinión de prudente y justo. Entonces hay que atenderle, por lo mismo que jamás ha incurrido en tal vileza. Pero digo yo: ¿ha habido nadie más justo que Arístides? (2) Pues, sin embargo, se ligó contra Temístocles, y excitó contra él al pueblo, á pesar, según dicen, de que la ambición política le agujoneaba tanto como á un Ateniense. Arístides era justo respecto á los demás, pero hombre al fin, sujeto á la cólera, al odio y al amor.

28. Si lo que se cuenta de Palamedes es cierto, el más prudente de los Griegos y el mejor en las demás

(1) *Iliada*, VI, v. 165. La trad. es de Herмосilla.

(2) Vid. Plutarco, VID. PARAL., *Aristides*, 3.

empresas maquinó, por envidia, contra aquel héroe su pariente y su amigo, y que había corrido con él los riesgos de la navegación. Tan natural en el hombre es el dejarse llevar de la pasión.

29. ¿Pues qué diré de Sócrates, injustamente acusado ante los Atenienses de impiedad y de conspiración? ¿Qué de Temístocles y Milcíades, sospechosos de traición á Grecia después de tantas victorias? Infinitos son los ejemplos de esta clase, y conocidos ya los más.

30. ¿Qué hará, pues, el hombre prudente que dude de la virtud ó de la sinceridad? Lo que en el mito de las sirenas indica simbólicamente Homero, mandando al navío huir del pernicioso atractivo de sus cantos; taparse los oídos y no abrirlos de par en par á las personas que parezcan sugestionadas por alguna pasión; hacer que el buen sentido, como portero fiel, observe las palabras que se nos dirigen, admita y reciba las que lo merezcan y rechace y expulse las malas, indignas de este honor. Ridículo fuera, en efecto, poner porteros en las casas, y dejar francas las puertas de los oídos y de la razón.

31. Cuando se acerque alguno á hacernos una delación, convendrá, por consiguiente, examinar el hecho en sí, prescindiendo de la edad y de las costumbres del delator y hasta del ingenio que en sus palabras pueda haber; pues cuanto más persuasivo parezca, es necesario explorarlo con mayor minuciosidad.

No conviene, pues, fiarse del juicio ajeno ni del aborrecimiento del delator, sino reservarse el examen de la verdad, volver el odio al delatado contra el mismo denunciante, aclarar el pensamiento de los dos, y decidir, finalmente, á quién hemos de amar ó aborrecer. Resolver antes de esto al primer impulso de la delación, es niñería, es mezquindad, y, sobre todo, es injusticia atroz.

32. Causa de todos estos males es, como al principio he dicho, la ignorancia y la obscuridad en que cada cual mantiene sus costumbres. ¡Pluguiera á un numen sacar á la luz nuestra conducta, y la Delación huiría á arrojarse de cabeza en el báratro, falta de sitio en la tierra, mientras brillase con todos sus esplendores la verdad!

LX.

EL PSEUDOLOGISTA (1) Ó SOBRE LA PALABRA 'Αποφράς, CONTRA TIMARCO.

1. Es evidente que desconoces el significado de la voz 'Αποφράς (2). ¿Me acusarías, de haber cometido un barbarismo cuando dije que te parecías á un 'Αποφράς (recuerdo haber comparado tus costumbres á un día nefasto) si no desconocieses por completo el valor de este vocablo? Después te enseñaré lo que 'Αποφράς significa; pero por de pronto te diré con Arquíloco, que has cogido la cigarra por las alas. Conoces, sin duda, al poeta yámbico Arquíloco, natural de Paros, libre, suelto, mordaz, y apercibido á hincar el diente á cuantos excitaban la bilis de sus yambos. Al oirse insultar por uno de éstos: «Has cogido la cigarra por las alas», exclamó, comparándose á la cigarra, animalejo naturalmente chillón, pero que si se le coge por las alas, se deshace á chirridos. «Desdichado, quería decir Arquíloco, ¿qué pretendes al concitar contra tí la locuacidad de un poeta, que anda á caza de ocasiones y asuntos para sus yambos?»

2. Con lo mismo te amenazo; no porque pretenda

(1) Pseudologista vale tanto como *mal hablista* ó *mal gramático*.

(2) Equivale á *nefasto*, como en el decurso del tratado se verá: se aplicaba á cosas y á personas.

compararme á Arquíloco (¿cómo, si disto de él tanto?), sino porque dignas de la poesía yámbica conozca de tí mil cosas para las cuales el mismo Arquíloco no bastaría, aunque llamase á Simónides y á Hiponax para pintar entre los tres, uno sólo de tus innumerables vicios, pues en infamias has dejado muy atrás á Orodécidas, á Licambo y á Búpalo (1), asunto de los yambos de aquéllos. Parece que un dios ha traído á tus labios la risa provocada por mi palabra 'Αποφράς, para demostrar que eres más ignorante que un Escita, y para hacer ver que desconoces las cosas más triviales y comunes, brindando al propio tiempo ocasión de escribir contra tí á un hombre libre, que te conoce á fondo, y que lejos de temer decirlo todo, está dispuesto á pregonar, no sólo tus antiguas hazañas, sino las que perpetras cada día y cada noche.

3. Aunque la franqueza usual entre personas instruidas, resultará contra tí superflua y vana: la reprimenda no mejorará tus costumbres; pues una vez habituado á revolver basura, no la deja el escarabajo. Nadie, por otra parte, ignora ya hasta dónde llega tu atrevimiento, y cómo deshonoras tus canas. Tu infamia no es tan secreta y obscura. No es preciso quitarte la piel de león para ver que eres asno. De no ser

(1) Cf Horacio, *Epodos*, VI, v. 11 y sigs.

Cave, cave; namque in malos asperrimus

Parata tollo cornua:

Qualis Lycambæ spretus infido gener

Aut acer hostis Bupaló.

Arquíloco, despechado porque Licambo le negó la mano de su hija Neóbule, escribió contra el padre de la novia tan virulenta sátira, que padre é hija se ahorcaron.

Hiponax escribió otra sátira, que surtió iguales efectos que la anterior, contra Búpalo, escultor de Quío que le había ridiculizado reproduciendo en estatua la feísima figura del poeta.

recienvenido de los Hiperbóreos ó Cimeo de raza, todos, antes de que rebuznes, conocen á primera vista que eres el más insolente de los asnos. Mucho antes que yo, la fama ha pregonado en todas partes y á todos tu vida. La celebridad de que gozas te pone sobre Arifrades, sobre Hemiteón de Síbaris, sobre Basta de Quío (1), docto en estas hazañas. Pero tengo que hablar, aunque parezca que no digo nada nuevo: si no podrían acusarme de ser el único que no estaba enterado.

4. Lo mejor será llamar en mi auxilio á un personaje de los prólogos de Menandro, á Elenco (2), dios amigo de la libertad y de la franqueza. No es el más obscuro de los que á escena salen, y sólo tiene por enemigos á vosotros que teméis su lengua, porque lo sabe todo, y porque dice con claridad cuanto de vosotros sabe. Gracioso sería que este numen quisiera presentarse en el teatro y referir á los espectadores todo el argumento del drama. Ea, pues, buen Elenco, el mejor de los genios y de los prólogos, procura ilustrar á los oyentes con algunas advertencias preliminares. Diles que no sin razón, ni sólo á impulsos del odio, ni con los pies sin lavar, como vulgarmente se dice, emprendo el presente escrito, sino para vengar la injuria que me ha sido inferida y perseguir, á la vez, á quien con sus infamias ha excitado el aborrecimiento de todos. Hecha esta sencilla y clara manifestación, puedes retirarte propicio, dejando á mi car-

(1) Disolutos de la peor especie. Adquirieron triste celebridad por sus infamias. A Arifrades lo cita Aristófanes en *Los Caballeros*. (Vid. nuestra traducción, t. I, pág. 214), y en *Las Avispas*, v. 1271. Hemiteón de Síbaris parece ser el poeta aludido por Ovidio (*Tristes*, lib. II, eleg. única, v. 417). Basta es desconocido.

(2) Elenco significa Convicción. Cf. *El Pescador ó los Resucitados*, uno de cuyos interlocutores es *La Convicción* ó Elenco.

go el resto. No te emplearé, Elenco carísimo, para alabarme ante los espectadores, ni para revelar las torpezas de ese infame: fuera indigno de tí, que eres un numen, mancharte los labios con palabras tan abominables.

5. «Este que se dice sofista (habla ya el prólogo) acudió una vez á Olimpia con objeto de leer en sus fiestas un discurso hacía tiempo escrito. El asunto era: «Una persona de Atenas, si mal no recuerdo, quiere prohibir á Pitágoras la iniciación en los misterios de Eleusis, so color de que Pitágoras era extranjero, puesto que decía que antes de ser Pitágoras había sido Euforbo» (1). El discurso, como el grajo de Esopo, era un conjunto de plumas ajenas. Nuestro sofista que no quería parecer zurcidor de cosas viejas, sino improvisador con lo que había aprendido en un libro, ruega á un amigo suyo, natural de Patras, muy versado en el foro, que cuando pida tema para el discurso, le proponga el de Pitágoras. Consiente el amigo é induce al auditorio á escuchar la oración sobre Pitágoras.

6. «Pero en cuanto principia, se ve lo increíble de la traza. El encadenamiento de las cláusulas revela, como es natural, que han sido estudiadas y meditadas mucho antes. En vano el amigo, con la mayor desvergüenza, ayuda al orador, lo defiende y le tiende la mano. Se hunde á carcajadas el teatro. Unos miran al de Patras, dándole á entender que no se les oculta su complicidad en el engaño; otros, reconociendo las frases del plagiario, pasan todo el tiempo que dura su discurso en preguntar á los demás y en preguntarse á sí mismos á qué declamación de nuestros más célebres sofistas pertenecía cada párrafo.

(1) Cf. *El Sueño ó el Gallo*.

7. «Entre los que reían se hallaba el autor de este tratado. Reía también, y ¿cómo no? ¿ante tan increíble, desvergonzado y evidente atrevimiento, quién pudiera contenerse? No admite freno la risa. Oyendo, pues, las modulaciones de aquella voz con pretensiones de dulce, que parecía cantar en las exequias de Pitágoras, soltó la carcajada mi autor, viendo, como dice el refrán, á un burro queriendo tocar la lira. Volvióse el orador y lo vió. De entonces data la enemistad de entrambos.

8. «Poco después llegó el día primero del año, ó más bien el tercero de la gran Neomenia, en el cual los Romanos, según costumbre antigua, hacen, conforme al ritual prescrito por su rey Numa, votos y sacrificios para todo el año, y creen que en aquel día los dioses están más dispuestos á atenderles. A la fiesta y al sacrificio asistía el autor que en Olimpia se había reído del falsificado Pitágoras, y viendo acercarse á ese impudente canalla, histrión de ajenos discursos, cuyas costumbres, liviandades, infamias, acciones y posturas le eran perfectamente conocidas, dijo á uno de sus acompañantes: «Evitemos la vista de ese miserable; su presencia bastaría para volver ἀποφράς (funesto) este felicísimo día.» Esta palabra ἀποφράς pareció al sofista bárbara y extranjera en el griego, y soltó al punto la risa. Luégo, creyendo vengarse de las anteriores carcajadas del autor: «Ἰ'Αποφράς! dijo á los que le rodeaban. Ἰ'Αποφράς! ¿Qué es eso? ¿Una fruta, un vaso ó una planta? ¿Es cosa de comer ó de beber ese Ἰ'Αποφράς? Nunca he oído semejante palabreja, ni sé lo que significa.

9. «Creía poner en ridículo á mi autor, y reía á mandíbula batiente, sin comprender, el infeliz, que estaba dando la mejor prueba de su extremada ignorancia. Con este motivo, el autor que me envía ha compuesto

un tratado para demostrar que aquel ilustre sofista ignora los términos más usados en Grecia, conocidos hasta por los concurrentes á lupanares y tabernas.» Aquí termina el papel de Elenco.

10. Pero yo me encargo ya del resto de la pieza, y sentado sobre el trípode de Delfos, me juzgo autorizado para publicar lo que has hecho en tu patria y en Palestina, en Egipto, en Fenicia, en Siria y luégo en Grecia y en Italia, y para postre, tu conducta actual en Efeso, colmo de tu demencia y coronamiento y techumbre de tu vida. El proverbio «Pagas un actor trágico, Troyano» (1), te coge de medio á medio, y vas á oír la relación de tus infamias.

11. Pero aun no: hablemos primero del ἀποφράς. Por la Venus callejera, por la Genetílida (2) y Cibeles, ¿qué hallas de reprehensible ó de ridículo en esta palabra? ¿No es griega, por vida mía? ¿es importada de Escitia, Tracia ó Galia? Tú conoces todo lo Ateniense tan á fondo, que sin vacilar la excluiste y la proclamaste desterrada de Grecia. De aquí tu risa al oírme términos bárbaros y extranjeros, y al verme traspasar los confines del Ática. Pero ¿hay palabra más genuinamente ateniense? dirían los que conocen mejor que tú el asunto: tanto, que probarías el extranjerismo é intrusión de Erecteo y de Cécrope en Atenas, antes que demostrar que ἀποφράς no es voz autóctona y ática.

12. Los Atenienses designan muchas cosas con palabras comunes á los demás Griegos, pero son los únicos que llaman ἀποφράς á un día nefasto, abominable, funesto, de mal agüero, semejante á tí, en una palabra. Mira, ya has aprendido de paso lo que quiere

(1) Cf. *El Pescador*, 38.

(2) Cf. *Los Amores*, 42.

decir ἀποφράς: cuando los magistrados suspenden sus tareas, cuando los jueces no ejercen sus funciones, cuando no se ofrecen sacrificios, ni se hace cosa alguna de las que exigen agüeros favorables, este día recibe la denominación de ἀποφράς.

13. Diversas causas han introducido esta costumbre en diferentes pueblos. Unos, en conmemoración de terribles derrotas, han declarado nefastos, esto es, impropios para toda transacción válida y legítima, los aniversarios de aquellas desgracias: otros, por vida mía..... pero ¿no es inoportuno y tardío el meterse á enseñar novedades á un viejo é instruirle en lo que jamás ha conocido? ¿Que sólo ignoras esto? ¿Que en cuanto lo aprendas, lo sabrás ya todo? ¿Pero cómo, pobrete? La ignorancia de otras palabras raras y desconocidas del vulgo podría perdonársete. ¡Pero ἀποφράς! Tú lo has dicho sin querer: ἀποφράς es un vocablo especial y único.

14. Sea, dirá alguno; pero entre los vocablos antiguos, unos deben usarse y otros no, pues los que no son de uso común asombrarían á los que nos escuchan y harían mala impresión en sus oídos. Por eso hablando contigo he cometido una falta; debiera, sí, debiera haber empleado términos paflagonios, capadocios ó bactrianos; tú me hubieras entendido mejor, y yo hubiera logrado halagar tus oídos; pero con Griegos, creo que se debe hablar en griego. Verdad es que los Aticos, en el transcurso del tiempo, han introducido muchas variaciones en su idioma; pero la palabra ἀποφράς se ha usado siempre y continúa usándose por todo el mundo.

15. Pudiera citarte multitud de escritores que antes que yo la han empleado, si no temiera trastornarte con larga lista de poetas, oradores é historiadores para tí completamente desconocidos. Prescindo, pues,

de nombrártelos, porque todos los conocen; pero si me citas un solo antiguo que no haya usado aquel término, cuenta en Olimpia con una estatua de oro. Mas cuando un viejo, un hombre como tú, de edad proecta, ignora semejantes cosas, me parece que no sabe que Atenas es una ciudad del Atica, que Corinto está en el Istmo y Esparta en el Peloponeso.

16. Sólo puedes replicar que conocías el vocablo pero que censurabas su inoportuno empleo. Voy, pues, á justificarme sobre el particular: atiéndeme, á menos que nada se te dé de tu ignorancia. Los antiguos han lanzado con frecuencia insultos de esta especie á hombres de tu calaña, pues en todo tiempo ha habido, como es natural, gente perdida, infame y de abominables costumbres. A uno le llamaron *Coturno*, aludiendo á su conducta ambigua, que le asemejaba á aquella clase de calzado; á otro *Lipae* (1), porque alborotaba la asamblea con sus discursos tumultuosos; á otro *Septimo*, porque á semejanza de los niños que tienen vacaciones cada siete días, reía y bromeaba en las asambleas populares burlándose de los asuntos más serios. ¿No me permitirás, en vista de lo dicho, comparar á un hombre perverso en todo y encenagado en todos los vicios á un día infausto y de mal agüero?

17. Se procura, sobre todo á la mañana, evitar el encuentro con un cojo del pie derecho; y quien al salir de su casa ve un eunuco, un castrado ó un mono, regresa al momento, augurando que, después del infausto y obsceno asegurio, nada le ha de salir bien en aquel día. Pues bien, cuando al principio, á la puerta, en el umbral, y por decirlo así, en la mañana de todo el año se ve un bardaje entregado á prácticas

(1) Significa la *rabia*.

nefandas, tristemente célebre en el vicio, viejo, corrompido, y que merece por sus obras ser llamado impostor, charlatán, perjuro, peste, horca, infierno, ¿no habremos huir de él, comparándole á un día ἀποφράς, á un día nefasto?

18. ¿Qué no eres así? No lo puedes negar. Conozco tu virilidad, y entiendo que te llena de satisfacción el que no haya menguado la fama de tus obras y el que todo el mundo te conozca y te nombre. Pero si disputas ó niegas que eres así, ¿á quién lo harás creer? ¿A tus conciudadanos? (justo es principiar por ellos); pero conocen tu primera educación, y saben cómo te entregaste voluntariamente á aquel militar perdido, le acompañaste en sus correrías y le serviste en todo, hasta que te abandonó, después de haberte convertido, como suele decirse, en un trapo viejo.

19. También recuerdan, como es natural, tus campañas teatrales, cuando quisiste figurar en el cuerpo de baile y ser jefe de comparsas. Nadie se había presentado en escena, ni era conocido el título del drama, cuando tú, elegantemente vestido, con zapatos de oro y regia túnica, eras enviado á solicitar la indulgencia del público, y te retirabas lleno de coronas, honores y aplausos. Ahora eres orador y sofista. Los que observan tu cambio creen, como en la tragedia (1),

Ver á un tiempo dos soles y dos Tebas.

¿Y éste es aquél? se dicen en seguida. Por eso, obrando cuerdamente, no te acercas jamás á tus paisanos, no vuelves á tu país y te destierras voluntariamente de tu patria, aunque no es mala en invierno y molesta en estío, sino una de las más bellas y populosas

(1) Eurípides, *Las Bacantes*, v. 916.

de Fenicia; pero exponerte á recriminaciones y vivir con gentes que te conocen y recuerdan tu historia, sería atarte á un potro. ¡Qué insensatez la mía! ¿Ante quién te habrás de avergonzar? ¿Cuál de tus hechos pasados puede parecerte vergonzoso? Oigo que tienes en tu tierra grandes posesiones, sin duda aquella torrecilla, comparado con la cual el tonel de Sínope parecería el palacio de Júpiter. Por consiguiente, nunca podrás evitar que te tengan por el más infame de los hombres, y por verdadera deshonra de la ciudad todos tus conterráneos.

20. Acaso los demás habitantes de Siria te concederían sus votos, si les asegurases que nada hay de malo ni de vituperable en tu conducta. ¡Por Hércules! ¿no vió Antioquía tu hazaña, cuando te llevaste aquel joven que venía de Tarso?..... Pero no me honraría el revelar estas cosas. Las saben además y las recuerdan testigos presenciales que te vieron haciendo lo que recordarás, á no ser muy flaco de memoria.

21. Quizá no te conozcan los Egipcios, en cuyo país te refugiaste cuando, después de los hermosos espectáculos de Siria, huiste por lo que he dicho, perseguido por los vendedores de trajes á quienes habías comprado telas preciosas para subvenir á las necesidades del camino. Alejandría no sabe menores hazañas tuyas: no debía, sin duda, quedar debajo de Antioquía: allí, en efecto, se mostró más al desnudo tu liviandad y se exacerbó el furor de tu lujuria, aumentó tu notoriedad y quedó tu infamia al descubierto para todos. Sólo uno dió crédito á tus protestas de inocencia y te prestó su ayuda: ha sido el último que te ha pagado: figura entre los Romanos principales, pero me permitirás callar su nombre, aunque todos saben perfectamente á quien aludo. Cuánto tuvo que sufrir mien-

tras estuviste á su lado, ¿para qué he de decirlo? Pero cuando te sorprendió con el joven Enopión su copero ¿crees que podía dudar de tu condición teniéndola ante los ojos? No; á menos de estar ciego. Pronto dió á entender lo que pensaba de tí, echándote de su casa y purificándola, según dicen, á tu salida.

22. Acaya y toda Italia están llenas de tus hazañas y de la fama que te han proporcionado. Goza de semejante gloria. A los que se asombran de tu actual conducta en Efeso, les diría yo una gran verdad, y es, que no se asombrarían si conociesen tu historia. Sin embargo, al relacionarte con las mujeres has aprendido aquí algo de nuevo.

23. ¿El nombre ἀποφράς no cuadra como zapato hecho á medida á hombre de tal ralea? ¡Aun, por vida mía, te atreves, después de tus hazañas, á venir á besarnos en la boca! Es el mayor ultraje; la ofensa que menos debías inferir á tus interlocutores, á quienes de sobra han mortificado ya tus labios con expresiones bárbaras, acentos rudos, confusiones y embrollos indignos de las Musas, y plagas parecidas. ¡Sufrir además tu beso! ¡Oh Dios, preservador de males! venga antes el de un áspid ó una víbora. Correría uno el riesgo de ser mordido y los consiguientes dolores, pero llamado el médico me los mitigaría. Mas para curarme de tu beso y de su tósigo, ¿á qué templos ó altares me dirigiría? ¿Qué Dios escucharía mis preces? ¿Cuántas aspersiones, ó más bien, cuántos ríos no me harían falta?

24. ¡Y siendo así, te atreves á reirte de los demás, y te burlas de sus términos y frases, cuando perpetras tantas y tan abominables hazañas! En verdad, si yo no hubiese conocido el nombre ἀποφράς, tendría motivo para avergonzarme. Tan lejos estoy de sentir molestia por haberlo empleado. Ninguno de nos-

otros te ha censurado todavía cuando dices βρωμολόγους (1), τροπομασθλητας (2), ῥησιμετρειν (3), ἀθηνιω (4), ἀνθοκρατειν (5), σφενδικιζειν (6) y γειροβλημασθαι (7). ¡Plegue al dios de la elocuencia Mercurio aplastarte miserablemente bajo tus propias locuciones! ¿En qué libros has podido hallarlas? Quizá los has exhumado de algún rincón de las Lamentaciones de un poeta, entre flojuelo y telarañas, ó de las tablillas de Filenis que siempre estás manejando. Por lo demás, son dignas de tu boca.

25. A propósito de boca: ¿qué dirías si tu lengua (hagamos esta suposición) te citase á juicio por tus crímenes, ó al menos por tus ultrajes, y dijese: «Ingrato, te recogí pobre, privado de todo, pereciendo de hambre, y te hecho brillar en el teatro, representando primero á Niño, luego á Antíoco y por último á Aquiles; te he alimentado mucho tiempo enseñando á leer á los niños; y ahora, en fin, recitando discursos ajenos, te he hecho pasar por sofista y te he granjeado fama que no mereces? ¿Qué grave falta he cometido para que me trates de este modo, y me obligues á desempeñar sucios y abominables empleos? ¿No basta que me pase el día mintiendo, perjurando, diciendo mil delirios y sandeces, ó más bien, vomitando el fango de tus discursos? Pero ni siquiera, pobre de mí, me dejas en paz de noche; todo corre á mi cargo; sobre mí caen todo linaje de abominaciones; soy ya mano y no lengua; me tratas como á

(1) Que habla de cosas sucias.

(2) Dignos de azotes.

(3) Medir las palabras.

(4) Deseo ir á Atenas.

(5) Reinan sobre las flores.

(6) Por σφενδοκίζειν, *tirar con honda.*

(7) Tirar con la mano.

extraña, y me causas mil males. Hablar es mi único oficio; la naturaleza ha destinado á otros servicios otros miembros. ¡Ojalá me corte alguno como la de Filomela! ¡Mil veces más felices las de los que han devorado á sus hijos!»

26. ¡Por los dioses! Si logrando hablar por sí misma dijese esto tu lengua, invocando el testimonio de tu barba, ¿qué le responderías? Quizás aquello que no hace mucho respondiste á Glauco (1), cuando te echaba en cara una de tus ordinarias fechorías: «Esta conducta me ha hecho célebre en poco tiempo y conocido de todos.» Verdad es: ¿cómo hubieras logrado tanta notoriedad sin más que la oratoria? La fama y la celebridad deben conquistarse de cualquier manera. Luégo enumerarías los muchos sobrenombres que te han dado las gentes. Asómbrame, pues, que no habiéndote ofendido aquellos apodos, te hayas indignado con motivo del ἀποφράς.

27. En Siria te llamaban *Rododafne* (2). ¿Por qué? ¡Minerva soberana! vergüenza me daría decirlo; por mí no ha de saberse. En Palestina, *La Zarza*, sin duda porque tu barba empezaba á pinchar, pues te rasurabas todavía. En Egipto, *La Angina*; la causa ya se sabe; un marinerote de un bajel de tres velas estuvo á punto de ahogarte. Los nobles Atenienses, sin emplear equívocos, supieron honrarte con la adición de una letra, llamándote Atimarco (3): justo era añadir algo al nombre de tu homónimo. En Italia, ¡oh! en Italia mereciste un sobrenombre heroico: te llamaron *El Cíclope*, porque en una ocasión quisiste representarlo confor-

(1) Desconocido.

(2) *Laurel-rosa* ó *adelfa*.

(3) *Jefe de los infames*, de α, partícula privativa, τιμή, *honra*, y ἀρχός, *jefe*.

me á la tradición homérica, imitando sus obscenidades (1). Tendido en el suelo, beodo, con una copa en la mano, enamorabas á lo Polifemo, y un asalariado mozo, con una aguzada tranca, te acometió como Ulises, para reventarte el ojo.

Pero erró el golpe, y resbalando, el palo
Fué á dar en el extremo de la barba (2).

Tratándose de tí no estará mal un chiste frío. Cíclope de nueva especie, abrías todo lo posible y te dejabas cegar la mandíbula, ó bien, como Caribdis, pretendías tragarte entero al ingenioso Nadie (3), con su barco, sus marineros y sus velas. Todo el público vió también lo mismo. Al siguiente día fué la embriaguez tu única defensa, y te disculpaste con el vino.

28. Rico con tantos y tales nombres, ¿por qué te avergüenza el de ἀποφράς? Por los dioses, dime, pues, ¿en qué piensas cuando todos te acusan de Lesbismo y Fenicismo? ¿Ignoras también, como el de ἀποφράς, el significado de estas voces, ó las crees laudatorias? ¿Ó habiéndote criado entre ellas las conoces perfectamente, y rechazas sólo, por desconocida, á ἀποφράς, y la excluyes con tal motivo de la lista de tus alias? Siendo así, he castigado tu ignorancia; hasta en los gineceos se habla de Timarco. Poco hace, cuando tuviste el atrevimiento de pretender á Cicica, esta buena pieza, enterada perfectamente de tu conducta: «No admitiré, dijo, esposo que necesita esposo.»

29. Y estando en tal predicamento, ¿te cuidas de nombres, te ríes de los demás y los desprecias? Tienes razón: todos no podemos imitar tu lenguaje.

(1) Vid. nuestra trad. de *El Cíclope*, drama satírico de Eurípides.

(2) Parodia de Homero, *Iliada*, XIII, v. 605; V, v. 293 y XI, v. 233.

(3) Ulises. Vid. *Odisea*, IX, v. 366.

¡Cómo! ¿quién tendrá suficiente atrevimiento oratorio para pedir, en vez de una espada, *un tridente contra tres adúlteros*, ó para decir, juzgando á Teopompo (1) en la toma de Tricarano (2), que *su tricúspide elocuencia ha destruído eminentísimas ciudades*, y luégo que *tridentó la Grecia* y que *es un Cerbero en sus discursos*? Poco hace encendiste también una linterna para buscar, creo, á un hermano perdido, y otras cien mil tonterías que no merecen contarse. Sólo es digna de mención la siguiente, que recuerdan los que la escucharon: «Un rico y dos pobres, decías, eran enemigos»; y luégo, hablando del rico, añadiste: «El rico mató al otro pobre» (3). El público en masa soltó, como es de suponer, la carcajada, y tú, para enmendar el yerro, y recobrarte: «No, dijiste, el rico mató al segundo de los pobres» (4). Omito tus antiguos *ambos á tres, abonanza, revolo, desparcir* (5) y otras bellezas que florecen en tus discursos.

30. Lo que haces compelido por la miseria, Adrastea me sea propicia, no lo echaría en cara á nadie. A un hombre acosado por el hambre se le puede perdonar que niegue con juramento el depósito recibido, que pida con desvergüenza, que pida después de recibir, que robe mantos y que sea cobrador de impuestos. No lo censuro; nadie lleva á mal que se rechace la

(1) El historiador.

(2) Plaza fuerte de la Fliasia, distrito de la Acaya, junto á las fuentes del río Asopo.

(3) La falta está en decir θάτερον por τὸν ἕτερον.

(4) Ἰάτερον.

(5) Hemos procurado imitar las incorrecciones que Luciano echa en cara á Timarco. En el original se dice τριῶν μηνῶν [*ambos tres meses*], hermanando el plural con el dual; ἀνηνεμία por νηνεμία (*bonanza*); πέταμαι (*yo vuelo*), usado más en poesía que en prosa; ἐκχύνειν, inusitado por ἐκυσῖν (*esparcir*).

pobreza por todos los medios. Pero lo verdaderamente insoportable es que un pobre como tú gaste en procurarse placeres todo el producto de su desvergüenza. Permitirás, sin embargo, que elogie tu ingeniosa estratagema, cuando poniendo en práctica el arte de Tisias, repetiste la truhanería de Córax (1) y estafaste treinta monedas de oro á un viejo imbécil que por causa de Tisias cayó en tus redes y te pagó setecientas cincuenta dracmas (2) por un libro.

31. Aun tengo muchas cosas que decirte; pero te las perdono. Sólo añadiré la siguiente: entrégate á tus gustos y no dejes de volver contra tí tus locas embriagueces; pero de lo demás ¡guárdate! No es lícito invitar á quien costumbres tales tiene, ni ofrecerle la copa de la amistad, ni tocar los mismos manjares. Renuncia también á los besos que es costumbre dar después de los discursos, ó resérvalos para los que haga poco que hayan hecho ἀποφράς tus labios. Y ya que he comenzado á darte consejos de amigo, oye también este otro: deja de perfumarte las canas y depila sólo en un sitio. Si se tiene alguna enfermedad, ha de cuidarse todo el cuerpo; pero si ningún mal padeces, ¿á qué limpiar y suavizar y pulir lo que no debe verse? Sólo eres discreto en una cosa: en conservar blanco el cabello y en no teñirte las canas, que sirven como de velo á tu lujuria. Consérvalas, por Júpiter, siquiera por ahora. No manches más tus barbas, ni las cubras de ignominia, ó, si no puedes menos, haz de noche

(1) Los sicilianos Tisias y Córax pasan por inventores de la Retórica. Tisias se comprometió á enseñar á su discípulo Córax el arte de persuadir. Terminado el aprendizaje, exigió el pago de honorarios. Negóse Córax, pretendiendo que nada le debía. Ante la insistencia del profesor, empleó este supremo argumento: «No logro persuadirte; luego no me has enseñado el arte de persuadir, y por consiguiente nada te debo.»

(2) Unas 690 pesetas.

y en la obscuridad lo que haces, porque de día ¡quita allá!, de día es bestial y salvaje.

32. ¿Ves cuánto mejor te hubiera sido dejar en paz las aguas de Camarina (1) y no reirte del ἀποφρως, que va á *apofrasizar* toda tu vida? ¿Falta todavía algo? Pues no ha de quedar por mí, te lo aseguro. No sabes qué carro te has echado encima, harina de flor y zorro viejo, que debes temblar cuando un hombre de pelo en pecho, ó, como los antiguos decían, un melampigo (2) te mira de soslayo. Quizá te ríes ya de lo de *harina de flor y zorro viejo*, creyéndolos logogrifos y enigmas, porque ni siquiera sabes los nombres de tus vicios. Puedes censurarlos también, si el ἀποφρως no te ha hecho ya pagar el triple ó el cuádruplo. Pero no culpes á nadie; pues, como solía decir el elegante Eurípides (3),

Boca libre, sin ley y sin decoro
Recibe como pago el infortunio.

(1) Lago de Sicilia, cerca de una ciudad del mismo nombre, hoy *Camarina*. Un oráculo de Apolo dió á los habitantes de la comarca, que le consultaban sobre la conveniencia de desaguar el lago, el consejo citado por Luciano. La desobediencia produjo la corrupción del agua estancada y muchas enfermedades. De ahí el proverbio: Μὴ κίνει Καμαρίναν, *no se mueva la Camarina*.

(2) Epíteto aplicada á Hércules: vale *nalgas negras*, y designa una persona verdaderamente varonil y forzada: un hombre de *pelo en pecho*.

(3) *Las Bacantes*, v. 385.

LXI.

DE UN SALÓN (1).

1. Al ver las aguas del Cidno (2), diáfanas, cristalinadas, poco profundas, no muy aceleradas, frescas en el estío, brindando al nadador inefables delicias, sintió Alejandro tal deseo de bañarse en ellas, que no se hubiera abstenido de satisfacer su gusto, aunque hubiera podido presumir la enfermedad que iba á acarrearle (3). Pues de igual manera, viendo este hermoso salón, grande y magnífico, bañado en alegre luz, dorado espléndidamente y embellecido con lindísimos colores, ¿quién que sea orador no apetecerá disertar en él, hacerse aplaudir en él, distinguirse en él y contribuir arrancando aplausos y con todo cuanto le sea posible á realzar y embellecer, si cabe, su hermosura? Después de examinar todas sus maravillas y de asombrarse de ellas, ¿quién lo abandonará al silencio, sin dejar oír su voz, sin dirigirle la palabra, sin conversar con él, como si fuese mudo, ó como si por envidia hubiera determinado no hablar nada?

(1) Se supone que Luciano compuso este trabajo en su juventud.

(2) Río del Asia menor. Hoy *Carasou*.

(3) Vid. Arriano, *Anábasis*, lib. II, cap. IV.

2. Ni de amante de lo bello, ni de aficionado á las obras maestras, fuera, por vida mía, tal conducta. Revelaría, por el contrario, mucha rusticidad, suma torpeza, absoluta falta de gusto, carencia de criterio en materia artística, alejamiento grande de todo lo bello, ignorancia, en fin, de que un hombre sin instrucción no puede apreciar ciertas obras como el hombre instruído. Al primero le basta abrir los ojos, girar la vista al derredor, fijar en todo la mirada, levantar la cabeza hacia el techo, mover la mano en señal de aprobación, y recrearse callando, por temor de que las palabras no resulten indignas de lo que contempla; pero el segundo, en la contemplación de una obra bella no se satisface con dar gusto á los ojos, ni se aviene á ser mudo espectador de la hermosura, sino que trata de desentrañarla cuanto puede y de manifestarla con palabra agradecida.

3. Pero aquí la gratitud no consiste sólo en el elogio. Bastaría esto quizá al joven isleño (1) que, asombrado del palacio de Menelao, compara el brillo del oro y del marfil que en él refulgen al esplendor de la bóveda celeste, porque no había visto nada más hermoso; pero el pronunciar un discurso en este salón, hacer gala de oratoria ante un distinguido público, es ya parte del elogio. Aunque nada más agradable á mi juicio, que ver este hermosísimo lugar en que se escuchan por todos lados elogios y alabanzas, abrirse para recibir nuestro discurso y que con la sonoridad de profunda caverna repite suavemente nuestras palabras, prolonga los últimos acentos de la voz y retrasa el fin de los períodos, ó más bien, que á modo de oyente de buena memoria, retiene lo que se le dice, aplaude al orador y le muestra su gratitud de

(1) Telémaco, hijo de Ulises. Vid. *Odisea*, IV, v. 74.

esta manera no extraña á las artes. Así las altas rocas repiten el canto de las flautas pastoriles: el sonido reflejado vuelve al punto de partida, aunque el vulgo crea en la existencia de una virgen que responde á los cantos ó á los gritos desde el fondo de los peñascos donde vive y de donde salen las palabras que envía.

4. Paréceme que en esta preciosa sala el ánimo del orador se eleva y su elocuencia se excita como si le inspirase este espectáculo: la belleza, en efecto, trasciende de los ojos al mismo espíritu, que la toma por modelo y la expresa en sus discursos. Creemos que á la vista de sus armas creció el furor de Aquiles (1) contra Troya, y que, apenas se las ciñó para probarlas, se sintió enardecido y como con alas para nuevos combates; ¿y diremos que la belleza de un local no ha de inflamar la mente del que habla? Bastaba á Sócrates sentarse en la hierba florida, bajo un frondoso plátano, cerca de cristalina fuente, no distante del Iliso, para empezar con delicada ironía á dirigirse al mirrineme Fedro, y á refutar las opiniones del hijo de Céfalo, Lisias. Invocaba á las Musas, seguro de que no se desdeñarían de acudir al solitario lugar para prestarle auxilio en sus disertaciones de amor, y no se avergonzaba, aunque viejo, de invitar á unas vírgenes á escuchar sus discursos filopédicos. ¿Y creeremos que las Musas no vendrán por sí mismas á este hermoso recinto?

5. En esta mansión no se halla sólo la sombra de un bello plátano (2), aun cuando el plátano de oro (3) del gran rey sustituyera al del Iliso. Aquel árbol sólo

(1) *Iliada*, XIX, v. 15.

(2) Vid. Platón, *Fedro*, al principio.

(3) Vid. *Herodoto*, VII, 27.

era maravilloso por el precio; ni el arte, ni la hermosura, ni la gracia, ni la elegancia, ni la exacta proporción, combinadas con la riqueza material, realzaban su mérito: era una obra para bárbaros; una ostentación de riqueza, para excitar la codicia de los espectadores y satisfacer la vanidad de los dueños, pero sin mérito alguno merecedor de aplauso. Los Arsácidas no se cuidaban de obras de arte; no acostumbraban á exhibir sus tesoros para recreo de la vista y recolección de elogios, sino para asombrar á los espectadores: los bárbaros sólo aman la riqueza, y no aprecian los primores artísticos.

6. La belleza de este salón no es para gustar á bárbaros; no se acomoda á la arrogancia pérsica, ni á la regia jactancia; no pide espectador simplemente pobre, sino entendido, que no juzgue sólo por los ojos, sino que consulte á la razón para sus juicios. El estar orientado hacia la parte más hermosa del día (no hay otra más bella y agradable que la de su nacimiento); el recibir los rayos del sol en cuanto sale; el inundarse de luz por sus puertas abiertas, exposición que daban los antiguos á sus templos; el tener en justa proporción la largura con la anchura y con las dos, la altura; el dejar sus ventanas ancho campo á la vista y estar vueltas hacia cada estación del año, ¿no es sumamente agradable y digno de alabanza?

7. Es de admirar también la hermosura del techo, en cuya ornamentación no hay nada superfluo ni digno de censura, y la sobriedad en el empleo del oro, sin que pueda achacarse á economía. De esta suerte, una mujer honrada y bella se limita á llevar algunas joyas para realzar su hermosura, bastándola delgado collar en la garganta, ligero anillo en el dedo, zarcillos en las orejas, un broche y una cinta que prenda el suelto cabello, y procura realzar sus na-

turales encantos en igual proporción que la franja de púrpura al vestido; pero la meretriz, sobre todo si es fea, se viste un traje todo de púrpura, se cubre de oro el cuello, emplea el lujo como medio de seducción, y suple con adornos extraños la falta de hermosura. Imagínase que el brazo parecerá más blanco si brilla en él el oro; que la mala forma del pié desaparecerá bajo el áureo zapato, y que el mismo rostro se hará más amable con los reflejos del metal precioso. Esto hacen las meretrices; pero la mujer honrada sólo lleva el oro necesario y preciso, y aun creo que no se avergonzaría de mostrar su belleza al desnudo.

8. Así el techo de este salón, lo que pudiera llamarse su cabeza, hermoso por sí mismo, preséntase embellecido por el oro, como de noche la bóveda celeste se adorna de trecho en trecho con estrellas y brilla con luminas convenientemente distanciados, pues si todo fuese fuego nos parecería pavorosa y no bella. Se puede ver aquí que el oro no es inútil, ni se halla derramado para mero placer entre los restantes adornos; brilla agradablemente y baña el salón en rubios matices. Cuando los rayos de luz caen sobre el oro, toman el color del metal, resurten teñidos con él y difunden la serenidad de sus tonos rojizos.

9. La hermosura de la techumbre es por consiguiente tal, que para elogiarla cumplidamente haría falta un Homero que la llamase «magnífica» (1), como la del tálamo de Elena, ó «espléndida» (2), como la del Olimpo. Los demás adornos, como la pintura de las paredes, la hermosura de los colores, la vivacidad, corrección y verdad de los lineamientos, pueden compararse perfectamente al aspecto de la estación vernal ó de flo-

(1) *Odisea*, IV, v. 121.

(2) *Iliada*, I, v. 532.

rida pradera; sólo que éstas se desfloran, se marchitan y pierden su hermosura, y aquí la primavera es perpetua, inmarcesible el prado y eternas las flores, como que únicamente las toca la vista que percibe la encantadora suavidad de este espectáculo.

10. ¿Quién, por tanto, podrá contemplar sin emoción tantas y tan magníficas bellezas? ¿Quién, aun excediéndose á sí mismo, no deseará hablar entre ellas, y más si sabe que el quedar inferiores á lo que vemos es cosa vergonzosa? La vista de objetos hermosos está, en efecto, llena de atractivos hasta para los irracionales. Un caballo corre, á juicio mío, más á gusto por llano en declive cómodo, cuyo blando suelo recibe muellemente sus pies, cede suavemente á su presión y no rechaza sus cascos; allí despliega todo su vigor, galopa gallardamente con toda velocidad y compite en hermosura con el campo.

11. El pavo real, cuando principia la primavera y se abren las flores, no sólo más agradables, sino más floridas, si cabe expresarse así, y con más puros colores, viene á pasearse al prado, extiende al sol las alas, levanta la cola, la despliega en vistosísima rueda, exhibe sus flores y la primavera de sus plumas como desafiando al prado á un certamen de belleza. Se vuelve, gira, ostenta triunfalmente su hermosura, sobre todo cuando parece más espléndida, gracias al incesante cambiar de sus matices, que varían en gradaciones insensibles y presentan á cada movimiento nuevos tonos. Ocurre esto principalmente en aquellos círculos que al extremo de las plumas tiene cercados por los colores del iris: el bronce de hace un instante, á una leve inclinación se trueca en oro, y el azul celeste emanado del sol despide, al pasar á la sombra, un matiz verde: así, por medio de la luz, diversifica el adorno de su plumaje el pavo.

12. La atracción que el mismo mar ejerce sobre nosotros, y la afición que nos inspira, sobre todo cuando aparece tranquilo, las conocéis aunque las calle. El más apegado á la tierra y menos perito en navegar experimenta deseo de embarcarse, de navegar, de alejarse mucho de la orilla, y más si ve la vela hinchada por viento favorable y el bajel deslizándose blandamente por la superficie de las aguas.

13. Así la hermosura de este salón tiene la virtud de comprometernos á pronunciar un discurso, excita al orador y le inspira deseos de conquistar aplausos. Cedo ó, por mejor decir, he cedido ya á este aliciente, y como arrastrado por un encantamiento ó por la belleza de una sirena, he venido á hablar en esta sala..... Espero confiado que aunque mi discurso no sea hermoso por sí, lo parecerá al menos, adornado con tan espléndido ropaje.

14. Pero he aquí que otro discurso, nada despreciable y muy pagado de noble, y que me ha interpelado mientras hablaba y ha pretendido interrumpirme, ahora que he concluído se me presenta y me acusa de falta de sinceridad, y se asombra de que haya podido decir que la hermosura de una sala, las pinturas y el oro que la adornan la hacen más adecuada para el lucimiento del orador, cuando, en su sentir, es precisamente lo contrario. Pero, si os parece, será mejor que el discurso se presente ante vosotros, como ante un tribunal, y defienda la posibilidad de que la fealdad y la pobreza de una sala sean favorables á la oratoria. Ya me habéis oído: no necesito hablar dos veces del asunto. Preséntese el contrario: yo, mientras, callaré y me apartaré un poco.

15. «Ciudadanos jueces, dice, el orador que me ha precedido en el uso de la palabra ha puesto empeño en prodigar elogios á este salón y lo ha embellecido

con su discurso. Lejos de censurarle por esto, me siento inclinado á suplir lo que ha omitido; pero cuanto más hermosa os parezca esta sala, tanto más impropia es para teatro oratorio, en primer lugar, ya que el preopinante ha hablado de las mujeres y de sus alhajas de oro, permitidme emplear la misma comparación para mi caso. Sostengo, pues, que con tal atavío no sólo no parecen más hermosas las mujeres, sino que también las perjudica el mucho adorno. Todo el que las ve, deslumbrado por el brillo del oro y de las piedras, prescinde de elogiar el color de la tez, la viveza de los ojos, la garganta, los brazos ó los dedos, para fijarse sólo en la sardónica, en la esmeralda, en el collar ó en el brazalete, de manera que la beldad pudiera ofenderse de verse pospuesta á sus adornos, para los cuales sólo tienen ojos los espectadores, que no elogian los atractivos naturales y los miran á la ligera y como un accesorio.

16. »Inevitablemente sucederá lo mismo á quien pretenda lucir su elocuencia entre obras tan hermosas. Lo que dice se eclipsa entre las magníficas bellezas; su brillo se amortigua y se desvanece como una lámpara en medio de una hoguera, ó una hormiga al lado de un elefante ó de un camello. De esto debe guardarse el que perora. Además, en recinto tan resonante y sonoro, la misma voz se confunde fácilmente: el eco la refleja, la reproduce y la repite ó más bien la cubre, como la trompeta á la flauta cuando suenan simultáneamente, ó el mar al canto de los remeros cuando, entre el fragor de las olas, quieren maniobrar cantando. El sonido más fuerte domina al más débil y lo reduce al silencio.

17. »Sostenía mi adversario que la vista de una sala magnífica excita y aviva el ingenio del que habla. Soy de opinión opuesta: le sobrecoge, le turba, le

amedrenta, y acrece su timidez con la idea de que nada hay más bochornoso que pronunciar en una sala un discurso que no se le parezca. Allí la impericia aparece más de bulto: es como cuando huye el primero un soldado cubierto de armas, que hacen resaltar su cobardía. El orador homérico (1) era, sin duda, de esta opinión, al no cuidarse de sus prendas personales y al presentarse como hombre inexperto para que su discurso resultase luégo más hermoso comparado con su deformidad personal. El que habla en un lugar ricamente decorado necesariamente ha de ocuparse en su contemplación: la hermosura le atrae, le distrae y no le deja poner en su discurso toda la exquisita y necesaria atención. ¿Cómo, pues, dejará de hablar peor teniendo el alma absorta en el elogio de lo que ve?

18. »Omitía el decir que los mismos invitados á escuchar el discurso, en vez de oyentes son espectadores cuando entran en la sala: no hay, en efecto, Demódoco (2), Tamiris (3), Femio (4), ni Orfeo que pueda con su palabra distraerle de semejante espectáculo. Apenas traspasado el umbral y visto aquel conjunto de maravillas, no hay quien se acuerde de oír, ni que dé á entender que escucha y no quede absorto en lo que ve, como no sea ciego ó no se celebre la sesión durante la noche como las del Areópago.

19. »En efecto, el encanto del lenguaje no puede

(1) *Iliada*, III, v. 217.

(2) Aeda de los Feacios. Vid. *Odisea*, VIII, v. 72 y sig.

(3) Aeda tracio. Su jactancia le valió el ser cegado por las Musas, según un mito recogido por Homero. Vid. *Iliada*, II, v. 594.

(4) Aeda á quien obligaban á cantar los pretendientes de Penélope, en los festines que celebraban en el palacio de Ulises. Fué uno de los pocos á quienes el monarca Itacense perdonó al regresar á sus hogares. Vid. *Odisea*, I, v. 325.

competir con el de la vista, como pone de manifiesto la fábula de las Sirenas comparada con la de las Górgonas. Aquéllas atraían con dulce voz al navegante y retenían con lisonjeras canciones al marinero arribado á su isla; pero la consumación de su obra exigía algún tiempo, y hubo quien pasó de largo sin escuchar sus acentos (1). Pero la hermosura de las Górgonas era infinitamente eficaz, penetraba en lo más recóndito del alma, ponía instantáneamente fuera de sí y mudos á cuantos la veían, ó como dicen el mito y la tradición, los petrificaba de asombro. Lo que del pavo real os ha dicho poco antes mi adversario, es favorable sin duda, á la opinión que sustento. Lo que enamora en él está en la hermosura y no en el canto. Colóquense á su lado un ruiseñor ó un cisne; hágaseles cantar, y ostente aquél en silencio su plumaje: y estoy seguro de que los espectadores se fijarán en él prescindiendo de la melodiosa voz de sus rivales: tan irresistible es el placer que nos entra por los ojos (2).

20. »Voy, si lo permitís, á presentaros por testigo á un hombre sabio, que sin demora alguna declarará que lo que se ve produce impresión más fuerte que lo que se oye. Heraldo, cítame al halicarnasio Herodoto (3), hijo de Lixo. Helo ahí muy á punto. Salga al medio y declare. Permitidle que como acostumbra, os hable en dialecto jónico: «Ciudadanos jueces, verdad es lo que dice: creed á quien sostiene que la vista es preferible al oído: los oídos son casi siempre más infieles que los ojos (4).» ¿Oís cómo el testigo ha declarado que la vista es preferible al oído? Y con razón,

(1) Ulises. Vid. *Odisea*, XII.

(2) Cf. Horacio, *Epist. ad Pisones*, v. 1º0.

(3) El ilustre historiador jonio.

(4) Vid. Herodoto, lib. I, cap. VIII.

á fe mía. Las palabras son aladas (1), vuelan y desaparecen al salir de los labios: pero el placer de los ojos es permanente y duradero é impresiona vivamente.

21. »¿Cómo, pues, una sala tan bella y admirable no ha de ser para el orador un adversario terrible? Pero aun no he dicho lo más convincente. Vosotros mismos, jueces, mientras yo hablaba, mirabais al techo y admirabais las pinturas de las paredes pasando la vista de una á otra. No os avergoncéis por ello: no es censurable cosa tan natural, sobre todo cuando los motivos son tan bellos y variados. Lo exquisito del arte, y lo útil de dar á conocer hechos antiguos, tienen encantos cuya percepción exige espectadores entendidos. Para que saboreándolos no lleguéis á abandonaros por completo, ¡ea! voy á tratar de describíroslos. Os deleitaréis, creo, oyendo hablar de lo que con asombro estáis mirando. Quizá esto me granjeará vuestra alabanza y os decidirá á preferirme á mi adversario, pues al describiros el salón, logro doblaros el gusto. Tened en cuenta, sin embargo, la dificultad de mi propósito, y el valor que necesito para pintar tantas figuras, sin colores, sin modelos y sin cuadros. La pintura con palabras sólo es tenue bosquejo.

22. »A la derecha del que entra, una fábula de Argos aparece mezclada á una aventura etiópica. Perseo mata al monstruo marino y liberta á Andrómeda, para llevársela y tomarla por esposa: es un episodio de su lucha aérea con la Górgona. El artista ha expresado mucho en corto trecho: el pudor y el miedo de la virgen que mira el combate de lo alto de la roca; el atrevimiento del enamorado joven; la figura de la invencible bestia. El monstruo acomete, erizado el espinoso

(1) Homero aplica frecuentemente este epíteto á las palabras.

cerro y abriendo la tremenda boca. Perseo le presenta con la mano izquierda la cabeza de Medusa, y le hunde la espada con la derecha: la parte del monstruo que ha visto á la Górgona es ya de piedra: la que aun conserva vida, fenece al golpe de la espada corva.

23. »Después de este cuadro hay otro que representa una venganza justa. El pintor parece haberse inspirado en Sófocles y Eurípides, que han descrito la misma escena. Dos jóvenes amigos, el focense Pílates y Orestes á quien se creía muerto, entran clandestinamente en el palacio real y están matando á Egisto. Clitemnestra asesinada ya, está tendida medio desnuda en un lecho; todos los esclavos, llenos de terror lanzan gritos ó miran por dónde emprender la fuga. El pintor ha procedido discretamente en la composición de su cuadro: no hace más que indicar lo que el hecho tiene de impío, y presenta á los jóvenes ocupados en dar muerte al adúltero.

24. »Luégo hay un dios hermosísimo y un bello adolescente: es un asunto amoroso. Branco, sentado en una piedra, enseña una liebre y juega con un perro que salta para coger la pieza: Apolo á un lado, se sonríe y mira complacido los juegos del muchacho y los esfuerzos del perro.

25. »A continuación aparece otra vez Perseo, realizando las hazañas que preceden á la muerte del monstruo marino. Corta la cabeza de Medusa, cubierto por el escudo de Minerva. Perseo lleva á cabo la empresa, sin ver directamente á la Górgona, sino su imagen en el escudo, porque sabía lo caro que había de costarle la visión directa.

26. »En medio del muro, al otro lado de la entrada, hay un edículo consagrado á Minerva: la diosa es de mármol blanco; no tiene traje guerrero, sino el conveniente en tiempo de paz á una deidad belicosa.

27. »Después hay otra Minerva, pero no es una estatua, sino una pintura. Persíguela lleno de amor Vulcano; la diosa huye, y de esta persecución nace Erictonio.

28. »El cuadro siguiente representa también un asunto antiguo. Orión ciego lleva á Cedalión, que subido en sus hombros le dirige hacia el lado de la luz.

29. »El sol se levanta; cura la ceguera de Orión. Vulcano lo ve desde Lemnos.

30. »A continuación Ulises, fingiéndose loco, para no ir con los Atridas á la guerra. Los embajadores para invitarle á partir se hallan presentes. Todos los detalles de la simulada demencia están tratados perfectamente: la carreta, la heterogeneidad del tiro, el desconocimiento de lo que se trata. Pero es descubierto á causa del niño. Palamedes, hijo de Nauplio, comprendiendo lo que pasa, se apodera de Telémaco; lo amenaza de muerte, esgrime ya el cuchillo, y opone á la fingida locura de Ulises una fingida cólera. Ulises recobra el juicio, vuelve á ser padre y se deja de ficciones.

31. »El último cuadro representa á Medea ardiendo en celos, mirando torvamente á sus dos hijos, y revolviendo en su alma un siniestro designio: tiene ya la espada: los pobrecillos están sentados sonriéndose, sin presumir el fin que les aguarda, aunque ven la espada en manos de su madre.

32. ¿No veis, ciudadanos jueces, cómo atrae todo esto al auditorio, que atento únicamente á mirar, deja solo al que perora? Pero al hablaros así, no deseo que tachéis de atrevimiento y temeridad á mi adversario, ni que le aborrezcáis por haberse lanzado á tamaña empresa, ni le dejéis en medio de su discurso, sino que le ayudéis cuanto podáis, y cerrando los ojos oigáis sus palabras, en atención á la dificultad de su propósito.

Así todo, y aunque de jueces os troquéis en auxiliares, no podrá menos de quedar inferior á esta magnífica sala. En fin, no os asombréis de verme abogar por mi adversario: el amor que este salón me inspira es tal, que quisiera ver aplaudidos á todos los que en él hablan.»

LXII.

EJEMPLOS DE LONGEVIDAD (1).

1. Por orden de un sueño te ofrezco, clarísimo Quintilo (2), estos *Ejemplos de Longevidad*. Tuve este sueño hace años, cuando ponías nombre á tu segundo hijo, y lo referí á los amigos; pero no pudiendo adivinar qué ancianos me mandaba ofrecerte, pedí á los dioses que prolongasen todo lo posible tu vida y la de tus hijos, creyendo que semejante don sería beneficioso á todo el género humano, y por consiguiente, á mí y á todos los míos. Pues también á mí parecía anunciarme buena fortuna el dios.

2. Reflexionando sobre el particular, se me ha ocurrido que los dioses, al preceptuar tal cosa á un hombre consagrado á las letras, querían sin duda que te ofreciese alguna muestra de mi arte. El día de tu nacimiento es, á mi juicio, el más favorable de todos: lo elijo, por consiguiente, para regalarte en él un tratado de los que, según el testimonio de la historia, han llegado á extremada vejez conservando el cuerpo

(1) Es dudosa la autenticidad de este tratado.

(2) Se supone que es uno de los hermanos Quintilos, gobernadores de Grecia.

y el entendimiento sanos. Este libro puede proporcionarte utilidad en cierto modo doble: por una parte, ánimo y buena esperanza de vivir todavía muchos años; y por otra, cierta enseñanza fundada en ejemplos, cuando conozcas que han llegado con salud á la más extremada vejez los hombres que se han cuidado mucho de su alma y de su cuerpo.

3. Néstor, el más sabio de los Griegos, había visto pasar tres generaciones, según Homero (1), que nos lo presenta siempre ocupado en las más nobles tareas del cuerpo y del espíritu. El adivino Tiresias, según la Tragedia, vivió seis generaciones. Es verosímil, en efecto, que un hombre consagrado, como Tiresias, al culto divino y sometido á un buen régimen, viva muchísimo tiempo.

4. Cítanse clases enteras de hombres cuya vida se prolonga mucho á causa del régimen que observan: tales son en Egipto los llamados *Escribas sagrados* (2); en Asiria y en Arabia, los Intérpretes de mitos; en India, los Bracmanes, siempre ocupados en estudios filosóficos, y los conocidos con la denominación de Magos, casta profética y consagrada á los dioses entre los Persas, Partos, Bactrianos, Corasmios, Arios, Sacas, Medos y otros muchos pueblos bárbaros: todos los Magos son sanos y longevos, porque para ejercer la magia usan severo régimen.

5. Hay también pueblos enteros en que la vida es muy larga, como los Seros, que, según los historiadores, llegan á trescientos años. Atribuyen esta longevidad unos al clima, otros á la naturaleza del terreno, otros al régimen alimenticio, pues en aquella

(1) *Iliada*, I, v. 250.

(2) Ἱερογραμμακτεῖς. Se les llamaba así porque les estaba encomendada la copia de los libros de Isis y de Osiris.

nación todos son aguados. También se ha escrito que los habitantes del Atos (1) viven ciento treinta años; y los Caldeos, es fama que suelen pasar de los cien: sólo comen pan de cebada, excelente, dicen, para conservar buena vista. Hay quien sostiene que con tal régimen alimenticio adquieren en los demás sentidos mucha más robustez que los demás hombres.

6. Pero lo dicho sólo se refiere á castas y naciones en que la vida dura mucho, ó por la naturaleza del clima y del terreno, ó por el régimen alimenticio, ó por ambas cosas. Justo es que para inspirarte con facilidad legítimas esperanzas, te demuestre que en toda clase de climas y terrenos han llegado á extrema vejez los hombres dedicados á ejercicios saludables y sometidos á un régimen higiénico.

7. La división de mi discurso irá con arreglo á las diversas profesiones humanas. Citaré primero reyes y generales, y entre ellos á nuestro grande y augusto Emperador (2), elevado por la Fortuna al supremo poder para dicha de todo el universo. Mirando á todos estos ancianos, á quienes en condición y fortuna te asemejas, podrás más fácilmente concebir esperanzas de larga y sana vejez, é imitándoles podrás también procurarte dilatada existencia, llena de salud con tu higiénico modo de vivir.

8. Numa Pompilio, el más feliz de los reyes de Roma y el más devoto adorador de las deidades, dicen que vivió más de ochenta años; Servio Julio, rey romano, también pasó de esta edad; y Tarquineo, último de los monarcas de Roma, desterrado á Cumas, llegó á más de noventa con excelente salud.

(1) En la Calcídica, sobre el mar Egeo. Su nombre actual es *Athos ó Monte-Santo*.

(2) Marco Aurelio.

9. A estos reyes de Roma añadiré otros soberanos que llegaron á avanzadísima edad. Describiré el modo de vivir de cada uno y terminaré citando algunos particulares, bien de Roma, bien del resto de Italia, que alcanzaron extremada vejez. Para confundir á los que pretenden desacreditar este clima no hay mejor argumento que la historia: ella corroborará también nuestra esperanza de que el soberano de mares y tierras llegue con salud á extremada vejez, aunque sea anciano ya.

10. Argantonio, rey de Tartesio, vivió ciento cincuenta años, según el historiador Herodoto (1) y el poeta Anacreonte (2), aunque algunos creen un mito esta aseveración. Agatocles, tirano de Sicilia, murió de noventa y cinco años, según refieren Demócates y Timeo (3). Hierón, tirano de Siracusa, murió, de enfermedad, á la edad de noventa y dos años, después de un reinado de setenta, al decir del calatiano Demetrio y otros. Ateas, rey de los Escitas, fué muerto ya nonagenario, peleando contra Filipo, en las orillas del Istro. Bardilis, rey de Iliria, tenía también más de noventa años cuando combatió á caballo en la guerra contra el mismo Filipo. Teres, rey de los Odrisos, murió de noventa y dos años, según Teopompo.

11. Antígono el Tuerto, hijo de Filipo y rey de Macedonia, peleando en Frigia contra Seleuco y Lisímaco, pereció cubierto de heridas á los ochenta y un años, según cuenta Hierónimo, su compañero de ex-

(1) *Historia*, lib. 1.

(2) En un fragmento, cuya traducción incluimos en nuestra versión de Anacreonte. (Ap. *Poetas líricos griegos*, pág. 202).

(3) Los restos de las obras de estos historiadores y de los que luégo se citan, pueden verse en la Bibl. Greco-latina de Didot. *Fragmenta Historicorum Graecorum*.

pedición. También Lisímaco, rey de Macedonia, murió de ochenta y un años en un combate contra Seleuco, según dice el mismo Hierónimo. Antígono, hijo de Demetrio y nieto de Antígono el Tuerto, reinó cuarenta y cuatro años en Macedonia y vivió ochenta, como refieren Medio y otros historiadores. Antípatro, hijo de Iolao, hombre muy poderoso, tutor de algunos reyes macedonios, murió de más de ochenta y cuatro años.

12. Tolomeo, hijo de Lago, el más feliz de los monarcas de su tiempo, reinó en Egipto hasta la edad de ochenta y cuatro años, y dos antes de morir abdicó en su hijo Tolomeo Filadelfo, único de sus hermanos que heredó el trono paterno. Filetero, primer fundador de la monarquía de Pérgamo, á cuyo frente estuvo mientras vivió, alcanzó, aunque eunuco, la edad de ochenta años. Atalo, por sobrenombre Filadelfo, rey de Pérgamo, á cuya corte vino Escipión, general romano, dejó la vida á los ochenta y dos años.

13. Mitrídates, rey del Ponto, cognominado el Fundador, huyendo de Antígono el Tuerto, murió en su reino á los ochenta y cuatro años, según cuentan Hierónimo y otros historiadores. Ariarates, rey de Capadocia, vivió ochenta y dos años, al decir del citado historiador, y sin duda hubiera vivido más; pero cogido prisionero en una batalla contra Perdicas, fué crucificado.

14. Ciro el Antiguo, rey de Persia, según los anales pérsicos y asirios con los cuales concuerda Onesícrito, uno de los historiadores de Alejandro, al llegar á los cien años hizo llamar á sus amigos. Supo entonces que la mayor parte habían sido muertos por su hijo Cambises, que se decía ejecutor de voluntades paternas. Ciro, abrumado por la mala fama que sobre su cabeza echaba la crueldad de su hijo y por el dolor

de que éste le hubiese imputado sus crímenes, pereció de pena.

15. Artajerjes Memnón, rey de Persia, á quien combatió su hermano Ciro, murió de enfermedad á los ochenta y seis años, ó de creer á Dinón, á los noventa y cuatro. Otro Artajerjes, también rey de Persia, que ocupaba el trono en tiempo de los abuelos de Isidoro de Carax, historiador que refiere este hecho, murió de noventa y tres años en una celada de su hermano Gositras. Sinatrocies, rey de Partia, tenía ya ochenta años cuando los Escitas Sacauricos lo volvieron á su patria y lo repusieron en el trono, que ocupó otros siete años. Tigranes, rey de Armenia, contra quien hizo la guerra Lúculo, frisaba en los ochenta y cinco cuando una enfermedad puso fin á su vida.

16. Hispasines, rey de Carax (1) y de los países próximos al Eritreo, murió de enfermedad á los ochenta y cinco años. Tireo, tercer sucesor de Hispasines, falleció de igual manera á los noventa y dos. Artabazo, séptimo sucesor de Tireo, vuelto á su patria por los Partos á la edad de ochenta y seis años, ocupó el trono. Mnascires, rey de Partia, murió á la de noventa y siete.

17. Masinisa, rey de Mauritania, vivió noventa años. Asandro, cuando el divino Augusto le nombró rey del Bósforo en vez de etnarca, tenía unos noventa años, y nadie le ganaba á combatir, tanto á pie como á caballo. Al ver que los suyos se pasaban en una batalla al partido de Escribonio, se dejó morir de hambre á la edad de noventa y tres años. Goesos, que en tiempo de Isidoro de Carax reinaba en Omana (2),

(1) Ciudad comercial en el golfo de Nicomedia.

(2) En la Arabia feliz. Omana era la capital de esta región. Había otra Omana en la Carmania, allende el golfo Pérsico.

país de perfumes, tenía más de ciento quince años cuando una enfermedad lo llevó al sepulcro. De tantos reyes de avanzada edad dan noticia los historiadores que nos han precedido.

18. Los filósofos, y en general todos los cultivadores de las letras, que han cuidado de su salud, han llegado á edad avanzadísima. Enumeremos aquellos de quienes hay mención escrita, principiando por los filósofos. Demócrito de Abdera llegó á ciento cuatro años; se abstuvo de comer y dió fin á su vida. El músico Jenoplo, como dice Aristóxeno, consagrado á la Escuela pitagórica, vivió en Atenas más de ciento quince años. Solón, Tales y Pítaco, que figuran en el número de los siete sabios, vivieron cien años cada uno.

19. Zenón, jefe de la Escuela estóica, vivió ochenta y ocho. Dícese que al dirigirse á la asamblea, resbaló y cayó. «¿Por qué me llamas?» dijo; volvió á su casa y se dejó morir de hambre. Cleantes, discípulo y sucesor de Zenón, tuvo una excrecencia en un labio cuando frisaba en los noventa y nueve. Había decidido dejarse morir de hambre, cuando recibió cartas de varios amigos: tomó alimento; hizo lo que los amigos le pedían, y después se dejó morir de inanición como se había propuesto.

20. Jenófanes, hijo de Dexino, discípulo del físico Arquelaos, vivió noventa y un años; Jenócrates, discípulo de Platón, ochenta y cuatro; Carnéades, jefe de la nueva Academia, ochenta y cinco; Crisipo, ochenta y uno; Diógenes de Seleucia sobre el Tigris, filósofo estóico, ochenta y ocho; Posidonio, natural de Apamea en Siria y Rodio por la ley, filósofo é historiador, ochenta y cuatro; Cristolao el Peripatético, más de ochenta y dos, y el divino Platón ochenta y uno (1).

(1) Cf. Diógenes Laercio.

21. Atenodoro, hijo de Sandón, de Tarso, estóico y preceptor del divino César Augusto, que en atención á su maestro eximió de impuestos á los Tarsenses, murió en su patria á la edad de ochenta y dos años. Sus conciudadanos le honraron con fiestas anuales como á un semidiós. Néstor, estóico también y Tarsense y preceptor de Tiberio César, vivió noventa y dos años; Jenofonte (1), hijo de Grilo, pasó de los noventa.

22. Esto respecto á los filósofos más ilustres. Entre los historiadores, Ctesibio murió de ciento veinticuatro años, estando de paseo, según asegura en sus *Crónicas* Apolodoro. Hierónimo, á pesar de su vida de campamento y de sus muchas heridas y trabajos, vivió más de ciento cuatro años, según testimonio de Agatárquides en el noveno libro de su *Historia de Asia*. El mismo autor manifiesta el asombro que le causaba aquel hombre, que hasta el último instante de su vida conservó lucidez en las conversaciones, cabales todos los sentidos y salud inmejorable. Helánico de Lesbos vivió ochenta y cinco; Ferécides el Sirio (2) otros tantos, y Timeo de Tauromenio, noventa y seis. Aristobulo de Casandrea pasó de los noventa. Había cumplido ochenta y seis, cuando empezó el libro cuarto de su *Historia*, según él mismo manifiesta en el preámbulo. El megapolitano Polibio, hijo de Sicortas, cayó del caballo al volver del campo, y contrajo, á consecuencia de la caída, una enfermedad que acabó con él á la edad de ochenta y dos años. Hipsícrates de Amisena, historiador de muchísimos conocimientos, vivió noventa y dos años.

(1) El gran historiador.

(2) Filósofo, natural de Siros, una de las Cícladas, hoy *Syra*. Fué maestro de Pitágoras, que vino de Italia á recoger su último suspiro. Suele dársele por patria Esciros, hoy *Skyros*, isla del Egeo.

23. Entre los oradores, Gorgias, llamado el Sofista, se dejó morir de hambre á los ciento ocho años. «¿Cómo has podido vivir tanto, conservando todos los sentidos?» le preguntaron en una ocasión. «No dejándome llevar nunca á festines ajenos», respondió el anciano. Isócrates compuso su Panegírico cuando tenía noventa y seis años. Frisaba ya en los noventa y nueve, cuando al oír que los Atenienses habían sido derrotados en Queronea por Filípo, se aplicó con dolorosa voz este verso de Eurípides (1):

Cadmo dejó á Sidón;

añadió que Grecia iba á ser esclava, y murió en seguida. Apolodoro de Pérgamo, retórico y maestro de César Augusto, de cuya instrucción estuvo encargado con el filósofo Atenodoro de Tarso, vivió, como éste, ochenta y dos años. Potamón, retórico bastante notable, llegó á noventa.

24. Sófocles, poeta trágico, murió de noventa y cinco años, ahogado con una uva pasa. Poco antes de su muerte, acusóle de demencia su hijo Iofón, y para demostrar á los jueces la lucidez de su razón, les recitó el *Edipo en Colona*. Tal admiración causó esta tragedia á los jueces, que declararon loco al hijo acusador.

25. El poeta cómico Cratino vivió noventa y siete años: cerca del fin de su vida hizo representar su *Pitine*; fué declarado vencedor, y murió al poco tiempo. El cómico Filemón vivió, como Cratino, noventa y siete años. Descansaba sentado en un pequeño lecho; vió que unos higos preparados para él, se los comía un asno: soltó la carcajada, y mandó á su esclavo, que sirviese vino al jumento. Rióse al propio tiempo

(1) En el *Frixo*, tragedia de la cual sólo restan fragmentos.

con tal fuerza, que se le cortó la respiración y pereció asfixiado. Epicarmo, poeta cómico, vivió también noventa y siete años.

26. Anacreonte (1), poeta lírico, vivió ochenta y cinco años; á igual edad llegó Estesícoro, Simónides de Ceos pasó de los noventa.

27. Entre los gramáticos, Eratóstenes de Cirene, hijo de Aglao, que no sólo gramático, sino que también pudiera ser llamado poeta, filósofo y geómetra, vivió ochenta y cinco años.

28. Estos ejemplos de reyes y de sabios he podido recoger. Respecto á los de Romanos y de habitantes del resto de Italia que he prometido enviarte, si los dioses quieren, los reuniré en otro discurso (2), venerable Quintilo.

(1) Vid. Vida y Obras de Anacreonte al frente de nuestra citada traducción de este poeta.

(2) No escrito ó perdido.

LXIII.

ELOGIO DE LA PATRIA (1).

1. Nada hay más dulce que la patria, dice un proverbio trivial. ¿Hay nada, en efecto, más dulce, más augusto y más divino? Todo lo que los hombres consideran divino y augusto lo es únicamente en razón á la patria, causa y maestra que engendra, nutre y educa. La grandeza y esplendor de otras ciudades y la magnificencia de sus edificios son admiración de muchos, pero todos aman las propias de su patria. De tantos como viajan para recreo y satisfacción de la vista, no hay uno á quien las maravillas y excelencias de otros pueblos hagan olvidarse del suyo.

2. Todo el que se jacta de haber nacido en afortunada ciudad desconoce, á mi juicio, el homenaje que se debe tributar á la patria, dando á ver la molestia que el tocarle nacer en otra humilde le hubiera producido. A mí me parece más dulce honrar por sí mismo el nombre de la patria. Al comparar dos ciudades, se examina, como es justo, su extensión, su hermo-

(1) Hay dudas acerca de la autenticidad de este discurso. Los que la admiten le suponen improvisación de Luciano al regresar muy entrado en años á Samosata su patria.

sura y su abundancia; pero al tratar de elegir, nadie abandona la suya por la más brillante. Deseará, sin duda, que iguale en opulencia á las más ricas; pero, sea como quiera, será la preferida.

3. Lo mismo hacen los hijos virtuosos y los buenos padres. El joven bueno y virtuoso no halla nada preferible á su padre; y un padre nunca abandona á su hijo por abrazar á otro joven. Lejos de esto, el amor paternal sujeta tanto, que á los padres les parecen siempre sus hijos los más hermosos, los más fuertes y los mejores en todo. Quien no juzga así á sus hijos, no los ve, en mi opinión, con ojos de padre.

4. Ahora bien; el nombre de la patria es el primero que oímos y el más familiar de todos; pues no hay nada que nos sea más familiar que el nombre de padre. Luego si alguno tiene á su padre el justo respeto, prescrito á la par por la naturaleza y por las leyes, claro está que honrará debidamente á su patria, puesto que el padre es en cierto modo pertenencia de la patria, así como el padre del padre y todos los ascendientes, hasta que el nombre llegue á los dioses paternos.

5. La patria es grata á los mismos dioses. Verdad es que, viendo en conjunto todas las cosas humanas, consideran bajo su jurisdicción mares y tierras; pero siempre la ciudad donde han nacido les merece más amor y preferencia. Por eso son más augustas las ciudades en que han nacido dioses, y más divinas las islas en que se celebran natiuidades de númenes; por eso también se considera más grato á las deidades el culto que se les tributa en sus respectivas patrias. Si el nombre de la patria es grato á los mismos dioses, ¿cuánto no lo será para los mortales?

6. Cada cual ha visto por primera vez el Sol en su patria, y este numen, aunque común á todas las gen-

tes, parece peculiar á cada pueblo, sin duda porque todos hemos empezado á gozar de su vista en el lugar donde nacimos, donde articulamos las primeras palabras, donde aprendimos el idioma paterno, y tuvimos conocimiento de los dioses. Si la patria que nos ha deparado la fortuna es de tal condición que necesitamos ir á completar nuestra educación en otra, debemos también gratitud por este perfeccionamiento á nuestra patria, pues sin ella no hubiéramos conocido el nombre de la otra ciudad, ni aun hubiéramos sospechado su existencia.

7. Toda la ciencia, toda la instrucción que los hombres adquieren son, en mi concepto, para ser más útiles á su patria y á sus conciudadanos y la adquisición de riquezas es para lograr honores y sostenerlas públicas cargas. Y es muy justo, á mi juicio. No se deben pagar con la ingratitude los más grandes favores. Si es de justicia corresponder con gratitud á cada beneficio, debemos excedernos en gratitud tratándose de la patria. En las ciudades hay leyes represivas del mal trato á los padres; y la patria debe ser considerada como una madre común, á la cual hemos de pagar nuestra alimentación y nuestro conocimiento de las leyes.

8. Nunca se ha visto á nadie tan olvidado de su patria que no se haya cuidado de ella estando en extrañas ciudades. Aquellos á quienes en los viajes acontecen desdichas, recuerdan que la patria es el mayor de los bienes; y los favorecidos por la fortuna, aunque felices en lo demás, se consideran privados de la dicha mayor, porque viven en país extranjero y no en su patria. Hasta el nombre de extranjero es malsonante. Los mismos que en sus viajes han logrado notoriedad, adquiriendo riquezas ó ganando honores, ó granjeándose fama de eruditos ó gloriosa reputa-

ción de valientes, se apresuran todos á volver á su patria, como si en ella estuviesen los ojos más dignos de contemplarles; y su apresuramiento es tanto más grande, cuanto mayor es la estimación en que les tienen los extraños.

9. Los jóvenes aman la patria, pero los ancianos, cuyo juicio es más sensato y discreto, la apetecen con ardor que crece en relación á su prudencia. Todo anciano anhela morir donde comenzó su vida, desea entregar el cuerpo á la tierra que lo ha alimentado, y quiere ser sepultado en la tumba de sus mayores. Por lo mismo parece á todos horrible morir en un viaje, y ser condenado á yacer en tierra extraña.

10. El afecto que los buenos ciudadanos profesan á su patria se comprende mejor fijándose en los autóctonos. Los extranjeros, como hijos espurios, emigran con facilidad, pues lejos de amar el nombre de patria, les es desconocido, y, atentos sólo á la satisfacción de sus necesidades, se trasladan á donde piensan conseguirlo cómodamente, y cifran la ventura en saciar el apetito de su vientre. Pero aquellos para quienes la patria es una madre, aman la tierra en que nacieron y que les ha alimentado, aunque sea pequeña, áspera y estéril; y si no pueden elogiar su fertilidad, siempre hallan para su país motivos de alabanza. Cuando otros pueblos ponderan sus vastas campiñas y sus prados cubiertos de flores, no se olvidan de alabar su tierra, y despreciando la criadora de corceles, celebran la alimentadora de jóvenes (1).

11. Todos los hombres se apresuran á volver á su patria. Hasta el isleño (2), que pudiera vivir dichoso en otra parte, renuncia á la ofrecida inmortalidad, y

(1) Alusión á Telémaco. (Vid. *Odisea*, IV v. 601)

(2) Ulises.

prefiere la sepultura en su patria. El humo del hogar patrio le parece más brillante que el fuego de tierras e xtrañas (1).

12. Tan precioso bien parece á todos la patria, que donde quiera que ha habido legisladores se han castigado con destierro los mayores crímenes por considerarlo la pena más grave. No sólo piensan así los legisladores; también abundan en su opinión los generales; así es que cuando quieren animar á las tropas formadas ya en batalla, no hallan exhortación más elocuente que la de «¡combatís por la patria!» Nadie, al oirla, quiere ser cobarde; el nombre patria enardece al más amedrentado.

(1) *Odisea*, I, v. 58.

LXIV.

DE LAS DÍPSADES (1).

1. La parte meridional de Libia es un arenal profundo, una tierra abrasada, desierta en su mayor parte y estéril, inmensa llanura, sin hierba, césped ni agua, como no sea algunos escasos residuos de lluvia conservados en los huecos, pero tan fétida y crasa, que el hombre más sediento no podría beberla. Es por lo mismo inhabitable. ¿Cómo vivir en país tan inculto, árido y estéril y devorado por la sequía? El calor es allí insoportable; el aire un puro fuego. La semihirviente arena hace aquella región completamente intransitable.

2. Los finítimos Garamantas, gente dispuesta y ágil, acostumbrada á habitar en tiendas y á alimentarse de caza, son los únicos que alguna vez entran á cazar en aquella región en el solsticio de invierno, cuando han observado que las copiosas lluvias templan el excesivo calor y humedecen y hacen transitables las arenas. Su caza consiste en asnos salvajes, grandes avestruces que vuelan sin levantarse del suelo, y sobre todo en monos con algún elefante. Estos animales son los únicos que pueden soportar la sed y la molestia de un aire de fuego. Pero los Garamantas en cuanto consumen las

(1) Nombre derivado de $\delta\acute{\iota}\psi\alpha$, *sed*.

provisiones con que emprendieron la cacería regresan rápidamente á su tierra. Temen que, encendida otra vez la arena, se haga el paso difícil ó imposible y perecer allí encerrados como en una red con toda su caza. Inevitable es para ellos la muerte si el sol, después de evaporar la humedad y de desecar la comarca, arde violentamente y envia dardos abrasadores aguzados por el mismo vapor, pábulo de su fuego.

3. Todo cuanto acabo de mencionar, el calor, la sed, la soledad, la carencia de toda producción terrestre, os parecerán más soportables que lo que ahora voy á decir. Por esto no debe entrarse nunca en aquella región. Reptiles de toda especie, enormes, innumerables, monstruosos, armados de veneno mortal, pululan en aquel país. Unos viven en cuevas bajo la arena socavada; otros en la superficie del terreno: de éstos hay sapos, áspides, víboras, cerastas, buprestes, aconcios, anfisbenas, dragones y dos clases de escorpiones, una terrestre, reptil, muy grande y con muchos anillos en la cola; otra aérea, voladora, provista de alas membranáceas como las del murciélago, la cigarra y la langosta. El inmenso número de escorpiones alados hacen difícilísimo el acceso á esta parte de Libia.

4. Pero la dípsade es el más cruel de los reptiles que en aquellos arenales se crían. La dípsade es una serpiente de tamaño medio, semejante á la víbora; su mordedura es violenta, su rápido veneno produce al punto incurables dolores: quema, pudre y enciende todo el cuerpo del mordido, que aulla como si estuviera tendido en una hoguera. Pero el sufrimiento más espantoso y aniquilador es el que ha dado su nombre al reptil, ó sea una sed excesiva, siendo lo extraño que cuanto más beben los mordidos más sedientos están y más se enardece en ellos el inextinguible deseo de beber. Nada puede apagar su sed: les

daríais á beber el mismo Nilo y el Istro, sin perder una gota, y sólo lograríais aumentarla, como si trataseis de apagar con aceite un fuego devorador.

5. Los médicos dicen, para explicar este fenómeno, que el veneno, naturalmente craso, se diluye al beber agua, y al aumentar en fluidez adquiere mayor eficacia porque puede extenderse más.

6. A nadie he visto sufrir semejante suplicio y quieran los dioses que no lo vea jamás. Nunca he estado en Libia, y he hecho bien. Pero tengo noticia de una inscripción que uno de mis amigos leyó en el cipo fúnebre de un desdichado víctima de las dípsades. Volvía mi amigo de Libia á Egipto costeando la gran Sirte, único camino que hay, y encontró en la costa, dentro casi del mar, una tumba con su correspondiente cipo que manifestaba el género de muerte del sepultado allí. Describiré el relieve: un hombre de pie en una laguna, en la actitud que suele darse á Tántalo, sacando agua, sin duda para beber. Una dípsade se le adhiere y se le enrosca al pie; muchas mujeres traen agua y la vierten simultáneamente sobre el infeliz. Cerca hay huevos de los avestruces que los Garamantas, como antes he dicho, suelen ir á cazar. Copio el fúnebre epígrafe, porque no creo que se me tache por su transcripción:

Por este negro tósigo encendida
 Fué, sin duda, tu sed, mísero Tántalo.
 ¡Oh tropel de Danaides, vuestro esfuerzo
 Para llenar esta tinaja es vano!

Siguen otros cuatro versos en que habla de los huevos de avestruz y de cómo fué mordido al cogerlos. Pero no los recuerdo.

7. Los habitantes de las comarcas vecinas buscan, en efecto, estos huevos, no sólo para comerlos, sino

para vaciarlos y destinarlos á usos domésticos, pues, faltos de arcilla en aquel país arenoso, hacen con ellos copas y vasos. Cuando los encuentran bastante grandes, hacen tambien dos píleos con un huevo: cada mitad puede cubrirles la cabeza y les sirve de casco.

8. Las dípsades acechan detrás de estos huevos, y cuando se acerca un hombre saltan de la arena y muerden al desdichado, que en seguida sufre los tormentos descritos, bebe sin cesar, aumenta su sed bebiendo y no se sacia nunca.

9. Al hacer esta descripción no creáis, por vida mía, que pretendo competir con el poeta Nicandro (1), ni hacer gala de estudios minuciosos sobre los reptiles líbicos. Semejante elogio podría cuadrar á un médico que necesita conocer tales cosas para remediarlas con sus recursos científicos. Paréceme (os pido por Júpiter, protector de la amistad, que no echéis á mala parte esta comparación tomada de animales), paréceme, digo, que experimento, respecto á vosotros, sed semejante á la de los mordidos por la dípsade. Cuanto más me presento á vosotros, más deseo presentarme, abrasado por insaciable sed que ninguna bebida puede satisfacer, á juicio mío. No es extraño. ¿Dónde hallar agua más clara y limpia? Perdonad, pues, si mordido en el alma por dientes tan saludables y dulcísimos, bebo á grandes tragos metiendo la cabeza en la fuente. ¡Ojalá sea inagotable la corriente que fluye de vosotros á mí! ¡Ojalá nunca cese el afecto con que me escucháis, pues me dejaría sediento y con la boca abierta! La sed que de vosotros tengo me excitará á beber siempre, pues, como ha dicho el sabio Platón, jamás harta lo hermoso.

(1) Floreció á mediados del siglo II de Jesucristo. Se conservan de él dos poemas, titulados *Triacas* y *Alexifármacas*. El primero, en que enumera los animales ponzoñosos, es el aludido por Luciano.

LXV.

DISCUSIÓN CON HESÍODO.

LICINO Y HESÍODO.

1. LICINO.—Eres, sin duda, un excelente poeta: tus versos prueban que con la rama de laurel recibiste de las Musas el ingenio poético: son siempre majestuosos é inspirados. Lo reconozco así; pero lo discutible es tu aseveracion de que los dioses te han inspirado un canto divino para celebrar y cantar lo pasado y predecir lo futuro (1). Has cumplido á maravilla lo primero, narrando la genealogía de los dioses, desde los primitivos Caos, Tierra, Cielo y Amor; refiriendo las virtudes de las mujeres, dando lecciones de agricultura é indicando lo concerniente á las Pléyades y á las épocas oportunas para arar, segar, navegar y otras labores. Pero tocante á lo segundo, cosa mucho más útil y de importancia tal que pudiera pasar por privilegio de los númenes, tocante á la predicción

(1) El texto de la discusión lo suministran los versos 30, 31 y 32 de la Teogonía de Hesíodo transcritos por Luciano. La única diferencia notable entre esta transcripción y la lección comunmente aceptada en el poema, es que aquella dice ὥστε κλύοιμι, *para oír*, y ésta ὡς κλείοιμι, *para cantar ó revelar*.

del porvenir, digo, nada nos has mostrado; has dejado en completo olvido esta parte de tu ingenio, sin imitar en tus versos á Calcas, Télemo, Poliido ó Fineo, que, aunque nada habían obtenido de las Musas, profetizaban, sin embargo, y no negaban oráculos á quienes los pedían.

2. Deduzco de lo dicho que necesariamente has de haber merecido una de estas tres inculpaciones: ó mentiste (dura es la palabra) al asegurar que las Musas te habían prometido el don de profecía, ó las Musas cumplieron su promesa, y tú, por ruindad, ocultaste el don en el seno, sin dar participación á quienes lo necesitaban, ó escribiste muchas obras de este género y no las quisiste publicar, reservándolas para no sé cuándo. Yo no me atrevería á decir que las Musas, después de prometerte dos ventajas, fueran á cercenarte la mitad de la promesa, retirándote la facultad de cantar el porvenir que prometen en el mismo verso, antes que la de cantar lo pasado.

3. ¿Por quién sino por tí mismo, oh Hesíodo, podré saber la verdad? A vosotros, los poetas, como amigos y discípulos de los númenes, «otorgadores de bienes», toca decirnos con toda sinceridad cuanto sepáis, y resolver nuestras dudas.

4. HESÍODO.—Podría, amigo mío, responder fácilmente á tus preguntas con una sola respuesta. Mis rapsodias no son obra mía, sino de las Musas: á éstas, pues, debes pedir cuenta de lo que han dicho y de lo que han dejado de decir. Tocante á lo que yo sabía por mí mismo, ó sea de apacentar, cuidar, guiar y ordeñar los rebaños, y demás ocupaciones de la vida campestre y pastoril, justo es que me defienda. Pero las diosas otorgan sus dones á quienes quieren y como les agrada.

5. Tampoco me sería difícil justificarme como poe-

ta. Creo que con los poetas no se ha de proceder con toda sutileza y rigor, exigiéndoles absoluta perfección en cuanto dicen, sin perdonarles una sílaba, ó motejándoles agriamente cuando en medio del ímpetu poético incurren en algún desliz. Sabido es que en los versos solemos ingerir muchas palabras por pura eufonía ó por exigencias de la metrificacón. La poesía las admite á menudo no sé cómo, á causa de su fluidez. Tú nos quieres quitar esta gran ventaja, esta licencia, quiero decir, y esta libertad: no adviertes las demás bellezas de la poesía; ves sólo espinas y rípios, y buscas el asa de la acusación. No eres solo en tal empeño, ni soy yo el único censurado así; otros muchos pellizcan á mi colega Homero, echándole en cara menudencias indignas de atención.

6. Pero si es necesario combatir tus imputaciones y defenderse en regla, lee *Las Obras y los Días*, y advertirás cuántas profecías y predicciones hago en aquel poema, y cómo pronostico el feliz resultado de lo que se hace á tiempo y bien, y los perjuicios del que desatiende mis instrucciones. Aquello de (1)

Lleva en el cesto y te verán muy pocos,

seguido de nuevas indicaciones sobre los bienes que ha de lograr el buen labrador, género de profecías utilísimo á los hombres.

7. LICINO.—Lo que acabas de decir, admirable Hesíodo, huele verdaderamente á pastor, y prueba que cantaste inspirado por las Musas, puesto que no puedes justificar por tí mismo el alcance de tus versos. No esperábamos de tí y de las Musas semejante especie de adivinación. En ese particular los labradores os ganan á predecir y vaticinan mejor: «Como Dios

(1) *Trabajos y Días*, v. 480.

llueve, dicen, habrá buena siega; á campo seco y mucha ardura, hambre segura.» También anuncian que no se siembre en el corazón del verano, porque la simiente, diseminada en vano no producirá fruto; y que no se siegue la espiga verde, porque se hallará vacía de grano. Tampoco se necesita ser adivino para predecir que si no ocultas la simiente, y si un esclavo armado de azadón no la cubre de tierra, caerán sobre ella las aves y la devorarán, quitándote toda esperanza de cosecha.

8. En lecciones ó avisos de esta especie no es fácil equivocarse; pero, á mi parecer, están muy lejos de la verdadera adivinación, cuya esencia consiste en darnos á conocer lo oculto y lo absolutamente arcano: por ejemplo, anunciar á Minos que su hijo se ha de ahogar en una tinaja de miel, ó descubrir á los Aqueos el motivo de la cólera de Apolo, ó predecir que Troya será tomada á los diez años. Estas son adivinaciones. Porque si lo fuesen las advertencias ó consejos de antes, yo me convierto en profeta en un abrir y cerrar de ojos: profetizo, pues, y anuncio, sin fuente Castalia, sin laurel ni trípode délfico, que si uno se pasea en cueros, expuesto al frío, á la lluvia ó al granizo, cogerá un soberbio constipado, acompañado de temblor, y después (esto sí que es profético) sentirá calor intenso. Podría hacer muchas profecías de esta especie, pero sería demasiado ridículo.

9. Déjate, pues, de semejantes justificaciones y profecías. Prefiero aceptar tu primera excusa y admito que ignorabas todo cuanto decías y que los versos te eran sugeridos por una especie de inspiración divina, también bastante insegura. De no ser así, el numen te hubiera hecho dos promesas para dejar sin cumplir una.

LXVI.

EL NAVÍO Ó LOS DESEOS.

LICINO, TIMOLAO, SAMIPO Y ADIMANTO.

1. LICINO.—¿No lo decía yo? Un cadáver putrefacto tendido al descubierto escaparía antes á la vista de los buitres, que á la de Timolao cualquier cosa extraordinaria, aunque para verla tuviera que correr sin alentar hasta Corinto. ¡Qué afición á ver y qué apresuramiento!

TIMOLAO.—Pero, amigo Licino, ¿qué ha de hacer un hombre desocupado al oír que ha anclado en el Pireo una gran nave, una inmensa nave de las dedicadas á transportar á Italia el trigo de Egipto? Creo que tú, y Samipo que está presente, no habéis venido tampoco de la ciudad sino para ver esa nave.

LICINO.—Cierto, y Adimanto de Mirrina (1) nos ha acompañado. Pero no sé dónde está ahora; ha debido extraviarse entre la multitud de espectadores. Hasta la nave hemos venido juntos. Cuando subimos á verla tú nos precedías, Samipo; detrás iba Adimanto, y luego yo agarrado á él con las dos manos. Como Adimanto iba descalzo y yo calzado, me llevó asido por

(1) Mirrina era un demo ó distrito del Atica, correspondiente á la tribu de Pandión.

toda la escala. Desde entonces no lo he vuelto á ver, ni en la nave, ni cuando hemos desembarcado.

2. SAMIPO.—¿Sabes dónde se habrá separado? Cuando vimos salir de la cámara aquel hermoso joven vestido de blanco lino, aquel que lleva el cabello levantado por detrás y partido en dos sobre la frente. O no conozco bien á Adimanto, ó supongo que atraído por tan amable objeto, habrá enviado enhorabuena al constructor egipcio que nos enseñaba la nave, y se habrá ido á llorar junto al muchacho. No hay hombre más llorón en cuestión de amores.

LICINO.—Sin embargo, Samipo, el joven no me ha parecido suficientemente hermoso para atraer la atención de Adimanto, á quien siguen en Atenas tantos muchachos gallardos, todos de condición libre, grata conversación y olor á palestra, por los cuales se puede llorar sin avergonzarse. Pero éste, además de tener tez morena, labios gruesos y piernas delgadas, habla guturalmente, de un tirón y volublemente: usa el griego, sí, pero con la pronunciación y el acento de su patria. Su cabellera y sus bucles rizados hacia atrás, indican, por otra parte, que no es de condición libre.

3. TIMOLAO.—Precisamente la cabellera en esa forma es distintivo de nobleza en Egipto. Allí todos los muchachos de condición libre llevan trenzado el cabello hasta que entran en la pubertad. Nuestros antepasados pensaban de otra manera: creyendo que una hermosa cabellera es el mejor adorno de la vejez, la sujetaban con una cigarra de oro (1).

(1) Cf. Tucídides, I, 61. La cigarra era un símbolo de triple significación: representaba la autoctonía de los Atenienses, su cualidad de buenos músicos, y su iniciación en los misterios de Eleusis. De ahí la singular veneración que les inspiraba. (Vid. nuestra versión de *Anacreonte*, ap. *Poetas líricos griegos*, pág. 176, y las notas, pág. 261 y sig.)

SAMIPO.—Haces bien en recordarnos la historia de Tucídides, y lo que en su prefacio dice sobre nuestro antiguo lujo y las costumbres de los Jonios cuando emigraron á nuestro país.

4. LICINO.—Ahora recuerdo dónde se nos ha separado Adimanto. Cerca del mástil, cuando nos detuvimos mucho, viendo y contando las capas de cueros, y admirando al marinero que trepaba por las cuerdas y agarrándose á las jarcias corría por la antena con toda tranquilidad.

SAMIPO.—Tienes razón. ¿Y qué debemos hacer? ¿Esperamos, ó vuelvo otra vez al navío?

TIMOLAO.—De ninguna manera. Vamos adelante. Es natural que Adimanto, al no poder hallarnos, se nos haya adelantado á buen paso en dirección á Atenas. Y si no, ya sabe perfectamente el camino: aunque le dejemos solo, no hay miedo de que se pierda.

LICINO.—Mirad no sea desatento el irnos, dejando solo á un amigo. Pero, si á Samipo le parece bien, marchemos desde luego.

SAMIPO.—Esa es mi opinión; quizá hallemos abierta alguna palestra.

5. Pero, entre paréntesis, ¡qué nave! Me ha dicho el armador que tiene ciento veinte codos de larga (1) y algo más de la cuarta parte de ancha, y desde el combés hasta el fondo de la cala y la sentina, donde está la profundidad mayor, nada menos de veintinueve codos (2) Pues ¿y el mástil? es enorme; ¡qué antena sostiene! ¡qué cable necesita! ¡cómo en curva invisible se levanta la popa coronada por dorado quenisco! (3). Al lado opuesto álzase con simetría la proa y se ade-

(1) Unos 54 metros.

(2) Trece metros próximamente.

(3) Extremidad de la popa de un navío, encorvado en figura de cuello de ganso.

lanta, con la figura de Isis, que da nombre al bajel, en los dos costados. Los restantes adornos, las pinturas, la flámula roja del mástil, las áncoras, los cabrestantes, los torniquetes, los camarotes de popa, todo me parece admirable.

6. Los marineros por su número pudieran compararse á un ejército. Dícese que lleva en trigo una carga suficiente para alimentar un año á todos los habitantes del Ática. Un hombrecillo chiquitín, ya entrado en años, guía todo esto, haciendo girar con una pequeña palanca los inmensos timones. Me lo han mostrado: tiene calva la parte superior de la cabeza y en lo demás cabello crespo. Llámase Herón, creo.

TIMOLAO.—Marino admirable, según los pasajeros, y mejor conocedor del mar que Proteo.

7. ¿Te han dicho cómo ha traído la nave y los accidentes de la travesía, y cómo los ha salvado la estrella de los marineros?

LICINO.—No, Timolao; pero ahora lo oiremos con gusto.

TIMOLAO.—Me lo ha contado el mismo patrón, hombre excelente y de conversación agradable. Me ha dicho que zarparon de Faros con viento poco fuerte, y descubrieron á los siete días el promontorio de Acamas (1); el céfiro contrario les hizo derivar hasta Sidón dando bordadas; de allí, con fuerte temporal, llegaron en diez días, pasando por Aulón (2), á las islas Quelidonias (3), donde todos estuvieron á pique de ser tragados por las olas.

8. Sé, por haber costeado las Quelidonias, el im-

(1) Al Occidente de Chipre, hoy *Capo di San-Féfano*.

(2) *Aulón* significa canal ó estrecho. Se cree que designaba un canal entre las Quelidonias y el promontorio Sagrado.

(3) Vid. *Los Amores*, 7, nota.

petu con que se levantan las olas en aquella parte, sobre todo cuando soplan de consuno el Africo y el Noto; allí, en efecto, está la divisoria de los mares de Licia y de Panfilia; las olas empujadas por corrientes opuestas vienen al promontorio erizado de peñas aguzadas por la acción del agua, y se rompen con horrible estruendo, levantándose á veces hasta la cumbre de la roca.

9. Un temporal de esta clase les sorprendió en aquel sitio, según me ha dicho el patrón, en una noche tenebrosa; pero apiadados los dioses de sus gritos de agonía, les mostraron hacia Licia su fuego para que reconociesen la costa, y al propio tiempo una estrella brillante, uno de los Dioscuros (1) se posó en la gavia y dirigió á la izquierda, á alta mar, la nave enderezada ya al escollo. De allí, una vez apartados de la ruta derecha, cruzaron el Egeo, y dando bordadas contra los Etesios que les eran contrarios, llegaron ayer al Pireo, á los setenta días de haber zarpado de Egipto, obligados á bajar tanto, pues hubieran debido dejar á Creta á la izquierda, doblar el promontorio de Malea (2) y estar ya en Italia.

LICINO.—¡Admirable piloto nos das en ese Herón, tan viejo como Nereo, y que se aparta tanto de su ruta!

10. Pero ¿qué veo? ¿No es aquél Adimanto?

TIMOLAO.—Sí, el mismo. Llamémosle. ¡Adimanto, ¡eh, Adimanto, el de Mirrina, el hijo de Estrómbico! Una de dos: ó está incomodado con nosotros, ó se ha vuelto sordo. Porque indudablemente es Adimanto y no otro.

(1) El fuego de San Telmo.

(2) Al Sur de Grecia, en la Laconia. Muy temido por los navegantes. Hoy cabo *Malio* ó *Saint-Ange*.

LICINO.—Lo distingo perfectamente. El traje, el andar, el cabello rapado son los suyos sin duda. Aceleremos el paso y alcancémoslo.

11. Si no te agarramos del vestido, creo que no nos hubieras oído. Pareces embebido en honda meditación. Sin duda resuelves en la mente algún importante negocio.

ADIMANTO.—Nada grave, Licino. Es una idea vana que se me ha ocurrido paseando. Absorbía de tal modo mi atención, que no me ha dejado oídos.

LICINO.—¿Cuál es? Dínosla sin tardar, á menos que sea algún secreto. Aunque, como sabes, estamos iniciados y sabremos callarlo.

ADIMANTO.—Pero me da vergüenza decíroslo: os va á parecer lo más pueril del mundo.

LICINO.—¿Será cosa de amor? Tampoco hablarías con profanos, sino con hombres iniciados a la luz de la antorcha de amores.

12. ADIMANTO.—Nada de eso, querido. Forjábame en la fantasía riquezas considerables, eso que llamaban una *isla afortunada* los antiguos, y estaba, cuando me habéis hallado, en el colmo de la opulencia y los placeres.

LICINO.—Pues valga aquello de «Mercurio en común» (1). Pon ahí en medio tus tesoros. Justo es que los amigos de Adimanto participemos también de sus placeres.

ADIMANTO.—Os habéis separado de mí en seguida que entramos en la nave; tan pronto como te dejé en sitio seguro, amigo Licino. Estaba midiendo el áncora cuando habéis desaparecido no sé cómo.

13. Viéndolo todo, ocurrióseme preguntar á un ma-

(1) Frase proverbial cuando dos encontraban simultáneamente una cosa. Mercurio era el dios de los hallazgos.

rinero cuánto podía producir la nave un año con otro. «Lo menos, me respondió, doce talentos áticos (1).» Retiréme entonces, é iba diciéndome «¡Si de pronto me hiciese un numen dueño de esa nave! ¡Qué vida entonces la mía! Haría favores á mis amigos, navegaría unas veces, y otras enviaría á mis esclavos.» Con los doce talentos me construía ya una casa en un sitio agradable, encima del Pecile, y dejaba la paterna del Iliso; compraba siervos, trajes, carruajes y caballos. Embarcábame en este momento: todos los pasajeros me consideraban el más feliz de los hombres: la tripulación me temía y me creía un monarca. Próximas á terminar las maniobras, me iba alejando del puerto, cuando has llegado, Licino, echando á pique mis riquezas y la nave en que bogaba yo con viento próspero.

14. LICINO.—Pues bien, noble Adimanto, apodérate de mí, y por pirata y sumergidor de naves, llévame ante el pretor, ya que te he causado semejante naufragio, y eso en tierra, entre la ciudad y el Pireo. Ó si no, considera cómo me propongo indemnizarte. Te doy, si quieres, cinco naves egipcias de las más bellas y mayores, y sobre todo insumergibles. Cada una te traerá cinco veces al año cargamentos de trigo. Así, patrón ilustre, te harás completamente insopor-table. Eras dueño de una sola nave, y ya no nos oías aunque te llamábamos á gritos: con que si posees cinco más, todas de tres velas é insumergibles, ni siquiera te dignarás mirarnos. Navega, pues, felizmente, mortal afortunado: nosotros estaremos sentados en el Pireo, preguntando á los que arriben de Egipto ó de Italia, si acaso han visto *La Isis*, soberbia embarcación de Adimanto.

(1) El gran talento ático valía unas 5.760 pesetas.

15. ADIMANTO.—¿Lo ves? por eso vacilaba en decirte mi idea: sabía que te reirías de ella y te burlarías de mi deseo. Deténgome, pues, un poco: adelantaos vosotros; yo me reembarco y vuelvo á bogar; prefiero hablar con marineros, á aguantar vuestras burlas.

LICINO.—No tal. Nosotros también nos detenemos y nos embarcamos contigo.

ADIMANTO.—Quitaré la escala en cuanto suba.

LICINO.—Te seguiremos nadando. Para tí es muy fácil poseer magníficas naves sin haberlas construído ni comprado, y ¿crees que á nosotros no nos otorgarán los dioses el privilegio de nadar sin fatiga muchos estadios? Hace poco, cuando para asistir á las fiestas de Hécate fuimos todos á Egina en un barquichuelo, mediante cuatro óbolos por barba, éramos tus amigos, y nuestra compañía no te molestaba. Ahora llevas á mal el que nos embarquemos contigo, y en cuanto subas, piensas quitar la escala. ¡Vaya un orgullo, Adimanto! ¡No te escupes en el seno, por vida mía! ¡Olvidas quién eres, patrón nobilísimo, y cómo te han desvanecido la casa en el mejor sitio de la ciudad y la muchedumbre de tus siervos! Pero, por Isis te lo ruego, cuando vayas á Egipto, no te olvides de traernos conservas de pescadillas del Nilo, perfumes de Canopo (1), un ibis de Menfis, y, si el navío puede con ella, una de las pirámides.

16. TIMOLAO.—Basta de bromas, Licino. ¿No ves lo abochornado que está Adimanto por la multitud de burlas con que has inundado su navío? Imposible es desaguarlo y resistir á la violencia del agua. Pero ya

(1) Ciudad del bajo Egipto, en uno de los brazos del Nilo, á 120 estadios de Alejandría. Su nombre actual es *Aboukir*.

que hasta la ciudad queda todavía mucho camino (1), dividámoslo en cuatro partes, y en el trayecto que á cada cual corresponda, pida cada uno á los dioses el logro de sus deseos. Así olvidaremos la fatiga, y gozaremos sumergiéndonos voluntariamente en un sueño delicioso, que nos causará todo el placer que queramos. Cada cual podrá extender ilimitadamente sus deseos, y supondremos á los dioses dispuestos á concederlo todo, hasta las cosas imposibles por naturaleza. Lo principal é importante será la declaración del empleo que cada uno dará á sus riquezas y votos. Así se verá lo que sería si llegase á rico.

17. SAMIPO.—¡Admirable idea, Timolao! La acepto, y cuando me corresponda, desearé lo que me parezca. Estando, como está, con un pie en su navío, no hay necesidad de pedir su asentimiento á Adimanto. Sólo falta que consienta Licino.

LICINO.—Por mí, si os place, seamos ricos. No quiero pasar por envidioso.

ADIMANTO.—¿Quién rompe la marcha?

LICINO.—Tú, Adimanto, después Samipo y luégo Timolao. Yo expondré mi deseo con toda la brevedad posible, en el medio estadio corto que hay antes del Dipilo (2).

18. ADIMANTO.—Pues no abandono mi nave; y ya que se me permite, voy á añadir algo á mi deseo. ¡Mercurio, dios de la ganancia, oye propicio mis votos! Sea mía la nave con todo su contenido, cargamento, comerciantes, mujeres, marineros y cuantas cosas hay apetecibles.

SAMIPO.—Ignoras que ya tienes una en la nave.

(1) Del Pireo á Atenas habla 35 estadios, según Favorino, y 40, según Diógenes Laercio, ó sea unos 6.300 metros, ó 7.200 respectivamente.

(2) Puerta de Atenas.

ADIMANTO.—¿Aludes al muchacho de hermosa cabellera? Sea mío también. Conviértase en oro acuñado todo el trigo de la nave: cada grano en un Darico (1).

19. LICINO.—¡Qué codicia, Adimanto! Se te va á hundir la nave: el trigo pesa menos que igual volumen de oro.

ADIMANTO.—No me vengas con cicaterías, Licino. Cuando te corresponda desear, posee, si quieres, el Parneto de oro macizo, y no diré una palabra.

LICINO.—Lo he dicho por tu interés: para que no naufragáramos con tanto oro. Respecto á nosotros no importaría gran cosa; pero perecería el hermoso muchacho, que no sabe nadar el pobrecillo.

TIMOLAO.—Pierde cuidado, Licino: los delfines se lo pondrían sobre el lomo y lo dejarían en tierra. Salvaron á un citarista (2) para premiar sus canciones, y llevaron de igual manera el cadáver de un niño hasta el istmo de Corinto (3), y ¿crees que al nuevo esclavo de Adimanto había de faltarle un delfín amoroso?

ADIMANTO.—¿Tú también, Timolao, imitas á Licino y echas á burlas la cosa después de haberla propuesto?

20. TIMOLAO.—Pero era mejor y más verosímil encontrar un tesoro debajo del lecho. Así te evitabas la molestia de traerlo á la ciudad desde tu nave.

ADIMANTO.—Tienes razón. Quiero hallar mil medimnas (4) de oro acuñado debajo del Mercurio de piedra

(1) Moneda de oro, con el busto de Dario. Su valor era de unas 25 pesetas.

(2) Arión, poeta lesbense, contemporáneo de Safo. Cf. *Diálogos marinos*, VIII, 1.

(3) Melicertos ó Palemón, hijo de Ino. Hay un grupo escultórico con este asunto.

(4) El medimna era una medida de capacidad que se aproximaba á nuestro hectolitro.

que tenemos en el patio. Ahora, conforme al precepto de Hesiodo (1) «lo primero la casa» para estar alojado con esplendidez. Ya he comprado, menos las que caen hacia el Istmo y Pito, todas las tierras de alrededor de la ciudad, las Eleusinas próximas á la costa, y algún terreno en el Istmo para ver los juegos, si se me antoja detenerme allí: adquiero además el campo de Sicione (2), y en general cuantas comarcas umbrías, fértiles y de regadío existen en la Grecia. Sean todas de Adimanto en un momento. Tengamos para comer vajilla de oro, y copas, no ligeras como las de Equécrales, sino de dos talentos (3).

21. LICINO.—¿Y cómo podrá el copeero presentarte llena tan pesada copa? ¿Cómo podrás coger sin molestia semejante peso más parecido á la roca de *Sísifo* que á un *escifo*? (4).

ADIMANTO.—¡Hombre, no trastornes mi deseo! Mandaré que me hagan mesas de oro macizo, lechos de oro puro, y, si no te callas, esclavos también de oro.

LICINO.—Cuidado no se te conviertan, como á Midas, el pan y el agua en oro. Rico miserable, morirías del hambre más opulenta.

ADIMANTO.—Arreglarás con más verosimilitud tu negocios cuando, dentro de poco, te corresponda manifestar tus deseos.

22. Mi vestido es de púrpura, mi vida dulcísima, mi sueño largo y gratisimo: los amigos me solicitan y saludan; todos me temen y veneran. Desde el amanecer hay clientes paseando arriba y abajo delante

(1) *Trabajos y Días*, v. 405.

(2) Capital de la Sicionia en el Peloponeso. Corresponde á la moderna aldea *Basilico*.

(3) Cerca de 40 kilogramos.

(4) Hay en el original un juego de palabras que tratan de indicar las subrayadas del texto. El *escifo* era una especie de vaso.

de mi puerta, entre ellos Cleéneto y Demócrito, personas de importancia: pero cuando se acerquen y pretendan entrar los primeros, siete porteros bárbaros, de talla gigantesca, les dan con la puerta en las narices, como ahora hacen ellos. Yo, cuando me agrada, aparezco como el sol por Oriente, y á algunos ni los miro: pero si hay alguno pobre, como yo antes del descubrimiento del tesoro, lo trato con afabilidad y le invito á comer después del baño. Los ricos revientan de envidia al ver mis carros, mis corceles, mis hermosos esclavos, más de dos mil, todos en la edad más lozana.

23. Como en vajilla de oro; la plata es poco fina y no corresponde á mi importancia: la salazón es de Iberia; el vino de Italia; el aceite también de Iberia; la miel del país, pero obtenida sin fuego; manjares de todos sitios, liebres, jabalíes, aves de toda especie, pollas de la Fáside, pavos de la India y gallos Numídicos. Preparan las viandas doctísimos cocineros, siempre ocupados en sus guisos y salsas. Si para brindar á la salud de alguno pido una copa ó un vaso, el que bebe se lo lleva á su casa.

24. Los ricos de hoy son á mi lado verdaderos Iros (1). Dionico no ostenta ya en las pompas su bandejita de plata y su copa, sobre todo desde que ve tanta plata en poder de mis esclavos. La ciudad recibirá de mí las larguezas siguientes: distribuciones mensuales de cien dracmas á cada ciudadano, y de cincuenta á cada meteco; construcción de bellísimos teatros y baños públicos; traida del mar hasta Dipilo, donde hago un puerto al que llega el agua por un gran canal, para que el navío pueda anclar cerca de casa y ser visto desde el Cerámico.

(1) Iro es el nombre de un mendigo insolente á quien deja malparado Ulises. Vid. *Odisea*, XVIII.

25. Respecto á vosotros, amigos míos, mando á mi mayordomo que mida para Samipo veinte medimnas de oro acuñado, cinco quénices para Timolao, y para Licino una sola y con rasero, porque es un hablador que se burla de mis deseos. Esta vida quisiera vivir, nadando en oro y gozando sin tasa de todas las delicias y placeres. He dicho. ¡Plegue á Mercurio ser propicio á mis votos!

26. LICINO.—¿Sabes, Adimanto, el hilo sutil de que está colgada toda esa riqueza? Roto el hilo, todo perece; y tu tesoro es un carbón sin precio.

ADIMANTO.—¿Qué quieres decir, Licino?

LICINO.—Que no sabes de fijo el tiempo que has de vivir en esa opulencia. ¿Quién sabe si en el momento de acercarte á aquella mesa de oro, antes de alargar la mano y de probar el pavo ó el gallo de Numidia no exhalarás el alma y partirás del mundo dejándolo todo á los cuervos y á los buitres? ¿Quieres que te cite los que han muerto antes de disfrutar de sus riquezas, ó los que en vida han sido privados de ellas por un genio enemigo? ¿No has oído hablar de Creso y de Polícrates, mucho más ricos que tú y que lo perdieron todo en poco tiempo?

27. Dejémonos de citas. ¿Crees tener asegurada para siempre una salud inquebrantable y á toda prueba? ¿No ves cuántos ricos viven infelizmente, llenos de dolencias, sin poder andar unos, ciegos otros, ó atormentados por sufrimientos interiores? Respecto á consentir ni por el doble de riquezas en ser como el infame ricachón Fanómaco, no te lo pregunto, porque, sin decírmelo, sé que no lo cosentirías. No hablo de las emboscadas á que los ricos suelen verse expuestos, ni de los ladrones, ni de la envidia, ni del aborrecimiento universal de que son víctimas. ¿Ves cuántos inconvenientes te traería el tesoro?

ADIMANTO.—Siempre me sales al encuentro, Licino. Ya que tan tenazmente te opones á mi deseo, no recibirás la prometida quénice.

LICINO.—Ya te conduces como la mayor parte de los ricos. Te retractas de tu promesa y la recoges. Desea tú, Samipo.

28. SAMIPO.—Yo, habitante del interior (Árcade de Mantinea, como sabéis), no pediré una nave, porque no podría mostrarla á mis paisanos; ni molestaré á los dioses con pequeñeces pidiéndoles tesoros ó medidas de oro. Pero siéndoles posible todo, hasta lo que nos parece más difícil, y conforme á la regla establecida por Timolao, de que se pida sin vacilar como si nada hubiera de negarse, yo deseo ser rey, pero no como Alejandro, hijo de Filipo, ó Tolomeo, ó Mitrídates, ó cualquiera otro que haya subido al trono de su padre, sino principiando por ser capitán de bandoleros. Al comenzar, sólo reuno unos treinta amigos y compañeros leales y atrevidos; después se nos agregan insensiblemente, uno á uno, hasta trescientos; luégo mil; poco después diez mil, y, por último me veo al frente de cincuenta mil infantes y unos cinco mil caballos.

29. Por voto unánime soy nombrado jefe: todos me creen el más apto para el mando y para dirigir los negocios. Esta circunstancia me levanta sobre los demás soberanos: la promoción al mando se la debo á mi valor, no á la herencia de otro que haya trabajado para fundar un trono. Esto se parecería á la felicidad de Adimanto, y no es tan agradable como verse uno autor de su propio poderío.

LICINO.—¡Ahí es nada lo que pides, Samipo! El bien por excelencia; el mando de numeroso ejército, después de haber sido declarado el mejor por cincuenta mil soldados. Tan admirable rey y general

nos criaba Mantinea sin que lo supiéramos nosotros. Reina, pues; guía tus soldados; forma en batalla tu caballería y tus escutíferos. Deseo saber á dónde vais á dirigiros tantos hombres, en saliendo de Arcadia, y sobre qué infelices vais á caer primero.

30. SAMIPO.—Oye, Licino, ó mejor aún, acompaña-me, si quieres. Te daré el mando de mis cinco mil caballos.

LICINO.—Te agradezco el honor, bondadoso monarca: prosternado como los persas, con las manos á la espalda, adoro tu augusta persona, y reverencio tu tiara derecha (1) y tu diadema. Pero nombra general de la caballería á uno de tus robustos colegas. Soy detestable jinete y jamás he montado á caballo. Caería, sin duda, al primer toque de trompeta, y me aplastarían infinitos cascos; ó, siendo el caballo fogoso, pudiera coger el freno con los dientes y plantarme en medio del ejército enemigo; de suerte que tendréis que atarme á la silla para que me sostenga, y llevarme el caballo del diestro.

31. ADIMANTO.—Yo mandaré la caballería. Que se encargue Licino del ala derecha. Bien merezco un puesto importante después de haberte regalado tantas medimnas de monedas de oro.

SAMIPO.—Preguntemos á los mismos caballeros si te admiten por jefe: «Caballeros, levantad la mano los que queráis para general á Adimanto.»

ADIMANTO.—Todos, como ves, la han levantado.

SAMIPO.—Colócate, pues, al frente de la caballería. Mande el ala derecha Licino; Timolao capitaneará la izquierda: yo me coloco en el centro, como los reyes persas cuando asisten á la batalla.

(1) La tiara derecha era una de las insignias del poder supremo en Persia.

32. Marchemos hacia Corinto, atravesando los montes, después de dirigir nuestros votos á Júpiter, protector de monarcas. Ya hemos sometido toda la Grecia. Nadie se atreve á resistir nuestro número: hemos vencido sin lucha. Nos embarcamos en las trirremes: la caballería se acomoda en naves de transporte. En Cencres estaban dispuestas las embarcaciones necesarias, con trigo suficiente y demás cosas. Navegamos hacia Jonia por el mar Egeo. En Jonia ofrecemos un sacrificio á Diana; tomamos sin dificultad ciudades no amuralladas, dejamos gobernadores en ellas, marchamos á Siria, por Caria, Licia, Panfilia, Pisidia, y por la Cilicia marítima y la montañesa, y llegamos al Eufrates.

33. LICINO.—Gran Rey, nómbrame, si te place, sátrapa de Grecia. Soy tímido y me asustaría el verme tan lejos de casa. Parécesme dispuesto á habértelas con Armenios y Partos, gentes belicosas y habilísimos tiradores de flechas. Entrega, pues, á otro el mando del ala derecha, y déjame en Grecia como á Antipatro, no sea que mandando la falange contra Susa ó contra Bactras, una flecha enemiga dé en sitio descubierto á tu infeliz estrategia.

SAMIPO.—Huyes, Licino, eres un cobarde. Es de ley cortar la cabeza al desertor convicto. Pero ya que estamos junto al Eufrates, sobre el cual hemos tendido un puente; ya que permanecen tranquilas y sumisas á los gobernadores impuestos por mí todas las provincias que dejamos á la espalda, y ya que han partido tropas á conquistar Fenicia, Palestina y Egipto, pasa tú primero, Licino, á la cabeza de tu ala; yo te seguiré; después vendrá Timolao. Tú, Adimanto, trae detrás de todos la caballería.

34. En Mesopotamia ningún enemigo se presenta. Entréganse voluntariamente los pueblos con sus pla-

zas fuertes. Llegamos á Babilonia: penetramos de repente en su recinto y somos dueños de ella. El Rey, que está en Ctesifon (1), sabe nuestra irrupción repentina: avanza hasta Seleucia y pone en armas numerosa caballería, arqueros y honderos. Los espías nos cuentan que hay apercibidos cerca de un millón de combatientes, entre ellos doscientos mil arqueros montados, aunque todavía faltan las tropas de Armenia, las de los pueblos finítimos del Caspio, las de los Bactrianos, pues sólo se han reunido las de los lugares cercanos, y, por decirlo así, de los arrabales de la capital. Tan fácil le ha sido poner tantos miles en armas. Tiempo es ya de que veamos lo que conviene hacer.

35. ADIMANTO.—Yo creo que vosotros, los infantes, debéis marchar contra Ctesifón; y nosotros, las fuerzas de caballería, permanecer guardando á Babilonia.

SAMIPO.—¿También tú, Adimanto, te acobardas delante del peligro? ¿Cuál es tu opinión, Timolao?

TIMOLAO.—Marchar con todas las fuerzas contra el enemigo: no darle tiempo para prepararse mejor y para recibir auxiliares. Atacarle mientras éstos están en camino.

SAMIPO.—Muy bien. ¿Y la tuya, Licino?

LICINO.—La diré: como estamos cansados de andar, pues hemos bajado de madrugada al Pireo, y ahora llevamos cerca de treinta estadios de camino, y el sol, casi en el zenit, caliente que es un gusto, mi opinión es que descansemos aquí á la sombra de esos olivos. Nos sentamos en aquel cipo caído, nos levantamos después y volvemos á la ciudad con mucho sosiego.

(1) Residencia de invierno de los reyes Partos Arsácidas, en Asiria, sobre el Tigris, al Norte. Sus ruinas se llaman hoy *Al-Madain*.

SAMIPO.—Pero, bendito, ¿todavía te crees en Atenas, estando en la llanura de Babilonia, acampado ante sus muros, cercado de combatientes y tratando de la guerra?

LICINO.—Haces bien en recordármelo. Creía estar en mi sano juicio y no errar en mi consejo.

36. SAMIPO.—Marchemos, si os parece. Tened valor en el peligro: no desistáis de vuestros sentimientos patrióticos. Ya avanza el enemigo. La voz de guerra es *Enfalio* (1). En cuanto suene el clarín, dad el alarido bélico, golpead el escudo con la lanza, arrojaos sobre el enemigo, penetrad entre sus flechas para no darles tiempo á asaetearnos. Ya peleamos cuerpo á cuerpo. El ala izquierda y Timolao hacen huir á los opuestos Medas; donde yo estoy, el combate permanece indeciso; los Persas con su rey son mis contrarios; pero toda la caballería bárbara avanza contra nuestra derecha. ¡Sus! Licino, muéstrate valiente y manda á tus soldados resistir el encuentro.

37. LICINO.—¡Oh, qué suerte! Toda la caballería cae sobre mí: sólo yo les he parecido atacable. Pues como me fuercen, huyo á aquella palestra y os dejo peleando.

SAMIPO.—Nada de eso. También sales victorioso..... Yo, como ves, voy á habérmelas con el Rey en singular combate. Me desafía, y el no aceptar sería vergonzoso.

LICINO.—¡Por Júpiter! date ya por herido: es muy de reyes ser herido combatiendo por el mando.

SAMIPO.—Tienes razón; pero mi herida es leve: no está en lugar visible, y la cicatriz no ha de desfigurarme. ¿Veis con qué fuerza le ataco? De una lanzada atravieso de parte á parte á él y al caballo. Le

(1) Sobrenombre de Marte.

corto el cuello, le arranco la diadema. ¡soy rey, me adoran todos!

38. ¡Bárbaros, prosternaos! A vosotros, Griegos, según costumbre helénica, sólo os mandaré en concepto de estratega. Considerad cuántas ciudades de mi nombre voy á fundar en seguida, y cuántas, tomadas á viva fuerza, arrasaré en castigo de haberme desacatado. Hundiré sobre todo al rico Cidias, que, siendo vecino mío, echóme de su campo porque traspasé un poco sus linderos.

39. LICINO.—Basta, Samipo: después de tal victoria, es tiempo ya de volver á Babilonia á celebrar el triunfo con festines. Pero tu imperio ha excedido, creo, de los estadios concedidos. A Timolao le corresponde ya manifestarnos sus deseos.

SAMIPO.—¿Qué te parecen los míos?

LICINO.—Mucho más penosos, estupendo monarca, y mucho más violentos que los de Adimanto. Este, á lo menos, vivía entre delicias, ofreciendo á sus comensales áureas copas de dos talentos; pero tú eras herido en singular combate, y estabas noche y día lleno de temores y cuidados. Y no sólo tenías que temer al enemigo, sino asechanzas á miles, y envidias de tus familiares y odios y adulaciones. Amigos verdaderos, ni uno: todos los más afectos, sólo por interés ó miedo: goces dulces ni en sueños, sino gloria á todo pasto, púrpura bordada de oro, cinta blanca en la frente y doríforos por delante. En lo demás, trabajo abrumador y amarguras sin cuento: deliberaciones sobre las noticias del enemigo: administración de justicia, órdenes que enviar á todos tus pueblos: una nación se subleva, otras invaden tu imperio; temores continuos, sospechas de todo, y opinión de feliz para todos menos para tí mismo.

40. ¿No es también humillante el verte sometido á

enfermedades como los demás hombres? La fiebre no te reconoce por rey: la muerte no teme á tus lanceros. Cuando le parezca vendrá á buscarte, y sin respetar tu diadema, te llevará anegado en llanto. Hete ya caído de tu altura, derrocado del trono, recorriendo el mismo camino que los demás mortales, confundido é igualado con la turbamulta de difuntos. Dejas en la tierra una tumba elevada, una larga columna, ó una pirámide de bien dibujadas aristas, reino póstumo de tu insensible soberbia. Las estatuas, los templos que las ciudades han erigido en tu honra, tus fastuosos títulos, todo se desvanece poco á poco y se olvida. Pero aunque durasen mucho, ¿qué placer pueden proporcionar á quien no siente? ¿Ves cuántas molestias, temores, inquietudes y trabajos tendrás en vida, y lo que serás después de muerto?

41. Ahora te corresponde pedir, Timolao. Como persona de juicio y experiencia, procura superar á nuestros amigos.

TIMOLAO.—Mira, pues, Licino, si en mi deseo hay algo vituperable y digno de censura. No voy á pedir oro á manta, tesoros, medimnas de monedas, tronos y batallas con los temores consiguientes al mando, censurados por tí muy discretamente. Son cosas inseguras, llenas de emboscadas, con muchas más penas que placeres.

42. Yo deseo impetrar de Mercurio varios anillos con las siguientes virtudes: uno, para tener el cuerpo sano, fuerte, invulnerable é impasible; otro, que haga invisible á su dueño, como el anillo de Giges; otro, para adquirir la fuerza de diez mil hombres juntos, de modo que un peso que apenas podrían mover entre diez mil, me lo lleve yo como una pluma. Quiero volar muy alto, y para esto me hace falta otro anillo. Quiero hacer dormirse á quienes se me antoje, y que

toda puerta se me franquee al acercarme yo, levantando sus trancas y corriendo sus cerrojos: para ambas cosas me bastará un anillo.

43. Pero ahora va lo principal y más grato. Quiero un anillo que me haga ser amado por todos los muchachos, por todas las mujeres y por pueblos enteros, de suerte que no haya quien no me ame, me desee y me tenga siempre en boca. Enamoradas de mí, ahórquense desesperadas muchas mujeres; pierdan el juicio los mancebos; estímese feliz aquel á quien yo conceda una mirada; mate de pesar mi menor desprecio; en una palabra, deje yo muy atras á Jacinto, Hilas y Faón de Quío.

44. Todo esto no quiero tenerlo breve tiempo, ni vivir lo que viven los demás hombres; sino durante mil años, juventud tras juventud, despojándome de la vejez cada diez y siete años, como las culebras. Si tengo esto, nada me faltará. Mías serán las riquezas de todos, pues puedo abrir sus puertas, adormecer sus guardas y entrar sin ser visto. Si hay en la India ó en los países hiperbóreos alguna cosa extraña, una preciosidad, una comida ó una bebida agradables, no necesito que me las traigan, me voy volando, y disfruto de ellas hasta saciarme. El grifo, cuadrúpedo alado, el fénix, ave índica, no vistos por nadie, yo los habré visto, y sólo yo conozco las fuentes del Nilo, la parte inhabitada de la tierra, y si en el hemisferio austral hay ó no antípodas. He estudiado sin dificultad la naturaleza de las estrellas, la de la Luna y la del mismo Sol, porque su fuego no puede hacerme daño. Puedo, que es lo más hermoso, en un mismo día ir á Babilonia á anunciar quién ha vencido en los juegos Olímpicos, comer, si se me ocurre, en Siria, y cenar en Italia. Si tengo un enemigo, puedo vengarme sin que me vean, dejando caer sobre su cabeza

una piedra que le aplaste el cráneo; puedo, por el contrario, hacer bien á mis amigos, echándoles oro mientras duerman. A todo orgulloso, tirano ó rico insolente, lo levanto á veinte estadios de altura, y dejo caer sobre las rocas. Nadie me impide disfrutar de mis amores: entro sin que nadie me vea, y adormezco á todos menos á mi amante. ¡Qué gusto ver, fuera del alcance de los dardos, combatir á dos ejércitos; ponerme, si quiero, de parte de los vencidos, adormecer á los vencedores y dar á los fugitivos la victoria, haciéndoles volver al campo! En una palabra, la humanidad me sirve de juguete: todo es mío: soy un dios para los otros. El colmo de mi felicidad es que no se acaba, ni está expuesta á asechanza alguna, y que gozo de salud en una vida tan larga. ¿Hallas algo censurable en mi deseo?

45. LICINO.—Absolutamente nada, Timolao. Ni sería prudente contradecir á un hombre-ave, y que tiene más fuerza que diez mil juntos. Sólo te preguntaré: en tus excursiones aéreas por infinitas naciones, ¿has hallado algún viejo tan rematadamente loco, que creyera volar con un pequeño anillo, mover con un dedo las montañas é inspirar furiosos amores, siendo calvo y romo? También me dirás por qué un anillo no podría servirte para todo. ¿A qué ir cargado con tantos? ¿Por qué llevar llenos todos los dedos de la mano izquierda? Y todavía sobran anillos: de modo que tendría que ayudarle la derecha. Pero aun te falta uno, el más necesario; uno que curase tu necesidad, quitándote esa insensata coriza. ¿No podría hacer lo mismo y mejor una dosis de heléboro?

46. TIMOLAO.—Pero, en fin, desea tú algo, Licino: veremos si tu deseo es irrepreensible y sin tacha, ya que tanto censuras á otros.

LICINO.—No necesito desear: estamos ya en el Dipilo.

El buen Samipo peleando junto á Babilonia, y tú, Timolao, comiendo en Siria y cenando en Italia, habéis gastado los estadios que me habían correspondido. Habéis hecho bien. Yo no quiero vana y fugaz riqueza, para sufrir en seguida el triste desencanto de comer pan seco, como va á sucederos. Vuestra felicidad, vuestras riquezas, vuestras diademas y tesoros van á desaparecer; al despertar del dulce sueño, hallaréis todo lo contrario en vuestras casas, como muchos reyes de tragedia, que al salir del teatro tienen hambre, después de haber sido Agamenones y Creontes. Os entristeceréis, como es natural, y os desagradarán las cosas domésticas, sobre todo á tí, Timolao, cuando, como á Ícaro, se te deshagan las alas y caigas del cielo á la tierra, privado de todos tus anillos. A mí, en vez de todos los tesoros y de todas las Babilonias, me basta reirme de vuestros deseos. ¡Vaya unos deseos para hombres preciados de filósofos!

LXVII.

DIÁLOGOS DE LAS CORTESANAS.

1.

GLÍCERA Y TAIS.

1. GLÍCERA.—Aquel soldado, ¿te acuerdas Tais? aquel Acarniense, que tuvo primero á Abrótono y después me amó, aquel siempre de púrpura y clámide, ¿no lo conoces, ó lo has olvidado?

TAIS.—No, Glicerita. Lo conozco. Bebió con nosotras el año pasado en la fiesta de las Granjas (1). Pero ¿á qué cuento?..... Creo que querías decirme algo.

GLÍCERA.—Górgona, fingiéndose amiga mía la perversa, lo engatusó y me lo ha quitado.

TAIS.—¿De modo que ya no vive contigo y tiene á Górgona de querida?

GLÍCERA.—Sí, Tais; y lo he sentido mucho.

TAIS.—La acción es mala, Glicerita, pero no tiene nada de extraordinario. Todas solemos hacer lo mismo. No te aflijas, pues, ni acuses á Górgona. ¿Se quejó Abrótono cuando se lo quitaste aunque erais amigas?

2. Pero ¿qué hermosura ha podido hallar ese sol-

(1) Se celebraban en honor de Ceres, después de la siega y de la vendimia.

dado en Górgona? Esto es lo sorprendente, á menos que esté ciego. Górgona tiene poco pelo y demasiado retirado de la frente; labios lívidos, como un cadáver; cuello delgado con venas gordas, y nariz muy larga. Sólo es alta y derecha y de atractiva sonrisa.

GLÍCERA.—¿Crees que el Acarniense ama su hermosura? ¿Ignoras que es hija de Crisaria, bruja versada en encantamientos tesalios? Sabe bajar la luna, y dicen que vuela de noche. Habrá enloquecido á mi hombre con algún bebedizo, y ahora lo vendimia.

TAIS.—Pues ya vendimiarás tú otro. Envía á ese enhorabuena.

2.

MIRTIA, PÁNFILO Y DORIS.

1. MIRTIA.—Te casas, Pánfilo, con la hija del piloto Fidón. Dicen que ya te has casado. ¡Tantos juramentos y lágrimas se han desvanecido en un instante! Olvidas á tu Mirtia, Pánfilo; la olvidas embarazada de ocho meses. Este es el fruto de tu amor: dejarme en cinta, y luégo la carga de criar un muchacho, molestísima, si las hay, para una cortesana. Porque lo que es abandonarlo, sobre todo si es niño, ni por pienso: le llamaré Pánfilo; será el consuelo de mi amor; y si algún día te encuentra, podrá echarte en cara la perfidia con que has procedido contra su pobre madre. ¡Si al menos fuese hermosa tu futura! La he visto hace poco con su madre en las Tesmoforias, cuando aun no sospechaba que por ella perdería á mi Pánfilo. Mírala bien antes de casarte; repara en aquel rostro y aquellos ojos: después no te llates á engaño si los tiene grises, bizcos, mirándose uno á otro. Pero

has visto á Fidón, padre de tu futura; no necesitas ver la cara á tu novia; es cortada la de su padre.

2. PÁNFILO.—¿Pero qué delirios son esos, Mirtia mía? ¿Qué me cuentas de novias y matrimonios marítimos? ¿Qué sé yo de si la prometida es bella ó chata, ó de si Fidón de Alopece, á quien sin duda aludes, tiene ó no hija casadera? Ni siquiera es amigo de mi padre: tuvieron pleito hace poco por un asunto marítimo. Fidón debía á mi padre un talento y no quería pagarle. Mi padre le citó al tribunal marítimo y le costó un triunfo cobrarle, y no por completo, según le tengo oído. Si estuviese resuelto á casarme, ¿hubiera dejado la hija de Demeas por la de Fidón; mi prima, digo, hija de aquel Demeas que estuvo últimamente encargado del ejército? ¿Quién te ha contado esas parruchas? ¿O son puras fantasías é imaginaciones de tus celos?

3. MIRTIA.—¿Luego no te casas, Pánfilo?

PÁNFILO.—¿Estás loca ó ebria? Pues ayer no bebimos mucho.

MIRTIA.—Doris me ha dado este disgusto. La había enviado á comprar tiras de lana para el parto, y á hacer de paso á nombre mío un voto á Lucina, cuando dice que encontró á Lesbia..... Pero mejor es que lo cuentes tú, Doris; si no es invención tuya.

DORIS.—¡Que muera si he mentado, señora! Cerca del Pritaneo he encontrado á Lesbia, la cual me ha dicho sonriendo: «Vuestro amante Pánfilo se casa con la hija de Fidón.» Como yo dudaba, me dijo que me asomase á tu callejuela y vería las guirnaldas, las flautistas, el barullo, y gente echando cantares de boda.

PÁNFILO.—¿Cómo! ¿Acaso has visto?.....

DORIS.—Todo, sí; todo lo que me decía.

4. PÁNFILO.—Comprendo tu error. Lesbia no te ha

engañado; lo que has referido á Mirtia también es cierto; pero os habéis alarmado sin motivo. No es en mi casa la boda. Recuerdo que ayer al volver de vuestra casa á la mía: «¿Conoces, me dijo mi madre, á Cármi-des, mozo de tu edad, hijo de nuestro vecino Aristé-neto? Se casa ya y es hombre de juicio. ¿Hasta cuando piensas vivir con tu querida?» No la hice caso y me dormí. He salido de casa al amanecer, y por eso no he visto nada de lo que Doris dice. Si no me crees, vuelve y mira bien, no la callejuela, sino la puerta: fíjate en cuál tiene guirnaldas, y verás que la de mis vecinos.

MIRTIA.—Me devuelves la vida, Pánfilo. Me hubiera ahorcado si hubiera sucedido eso.

PÁNFILO.—Eso es imposible, Mirtia. No soy tan loco que pueda olvidarte, y más estando en cinta, amor mío.

3.

FILINA Y SU MADRE.

I. LA MADRE.—¿Estabas loca, ó qué te pasaba ayer en la comida? Difilo ha venido llorando esta mañana y me ha contado todas tus fechorías. Te embriagaste, te levantaste á pesar de su prohibición, y bailaste en medio de la sala; diste en seguida un beso á su amigo Lámprias; luégo, viendo el descontento de Difilo, lo dejaste, te sentaste al lado de Lamprias y le diste un abrazo, con lo cual tu amante se sofocaba de rabia. Esta misma noche no has querido dormir con él: le has dejado llorar, y te has echado sola en un lecho inmediato, cantando para molestarle.

2. FILINA.—No te ha contado lo que él ha hecho; si no, no defenderías á ese insolente. Me dejó sola y se puso hablar con Tais, la querida de Lamprias, antes de que éste viniese. Viendo que me disgustaba su proceder y que le hacía una señal para que cesase, cogió por una oreja á Tais, le hizo inclinar la cabeza y le dió un beso tan fuerte, que á poco no puede despegar los labios. Yo lloré; él se echó á reir, y empezó á hablar á Tais al oído, contra mí, sin duda, pues ella se reía y me miraba. Cuando vieron venir á Lamprias, se estuvieron quedos, hartos de besarse. Yo me senté al lado de Lamprias, sin sospechar que Difilo pudiera disgustarse. Tais salió á bailar la primera, mostrando todo lo posible las piernas, como si sólo ellas las tuviese bien formadas. Cuando terminó, guardó silencio Lamprias y no dijo una palabra, en cambio Difilo puso por las nubes la agilidad, el arte coreográfico de Tais, lo bien que ajustaba los pies al compás, la hermosura de su pierna, y mil cosas que ni que se tratase de la Sosandra de Calamis y no de Tais, á quien conoces por haberse bañado con nosotras. Luégo Tais me tiró de repente esta puntada: «Si hay alguna á quien no le dé vergüenza tener las piernas delgadas, levántese y baile.» ¿Qué te diré, madre? Me levanté y bailé. ¿Qué quieres que hiciera? ¿Aguantarme, confirmar la burla y dejar á Tais dueña absoluta del banquete?

3. LA MADRE.—Eres demasiado puntosa, hija mía: no debías haber hecho caso. Y después ¿qué ha ocurrido?

FILINA.—Todos los demás aplaudían. Sólo Difilo, echado de espaldas, miraba al techo hasta que me rindiese.

LA MADRE.—¿Pero es verdad que besaste á Lamprias y que dejaste tu puesto para ir á abrazarle? ¿Callas? Esto es imperdonable.

FILINA.—Quería hacerle sufrir lo mismo que él me había hecho.

LA MADRE.—¿Por eso no dormiste con él y cantaste mientras lloraba? Considera, hija mía, que somos pobres. ¿No recuerdas los regalos que nos ha hecho ese mozo, y lo mal que hubiéramos pasado el invierno anterior, si no nos lo hubiese deparado Venus?

FILINA.—¡Y qué! ¿He de aguantar por eso sus ultrajes?

LA MADRE.—Encolerízate, si quieres, pero nada de desprecios. ¿Ignoras que los amantes se pierden por el desprecio y se reprenden á sí mismos? Siempre has sido muy dura con éste; mira, no tires tanto de la cuerda, que al fin se rompa, como el proverbio dice.

4.

MELITA Y BAQUIS.

1. MELITA.—Si conoces, Baquis mía, alguna de esas viejas tan abundantes en Tesalia; una vieja que sepa de encantamientos para hacer amables las personas y adorables las mujeres más odiadas, tómala ¡ojalá tengas tal dicha! y tráetela á mi casa. Daré con gusto esos vestidos y ese oro, si veo á Carino vuelto á mi amor y detestando á Simica como ahora me detesta.

BAQUIS.—¿Qué dices? ¿Ya no vive contigo y se ha ido á vivir con Simica? ¿Te ha dejado, después de haber tenido tantos disgustos con sus padres y de haber rehusado la mano de aquella rica heredera que le traía cinco talentos de dote? Recuerdo haberte oído esto.

MELITA.—Todo ha volado ya. Cinco días hace que no lo veo. Se los pasa con su compañero Pammenes, bebiendo con él y con Simica.

2. BAQUIS.—Eso es atroz, Melita. Pero ¿por qué habéis reñido? Debe ser cosa grave.

MELITA.—Ni lo sé siquiera. Hace poco, cuando volvía del Pireo, á donde le había enviado su padre á cobrar una deuda, no quiso mirarme al entrar, me rechazó al salirle á recibir, según costumbre, y negándose á abrazarme: «Anda, me dijo, anda á abrazar al patrón Hermótimo, ó á leer lo escrito en las paredes del Cerámico (1), donde tu nombre y el suyo están en una columna.—¿Qué Hermótimo, ni qué columna?» le dije. Pero sin responderme ni cenar, se echó, volviéndome la espalda. Empléé todos mis recursos. Lo abracé; procuré volverlo hacia mí; le besé en la espalda. Pero sin dejarse ablandar: «Si continuas fastidiándome, dijo, me marchó, aunque son las doce de la noche».

3. BAQUIS.—¿Pero conoces á ese Hermótimo?

MELITA.—¿Que me veas más infeliz de lo que me ves, si conozco á semejante hombre! Carino, al cantar el gallo, se despertó y se fué. Yo recordaba lo que me había dicho de mi nombre escrito en el Cerámico. Envié á Acis, la cual sólo halló estas palabras grabadas, á la derecha entrando por el Dipilo: «Melita ama á Hermótimo»; y un poco más abajo: «El patrón Hermótimo ama á Melita.»

BAQUIS.—¡Son malos esos mozos! Comprendo. Al-

(1) Para manifestar su amor á una persona, solían los Atenienses escribir su declaración en la pared de un sitio público donde aquélla acostumbraba á pasear. El Cerámico de que Melita habla, era un barrio de Atenas frecuentado por las cortesanas. Había otro fuera de la ciudad donde eran sepultados los muertos en defensa de la patria.

guno, por incomodar á Carino y sabiendo que es celoso, ha puesto esos letreros. Él lo creyó en seguida. Si lo veo, le hablaré. No tiene experiencia: es un niño.

MELITA.—¿Dónde lo has de ver si está todo el día encerrado con Simica? Sus padres envían todavía á buscarlo aquí. ¡Ojalá hallase una vieja de las que te he dicho! Su presencia me salvaría la vida.

4. BAQUIS.—Hay, querida mía, una gran hechicera, natural de Siria, robusta y vigorosa, la cual me amansó á Fancias, que, como tu Carino, se había enfadado por una tontería. Nos reconcilió al cabo de cuatro meses, cuando yo había perdido ya todas las esperanzas. Sus encantamientos me lo trajeron á casa.

MELITA.—¿Qué pide esa vieja? ¿Te acuerdas todavía?

BAQUIS.—Poca cosa, Melita: un pan y un dracma. También hay que prepararle con la sal siete óbolos, azufre y una antorcha. La vieja se los lleva. Hay que llenar de vino una cratera, que se bebe ella sola. Necesitas, además, algo de tu amante, ropa, calzado, cabellos ó cosa por el estilo.

MELITA.—Tengo sus zapatos.

BAQUIS.—Los colgará de un clavo; los fumigará con azufre, y echará sal en el brasero pronunciando dos nombres, el tuyo y el de tu amante. Después sacará de su regazo un trompo, y lo hará bailar, recitando rápidamente un conjuro compuesto de bárbaros y espantosos nombres. Esto hizo para mí. Poco después Fancias, á pesar de los consejos de sus amigos y de las reiteradas súplicas de Febis, con quien vivía entonces, se me reunió, atraído por la virtud irresistible del hechizo. La vieja me enseñó además un secreto para que Fancias aborreciese á

Febis. Consistía en observar las huellas de ésta, é ir las borrando, poniendo mi pie derecho donde ella ponía el izquierdo, y en decir: «Te piso y te venzo.» He hecho lo que me había dicho.

MELITA.—No tardes, Baquis, no tardes. Tráeme esa Siria. Tú, Acis, prepara el pan, el azufre y todo lo preciso para el encanto.

5.

CLONARIA Y LEENA.

1. CLONARIA.—¡Qué novedades hemos oído de tí, Leena! La lesbense Megila, esa ricacha, se ha enamorado de tí como un hombre y vivís juntas no sé de qué manera. ¡Eh! ¿Te ruborizas? ¿Es verdad lo que dicen? Habla.

LEENA.—Es verdad, Clonaria, pero me da vergüenza. ¡Es tan extraño!

CLONARIA.—¿Pero que es, por Ceres? ¿Qué pretende esa mujer? ¿Qué hacéis cuando estáis juntas? ¿Lo ves? No me quieres; si no, nada me ocultarías.

LEENA.—Te quiero como á nadie. Pero aquella mujer es terriblemente masculina.

2. CLONARIA.—O no te entiendo, ó se trata de una de esas cortesanas tan abundantes en Lesbos, mujeres varoniles que nada quieren con hombres, y hacen de hombres con las de su sexo.

LEENA.—Así es.

CLONARIA.—Cuéntame lo que ha habido; sus primeras tentativas; cómo te persuadió, y el resto.

LEENA.—Había preparado una francachela con la corintia Demonasa, rica también y de iguales aficio-

nes que Megila: me llamaron para que las divirtiese con la cítara. Después de haber cantado, siendo ya tarde y hora de irse á dormir, y estando ellas bastante bebidas: «¡Ea! ya es hora de dormir: acuéstate entre las dos», me dijo Megila.

CLONARIA.—Te acostaste; ¿y después?

3. LEENA.—Osculabantur me primum ut viri, non illud modo, applicantes labia, sed os etiam aliquantum aperientes; atque amplexabantur, opprimebant papillas; Demonassa autem inter osculandum etiam mordere. Ego vero, quid res sibi vellet, nondum poterat conicere. Tandem Megilla, quæ iam incaluisset, fictitiam de capite comam abstulit: impositam autem habebat valde similem et bene applicatam: atque apparuit accurate ad ipsam cutem, ut viriliores athletæ, detonsa, ut ego ipso aspectu perturbarer. At illa, Mea Læena, inquit, vidistine iam pulchrum adeo iuvenem? Ego vero, inquam, non video hic iuvenem, Megilla. Noli me, inquit, facere feminam: Megillus enim vocor, et olim duxi hanc Demonassam, et mea uxor est. Risi ego hoc, Clonarium, et, Tu igitur, Megille, inquam, imprudentibus nobis vir fueras, sicut Achillem dicunt inter virgines delituisse in vestibis purpureis? et illud habes quo viri censeantur, et Demonassæ facis quod viri? Illud, inquit, Læena, non habeo; sed neque omnino illo indigeo: verum proprio quodam modo et multum iucundiore cœuntem me videbis. Ego, Numquid ergo, inquam, Hermaphroditus es, quales multi esse dicuntur habentes utraque? Nempe adhuc, mea Clonarium, quid rei esset, ignorabam. Non, inquit, sed omnino virum.

4. Hic ego, Audivi, inquam, Bœotiam tibicinam, Ismonodoram, res patriæ suæ narrantem, quum diceret fuisse quemdam Thebis ex femina virum, eundem etiam vatem optimum; Tiresiam, 'puto, nomine.

Numquid ergo tibi simile quid usu venit? Neutiquam, ait, mea Læena; sed ita nata sum ut vos reliquæ: verum animus, et libido, et reliqua omnia in me viri sunt. Igitur satis tibi est, inquam, libido? Quin tu præbe, inquit, Læena, si fidem mihi non habes, et nihil me inferiorem viris esse inteliges: habeo enim pro illo virili aliquid. Sed præbe: videbis enim. Præbui, Clonarium, multum supplicanti, et monile mihi donanti pretiosum, atque lintea tenuissima. Tum ego illam uti virum complexa sum: illa basiare, patrare, anhelare, ac visa est mihi supra modum delectari.

CLONARIUM.—¿Quid ergo patrabat, Læena, aut quomodo? hoc enim dic maxime.

LÆENA.—Noli curiose exquirere: turpicula enim. Quare, ita me Cœlestis Venus, non dixerim.

6.

CROBILE Y CORINA.

1. CROBILE.—Ya ves, Corina, que no es tan terrible como te figurabas el dejar de ser doncella. Has estado con un hermoso joven, y te has ganado una mina (1), con la que voy á comprarte un collar ahora mismo.

CORINA.—Sí, mamá. Pero que tenga algunas piedras de color de fuego como el de Filenis.

CROBILE.—Será idéntico. Oye otra cosa. Escucha lo que has de hacer y cómo debes tratar á los hombres. No tenemos otro modo de vivir, hija mía. Desde que hace dos años se nos fué tu bendito padre, ¿no has

(1) Unas 95 pesetas.

visto qué estrecha y miserable ha sido nuestra vida? Mientras vivía teníamos sobrante de todo. Era broncista, y tenía en el Pireo mucha fama. Aun dice todo el mundo que no habrá otro broncista como Filino. Después de su muerte me vi obligada á vender sus tenazas, su yunque y su martillo: total, dos minas (1), con las que fuimos viviendo; después, tejiendo, haciendo correr la lanzadera y meneando el huso, he ganado penosamente el sustento y te he educado, hija mía, como esperanza suprema.

2. CORINA.—¿Te refieres á la mina?

CROBILE.—No, pensaba que cuando llegases á la edad que tienes, me mantendrías y te procurarías además adornos, dinero, trajes de púrpura y criadas.

CORINA.—¿De qué manera, madre? ¿Qué quieres decir?

CROBILE.—Viviendo y bebiendo con jóvenes y durmiendo con ellos mediante cierta cantidad.

CORINA.—¿Como Lira, la hija de Dafnis?

CROBILE.—Sí.

CORINA.—Pero, madre, si es una cortesana.

CROBILE.—Eso no es ningún mal. Serás rica, como ella, y tendrás muchos amantes. ¿Por qué lloras, Corina? ¿No ves cuántas cortesanas hay y qué buscadas son y cuánto dinero les dan? Yo, ¡Adrastea me valga! yo he conocido á Dafnis bien harapienta antes de que su hija estuviera en sazón. Ahora ya ves cómo se presenta: oro, vestidos bordados, cuatro criadas.

3. CORINA.—¿Cómo ha ganado eso la Lira?

CROBILE.—Primero presentándose muy elegantita y compuesta, y muy amable con todos, sin llegar á reirse estrepitosamente como acostumbras tú, sino sonriéndose con coquetería y gracia; luégo tratando

(1) Cerca de 195 pesetas.

hábilmente á los hombres, sin engañar á ninguno de los que la visitan ó la llevan á su casa, ni brindarse sin ser solicitada; guardándose muy bien de embriagarse en los banquetes á que alquilada asiste, pues la embriaguez pone en ridículo y hace á la mujer detestable, y guardándose de atracarse de comida indecentemente; tocando los manjares con la puntita de los dedos, comiendo cada bocado sin hablar y sin hincharse los carrillos, y bebiendo poco á poco, no de un trago, sino á sorbitos.

CORINA.—¿Aunque tenga sed, madre?

CROBILE.—Entonces más que nunca. No habla más que lo preciso, no se burla de los convidados, no mira sino al que le paga. Por eso la quieren todos. Cuando es preciso acostarse no se muestra ni lasciva ni helada, y sólo procura agradar á su amante y cautivarle. Por esto la aplauden todos. Si aprendes esto, seremos felices; porque en otros atractivos la ganas..... y no digo más. ¡Adrastea me valga! Sólo falta que vivas.

4. CORINA.—Di, mamá, ¿los que nos paguen serán todos como el joven Eucrito, con quien he dormido anoche?

CROBILE.—Todos no: habrá unos mejores, otros más robustos y algunos menos hermosos.

CORINA.—¿También tendré que dormir con éstos?

CROBILE.—Con éstos sobre todo. Son los que mejor pagan. Los hermosos sólo quieren pagar con su hermosura. Cuídate siempre de lo que te dé más lucro, si quieres que pronto digan todas señalándote con el dedo: «¿Veis á Corina, la hija de Crobile? Es extraordinariamente rica. Ha hecho felicísima á su madre?» ¿Qué dices? ¿Lo harás? Sí, lo harás, de seguro, y serás la reina de todas. Ahora, vete al baño, por si viene el joven Eucrito. Me lo ha prometido.

7.

MUSARIA Y SU MADRE.

1. LA MADRE.—Si llegamos á hallar otro amante como Quereas, tendremos que ofrecer una cabra blanca á Venus Pandema, una novilla á Venus Urania, la de los Jardines, y una corona á Ceres, donadora de tesoros. Seremos felices, inmensamente felices. Ya ves cuánto nos regala ese mozo. Todavía no te ha dado ni un óbolo, ni un vestido, ni unos zapatos, ni un botecillo de perfumes. Todo son excusas, promesas, esperanzas á largo plazo y mucho de «¡Ah, si mi padre!..... ¡Ah, si yo fuese dueño de mi hijuela, todo sería tuyo!» Y tú dices que ha jurado casarse legítimamente contigo.

MUSARIA.—Sí, madre, lo ha jurado por las dos diosas (1) y por nuestra patrona Minerva.

LA MADRE.—¡Y tú le crees á ojos ciegas! Por eso, como no tenía hace poco para pagar su escote, le has dado, sin decirme nada, tu anillo: él lo vendió para vino. También le has dado aquellos dos collares de Jonia, que pesaban cada uno dos daricos, aquellos que el patrón Praxias de Quíos te había traído de Efeso, donde había mandado hacerlos. ¡Vaya! Á Quereas no podía faltarle para su escote. De la ropa blanca y los vestidos no quiero hablar. Ese mozo es una mina, un verdadero hallazgo que nos ha enviado Mercurio.

2. MUSARIA.—Pero es hermoso y sin barba; dice que me quiere, llora, y es hijo de Dinómaca y de Laques

(1) Ceres y Proserpina.

el Areopagita. Me ha prometido casarse, y nos da grandes esperanzas para cuando el viejo cierre los ojos.

LA MADRE.—Pues bien, hija mía, cuando necesitemos zapatos y nos pida el zapatero un doble dracma: «No tenemos dinero, le diremos, pero toma algunas esperanzas.» Al panadero lo mismo, y al casero cuando llegue el plazo: «Aguarda á que muera Laques de Colito; pagaremos después de la boda.» ¿No te avergüenzas de ser la única cortesana que no tiene zarcillos, ni collares, ni vestidos de Tarento?

3. MUSARIA.—Y qué, madre, ¿son por eso más felices ó más bellas?

LA MADRE.—No, pero son más listas y entienden el oficio; no se pagan de palabritas de miel, ni se fían de mozuelos que juran solamente de pico. Eres fiel, amas á tu hombre, no admites á nadie y te guardas para Quereas. Hace poco, cuando vino aquel labrador de Acarne, imberbe también, y te ofreció dos minas, importe del vino enviado por su padre, le rechazaste desdeñosa, porque estabas comprometida con tu Adonis Quereas.

MUSARIA.—¿Pues no! ¿Había de dejar á Quereas para dormir con aquel trabajador que olía á chivo desde una legua? Quereas es suavecico, un lechoncillo de Acarne, como quien dice.

LA MADRE.—Sea. El otro es un palurdo y huele mal. Pero ¿por qué has rechazado á Antifón, hijo de Menécrates, que te ofrecía una mina? ¿No es hermoso, cortés y tan joven como Quereas?

4. MUSARIA.—Quereas me ha amenazado con matarnos á los dos como nos pille juntos.

LA MADRE.—¿No hacen otros las mismas amenazas? ¿Piensas, pues, vivir sin amantes, muy honestita, como una sacerdotisa de Ceres, y no como una he-

taira? Callo lo demás. Hoy es la fiesta de las Granjas: ¿qué te ha dado para la fiesta?

MUSARIA.—No tiene, mamá.

LA MADRE.—¿Es, pues, el único que no sabe engañar á su padre, ó enviarle un esclavo bribón, ó sacar dinero á su madre amenazándola con sentar plaza en marina? Es mejor estarse aquí y reventarnos con no darnos nada, ni dejarnos recibir de otros rumbosos. ¿Crees, Musaria, que no vas á pasar de los diez y ocho? ¿Crees que pensará lo mismo cuando sea rico y le proporcione su madre una novia rica? ¿Crees que al ver los cinco talentos del dote se acordará ya de sus lágrimas, de sus abrazos y de sus repetidos juramentos?

MUSARIA.—Se acordará. La prueba es que no ha querido casarse: á pesar de instancias y aun de fuerzas, siempre se ha negado.

LA MADRE.—¡Ojalá no mienta! Pero ya te lo diré entonces, Musaria.

8.

ÁMPELIS Y CRISIS.

1. ÁMPELIS.—Créeme, Crisis, quien no tiene celos, quien no se enfurece, quien no abofetea, quien no arranca cabellos ó rasga vestidos, no está enamorado.

CRISIS.—¿Luego no hay otras pruebas de ternura?

ÁMPELIS.—Así es: sólo éstas demuestran apasionado afecto. Todo lo demás, besos, lágrimas, protestas de amor, visitas frecuentes, revelan á lo sumo llama recién nacida é incipiente; pero el fuego verdaderamente avasallador se manifiesta en los celos.

Si, según dices, te abofetea Gorgias, y si está celoso, ten buenas esperanzas y desea que haga siempre lo mismo.

CRISIS. — ¡Siempre lo mismo! ¿qué dices? ¿que me esté dando bofetadas siempre?

ÁMPELIS. — No; pero que se incomode como no le mires á él solo. Si no te adorara, ¿crees que se encoleziraría porque tuvieras otro amante?

CRISIS. — Pero si no lo tengo. Sospecha sin razón que soy amada por un rico, de quien hablé por casualidad el otro día.

2. ÁMPELIS. — Tampoco es desagradable para ti el que te crea requebrada por los ricos. Eso le llegará más al alma, y tomará á punto de honra el no ser vencido por sus rivales.

CRISIS. — Pero mientras tanto, se irrita y me sacude bofetones, no me regala otra cosa.

ÁMPELIS. — Ya regalará: los celosos tienen muy mal genio.

CRISIS. — No comprendo, Ámpelis mía, qué interés tienes en que me regalen bofetadas.

ÁMPELIS. — No es eso; pero el amor de los hombres aumenta cuando se ven desdeñados, y se debilita como se crean exclusivamente favorecidos. Te lo digo yo, que he sido cortesana veinte años. Tú tienes diez y ocho ó quizá menos. Te contaré, si quieres, lo que me ocurrió no hace mucho años. Era mi querido el usurero Demofante, que vive detrás del Pecile. Nunca me había dado más de cinco dracmas, y quería ser el amo. Me amaba muy superficialmente, sin suspiros, ni lágrimas, ni plantones á la puerta por la noche: se limitaba á dormir conmigo, y eso de tarde en tarde.

3. Vino un día y le di con la puerta en las narices. Estaba dentro el pintor Cálides, que me había en-

viado diez dracmas. Se marchó echando pestes. Pasaron muchos días, sin enviarle recado. Cálides estaba también en mi casa. Demofante se acalora por fin, y llega echando chispas: ve la puerta franca, entra, llora, me pega, me amenaza de muerte, rasga vestidos, lo desbarata todo y acaba por darme un talento, por el cual gozó de mí exclusivamente durante ocho meses. Su mujer decía á todo el mundo que le había vuelto loco con filtros; mi filtro eran los celos. Empléalos con tu Gorgias. Ese mozo será rico si le sucede algo á su padre.

9.

DORCAS, PANNIQUIS, FILÓSTRATO, POLEMÓN.

I. DORCAS.—¡Somos perdidas, señora; somos perdidas! Polemón ha vuelto de la guerra rico, según dicen. Lo he visto. Lleva manto de púrpura, con su gran broche. Le siguen muchos esclavos. En cuanto lo han distinguido sus amigos han corrido á abrazarle: he aprovechado este movimiento para acercarme al mozo que le ha acompañado en la última salida. Iba detrás de su amo. Después de saludarle: «Parmenón, le he dicho, ¿cómo va para nosotras? ¿Nos traéis algo bueno de la guerra?»

PANNIQUIS.—No debías haberle dicho eso tan pronto, sino: «Loados sean los dioses, y sobre todos, Júpiter Hospital y Minerva guerrera, por haberos vuelto sanos! Mi ama me preguntaba continuamente; «¿Qué harán? ¿dónde estarán?» Si hubieses añadido: «Ha llorado; no ha hecho más que pensar en Polemón», hubiera sido mucho mejor.

2. DORCAS.—He principiado por decirle todo eso, pero no lo repetía, para contarte lo que me han dicho. Con Parmenón he principiado de este modo: «Parmenón, ¿no te han zumbado los oídos? Porque mi ama siempre estaba llorando y acordándose de tí, sobre todo cuando venía alguno con noticias de la guerra y decía que había habido muchos muertos. Se arrancaba los cabellos, se golpeaba el pecho y lloraba á lágrima viva.»

PANNIQUIS.—Muy bien, Dorcas. Eso hacía falta.

DORCAS.—Poco después le he preguntado lo que te he dicho. «Hemos vuelto espléndidos», me ha contestado.

PANNIQUIS.—¿Sin ningún preliminar, sin decirte que también Polemón se acordaba de mí y que deseaba hallarme viva?

3. DORCAS.—De eso mucho; pero lo esencial es que me ha hablado de riquezas inmensas, de oro, vestidos, esclavos, marfil, plata, no contada sino medida á medimnas y por muchas medimnas. El mismo Parmenón lleva en el dedo un anillo enorme, tallado en facetas, con una piedra de tres colores, roja por encima. Le he dejado cuando quería referirme cómo, después de pasar el Halis, mataron á un tal Tiridates y cómo se había distinguido Polemón en una batalla contra los Pisidios. He venido corriendo á decirte lo que ocurre, para que resuelvas lo que has de hacer en estas circunstancias. Pues si viene Polemón, lo cual será en cuanto le dejen sus amigos, y averigua lo que hay y encuentra á Filóstrato, ¿qué se te figura que hará?

4. PANNIQUIS.—Procuremos salir de este apuro. No está bien plantar en la calle á Filóstrato, que me ha dado hace poco un talento, y que además es un comerciante que promete mucho, y por otra parte tam-

poco me conviene no recibir á Polemón que vuelve tan rico. Es celoso, y si de pobre era ya insufrible, ¿á qué no se atreverá hoy, justo cielo!

DORCAS.—Ahí viene.

PANNIQUIS.—Desfallezco, Dorcas..... No sé qué hacer. Yo tiemblo.

DORCAS.—¡También Filóstrato!

PANNIQUIS.—¿Qué va á ser de mí? ¡Ojalá se me trague la tierra!

5. FILÓSTRATO.—¿Por qué no bebemos, Panniquis mía?

PANNIQUIS.—¡Hombre de Dios, me has perdido!..... ¡Salud, Polemón! ¡Qué caro de ver!

POLEMÓN.—¿Quién es ése que acaba de entrar? ¿Callas? ¡Bravo, Panniquis! ¡Y que haya venido de Pilos en cinco días, corriendo á todo correr, por hallar á esta buena pieza! Pero me está bien empleado. En medio de todo, debo darte las gracias. Así no me saquearás más.

FILÓSTRATO.—¡Eh, amigo! ¿quién eres?

POLEMÓN.—¿No has oído hablar de un tal Polemón de Estirica (1), de la tribu Pandiónida, antes quiliarca, jefe hoy de cinco mil hombres, y querido de Panniquis cuando la creía razonable?

FILÓSTRATO.—Pero ahora, ilustre capitán, Panniquis es mía. Ha recibido un talento, y recibirá otro en cuanto coloque mis mercancías. Vamos adentro, Panniquis, y deja á ese quiliarca (2) llevar sus soldados contra los Odrisos.

DORCAS.—Es libre, y entrará si quiere.

PANNIQUIS.—¿Qué hago, Dorcas?

DORCAS.—Lo mejor es entrar. No conviene estar de-

(1) Demo ó distrito del Atica

(2) Jefe de mil hombres

lante de Polemón tan furioso. Así se enardecerán sus celos.

PANNIQUIS.—Entremos, si te place.

6. POLEMÓN.—Pero os advierto que hoy es el último día que bebéis juntos. No en vano he de haberme ejercitado en terribles matanzas. ¡Aquí de mis Tracios, Parmenón! ¡A las armas! ¡Ocupe la falange toda la callejuela! ¡Los hoplitas al frente; en ambas alas los honderos y arqueros; en la retaguardia el resto!

FILÓSTRATO.—¿Nos crees niños, militarote mercenario? ¿Se te figura que vas á asustarnos con el coco y la fantasma? ¿Has matado ni siquiera un gallo? ¿Has visto la guerra ni por el forro? Sólo (y te hago favor) habrás mandado una guardia y media compañía.

POLEMÓN.—Ya verás lo que es bueno, cuando avancemos lanza en ristre, con refulgentes armas.

FILÓSTRATO.—Acercaos en orden de batalla. Yo y Tibio, mi único criado, os recibiremos á ladrillazos y pedradas. Huiréis, sin hallar donde esconderos.

10.

QUELIDONIA Y DROSE.

1. QUELIDONIA.—¿No viene ya á visitarte el jovencillo Clinias? Hace mucho tiempo que no lo veo en tu casa.

DROSE.—No viene ya: su maestro le ha prohibido visitarme.

QUELIDONIA.—¿Quién? ¿Diótimo, el profesor de gimnasia? Ese es amigo mío.

DROSE.—No: Aristéneto, un filósofo infame.

QUELIDONIA.—¿Un barbazas peludo y tristón que suele pasear con jóvenes en el Pecile?

DROSE.—El mismo. Un charlatán. ¡Ojala lo vea morir de mala muerte arrastrado de las barbas por el verdugo!

2. QUELIDONIA.—¿Pero qué ha hecho para persuadir á Clinias?

DROSE,—Lo ignoro, Quelidonia. Ese muchacho, que desde que supo lo que eran mujeres, cosa de que le enteré yo, no había dejado de venir una noche, hace ya tres días que ni se acerca á mi calle. Inquieta y afligida por el presentimiento de algún mal, envié á Nebris á ver si lo veía en el Pecile ó en la Agora. Lo ha visto paseando con Aristéneto y le ha hecho una señal de lejos: Clinias ha bajado la cabeza, lleno de rubor y no la ha vuelto á mirar. Se dirigían á la ciudad. Nebris los ha seguido hasta el Dipilo, pero como no ha vuelto la cabeza ni una vez, se ha venido sin saber qué decir. Considera cuántas conjeturas no habré hecho, sin poder figurarme lo que habrían dicho á ese muchacho. «¿Le habré ofendido? pensaba. ¿Tendrá otro amor y me aborrecerá? ¿Le prohibirá su padre venir?» Todo esto revolvía en mi imaginación. Al anocheecer, ya tarde, vino por fin Dromón con esta cartita suya. Tómala y léela, Quelidonia. Creo que sabes leer.

3. QUELIDONIA.—Veamos la carta. La letra no es gran cosa: los caracteres, muy ligados, indican que ha sido escrita con precipitación. Dice así: «Los dioses son testigos de cuánto te amo, Drose mía.....»

DROSE —¡Pobrecillo! ni siquiera ha puesto la fórmula de rigor.

QUELIDONIA.—«No es el odio sino la necesidad lo que me separa de tí. Mi padre me ha puesto á aprender filosofía, bajo la dirección de Aristéneto. Enterado el maestro de nuestras relaciones, me ha reñido muchísimo, diciéndome que un hijo de Arquíteles y de

Erasiclea no debía vivir con una hetaira, y que la virtud siempre debe ser antepuesta al placer.»

DROSE.—¡Así reviente el loco que da tales lecciones á la juventud!

QUELIDONIA.—«No tengo más remedio que obedecerle: me sigue á todas partes, me vigila y no me deja ver á nadie sino á él. Si soy juicioso y hago cuanto me manda, dice que obtendré la dicha y la virtud en recompensa á mis trabajos. Te escribo esta de mala manera y á escondidas. Se feliz, y acuérdate de Clinias.»

4. DROSE.—¿Qué te parece la carta, Quelidonia?

QUELIDONIA.—Todo lo demás está escrito á lo Escita, pero el «acuérdate de Clinias» deja alguna esperanza.

DROSE.—Me parece lo mismo; pero muero de amor. Dromón me ha asegurado que ese Aristéneto es un pederasta, que so color de dar lecciones, vive con muchachos hermosos: ha tenido conversaciones particulares con Clinias, le ha hecho no sé qué promesas y le ha prometido equipararlo á los dioses. Lee con Clinias ciertos diálogos eróticos de los filósofos antiguos y sus alumnos, y no lo deja un momento. Dromón le ha amenazado con decírselo al padre.

QUELIDONIA.—Debías haber empapuzado á ese Dromón.

DROSE.—Lo he hecho, pero sin esto era mío: está prendado de Nebris.

QUELIDONIA.—Animo. Todo saldrá bien. Yo pienso escribir en la pared del Cerámico, donde acostumbra á pasear Arquíteles: «Aristéneto corrompe á Clinias.» Así corroboraré la denuncia de Dromón.

DROSE.—¿Cómo podrás escribir sin que te vean?

QUELIDONIA.—De noche, con el primer carbón que encuentre.

DROSE.—¡Magnífico! Ayúdame, Quelidonia, contra ese charlatán de Aristéneto.

11.

TRIFENA Y CÁRMIDES.

1. TRIFENA.—¿Habrás visto nunca pagar cinco dracmas á una meretriz y acostarse con ella, para volverle la espalda y gemir y llorar? Ni has bebido á gusto, creo, ni querías cenar solo. Llorabas en la mesa; lo he visto. Ahora gimoteas sin cesar como un chiquillo. ¿Á qué viene esto, Cármides? No me lo ocultes. Sacaré siquiera este provecho de una noche pasada en claro contigo.

CÁRMIDES.—El amor me mata, Trifena. No puedo resistirlo más.

TRIFENA.—Pero no es á mí á quien amas. No cabe duda. No me desdeñarías si no; no me rechazarías cuando te quiero abrazar, ni interpondrías entre los dos tus vestidos, como una muralla, temeroso de que te pueda tocar. ¿Quién es la hermosa? Dímelo. Quizá pueda servirte: sé cómo deben tratarse los negocios de amor.

CÁRMIDES.—La conoces perfectamente, y ella también á tí: es hetaira bastante conocida.

2. TRIFENA.—Dime su nombre.

CÁRMIDES.—Filemacia.

TRIFENA.—¿Cuál de ellas? porque hay dos. ¿La del Pireo, recién desflorada, querida de Damilo, hijo del actual gobernador; ó la otra, á quien llaman Pagis (1) por mal nombre?

(1) El Lazo.

CÁRMIDES.—Pagis. Esa me mata, Trifena; esa me ha cogido en su red.

TRIFENA.—¿Por ésa lloras?

CÁRMIDES.—Sí.

TRIFENA.—¿Es antigua ó reciente tu pasión?

CÁRMIDES.—No es reciente; empezó hace siete meses, en las Dionisiacas, donde por primera vez la vi.

TRIFENA.—¿La viste bien todo el cuerpo, ó sólo la cara y aquellas partes que una mujer de cuarenta y cinco años puede permitirse enseñar?

CÁRMIDES.—¡Cuarenta y cinco años! ¡Si jura que va cumplir veintidós en el próximo Elafebolion! (1).

3. TRIFENA.—¿A qué das más crédito, á sus juramentos ó á tus ojos? Mírala bien: observa sus sienes, donde le quedan todavía algunos cabellos: lo demás es una peluca admirable. Cuando se le destiñen las sienes, está llena de canas. Pero esto es lo de menos: hazla que se te muestre desnuda.

CÁRMIDES.—Jamás me ha querido conceder ese favor.

TRIFENA.—Es natural: sabe que te darían asco sus manchas blancas. Desde el cuello á las rodillas parece una pantera. ¿Y llorabas porque no te concedía su amor? ¿Y has sufrido sus desdenes y desprecios?

* CÁRMIDES.—Sí, Trifena, á pesar de mis regalos. Hoy mismo, porque no he podido entregarle inmediatamente mil dracmas (ya sabes lo avaro que es mi padre) ha recibido á Mosquión y me ha dejado plantado. Para pagarle en la misma moneda, me he dirigido á tí.

TRIFENA.—Pues te juro por Venus que no hubiera venido si me hubieran dicho que me llamaban por

(1) Principiaba el 27 de Febrero y terminaba el 28 de Marzo.

molestar á otra, y más á Filemacia, ¡esa huesera! Me voy: ya es la tercera vez que canta el gallo.

4. CÁRMIDES.—No tan aprisa, Trifena. Si es verdad lo que me has dicho de Filemacia, que lleva peluca, que se tiñe, que tiene manchas, no quiero ni verla.

TRIFENA.—Pregúntaselo á tu madre, si alguna vez se han bañado juntas. Los años te los podrá decir tu abuelo, si vive.

CÁRMIDES.—Si así es, desaparezca la muralla; abracémonos, amémonos tiernamente y vaya enhorabuena Filemacia.

12.

IOESA, PITIAS Y LISIAS.

1. IOESA.—¿Desdeñoso conmigo? Tienes razón, Lisias. Nunca te he pedido dinero; nunca te he cerrado la puerta, diciendo: «Hay otro dentro»; nunca te he comprometido, como hacen las demás, á engañar á tu padre ó á robar á tu madre para que me trajeses algo; siempre te he admitido sin obstáculo, gratis y sin señal. Sabes á cuántos he rechazado: á Etéocles, hoy Pritáneo; á Pasión, propietario naval; á tu compañero Meliso, dueño de sus bienes por reciente fallecimiento de su padre. Tú has sido siempre mi Faón: no he mirado á otros; á nadie he recibido sino á tí. Creía, pobre loca, en la sinceridad de tus juramentos, y mi amor, á pesar de las reprensiones de mi madre delante de las amigas, me convertía en prudentísima Penélope. Pero tú, en cuanto me has visto esclavizada y muerta por tí, has jugado con Licena, á mi vista, por entristecerme, ó me has elogiado en

la cama á Magidia, la citarista. Yo lloro, y comprendo tu intención de injuriarme. Hace poco, cuando os reunisteis para beber Trasón, Dífilo y tú, asistieron la flautista Cimbalia y también Píralis, mi mortal enemiga. Tú sabías esto, y sin embargo besaste cinco veces á Cimbalia, lo cual no me importó mucho, porque al besarla te hacías poco favor; pero ¿á Píralis? ¡Cuántos gestos, Venus soberana! Enseñarle disimuladamente la copa en que habías bebido; dársela al criado, diciéndole al oído que no sirviese á nadie hasta que Píralis la pidiese; morder una manzana; atisbar á Dífilo; aprovechar un momento en que hablaba con Trasón; apuntar á Píralis y tirarle la manzana, sin importársete nada de que yo te veía. Ella la cogió y la escondió en el pecho debajo de la banda.

2. ¿Por qué te portas así? ¿En qué, poco ó mucho, te he faltado? ¿Qué penas te he causado? ¿He mirado á otro? ¿No vivo sólo para tí? ¿Es grande hazaña el atormentar á una pobre mujer, loca por tu amor? Pero hay una diosa Adrastea que todo lo ve. Ya llegará día en que llores, cuando sepas que me he ahorcado ó que me he echado de cabeza á un pozo. Yo he de hallar modo de matarme. Así te librarás de mi enojosa presencia. Luégo triunfarás como si hubieses realizado grande é ilustre acción. ¿Por qué me miras de través? ¿Por qué rechinas los dientes? ¿De qué me acusas? di. Pitias nos juzgará. ¿Cómo? ¿No respondes? ¿Me dejas? ¿Te vas? ¿Ves, querida Pitias, cómo me trata ese león?

PITIAS.—¡Qué crueldad! ¡No ablandarle las lágrimas! No es de carne, es de piedra. Pero, á decir verdad, tú misma le has echado á perder, Ioesa, con quererle tanto y dárselo á conocer. Debías haberte reservado un poco: los hombres se crecen cuando se

les tiene amor. No llores, pobrecilla. Créeme; ciérrale una ó dos veces la puerta: verás cómo arde el hombre y enloquece á su vez.

IOESA.—No me digas eso. ¿Cerrar yo la puerta á Lisias? ¡Ojalá no deje él de venir!

PITIAS.—Viene otra vez.

IOESA.—Me has perdido, Pitias. Quizá te ha oído decir «ciérrale la puerta».

3. LISIAS.—No vengo por ésa, Pitias; no quiero ver á semejante mujer. Vengo por ti, para que no me censures ó digas que soy inexorable.

PITIAS.—Lo acababa de decir.

LISIAS.—¿Quieres que tolere la infidelidad de esa mujer, tan llorosa ahora, cuando la he sorprendido el otro día durmiendo con un joven?

PITIAS.—Pero si es hetaira. ¿Y cuándo los has sorprendido?

LISIAS.—Hace seis días: sí, seis días, porque era el día 2 y hoy estamos á 7. Mi padre, enterado de mis relaciones con esa buena pieza, me había encerrado, y había dado al portero orden de no dejarme salir. No pudiendo pasar sin verla, hice á Dromón arrimarse á la pared en el sitio más bajo, para subirme sobre él y poder salvar con más facilidad la tapia. Abreviando: salto, vengo, hallo cuidadosamente cerrada la puerta del patio: era la media noche. No llamo, levanto sigilosamente la puerta como había hecho otras veces, la saco del quicio, y entro en silencio. Todos dormían: palpando la pared, llego hasta el lecho.

4. IOESA.—¿Qué dices? ¡Oh Ceres, qué agonía!

LISIAS.—Oigo dos respiraciones y creo al principio que Lide está durmiendo con ella. Pero no era así, Pitias: extendiendo la mano, y encuentro un joven delicado, sin barba, con el cabello rapado y lleno de per-

fumes. Si llego á traer una espada, no vacilo, sabedlo. ¿Por qué te ríes, Pitias? ¿Tan chistoso te parece lo que digo?

IOESA.—¿Y eso es lo que te ha apesadumbrado? Pues bien; quien dormía conmigo era Pitias.

PITIAS.—No se lo digas, Ioesa.

IOESA.—¿Por qué no? Sí, amor mío, era Pitias, á quien había rogado que viniera á dormir. Estaba muy triste faltándome tú.

5. LISIAS.—¿Pitias aquel del cabello rapado? ¿Cómo ha podido crecerle tanto en seis días?

IOESA.—Una enfermedad le ha obligado á cortárselo: todo se le caía. Házselo ver, Pitias, para que se convenza. Ahí tienes el joven delicado, el galán motivo de tus celos.

LISIAS.—¿Podía pensar otra cosa? Lleno de amor y tocando con mis propias manos.....

IOESA.—Ya estás convencido. ¿Quieres que te pague ahora en la misma moneda, haciéndote sufrir como tú me has hecho? Motivos me sobran.

LISIAS.—No. Bebamos ya, y Pitias con nosotros. Justo es que asista á nuestras paces.

IOESA.—Asistirá. ¡Ay, Pitias, jovenzuelo nobilísimo, cuánto daño me has hecho!

PITIAS.—También os he reconciliado. Con que no hay que enfadarse. Pero respecto á mis cabellos, ¡chitón!

13.

LEÓNTICO, QUÉNIDAS É HIMNIS.

1. LEÓNTICO.—Y en el combate contra los Gálatas, dile, Quénidas, cómo me adelanté á todos en mi

caballo blanco y cómo los Gálatas, aunque valientes, se amedrentaron á mi vista y ninguno me hizo frente. Arrojo entonces mi lanza y atravieso al jefe de la caballería enemiga y su caballo; precipítome espada en mano sobre los que aun resisten. Es de advertir que después de dispersada la falange, quedaban algunos formados en cuadro. Los ataco con la espada desenvainada; derribo, con un empujón de mi caballo, siete jefes; asesto un golpe en la cabeza al capitán y se la parto en dos con el casco. Tú, Quénidas, y otros habíais llegado cuando ya estaban en dispersión los enemigos.

2. QUÉNIDAS.—Pues cuando sostuviste en Paflagonia aquel combate singular con un sátrapa, ¿no te portaste también como un héroe?

LEÓNTICO.—Has hecho bien en recordarme esa hazaña: no deja de ser gloriosa. Era un hombrón el tal sátrapa; famoso hoplita y gran despreciador de los Griegos. Adelantóse al medio del campo y provocó á quien quisiera á singular combate. Nadie se movió, ni los locagos, ni los taxiarcos (1), ni el mismo general, aunque hombre valiente: era nada menos que el etolio Aristecmo, lancero famoso. Yo era todavía quiliarca. Me enardezco: rechazo á los amigos que querían detenerme. Temblaban por mi vida al ver á aquel bárbaro gigantesco, cubierto de áurea armadura, agitando la cimera y vibrando terrible lanza.....

QUÉNIDAS.—Yo también temblaba por tí, Leóntico. Ya recordarás cómo te retuve, pidiéndote que no te expusieras por los otros. Muerto tú, me hubiera sido insoportable la vida.

3. LEÓNTICO.—Pero yo, enardecido, salgo al medio,

(1) Vid. *Prefacio ó Baco*, 4, nota.

no peor armado que el Paflagonio, y hecho también una ascua de oro. Ambos ejércitos, el nuestro y el bárbaro, lanzan inmenso grito. Me habían conocido á primera vista, sobre todo por el escudo, por el arnés y la cimera. Dí, Quénidas, á quién me comparaban todos.

QUÉNIDAS.—¿A quién, por vida mía, sino á Aquiles, el hijo de Tetis y Peleo? ¡Te estaba tan bien el casco! ¡Era tan deslumbradora tu púrpura! ¡Brillaba tanto tu escudo!

LEÓNTICO.—Así que nos encontramos comienza el bárbaro por herirme; pero su lanza no hace más que tocarme un poco más arriba de la rodilla: yo, en cambio, atravieso con mi sarisa (1) su escudo, y le paso el pecho de parte á parte: me precipito sobre él, le corto sin dificultad la cabeza con mi espada, y vuelvo al campamento, con las armas del bárbaro, y su cabeza en la punta de mi sarisa, todo cubierto de sangre.

4. HIMNIS.—¡Quita allá, Leóntrico! Cuentas de tí cosas tan espantosas y horribles, que no habrá una que se atreva á mirarte, ni á dormir, ni á beber con hombre tan aficionado á matanzas. Yo me marchó.

LEÓNTICO.—Te pagaré doble.

HIMNIS.—No: no podría acostarme con un homicida.

LEÓNTICO.—No temas, Himnis mía: eso pasó en Paflagonia: ahora estamos en paz.

HIMNIS.—Eres abominable. Ha caído sobre tí la sangre de la cabeza que llevabas en la sarisa. ¿Y yo he de abrazar y besar á semejante hombre? Librenme de ello las Gracias. No es mejor que el verdugo.

LEÓNTICO.—Si me vieses armado, seguro estoy que me amarías.

(1) Lanza macedonia.

HIMNIS.—¡Si sólo de oírte desfallezco ya y tiemblo y creo ver las sombras y espectros de tus víctimas, sobre todo la del capitán cuya cabeza partiste en dos pedazos! ¿Qué sería, pues, si hubiese visto el hecho, la sangre y los cadáveres tendidos? Me parece que me moriría, ¡yo que en mi vida he visto matar un pollo!

LEÓNTICO.—¿Tan cobarde y pusilánime eres? ¡Y yo que pensaba que te deleitaría mi narración!

HIMNIS.—Vete á divertir con tus narraciones á las Lemniadas y Danaides que puedas encontrar. Yo, mientras dura el día, corro al lado de mi madre. Sígueme, Grammis. Adiós, valeroso quiliarca. Mata á cuantos se te antoje.

5. LEÓNTICO.—Quédate, Himnis, quédate..... Se ha ido.....

QUÉNIDAS.—Tú tienes la culpa. Has espantado á esa sencilla muchacha con semejante agitación de penachos y tantas increíbles proezas. La he visto palidecer en cuanto has empezado á hablar del capitán: luego se la ha demudado el rostro y ha comenzado á dar diente con diente al oír que le partiste la cabeza en dos.

LEÓNTICO.—Creía parecerle más amable. Pero tú también has contribuído á mi fracaso sugiriéndome la idea del combate singular.

QUÉNIDAS.—¿No debía ayudarte á mentir, conociendo el objeto de tus fanfarronadas? Pero tú has exagerado hasta el horror. Bueno que cortases la cabeza al pobre Paflagonio; pero ¿á qué clavarla en la sarisa y cubrirte de sangre?

6. LEÓNTICO.—Tienes razón. Eso es horrible. Lo demás no estaba mal trazado. Anda, y persuádela á dormir conmigo.

QUÉNIDAS.—¿Le diré que todo ha sido mentira, por parecerle valiente?

LEÓNTICO.—Es bochornoso, Quénidas.

QUÉNIDAS.—De otro modo no vendrá. Elige, pues: ú odio con fama de valiente, ó dormir con Himnis confesando tus mentiras.

LEÓNTICO.—Dura es la alternativa, pero me decido por Himnis. Ve, pues, y dile que he mentido, aunque no en todo.

14.

DORIÓN Y MIRTALE.

1. DORIÓN.—Ahora me plantas en la calle; ahora, cuando me he quedado pobre por tí. Mientras hubo regalos, yo era tu amante, tu marido, tu señor, todo cuanto hay que ser. Pero yo estoy en seco, y tú has hallado un mercader Bitinio, y se me rechaza, se me deja llorando á la puerta, y él, en cambio, comparte tu amoroso lecho, es el único á quien se deja entrar, pasa contigo toda la noche, y dices que llevas fruto de su amor.

MIRTALE.—Me sofocan tus quejas; pero sobre todo el que me hables de tus muchos regalos y de haberte empobrecido por mí. Cuenta, pues, lo que me has dado desde que me conociste.

2. DORIÓN.—Sí, contemos, eso es lo mejor. Primero, zapatos de Sicione, dos dracmas. Pon dos dracmas.

MIRTALE.—Pero dormiste conmigo dos noches.

DORIÓN.—A mi vuelta de Siria, un vaso de alabastro con perfumes fenicios. Dos dracmas también, ¡por Neptuno!

MIRTALE.—¿No te había dado yo para el viaje aquel sayuelo hasta los muslos, propio para remar, que se

dejó olvidado el timonel Epiuro una noche que dormí conmigo?

DORIÓN.—Ya me lo ha quitado. Me lo conoció en Samos. ¡Qué agarrada tuvimos! Te he traído cebollas de Chipre, cinco sardinas y cuatro percas cuando volvimos del Bósforo ¿Qué más? Ocho galletas de mar en su cestita, una orza con higos de Caria y últimamente sandalias doradas de Pataras. ¡Mujer desconocida! A poco se me olvida aquel magnífico queso de Gitio (1).

MIRTALE.— Todo eso podrá ascender á cinco dracmas.

3. DORIÓN.—¡Ay, Mirtale! Te he dado cuanto puede dar un pobre marino á sueldo. Ahora ya mando el flanco derecho del navío, y con todo, me desdeñas. Poco hace, en las Afrodisias (2), ¿no puse á los pies de Venus un dracma de plata por tu intención? Otros dos dracmas á tu madre para zapatos; y de cuando en cuando dos ó cuatro óbolos de propina á tu Lide. Todo junto hace el haber de un marinero.

MIRTALE.—¿Las cebollas y las sardinas, Dorión?

DORIÓN.—Sí: no podía traerte más. No sería marinero si fuese rico. A mi madre jamás le he traído ni una cabeza de ajo. Con gusto sabría los regalos que te ha hecho el de Bitinia.

MIRTALE.—¿Ves esta túnica? Él me la ha comprado, y además este grueso collar.

DORIÓN.—¿Ese? Te lo conozco hace tiempo.

MIRTALE.—El que tú me has visto era más delgado y no tenía esmeraldas. También me ha comprado estos pendientes y esta alfombra: me ha dado además dos minas y ha pagado el alquiler de la casa.

(1) Aldea marítima de la Laconia.

(2) Fiestas en honor de Venus.

Esto no son sandalias de Patara, queso de Gitio y otras frioleras.

4. DORIÓN.—Pero no dices cómo es tu nuevo amante. Un hombre de más de cincuenta años, completamente calvo y de color de cárabo. ¿Le has visto los dientes? ¡Oh Dióscuros, qué gracioso es! Sobre todo cuando canta y se las echa de lindo: un asno citarista, como el proverbio dice. Goza de él á gusto: bien te lo mereces. ¡Ojalá tengáis un crío clavado á su padre! Ya hallaré yo alguna Delfis, alguna Cimbalia ó alguna mujer de mi clase, ó á nuestra vecina la flautista, ó en fin cualquiera otra. No todos tenemos collares, alfombras y minas á pares.

MIRTALE.—¡Dichosa tu amante, Dorión! Le traerás cebollas de Chipre y queso cuando vuelvas de Gitio.

15.

COCLIS Y PÁRTENIS.

1. COCLIS.—¿Por qué lloras, Pártenis? ¿De dónde vienes con las flautas rotas?

PÁRTENIS.—Aquel soldado etolio, aquel grandón amante de Crocala, me ha cogido en casa de su querida, donde tocaba la flauta, ajustada por su rival Gorgo, y me ha pegado. Ha roto mis flautas, ha derribado la mesa en que comíamos, ha volcado la cratera. Ha cogido á ese palurdo de Gorgo por los cabellos, y lo ha sacado de la sala. Allí el soldadote, que creo que se llama Dinómaco, y uno de sus camaradas le han sacudido de lo lindo, tanto que no sé si vivirá á estas horas. Echaba mucha sangre por las narices y tenía toda la cara acardenalada y llena de chichones.

2. COCLIS.—¿Estaba loco ese hombre ó borracho furioso?

PÁRTENIS.—Celos nada más y extremos de amor. Crocala le había pedido, creo, dos talentos por el derecho de vivir exclusivamente con ella. Dinómaco no los dió, y Crocala cuando vino á verla lo plantó en la calle, y recibió á Gorgo de Enea, rico labrador, hombre de bien que la rondaba hacía tiempo. Bebieron juntos y me ajustaron para tocar la flauta. Todo iba á las mil maravillas, cuando de pronto se oyen gritos y voces: salta la puerta de la calle; precipítanse dentro ocho mocetones, entre ellos el Megarense; lo desbaratan todo; arrastran á Gorgo, como te he dicho, y lo pisotean. Crocala se escapa, no sé cómo, á casa de su vecina Tespias; á mí me abofetea Dinómaco; me manda enhoramala y al propio tiempo me tira con las flautas rotas. Ahora corro á contarle á mi dueño lo sucedido. El labrador también ha ido en busca de algunos amigos de la ciudad, para entregar al Megarense á los magistrados.

3. COCLIS.—Eso se saca de amar á militares: golpes y procesos. Todos son generales y capitanes, pero en tocando á pagar: «Espera, dicen, á que cobre; en cuanto perciba mi sueldo te daré cuanto quieras.» Al infierno semejantes fanfarrones. Bien hago en no tratar con ninguno. Déme Venus un pescador, un marinero, un labrador, un hombre de mi clase, que gaste pocos cumplimientos y pague mucho. Todos esos de mucho penacho y muchas historias de guerras, son puro ruido, Pártenis.

LXVIII.

SOBRE LA MUERTE DE PEREGRINO (1).

LUCIANO Á CRONIO (2), SALUD.

1. El infeliz Peregrino, ó Proteo, como él se complacía en llamarse, ha sufrido la misma suerte que el Proteo homérico (3). Por la gloria lo había sido todo y se había transformado de mil maneras, y por último se ha cambiado en fuego: tanta era su pasión por la gloria. Imitando á Empédocles se ha convertido en carbón; pero aquél procuró no ser visto cuando se arrojó al cráter, y nuestro buen hombre ha elegido la reunión más numerosa de Grecia, para subir á altísima pira, ante infinitos testigos, después de haber hablado mucho de su resolución días antes de ponerla en obra.

2. Paréceme verte reir á carcajadas de la estúpida idea de este viejo, ó más bien oírte exclamar, como es justo: «¡Qué extravagancia! ¡Qué triste amor á la gloria!» ó demás exclamaciones propias del caso. Pero tú hablas de lejos y sin ningún peligro, y yo lo he di-

(1) La muerte de Peregrino acaeció hacia el año 165 después de Jesucristo.

(2) Filósofo griego de la escuela de Epicuro.

(3) Vid. Homero, *Odisea*, IV, v. 447, y Virgilio, *Geórgicas*, IV, v. 406.

cho al pie de la pira, ante numerosos oyentes, ofendidos algunos de mi franqueza y admirados de la resolución del viejo. Había también quienes la hallaban ridícula. Pero, como los perros á Acteón, y las Menades á su primo Penteo, en nada ha estado que no me hayan despedazado los cínicos.

3. He aquí el análisis del drama. Al autor ya lo conoces, y sabes que toda su vida ha estado representando tragedias más fuertes que las de Sófocles y Esquilo. En cuanto llegué á Elis y recorrí su gimnasio, oí á un cínico que con fuerte y áspera voz declamaba sobre la virtud lugares comunes y triviales, é insultaba con la mayor frescura á todo el mundo. La emprendió en seguida con Proteo. Procuraré trascribir, hasta donde se me alcance, todo lo que dijo. Tú conocerás la hilaza, pues muchas veces has oído á estos declamadores.

4. «¿Hay quién se atreva, dijo, á acusar de vanagloria á Protec? ¡Oh tierra, oh sol, oh ríos, oh mar, oh Hércules, patrono nuestro! ¿A Proteo, que ha estado preso en Siria? ¿A Proteo, que ha abandonado en su patria más de cinco mil talentos? (1) ¿A Proteo, que ha sido desterrado de Roma? ¿A Proteo, más insigne que el Sol y que puede competir con el mismo Júpiter Olímpico? ¡Porque quiere salir de la vida por el fuego le acusan de vanagloria algunos! ¿No ha hecho Hércules lo mismo? ¿No quemó el rayo á Baco y á Esculapio? ¿No se ha arrojado recientemente Empédocles al Etna?»

5. Cuando dijo esto Teágenes (así se llamaba aquel vocera), pregunté á uno de los presentes qué significaba aquello del fuego, y qué tenía que ver Proteo con Hércules y Empédocles. «Es, me respondió, que

(1) Más de veintiocho millones de pesetas.

el mismo Proteo va á quemarse dentro de poco en Olimpia.»—¿Cómo y por qué? repuse. Iba á contestarme; pero el Cínico gritaba tanto, que sólo á él se le oía. Escuché, pues, el resto del discurso y sus estupidas digresiones acerca de Proteo. Desdeñando la comparación con el filósofo de Sínope, con su maestro Antístenes y con el mismo Sócrates, lo puso en parangón con Júpiter Olímpico, y acabó por colocarlos á la misma altura, dando fin á su discurso en los siguientes términos:

6. «El universo ha contemplado dos obras maestras: Júpiter Olímpico y Proteo. El autor, el artista del primero ha sido Fidias; el del segundo, la Naturaleza. Pero ahora este ornamento del mundo se nos va á los dioses. El fuego lo llevará en sus alas dejándonos huérfanos.» Calló envuelto en sudor, y rompió á llorar ridículamente, tirándose de los cabellos, aunque con cierta medida para no arrancárselos. Aun sollozaba, cuando se lo llevaron algunos cínicos, fingiendo tributarle consuelos.

7. En seguida subió á la tribuna otro, que sin dar tiempo de retirarse al público, derramó su libación sobre las entrañas todavía calientes. Principió por reirse, aparentando que lo hacía con toda su alma; luégo comenzó de esta manera: «Ya que ese maldito Teágenes ha terminado su execrable pereración con las lágrimas de Heráclito, bueno será que yo principie la mía con la risa de Demócrito.» Y volvió á reir tan desatinadamente, que la mayor parte de los oyentes hicimos otro tanto.

8. Luégo, cambiando de tono: «¿Qué cosa mejor podríamos hacer, dijo, después de oír discursos ridículos, y de ver insensatos viejos á quienes para satisfacer su extravagante afán de gloria sólo les queda por hacer el dar unas cuantas volteretas aquí en medio?

Mas para que sepáis quién es ese ornamento del mundo que hoy va á ser achicharrado, prestadme atención benévola. He estudiado minuciosamente su carácter y conozco su vida. Debo algunas noticias á sus conciudadanos que por necesidad debían conocerle perfectamente.

9. »Esta creación de la Naturaleza, esta obra magistral, este *Canon* de Policletes (1), apenas llegado á la virilidad, fué cogido en Armenia en flagrante delito de adulterio; le apalearon de lo lindo, y escapó por el tejado con su correspondiente rábano en el trasero. Corrompió después á un hermoso muchacho, y con tres mil dracmas pagados á su pobre familia, se libró de ser denunciado al Gobernador de Asia.

10. »Pero no quiero hablar de estas y otras cosas por el estilo. Era todavía masa informe de barro y no obra maestra de consumado artista. Pero lo que hizo á su padre merece ser mencionado. Todos lo sabéis, porque todos habéis oido como ahogó al pobre viejo, no pudiendo soportar que viviese más de sesenta años. Cuando se divulgó el crimen, se expatrió y anduvo de tierra en tierra.

11. »Entonces aprendió la admirable ciencia de los cristianos, tratando en Palestina con sus escribas y sacerdotes. ¿Qué más? En poco tiempo, dejando á todos chiquititos, fué profeta, tiasarca (2) y presidente de la sinagoga. Él solo lo fué todo. Interpretaba y explicaba los libros y componía otros. Así es que le tenían por dios, le consideraban como legislador y le llamaban su pontífice, como á aquel grande hombre crucificado en Palestina por haber predicado una nueva religión á los mortales.

(1) Vid. *La Danza*, 75, nota.

(2) Jefe ó director de fiestas religiosas.

12. »Detenido Proteo, fué encerrado por esta razón en una cárcel; pero esto lo realzó infinito, y aseguró para el resto de su vida su fama de milagroso y amante de la gloria, que era todo su empeño. En efecto, así que estuvo en prisión, los cristianos, haciendo causa común con su desgracia, no perdonaron medio para libertarlo; siendo esto imposible, le prestaron, no así como quiera, sino con grandísimo celo, toda clase de servicios. Desde el amanecer había en derredor de la cárcel viudas, ancianas y niños huérfanos: los sectarios principales sobornaban á los carceleros y pasaban en su compañía la noche: traíanse diferente viandas, se conversaba sobre los sagrados libros, y el virtuoso Peregrino (este nombre tenía entonces) era llamado el nuevo Sócrates.

13. »De las ciudades de Asia llegaron también, en representación de los cristianos, varias personas encargadas de auxiliarle, defenderle y consolarle. Es increíble el celo que despliegan en semejantes circunstancias: en ellas, para decirlo de una vez, no economizan medios. Así, con motivo de su prisión recibió Peregrino grandes cantidades, con las que formó un capital nada pequeño. Creen aquellos desdichados que han de ser inmortales y que han de vivir perpetuamente: por eso desprecian la muerte y se brindan á sufrir el último suplicio. Su primer legislador les ha persuadido también de que todos son hermanos. En cuanto cambian de religión, reniegan de los dioses griegos, y adoran al sofista crucificado y viven conforme á sus leyes. Desprecian, asimismo, todos los bienes, y los creen comunes, fiados ciegamente en sus palabras. De modo que cualquiera redomado embaucador que sepa aprovecharse, puede enriquecerse á su costa en poco tiempo, y reirse á gusto de su crasa ignorancia.

14. »Mas Peregrino fué puesto en libertad por el entonces Gobernador de Siria, hombre amante de la filosofía. Sabía que el preso era bastante loco para brindarse á la muerte con tal de lograr fama, y no lo creía, por otra parte, digno de castigo. Dióle, pues, suelta. Al volver á su patria, halló Peregrino los ánimos excitados todavía por la muerte de su padre, y á muchos decididos á denunciar su crimen. La mayor parte de sus bienes habían desaparecido durante su ausencia, y sólo le quedaban tierras por valor de unos quince talentos, que con la hacienda de su padre hacían un total de treinta talentos y no de cinco mil, como ha dicho ese imbécil de Teágenes. Con tal suma se podrían comprar, si se vendieran, toda la ciudad de Pario (1) y cinco de las vecinas, con hombres, ganados y accesorios.

15. »Pero la acusación y el crimen estaban todavía calientes y parecía que sin mucho tardar iba á levantarse contra Peregrino alguna voz denunciadora. El pueblo, sobre todo, se indignaba con el recuerdo de aquel buen anciano, como decían los que lo habían visto, y deploraba su inhumana muerte. Pero ved lo que nuestro prudente Proteo inventó para hacer frente á todo y librarse del peligro. Largo el cabello, cubierto con manto sucio, alforja al hombro y garrote en mano, en completo traje de tragedia, preséntase en la asamblea pariana y declara ante sus conciudadanos que abandona y hace pública toda la hacienda de su bienaventurado padre. El pueblo, compuesto de gente pobre y ávida de larguezas, prorrumpe al oírlo en exclamaciones unánimes: «¡Viva el filósofo! ¡Viva el patriota! ¡Viva el émulo de Crates y de Diógenes!»

(1) Hoy *Camanar*. Era colonia Milesia, en el Helesponto, encima de Lampsaco.

No se oía otra cosa. Con esto tapó la boca á sus enemigos; pues si llega alguno á intentar hablar del parricidio, lo apedrean inmediatamente.

16. »Volvió á la vida vagabunda, acompañado de buen golpe de cristianos, que le custodiaban y subvenían abundantemente á todas sus necesidades. Así se alimentó algún tiempo. Después, por haber infringido alguno de sus preceptos, comiendo, creo, viandas prohibidas, le abandonaron los cristianos y volvió á recaer en la indigencia. Intentó entonces una especie de retractación exigiendo la devolución de sus bienes; y elevó al Emperador una instancia para que le fuesen restituídos por su orden. Pero sus compatriotas habían enviado también una comisión para deshacer sus planes, y se le mandó dejar las cosas como por libre y espontánea voluntad las había puesto.

17. »Hizo luego un tercer viaje á Egipto, donde al lado de Agatobulo aprendió la admirable doctrina de que es fervoroso adepto. Rapada la mitad de la cabeza, llena de lodo la cara, no se avergüenza de masturbarse ante todo el mundo, acto que ellos llaman indiferente, ni de pegarse él mismo ó hacer que le peguen otros en las nalgas con una varita, y de dar otros indecentes espectáculos.

18. »Preparado en esta escuela, emprendió el viaje á Italia, y en cuanto dejó la nave empezó á injuriar á todo el mundo, y sobre todo al Emperador (1), cuya bondad y clemencia conocía. Por eso se atrevió con la mayor confianza. El Emperador, como es natural, despreció sus injurias y creyó que no merecía ser castigado por sus palabras aquel fantasma de filósofo, y más diciéndose afiliado á una escuela cuyo dogma principal es el ejercicio del insulto. Con esto creció

(1) Marco Aurelio ó Antonio Pío.

la fama de nuestro cínico. Su misma insensatez le empezó á granjear admiradores entre los necios, hasta que el Gobernador de la ciudad, funcionario discreto, viendo sus demasías, lo expulsó, diciéndole que Roma no tenía necesidad de semejante filósofo. Con el destierro se acrecentó su fama: no se oía hablar sino del filósofo desterrado por su excesiva libertad y franqueza; se le equiparaba á Musonio, Dión y Epicteto y á cuantos habían tenido la misma suerte (1).

19. »A su vuelta á Grecia se dedicó á hablar mal de los Eleos, ó á concitar á los Griegos contra los Romanos, ó á llenar de injurias á un personaje eminente por su posición y doctrina (2), que aparte de otros beneficios, había hecho el de surtir de agua á Olimpia, y evitar que muriesen de sed los concurrentes á sus juegos. Acusábale Peregrino de haber afeminado á los Griegos: era mejor, sin duda, que los espectadores sufriesen la sed y muriesen muchos atacados por gravísimas enfermedades causadas por la concurrencia numerosísima en lugar tan seco. Esto lo decía bebiendo de la misma agua. Así es que estuvo á punto de ser apedreado por la muchedumbre, que le atacó furiosa. Pudo salvarse el denodado filósofo, gracias á haberse refugiado al pie de Júpiter Olímpico.

20. »En la siguiente olimpiada trajo á los Griegos un discurso compuesto cuatro años antes, en que alababa al autor de la traída de aguas y justificaba su fuga. Pero como empezaba á verse desatendido y á decaer en fama, por lo gastado de sus recursos y la falta de novedades con que deslumbrar á los oyentes,

(1) Un edicto de Domiciano decretó la expulsión de Roma de todos los filósofos.

(2) Herodes Atico.

atraer las miradas y excitar la admiración, que había sido siempre su pasión dominante, comenzó á discutir esta última traza de la pira, é hizo correr entre los asistentes á los anteriores juegos olímpicos el rumor de que se quemaría en los siguientes.

21. »Ahora trata de llevar á cabo este portentoso. Ya, según dicen, ha hecho cavar la fosa, ha reunido la leña y ha prometido demostrar un valor asombroso. Pero, á mi entender, debía esperar la muerte y no huir de la vida: ó de matarse, elegir, no el fuego con todo el teatral aparato, sino cualquiera otro medio de los cien mil que hay para quitarse la existencia. Ó si por imitar á Hércules ha de matarse precisamente en la hoguera, ¿por qué no se va á un monte selvoso y solitario y se quema allí solo ó delante de Teágenes, habilitado para hacer de Filoctetes? Pero no, en Olimpia, en concurrida festividad ha de ser donde se ase como en un escenario. Y se hace justicia, por Hércules, imponiéndose castigo de parricidas y ateos, sólo que ha andado algo tardo: pena digna de sus crímenes debiera haber sido hace tiempo el toro de Fálaris (1), y no la muerte instantánea que tendrá en cuanto abra la boca. Pues, según afirman muchos, no hay género de muerte más rápida: se abre la boca y al instante se muere.

22. »Pero sin duda quiere dar este espectáculo en la creencia de que ha de ser cosa magnífica quemarse un hombre en un lugar sagrado, donde no es permitido enterrar otros muertos. Mas ya habréis oído que en otro tiempo también hubo quien (2), deseando hacerse famoso y no pudiendo lograrlo de otra manera, incendió el templo de Diana en Efeso. Por el es-

(1) Vid. *Falaris, Discurso Primero.*

(2) Eróstrato.

tilo es lo que nuestro filósofo prepara: igual deseo de gloria le martiriza.

23. »Dice que lo hace en beneficio de la humanidad, para enseñarnos á despreciar la muerte y á resistir los tormentos; pero yo preguntaría con gusto, no á él, sino á vosotros:—¿Querriais que los malhechores se hiciesen sus discípulos en fortaleza, en desprecio á la muerte, en quemarse en vida y horrores por el estilo? No, ciertamente; os conozco bien y sé que no lo querriais. ¿Cómo, pues, se las arreglará Proteo para ser útil á los buenos y no hacer á los malos más temerarios y atrevidos?

24. »Pero admitamos la posibilidad de que sólo concurran aquellos para quienes tal espectáculo pueda ser beneficioso. Ahora os pregunto de nuevo:—¿Querriais que vuestros hijos lo imitasen? No, seguramente. ¿Pero para qué os hago semejante pregunta, cuando ni uno de sus discípulos se propone imitarle? Cualquiera tiene derecho á acusar principalmente á Teágenes de imitar en todo á su maestro, y no en esta parte, yéndose con él á Hércules y á lograr la suprema felicidad, para lo cual le bastaría echarse de cabeza al fuego. El toque de la imitación no está en la alforja, en el garrote y en la forma del manto (1): esto es fácil, sin riesgo y asequible á todos: la gracia está en seguir á Proteo en su acto capital y último, y construirse una pira de ramas de higuera (2), lo más verde posible, y asfixiarse en su humo. El fuego no es sólo propio de Hércules y de Esculapio, sino también de los homicidas y sacrílegos, á quienes castiga

(1) Τρίβων, manto usado ó grosero, usado por los filósofos cínicos, que se jactaban de despreciar las vanidades mundanas.

(2) El humo de la higuera es sumamente irritante.

con la hoguera la justicia: por eso es mejor el humo, que pertenece exclusivamente á los cínicos.

25. »Por otra parte, cuando Hércules se decidió á tal extremo lo hizo impulsado por terrible mal, abrasado, como la tragedia dice, por la sangre del Centauro. Pero éste, ¿por qué se arroja al fuego? Para demostrar fortaleza, como los Bracmanes; pues Teágenes lo ha comparado con ellos, como si en la India no pudiera haber necios vanidosos. Imítelos en hora buena. Pero los Bracmanes no se arrojan á las llamas, según cuenta el almirante de Alejandro, Onesícrito, testigo de la cremación de Calano (1), sino que, una vez dispuesta la pira, permanecen inmóviles á su lado quemándose sin quejarse, y luégo suben con igual impavidez, se tienden y se dejan abrasar sin hacer el menor movimiento. ¿Qué tiene, pues, de extraordinaria la acción de Proteo, si ha de morir en cuanto el fuego le ataque? Acaso espere escapar medio tostado, á menos que no se ingenie, como dicen, para colocar la pira en un hoyo profundo.

26. »Hay también quien asegura que desea cambiar de propósito, y que anda ya contando sueños sobre si Júpiter no quiere la profanación de un lugar sagrado. Pero tranquilícese sobre este punto. Dispuesto estoy á jurar que ningún dios llevará á mal el que tenga un fin funesto. Tampoco le es fácil retractarse. Los cínicos, sus amigos, le incitan, le empujan á la hoguera, le encienden el alma y no le dejan manifestarse tímido. Lo que podía hacer era echarse con otros dos al fuego. Sería lo único agradable del negocio.

27. »He oído también que ya no quiere que le llamen Proteo, sino Fénix, nombre de un ave que indica que se quema cuando llega á vejez extremada. Hace

(1) Vid. Arriano, *Anábasis*, lib. VII, cap. III.

correr, al propio tiempo, rumores y oráculos antiguos que disponen que sea el genio tutelar de la noche. Claro está que codicia altares y espera una estatua de oro.

28. »No creo imposible que entre tanta multitud de imbéciles no se hallen quienes aseguren que les ha curado las cuartanas ó que se les ha aparecido de noche el genio custodio. Sus execrables discípulos tratan ya, creo, de establecer un oráculo y de levantar un templo en el sitio de su hoguera, so color de que Proteo, hijo de Júpiter, primero de su nombre, era un gran adivino. Aseguro que le instituirán también sacerdotes que pondrán por las nubes sus quemaduras, sus flagelaciones y demás maravillas de este género, ó se celebrarán en honor suyo ciertas iniciaciones nocturnas, con procesiones de antorchas en rededor de la pira.

29. »Teágenes, según me ha comunicado uno de sus amigos, recitaba hace poco un oráculo de la Sibila, referente á estos extremos. He aquí los proféticos versos:

Cuando Proteo, gloria de los cinicos,
Su pira encienda junto al templo augusto
De Jove tronador, y de la hoguera
Suba al excelso Olimpo, ordeno, á cuantos
Comen frutos terrestres, rendir culto
Al nocturno patrono, que comparte
Con Vulcano y con Hércules el trono.

Teágenes dice que oyó esto á la Sibila.

30. »Yo voy á transcribir otro oráculo de Bacis (1), que es de una exactitud maravillosa:

Cuando por la locura arrebatado
De su ambición de gloria salte el Cínico,
De diferentes nombres, á la pira,

(1) Famoso adivino beocio.

Imítelo la turba que le sigue
 De perros-zorros y con él fenezca.
 Si alguno, temeroso de Vulcano,
 Huye de achicharrarse, acometedlo,
 Aqueos generosos, y, á pedradas,
 Acabad con los cálidos discursos
 Del farsante glacial que en la alforjilla
 Lleva el oro usurario, y que alardea
 De pobre, cuando en Patras acumula
 Quince hermosos talentos.

»¿Qué os parece, ciudadanos? ¿Es Bacis inferior á la Sibila? Hora es ya de que los admirables discípulos de Proteo elijan sitio para su gasificación, que es como ellos llaman el quemarse.»

31. Dijo, y todos los concurrentes empezaron á gritar: «¡Al fuego con ellos! ¡Lo tienen bien merecido!» El orador bajó riéndose; pero

No dejó de oír Néstor sus clamores (1),

ó, lo que es lo mismo, Teágenes, el cual en cuanto oyó los gritos acudió, subió á la tribuna y echó seiscientas mil pestes contra el que había bajado, hombre excelente, cuyo nombre no conozco. Dejé á Teágenes deshaciéndose y fuí á ver los atletas. Decían que los Helanódicos (2) estaban ya en el Pletrio (3). Esto sucedió en Elis.

32. Cuando llegamos á Olimpia el Opistodomo (4) estaba lleno de admiradores y de vituperadores de Proteo, tan excitados que iban ya á venir á las manos, cuando nuestro filósofo se presentó acompañado de multitud inmensa. Se colocó detrás del sitio de los

(1) Parodia de la *Iliada*, XIV, v. 1.

(2) Jueces de los certámenes.

(3) Lugar del gimnasio de Olimpia, en el cual los jueces del certamen apareaban á los luchadores. (Cf. *Hermótimo*, 40 y sig.)

(4) Pórtico detrás del templo de Júpiter en Olimpia.

heraldos, y comenzó á hablar de sí mismo. Dijo cuál había sido su vida, á cuántos peligros había estado expuesto y cuántas molestias había sufrido por causa de la filosofía. Habló muchísimo, pero el gentío era tal que le oí muy poco. Luego, temiendo ser aplastado en semejante barullo, como á mi vista lo fueron varias personas, me alejé, enviando mi enhorabuena al sofista, ávido de morir, que pronunciaba su propia oración fúnebre.

33. Sólo le oí estas palabras: «Quiero coronar una vida de oro con fin igualmente áureo. Quien ha vivido como Hércules, debe morir como Hércules y disiparse en el éter. Quiero ser útil á los hombres enseñándoles á despreciar la muerte. Por eso es justo que me sirvan de Filoctetes todos los hombres.» Los concurrentes más necios comenzaron á llorar y á exclamar: «¡Consérvate para los Griegos!» pero otros, más enérgicos: «Haz lo propuesto», le gritaron; lo cual turbó sobremanera al viejo, que esperaba verse detenido por todos y que no se le permitiese quemarse, obligándole á vivir contra su gusto, pero aquel imprevisto «¡Haz lo propuesto!» aumentó su palidez ya cadavérica, le hizo temblar, por vida mía, y le cortó la palabra.

34. Ya te figuras, creo, cuánto me reiría. Aquel hombre, el más furioso de cuantos en el mundo han amado con frenesí la gloria, no merecía compasión alguna. Como le acompañaban muchos, se atracaba de gloria mirando la multitud de sus admiradores, sin considerar el infeliz que á los que van á la cruz y están en manos del verdugo les sigue mucha más gente.

35. Termináronse en tanto en Olimpia los juegos más hermosos que he visto en las cuatro veces que he asistido á ellos. La falta de vehículos, efecto de los muchos que marcharon, me obligó á quedarme á

pesar mío. Proteo, que iba dilatando el día, anunció por fin que en la noche siguiente se verificaría su quema. Vino á buscarme un amigo; me levanté á media noche, y me dirigí á Harpina (1), donde estaba la hoguera. Harpina se halla á veinte estadios de Olimpia, bajo el hipódromo, yendo hacia Oriente. Cuando llegamos vimos la pira dispuesta en una fosa como de una orgia (2) de hondo. Había muchas teas y sarmientos entrelazados para que prendiese más rápidamente el fuego.

36. Al salir la luna, la cual debía presenciarse también la hermosa hazaña, adelantóse Proteo en su acostumbrado traje. Acompañábanle los principales cínicos, y sobre todo el orador de Patras, que, antorcha en mano, hacía bastante bien el segundo papel del drama. Proteo llevaba también una antorcha. Acercándose á la pira, la encendieron por diferentes sitios, produciendo en seguida gran llama las teas y sarmientos. Entonces, escucha con atención, amigo Cronio; entonces, deja Proteo la alforja, el manto y la hercúlea clava, y queda con una camisa muy sucia. Pide incienso para arrojarlo á la hoguera, se lo da no sé quien, lo echa, y exclama mirando al Mediodía, porque el Mediodía también era parte de la pieza: «¡Manes de mi madre y de mi padre, acogedme propicios!» Dicho esto salta á la hoguera y desaparece envuelto en grandes llamas.

37. Vuelvo á verte reír, amigo mío, del desenlace del drama. Yo cuando le oí invocar los manes de su madre no hallé motivo de censura; pero cuando habló de los de su padre, no pude contener la risa, recordando lo que se ha dicho acerca de su muer-

(1) Ciudad de la Elida.

(2) La orgia era una medida de longitud equivalente á un metro ochenta centímetros.

te. Los cínicos que rodeaban la pira no lloraban; pero mirándola en silencio daban á entender su dolor. No pudiendo resistir semejante espectáculo: «¡Vámonos! exclamé. Somos unos necios. ¡Vaya un espectáculo gracioso! Ver asarse un viejo, y aguantar este mal olor. ¿Esperáis que venga algún pintor á retrataros, como en el cuadro de los amigos de Sócrates en la prisión?» Indignáronse los cínicos, me llenaron de injurias y algunos echaron mano á los garrotes; pero cuando los amenacé con coger á unos cuantos y arrojarlos á la hoguera para compañía del maestro, se contuvieron y me dejaron en paz.

38. Al volver se me ocurrieron mil reflexiones sobre la violencia del amor á la gloria, ineludible aun para personas dignas por otros conceptos de la mayor admiración, y menos para aquel insensato que después de vida extravagante, había hallado en la hoguera el merecido fin.

39. En el camino encontré á muchos que iban al mismo espectáculo, creyendo hallar vivo á Proteo, pues la víspera había corrido el rumor de que saltaría á la hoguera después de haber saludado al sol naciente, según se suele asegurar de los Bracmanes. Cuando les dije que el acto había terminado, se volvieron todos, menos los que, más que por ver la escena, iban por ver el escenario y por recoger algo de fuego. Mucho trabajo me costó, amigo mío, el satisfacer las infinitas y minuciosas preguntas que se me dirigieron. Al instruído y discreto le contaba la cosa lisa y llanamente como á tí te la cuento; pero á los necios, que me escuchaban con la boca abierta, les decía algún trágico incidente de mi invención, como que en el instante de prenderse la pira y de arrojarse en ella Proteo, había habido un gran terremoto precedido de un mugido, y que había volado del centro de las llamas un buitre

gritando con voz humana: «Abandono la tierra y subo al Olimpo.» Mis oyentes, estupefactos y llenos de supersticioso horror, se prosternaban, preguntándome si el buitre había volado hacia Levante ó Poniente. Yo les respondí lo primero que se me ocurrió.

40. Al llegar á la asamblea, me paré delante de un hombre de cabellos blancos, digno, por Júpiter, de todo crédito, si á juzgar fuera por la barba, el rostro y el aspecto venerable. Hablaba de Proteo y decía, entre otras cosas, que poco después de la cremación lo había dejado paseándose vestido de blanco, coronado de oliva, alegre y gozosísimo en el pórtico de las siete voces (1). Refirió luégo el episodio del buitre, jurando que lo había visto volar de la hoguera, cuando era yo quien lo había soltado para reirme de estúpidos y locos.

41. Considera todo lo que probablemente ocurrirá después: las abejas que se reunirán, las cigarras que cantarán y las codornices que volarán á aquel sitio, como en el sepulcro de Hesiodo, y demás maravillas de este jaez. Los Eleos le dedicarán estatuas, y también me consta que los demás Griegos, á quienes se asegura que ha escrito. Dícese, en efecto, que ha enviado cartas á casi todas las ciudades notables con su testamento, consejos y recomendaciones. Algunos de sus compañeros, á quienes llamaba anunciadores de la muerte y correos del infierno, habían recibido el encargo de llevarlas.

42. Este fué el fin del desdichado Proteo, hombre que, abreviando palabras, nunca atendió á la verdad, y siempre, en dichos y hechos, no tuvo otra mira que la gloria y los aplausos de la multitud, hasta el punto de arrojarse al fuego para conseguirlos, aunque ya

(1) Tenía un eco séptuple.

no pudiera disfrutarlos, reducido por la muerte á la insensibilidad.

43. Acabaré mi relato con una anécdota para que puedas reírte á placer. Ya te tengo dicho que al venir de Siria hice el viaje con Proteo desde la Troade. Para hacer con toda comodidad la travesía, llevaba consigo aquel hermoso muchacho á quien acostumbraba á la vida cínica, para tener también su correspondiente Alcibiades. Una noche sintió pavor horrible porque en medio del Egeo nos cogió una tempestad con fortísimo oleaje. Aquel hombre admirable que se las echaba de despreciador de la muerte, lloró con las mujeres.

44. Poco antes de morir, unos nueve días próximamente, sin duda por haber comido con exceso, tuvo vómitos durante la noche y bastante fiebre. Esto me lo ha referido el médico Alejandro, á quien llamaron para que lo visitase. Lo halló revolcándose en el suelo, sin poder sufrir la calentura y pidiendo agua fría con la impaciencia de un amante. El médico se la negó: «Si la muerte te es necesaria, le dijo, hela llamando por su voluntad á tu puerta. Lo mejor es que la sigas y te dejes de juegos.» Pero Proteo: «Semejante muerte, le contestó, no es bastante gloriosa, porque es común á todos los hombres.»

45. Esto dijo Alejandro. Yo, por mi parte, le he visto pocos días antes de su muerte darse un unguento cuya fuerza le hacía llorar mucho. ¿Ves tú la razón? Eaco no admite á los completamente ciegos. Es como si uno á quien van á crucificar se hiciese curar un dedo.

Al ver estas cosas, ¿qué te parece que hubiese hecho Demócrito? Reirse, como es justo, de semejante hombre. Aunque ¿dónde hubiera hallado risa suficiente? Ríete también, amigo mío, y ríete sobre todo cuando oigas á sus admiradores.

LXIX.

LOS FUGITIVOS.

APOLO, JÚPITER, LA FILOSOFÍA, HÉRCULES, MERCURIO, UNOS HOMBRES
UN DUEÑO DE ESCLAVOS, ORFEO, UNOS ESCLAVOS FUGITIVOS,
UN HUÉSPED.

1. APOLO. ¿Es verdad, padre mío, que en los juegos Olímpicos se ha arrojado á la hoguera un anciano, maestro en este género de cosas? Nos lo ha contado la Luna, que afirma haberlo visto arder.

JÚPITER. Es muy cierto, hijo mío. ¡Ojalá no hubiera sucedido!

APOLO.—¿Tan bueno era ese anciano y tan poco merecedor del fuego?

JÚPITER.—Es posible. Pero yo recuerdo haber experimentado grandísima molestia con el mal olor que naturalmente ha subido de carne humana asada. Si no llego á huir á Arabia, me mata, no lo dudes, ese humo espantoso. Ahora mismo, aun entre perfumes, inciensos y aromas de toda especie, no puedo quitarme de la nariz aquel hedor repugnante. Náuseas me produce el recordarlo.

2. APOLO.—¿Pero qué pretendía al obrar de ese modo? ¿Qué bien puede haber en arrojarse á una pira para carbonizarse?

JÚPITER.—En eso tienes que principiar por acusar á Empédocles, que también se arrojó al Etna en Sicilia.

APOLO.—Fué una melancolía terrible. Pero, en fin, ¿qué indujo al anciano á semejante deseo?

JÚPITER.—Te repetiré las palabras que dirigió á la concurrencia para justificar su muerte. Dijo, si mal no recuerdo.....

3. Pero ¿quién es esa que acude turbada y llorosa, como si acabase de sufrir una gran injuria? ¡Oh! es la Filosofía. Me llama con acento dolorido. ¿Por qué lloras, hija mía? ¿Por qué abandonas á los hombres y subes al Olimpo? ¿Acaso maquinan algo contra tí los ignorantes, como cuando en otro tiempo mataron á Sócrates acusado por Anito, y te ves obligada á emprender la fuga?

LA FILOSOFÍA.—Nada de eso, padre mío: el vulgo me honra, me admira y casi me adora, aunque no comprenda muy bien lo que le digo. Pero los otros (no sé cómo llamarlos), los que se precian de ser mis compañeros y amigos, y se enmascaran con mi nombre, me han tratado horriblemente.

4. JÚPITER.—¿Han tramado algo contra tí los filósofos?

LA FILOSOFÍA.—No, padre: los filósofos han sido ultrajados conmigo.

JÚPITER.—¿Pues quién te ha injuriado, si no han sido ni los ignorantes ni los filósofos?

LA FILOSOFÍA.—Hay, padre mío, entre los ignorantes y los filósofos una clase intermedia, que tiene el mismo aspecto, la misma mirada, el mismo andar y el mismo exterior que nosotros. Pretenden militar en mi campo, se alistan bajo mis banderas, y se llaman mis discípulos, mis amigos y mis compañeros. Pero su conducta infame, su ignorancia, su atrevimiento y su liviandad, son para nosotros la mayor

injuria. Estos me han ofendido, Júpiter, y de éstos huyo.

5. JÚPITER.—Es terrible, hija mía. Y ¿en qué te han ofendido principalmente?

LA FILOSOFÍA.—Considera si en poca cosa. Viendo la sociedad llena de injusticias y maldades, producidas por injuriosa ignorancia que lo trastornaba todo, te compadeciste del género humano extraviado por falta de saber, y me enviaste con la misión de que hiciera cesar las injusticias, las violencias, la vida selvática y agreste, y de que procurase que los hombres, volviendo los ojos á la verdad, viviesen pacífica y civilmente. «Ya ves, hija mía, me dijiste al enviarme, lo que hacen y el estado en que los tiene la ignorancia. Me inspiran compasión, y creyéndote la única capaz de remediarlos, te elijo entre todos los dioses para que así lo hagas.»

6. JÚPITER.—Sé que te dije muchas cosas de esas. Cuéntame tú la acogida que te dispensaron cuando volaste por primera vez á la tierra, y las injurias que ahora te han inferido.

LA FILOSOFÍA.—No comencé por detenerme en Grecia. Comprendiendo que la educación é instrucción de los bárbaros era la parte más difícil de mi trabajo, quise principiar por ella. Dejando, por de pronto á los Griegos, á quienes creía fáciles de domar y dispuestos á recibir mi freno y á someterse á mi yugo, volé á los Indios, uno de los mayores pueblos del mundo, y sin gran dificultad les decidí á apearse de sus elefantes para conversar conmigo. Una casta entera, la de los Bracmanes, que viven entre los Nacreos y los Oxídracas (1), militan ya en mi campo y viven bajo mis

(1) Pueblo de la India, que ocupaba el ángulo formado por el Acésines y el Indo. Hoy distrito de *Utche*.

leyes. Son muy respetados por todos sus vecinos y mueren de una manera extraordinaria.

7. JÚPITER.—Hablas de los gimnosofistas. Entre otras cosas que me han contado de ellos, he oído que suben á una alta pira, y allí se dejan quemar sin cambiar de actitud ni de postura. Pero eso no es extraordinario. He visto hace poco en Olimpia algo parecido. Creo que tú también estarías presente cuando se ha quemado un viejo.

LA FILOSOFÍA.—No, padre mío; no he ido á Olimpia por miedo de tropezar con los malditos que antes te decía. Los había visto acudir en gran número, para injuriar á los concurrentes y llenar el Opistodomo de ladridos. Por eso no he visto cómo ha muerto.

8. Del país de los Bracmanes fuí á Etiopía. Después bajé á Egipto, donde traté con sus sacerdotes y profetas, adiestrándolos en la ciencia divina. Me dirigí después á Babilonia á iniciar á los Caldeos y á los Magos; pasé luego á Escitia y después á Tracia, en la cual viví con Eumolpo y Orfeo. Los envié como mis precursores á los Griegos. Eumolpo, instruído por mí en todas las cosas divinas, para iniciarlos en ellas; Orfeo, para atraérmelos con la música. Yo llegué en seguida sobre sus huellas.

9. La primera vez que me presenté en Grecia, no fuí acogida con entusiasmo, ni tampoco rechazada. Poco á poco, entre todos mis discípulos y acompañantes, me procuré con mi conversación hasta siete amigos (1), uno de Samos (2), otro de Efeso (3) y otro de Abdera (4), no muchos, como salta á la vista.

(1) Los Siete Sabios.

(2) Pitágoras.

(3) Heráclito.

(4) Demócrito.

10. Después, no sé de qué manera, se me pegó la casta de los sofistas, gente ni absolutamente adherida á mis principios, ni abiertamente opuesta, especie mixta, como los hipocentauros, fluctuante entre la filosofía y la impostura. No es completa su ignorancia, pero tampoco pueden mantener fija en mí la vista. Sus ojos turbios me perciben como imagen confusa é indeterminada sombra, y creen, sin embargo, que lo saben todo. De ahí el que arda en ellos la antorcha de una ciencia superflua é inútil, pero invencible á su juicio, basada en un sistema de contestaciones equívocas, sutiles, inesperadas y absurdas, y de preguntas, como laberinto sin salida.

11. Detenidos y convencidos por mis partidarios, se enfurecen, se conjuran, los llevan al tribunal y los entregan á quienes les hacen beber la cicuta. Hubiera debido huir en aquel mismo instante, y evitar para siempre su trato. Pero Antístenes y Diógenes, y poco después Crates me decidieron á prolongar mi estancia. ¡Nunca lo hubiera hecho! ¡Cuántos males me hubiera evitado!

12. JÚPITER.—Aun no me has dicho la ofensa. No has hecho más que desahogarte.

LA FILOSOFÍA.—Oye si es grave, Júpiter. Hay una ralea de hombres despreciables, casi todos serviles y mercenarios, que por sus ocupaciones no han podido tratarme desde su infancia: esclavos en su mayor parte, atenedos á un jornal, dedicados á zapateros, carpinteros, bataneros, cardadores de lana para hacerla, en manos femeninas, más sutil y cómoda para la lanzadera ó para el huso, no me conocían ni de nombre. Pero al llegar á la edad madura, y al advertir que la multitud trata con el mayor respeto á mis secuaces, tolera su franqueza, agradece sus cuidados, obedece sus consejos, cede á sus reprensiones, creye-

ron que todo esto constituía una especie de dominio nada despreciable.

13. Aprender todo lo necesario á la profesión les pareció obra larga ó, por mejor decir, imposible. Sus oficios, poco lucrativos y penosos y apenas suficientes para la subsistencia, les parecieron, por otra parte, pesada servidumbre, y, como en efecto lo son, intolerable yugo. Resolviéronse, pues, á echar la última áncora ó, como los marinos dicen, el áncora sagrada; anclaron en aquella insigne locura; invocaron la ayuda del atrevimiento, del descaro y de la ignorancia, sus auxiliares natos; aprovisionáronse de las nuevas injurias que tienen siempre á mano y en la punta de la lengua, y con sólo este aparato ¡valiente escolta para la filosofía! se disfrazan á gusto, adoptan un exterior decente, semejante al mío, y hacen lo que Esopo cuenta del asno de Cime (1), que, cubierto con piel leonina, rebuznaba espantosamente queriendo pasar por león. Hay, sin embargo, imbéciles que les creen.

14. Nuestra profesión, como sabes, es fácil, y sin gran esfuerzo se nos puede imitar, en la parte exterior digo. No cuesta mucho ceñirse un manto, llevar una alforja, coger un garrote, y gritar, rebuznar ó ladrar é insultar á todos. Así están seguros de que nadie les falte, respecto á la exterior compostura: emancípanse contra la voluntad de su dueño, á quien, si tratase de retenerlos, podría darle que sentir el garrote: su alimento no es ya escaso, ni sólo de pan seco con salazón ó tomillo por único condimento, sino viandas de toda especie y excelente vino; tienen oro en cuanto lo piden, pues en sus frecuentes visitas cobran verdaderos tributos, ó, como ellos dicen, trasquilan ovejas,

(1) Cf. *El Pescador*, 32.

y muchos les dan ó por miramiento al traje ó por temor de ser insultados.

15. Indudablemente han comprendido que pueden colocarse á la altura de los verdaderos filósofos, pues no hay quien pueda discernir en semejante materia, cuando lo de fuera es idéntico. Por lo mismo jamás se exponen á ninguna prueba. Si alguno les interroga pacífica y concisamente, gritan con todas sus fuerzas, huyen á su acostumbrada ciudadela, las injurias, y enarbolan el palo. Si les preguntas por sus actos, te remiten á sus doctrinas; y si investigas sus doctrinas, te mandan considerar sus actos.

16. Toda la ciudad está llena de sus bribonadas, y sobre todo, de las de los que preciándose de Diógenes, Antístenes y Crates, militan bajo la enseña del perro, pero sin imitar á este animal en lo bueno, en la vigilancia, en el guardar la casa, en el cariño y en la gratitud al dueño, sino en el ladrido, en la glotonería, en la rapacidad, en la lujuria, en la adulación, en el halagar al que les regala y en el asediar las mesas. En esto los imitan á maravilla.

17. Verás lo que va á suceder dentro de poco. Todos los artesanos dejarán el oficio y abandonarán los talleres en cuanto vean que trabajando desde la mañana hasta la tarde, sin levantar cabeza, apenas ganan salario suficiente para vivir, mientras que esos holgazanes é impostores viven en la abundancia, piden como tiranos, reciben con prontitud, se indignan si no les dan y no elogian como no les paguen. Esta vida les parece como la de los tiempos de Saturno, y se les figura que del cielo les va á caer la miel á la boca.

18. Menos mal si, siendo como son, no nos infieren otras ofensas. Pero estos padres graves, siempre ceñudos y con severa fachada, apenas ven un lindo muchacho ó una mujer hermosa esperan..... Mejor es no

decir lo que hacen. Algunos, como el joven troyano, roban las mujeres á sus huéspedes para que filosofen con ellos, las prostituyen después y las hacen comunes á todos sus amigos, creyendo practicar un dogma de Platón, ignorando el concepto en que el divino filósofo estatúa la comunidad de mujeres.

19. Largo de contar sería lo que hacen en los banquetes y cómo se emborrachan. Y hacen esto ¿lo crearás? mientras declaman contra la embriaguez, el adulterio, la lujuria y la avaricia. No hay cosa más opuesta que sus palabras y sus hechos. Dicen, por ejemplo, que son enemigos de la adulación, y pueden, en adular, dar quince y raya á Gnatón y á Estrucias (1): recomiendan á los demás la verdad, y no pueden mover la lengua sin decir una mentira. De palabra el placer es su enemigo y su mayor contrario Epicuro, pero de obra todo es por hacer su gusto. Son biliosos, chinchorreros é irascibles como parvulillos. Risa da ver cómo se enfurecen por la menor cosa. Palidecen, miran torva y furiosamente y se les llena de espuma, ó más bien de veneno, toda la boca.

20. No estés presente cuando derramen su impuro cieno: «No me rebajo á poseer plata ni oro, dicen; bástame, por Hércules, un óbolo con que comprar altramuces: la bebida me la dan un río ó una fuente.» Y á continuación no piden óbolos ni dracmas, sino tesoros enteros. Por eso no hay comerciante que saque de sus fletes tanto producto como éstos de la filosofía. En cuanto reúnen capital suficiente para pasar la vida, arrojan el manto miserable, compran campos, trajes finos, esclavos de flotante cabellera, pueblos enteros, y se despiden para siempre de la alforja de Crates, del manto de Antístenes y del tonel de Diógenes.

(1) Nombres de gorriones frecuentes en las comedias griegas y latinas.

21. Los ignorantes que ven esto desprecian la filosofía, juzgan iguales á todos mis discípulos, y censuran mi enseñanza. Tiempo hace ya que no he podido atraer á ninguno. Me pasa lo que á Penélope. Cuanto tejo se me desteje en un instante entre las risas de la Ignorancia y de la Injusticia, que ven que no adelanta mi obra, ni da fruto mi trabajo.

22. JÚPITER.—¡Oh dioses, cuánto no han hecho sufrir á la Filosofía esos malditos mortales! Veamos lo que se debe hacer y cómo ha de castigárseles. Mi rayo los aniquilaría de un golpe; pero es muerte demasiado breve.

—APOLO.—Te propondré una idea. Á nombre de las Musas, de quienes son enemigos, detesto ya á esos impostores. No son dignos de tu diestra ni de tu rayo. Si te place, envía para que los castigue á Mercurio: versado en las letras, distinguirá rápidamente los filósofos verdaderos de los filósofos falsos: dará á aquéllos el aplauso merecido, y castigará á éstos como bien le parezca.

23. JÚPITER.—Tienes razón, Apolo. Tú, Hércules, acompaña también á la Filosofía, y bajad cuanto antes á la tierra. Ten entendido que habrás cumplido un décimotercero trabajo si exterminas esos monstruos insolentes é impuros.

HÉRCULES.—Preferiría limpiar otra vez los establos de Augias á habérmelas con ellos. Pero partamos.

LA FILOSOFÍA.—Contra mi voluntad lo hago. Pero debo seguirte, puesto que nuestro padre lo manda.

24. MERCURIO.—Bajemos para que hoy mismo podamos aplastar algunos. ¿Á qué lado debemos dirigirnos, Filosofía? porque tú sabes dónde están. Aunque seguramente estarán en Grecia.

LA FILOSOFÍA.—No, Mercurio; ó si hay en Grecia, son pocos y de los buenos. Los que yo digo no se cuidan

de la pobreza ática; acuden á donde hay minas de oro y plata. Allí debemos buscarlos.

MERCURIO.—Entonces iremos directamente á Tracia.

HÉRCULES.—Tienes razón. Yo os serviré de guía. Conozco á palmos la Tracia. He viajado mucho por ella. Tomemos por este lado.

MERCURIO.—¿Por cuál?

25. HÉRCULES.—¿Véis aquellos dos montes, los más altos y hermosos? El mayor es el Hemo (1), el de enfrente es el Ródope (2); desde el pie de ambos comienzan las campiñas fertilísimas. Veis algunas colinas, entre ellas tres muy hermosas, no afeadas por contornos abruptos: se levantan como acrópolis de la ciudad que está á su pie. Ya se ve la ciudad.

MERCURIO.—Grande y hermosísima, por Júpiter. Su belleza resplandece de lejos. Un gran río corre en derredor, casi besando sus muros.

HÉRCULES.—Es el Hebro: la ciudad es obra de Filipo (3). Hemos ya junto á la tierra y debajo de las nubes. Bajemos, y ¡buena suerte!

26. MERCURIO.—¡Así sea! ¿Qué hacemos? ¿Cómo hallar la pista de los monstruos?

HÉRCULES.—Eso es cosa tuya, Mercurio. Tú eres heraldo; haz pronto una citación.

MERCURIO.—No es difícil; pero no sé sus nombres. Dime cómo se llaman, Filosofía, y las señas restantes.

LA FILOSOFÍA.—Como apenas he tratado con ellos, no lo sé á punto fijo. Pero dado su afán de adquirir, creo que no te equivocarás mucho si los llamas Cte-

(1) Monte de Tracia que conserva su nombre en la cordillera de los Balkanes.

(2) Limite oriental de Macedonia.

(3) Philippopolis ó Trimontium, hoy *Philippopoli*.

sones, Ctesipos, Ctesicles, Euctémones ó Polictetos (1).

27. MERCURIO.—Dices bien. ¿Pero quiénes son esos? ¿Por qué miran en derredor? Se acercan como con intención de interrogarnos.

UNOS HOMBRES.—Ciudadanos, y tú, excelente matrona, ¿podríais decirnos si habéis visto pasar tres embaucadores acompañados de una mujer, rapada á la Lacedemonia, de aspecto marcadamente varonil?

LA FILOSOFÍA.—¡Hola! Estos buscan lo mismo que nosotros.

LOS HOMBRES.—¿Lo mismo que vosotros? Todos son esclavos fugitivos. Pero nosotros buscamos principalmente á la mujer, de la cual se han hecho dueños los bribones.

MERCURIO.—Vais á saber por qué los buscamos nosotros. Reunámonos para verificar la citación: «Quien conociere á un esclavo paflagonio, de los bárbaros de Sínope, cuyo nombre se deriva del verbo poseer, pálido, rapado, barbudo, áspero de voz, con alforja y manto, iracundo, ignorante y maldiciente, acérquese y denúncielo en las condiciones que quisiere.»

28. UN DUEÑO.—No comprendo bien, amigo mío, á quién se refiere tu citación. Mi esclavo se llamaba Cántaro, se dejaba el cabello, se depilaba la barba, conocía bien mi oficio y se ocupaba en mi fábrica de quitar al paño los pelos superfluos.

LA FILOSOFÍA.—Ese es tu esclavo. Ahora se parece á un filósofo, después de haber sido batanero.

EL DUEÑO.—¡Qué atrevimiento! ¡Cántaro filósofo, y yo nada sé!

(1) En la composición de todos estos nombres entra la idea de posesión. Ctesones, *poseedores*; Ctesipos, *poseedores de caballos*; Ctesicles, *poseedores de gloria*; Euctémones, *poseedores de bienes*; Polictetos, *poseedores de muchas cosas*.

LOS HOMBRES.—No te apures; ya los hallaremos. La señora sabe á qué atenerse.

29. LA FILOSOFÍA.—Hércules, ¿quién es aquel hombre hermoso que se acerca con una lira?

HÉRCULES.—Orfeo, mi compañero de navegación en el Argos; el mejor de los Celeustas (1) conocidos. Su canto hacía cesar las fatigas del reino. Salud, buen Orfeo, músico habilísimo. No te habrás olvidado de Hércules.

ORFEO.—Saludo á la Filosofía, á Hércules y á Mercurio. Pero me debéis mis noticias. Conozco perfectamente al que andais buscando.

MERCURIO.—Dinos, pues, dónde está, hijo de Calíope. Oro supongo que no necesitarás siendo hombre sabio.

ORFEO.—Es verdad. Os mostraré la casa donde habita; á él no os lo mostraré por temor á sus dicterios; es bribón en grado superlativo, como que es el único arte que cultiva.

MERCURIO.—Muéstranos sólo la casa.

ORFEO.—Esa próxima. Me marchó por no verlo.

30. MERCURIO.—¡Aguarda! ¿No es de mujer la voz que recita versos de Homero?

LA FILOSOFÍA.—Sí, por Júpiter. Escuchemos.

LA FUGITIVA.

Como á las negras puertas del infierno
Aborrezco al mortal que, amando el oro,
Manifiesta otra cosa (2).

MERCURIO.—Pues debes aborrecer á Cántaro.

Que hizo traición al huésped generoso
De quien fingióse amigo (3).

(1) Llamábase así los encargados de regular con sus cantos las maniobras navales.

(2) Parodia de Homero, *Iliada*, XI, v. 312.

(3) *Iliada*, III, v. 354.

EL HUÉSPED.—Ese verso se refiere á mí; yo le dí hospitalidad, y en agradecimiento se me llevó la mujer.

LA FUGITIVA.

Impudente beodo, de cervuno
Corazón y ojos cínicos, en guerras
Y en consejos inútil, graja gárrula
Disputador Tersitas, que maldices
Sin freno ni medida de los reyes (1).

EL DUEÑO.—Los versos cuadran perfectamente á ese maldito.

LA FUGITIVA.

Principia en perro y en león acaba
Es cabra en medio y como perro rabia (2).

31. EL HUÉSPED.—¡Ay, mujer! ¡Cuánto daño te han hecho esos perros! Dicen que la han dejado embarazada.

MERCURIO.—No temas. Te parirá un Cerbero ó un Gerión que darán nuevo quehacer á Hércules. Ya salen: es inútil llamar en la puerta.

EL DUEÑO.—Te cogí, Cántaro. ¿Ahora callas? Veamos lo que tiene en la alforja: altramuces sin duda ó algún mendrugo.

MERCURIO.—No, á fe mía; un cinto de oro.

HÉRCULES.—No te asombres. Era cínico en Grecia y ahora es discípulo perfecto de Crisipo. Pronto lo veréis afiliado á Cleanto, porque se le colgará de la barba á este bandido.

32. EL DUEÑO.—Y tú, canalla, ¿no eres Lecición,

(1) Parodia de Homero, *Iliada*, I, v. 225; II, v. 202.

(2) Hesiodo, *Teogonía*, v. 223 y Homero, *Iliada*, IV, v. 181.

uno de mis fugitivos? No es otro. ¡Qué risa! ¿Puede haber nada imposible? ¡Lecitió n filósofo!

MERCURIO.—¿No tiene amo ese tercero?

EL DUEÑO.—No: yo soy su dueño, pero lo manumito: lo abandono gustoso á la muerte.

MERCURIO.—¿Por qué?

EL DUEÑO.—Está completamente podrido; por eso le llamábamos Miropno (1).

MERCURIO.—Hércules, apartador de males, ¿has oído? Fuera la alforja y el garrote. Tú recobra tu mujer.

EL HUÉSPED.—De ninguna manera. No admito mujer próxima á parirme un libro antiguo.

MERCURIO.—¿Cómo un libro?

EL HUÉSPED.—Hay uno titulado: *El de las tres cabezas* (2).

MERCURIO.—No me extraña. También hay una comedia titulada: *El de los tres falos* (3).

33. EL DUEÑO.—A tí te corresponde sentenciar, Mercurio.

MERCURIO.—He aquí mi sentencia: para que esta mujer no para un monstruo policéfalo, vuelva á Grecia con su marido. Esos dos fugitivos sean devueltos á sus dueños y dedíquense á sus primeros oficios; Lecitió n á lavar la ropa sucia, y Miropno, previa una flagelación con malvas, á componer vestidos viejos. Cántaro será entregado á los depiladores, que le arrancarán el pelo con la fementida pez usada por las mujeres, y después será llevado al Hemo, donde, desnudo y con los pies atados, permanecerá en la nieve.

(1) *El perfumador*. Sin duda irónicamente.

(2) Comedia de Teopompo, poeta algo posterior á Aristófanes.

(3) Comedia de Aristófanes. Se ha perdido.

EL FUGITIVO.—¡Oh desdicha! ¡oh desdicha! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Oh! ¡oh! (1).

EL DUEÑO.—¿A qué nos vienes con interjecciones trágicas? Sígueme á casa de los depiladores, y quítate antes la piel de león, para que se conozca que eres un asno.

(1) Exclamaciones muy frecuentes en Esquilo, Sófocles y Eurípides.

LXX.

1.

LAS SATURNALES.

1. EL SACERDOTE.—¡Oh Saturno! ahora está en tus manos el imperio del mundo; ahora te ofrecemos incienso y sacrificios; ¿qué podría obtener principalmente de tí pidiéndotelo en esta ceremonia?

SATURNO.—A tí te corresponde examinar detenidamente lo que has de desear. ¿Crees acaso que con el imperio poseo simultáneamente la adivinación y que conozco lo que te agrada más? Yo, en lo que pueda, nada te negaré.

EL SACERDOTE.—Muy pensado lo tengo. Te pido bienes ordinarios y asequibles; riquezas, montones de oro, fincas rústicas, muchos esclavos, trajes bordados y finos, plata, marfil y todo cuanto hay digno de estimación en el mundo. Concédemelos, excelente Saturno. Así recogeré también algún fruto de tu soberanía, y no seré el único que esté toda la vida privado de esas cosas.

2. SATURNO.—¿Lo ves? Me pides lo que no está en mi mano. Yo no puedo conceder esos bienes. Por consiguiente, no te enfades si no los obtienes. Pídeselos á Júpiter, cuando pase á él la soberanía den-

tro de poco. Yo me encargo del poder con ciertas restricciones. Mi imperio dura siete días, pasados los cuales, vuelvo á ser un particular y uno de tantos. Durante ese tiempo no puedo ocuparme en ningún negocio serio ni público. Beber, embriagarme, gritar, divertirme, jugar á los dados, escoger los reyes del vino, regalar á los siervos, cantar desnudo, dar aplausos trémulos, arrojarme á veces de cabeza al agua tiznado de hollín el rostro, es lo que se me permite. Pero los grandes bienes, las riquezas y el oro los distribuye Júpiter á quien se le antoja.

3. EL SACERDOTE.—No lo hace gustosa ni prontamente. Cansado estoy de pedírselo á gritos. Pero no me escucha; mueve la égida, vibra el rayo y mira torvamente para espantar á los importunos. Si atiende á algún mortal y lo hace rico, obra sin discernimiento; prescinde de virtuosos y de sabios, y enriquece á bribones, á estúpidos y á andróginos azotables. Con todo, yo quisiera saber de que bienes dispones.

4. SATURNO.—No son pequeños ni despreciables, aun comparados con el poder supremo. ¿O te parece poca cosa el ganar en el juego y ver que el dado de los otros sale siempre por el uno y el tuyo siempre por el seis? ¡Cuántos han hecho pacotilla abundante gracias al dado propicio! ¡Cuántos se han quedado en cueros por haber naufragado en tan menudo escollo! Además, ¿hay placer comparable á beber á su gusto, á pasar en un festín por cantante habilísimo, á tirar á los criados al agua fría en castigo de su torpeza en el servicio, á ser proclamado ilustre vencedor y á recibir en premio una guirnalda de embutidos? ¿Y el ser nombrado rey del banquete por la suerte de las tabas, el no recibir órdenes ridículas y poder dárselas á otro, como lo de que se injurie á sí mismo, ó baile

desnudo, ó dé tres vueltas alrededor de la casa cargado con una flautista, no es prueba insigne de mi magnificencia? Si te dueles de lo ficticio y poco duradero de este mando, te quejas sin razón, pues debes considerar lo poco que dura el de quien te lo ha concedido. De lo que está en mi poder, dados, reino del festín, cantos y cuanto he dicho, pídemme sin temor, que no te he de espantar con la egida ni con el rayo.

5. EL SACERDOTE.—Pero, Titán ilustre, á mi no me hace falta eso. Respóndeme sencillamente á una cosa que me interesa mucho. Si lo haces, creeré bastante pagados mis sacrificios y me daré por satisfecho.

SATURNO.—Pregunta; te responderé como sepa.

EL SACERDOTE.—Díme primero si es verdad lo que de tí se cuenta: que solías devorar los hijos que tenías de Rea; que ésta, sustrayendo á Júpiter, te entregó una piedra para que la devorases tomándola por el niño; que éste, cuando creció, te derrotó, te destronó, te encadenó con todos tus auxiliares y os precipitó al Tártaro.

SATURNO.—¡Eh, tú! Si no celebrásemos una fiesta, y no estuviesen permitidas la embriaguez y las injurias á los dueños, ya te daría á entender que puedo enfurecerme cuando se me hacen semejantes preguntas sin respeto á un dios tan cano y viejo.

EL SACERDOTE.—Yo no he inventado esa historia. Homero y Hesíodo, y no quiero decir que casi todos los hombres, la creen á pies juntos.

6. SATURNO.—¿Crees que aquel pastor charlatán (1) sabía nada de cierto? Considera un poco. ¿Es posible que un hombre, por no decir un dios, devore voluntariamente á sus hijos, á no ser un Tiestes víctima

(1) Hesíodo.

del nefando fraude de un hermano impío? Y aunque llegase á esta locura, ¿podría tragarse una piedra en vez de un niño, á no tener los dientes absolutamente insensibles? Ni ha habido tal guerra, ni me ha quitado Júpiter el mando, sino que yo se lo he cedido libre y espontáneamente, ni estoy encadenado y aherrojado en el Tártaro, puesto que sin duda me ves, si no eres tan ciego como Homero.

7. EL SACERDOTE.—¿Por qué dejaste el mando?

SATURNO.—Te lo diré. Era ya viejo y tenía gota, por lo cual sin duda me ha creído encadenado el vulgo; no podía dar abasto á las infinitas injusticias de estos tiempos: correr sin cesar de arriba abajo y no dejar un punto el rayo para abrasar perjuros, sacrílegos y facinerosos, es trabajo penosísimo que requiere fuerzas juveniles. Por eso cedí el mando á Júpiter, y no me arrepiento. Parecióme conveniente dividir el imperio entre mis hijos y pasar el tiempo en festines, sin atender á oraciones, sin sufrir importunidades de los que piden cosas opuestas, sin tener que tronar, que relampaguear y que echar granizo á veces. Hago, por el contrario, la mejor vida de viejo, bebiendo puro el néctar y charlando con Iapeto y otros contemporáneos. Mientras, manda Júpiter con mil molestias, excepto en los pocos días que me he reservado el poder en las condiciones que te he dicho, para recordar á los hombres los felices tiempos de mi imperio. Todo en aquella edad brotaba sin siembra y sin arado; la tierra no daba espigas, sino panes y carnes adobadas; corría el vino en arroyos y las fuentes manaban miel y leche; todos eran buenos y áureos. Esta es la causa de mi fugaz imperio; por eso, mientras dura, todo es ruido, canciones, juegos é igualdad entre libres y esclavos, porque en mi reinado no se conocían los siervos.

8. EL SACERDOTE.—Pues yo, Saturno, consideraba que tu benevolencia para los esclavos y los prisioneros provenía de la misma fábula, ó sea del deseo de honrar á los que como tú sufren esclavitud y encarcelamiento.

SATURNO.—¿No acabarás de decir tonterías?

EL SACERDOTE.—Tienes razón. Cesó. Pero respóndeme á otra pregunta. ¿Solían jugar los hombres de tus tiempos?

SATURNO.—Sí; pero no talentos y miles de dracmas como vosotros; todo lo más nueces; así, no se apesadumbraba el que perdía, ni se estaba llorando ayuno entre los gananciosos.

EL SACERDOTE.—Bien hecho; ¿pero qué hubieran podido jugar aquellos hombres de oro? Mientras hablabas se me ha ocurrido una idea. Si uno de aquellos hombres de oro macizo se presentase ahora en el mundo, ¿qué tormento no sufriría? Todos correrían tras él y lo despedazarían, como á Penteo las Ménades, á Orfeo las Tracias y á Acteón los perros, riñendo por llevarse mayor pedazo, pues á pesar de la fiesta nadie se despoja de la codicia y todo el mundo procura hacer negocio. Por eso unos van á robar las mesas de los amigos, y otros te injurian y rompen los inocentes dados achacándoles el mal que ellos voluntariamente se producen.

9. Dime también, ¿por qué siendo un dios tan delicado y proveyo has elegido para tus fiestas la época más desagradable del año, cuando todo lo cubre la nieve, sopla furioso el Bóreas, no hay nada libre de nieve, están los árboles secos y sin hojas, feos y sin flores los prados, y encogidos casi todos los hombres y sentados junto á la lumbre como viejos? Es un tiempo impropio para ancianos y para diversiones.

SATURNO.—Me haces mil preguntas, mientras de-

bíamos estar bebiendo. Hemos perdido gran parte de este día filosofando sobre cosas inútiles. Déjemoslo, pues; comamos, alborotemos y disfrutemos libremente de la fiesta: juguemos nueces á la antigua, nombremos reyes y obedezcámoslos. Así justificaremos la verdad del adagio: «Los viejos se vuelven niños.»

EL SACERDOTE.— ¡Ojalá no pueda beber, aunque tenga sed, el que no halle agradables tus decretos! Bebamos, pues. Suficientes son tus respuestas. Voy á escribirlas y á hacer con nuestro diálogo un libro, en que consten mis preguntas y tus propicias respuestas, para leérselo á los amigos que lo merezcan.

2.

CRONOSOLÓN Ó EL LEGISLADOR DE LAS SATURNALES.

10. Prescripciones de Cronosolón, sacerdote y profeta de Saturno y legislador de sus fiestas. Las relativas á los pobres ya les han sido enviadas en otro libro; estoy seguro de que las cumplirán; de no hacerlo incurrirán en las graves penas señaladas á los delinquentes. Vosotros, oh ricos, guardaos de infringirlas y de oír á la descuidada mis mandatos. Quien tal hiciere, tenga entendido que no me desprecia á mí, al legislador, sino al propio Saturno, que me ha elegido para dictar las leyes de sus fiestas, apareciéndoseme, no en sueños, sino cuando estaba perfectamente despierto. No encadenado por los pies, ni arrugado y decrepito como, siguiendo á delirantes poetas, suelen representarlo los pintores, sino con afi-

lada hoz, aspecto alegre, vigoroso y regio. Así se me ha aparecido. Sus palabras son verdaderamente divinas y merecen que las conozcáis.

11. Viéndome pasear triste y pensativo, comprendió al instante, como dios, la causa de mi tristeza y la aflicción que me producía el ser pobre y el llevar, á pesar de lo riguroso de la estación, una sola túnica, cuando el Bóreas soplabá con violencia. Había mucha nieve y hielo, contra los cuales yo no estaba apercebido; y veía á todo el mundo preparar sacrificios y festines para las fiestas próximas, que para mí no habían de ser festivas. Acercándoseme por la espalda, cogiéndome de una oreja y sacudiéndome, como acostumbra cuando se me aparece: «¿Qué ocurre, Cronosolón? me dijo Saturno. Pareces afligido.—No sin razón, le respondí. Veo á los malditos y perversos llenos de riquezas y viviendo deliciosamente, mientras yo y otras muchas personas instruídas estamos en la miseria y sin recursos. Señor, ¿no querrías poner término al desorden y restablecer la igualdad?—No es fácil cambiar, me respondió, lo que Cloto y las otras Parcas os han decretado; pero durante las fiestas remediaré tu penuria. He aquí el remedio. Ea, Cronosolón, escribe las leyes que en la fiesta han de ser observadas, para que los ricos no la celebren solos, sino que sus bienes os pertenezcan.—No comprendo, le dije.

12. —«Yo te enseñaré», replicó. Dicho esto, me puso en seguida al cabo de su intento. Enterado de todo: «Diles, añadió, que como no las cumplan verán si llevo por adorno esta hoz aguzada. Chistoso sería que quien ha castrado á su padre Urano, no hiciera lo mismo con los ricos infractores enviándolos con pitos y flautas (1) á pedir para la Madre de los dioses

(1) Los Coribantes. Vid. *De la Danza*, 8.

convertidos en eunucos.» Estas son sus amenazas. Lo mejor será que no infrinjáis sus leyes.

Leyes.

TÍTULO PRIMERO.

13. Durante las fiestas nadie se ocupará en negocios particulares ni públicos, sino en lo pertinente al juego, á la comida y á los placeres: sólo los cocineros y reposteros tendrán ocupaciones.—Igualdad para todos, libres y esclavos, pobres y ricos.—Prohibición absoluta de enfadarse, encolerizarse y proferir amenazas.—Declárase ilícita toda dación de cuentas en las Saturnales.—No pueden exigirse prendas de vestir, ni numerario, ni hacerse escrituras durante las fiestas.—Ciérranse los gimnasios, se suspenden todos los discursos serios; sólo se permiten los chistosos y agudos sazonados con burlas y sales.

TÍTULO SEGUNDO.

14. Mucho antes de la fiesta escribirán los ricos en una tablilla los nombres de sus amigos: tendrán preparado dinero, próximamente el décimo de su renta anual, el sobrante del guardarropa, y todo lo demasiado basto para su uso y bastantes objetos de plata. Lo tendrán todo á mano.—La víspera de las fiestas purificarán sus casas, arrojando de ellas la tacañería, la avaricia, el afán de lucro y demás vicios que con ellos moran.—Una vez limpia la casa, ofrecerán sacrificios á Jupiter, donador de riquezas; á Mercurio dadivoso, y á Apolo, el de los regalos espléndidos.—A la noche leerán la lista de amigos inscritos en sus tablillas.

15. Verificarán en seguida la distribución con relación al mérito de cada amigo, y la enviarán antes de que el sol se ponga.—Llevarán los presentes sólo tres ó cuatro esclavos de los más viejos y fieles.—La cantidad y calidad de lo remitido se anotará en una tablilla para que no pueda sospecharse de los portadores.—Los esclavos beberán sólo una copa, y volverán á casa sin pedir más propina.—A los instruídos se les enviará doble de todo: es compensación muy justa.—Las palabras con que se verifique la entrega de los regalos serán discretas y pocas: no se enviará nada ofensivo, ni se elogiará lo enviado.—El rico no enviara nada á otro rico, ni convidará en las Saturnales á las personas de su rango.—No se guardará nada de lo que se haya sacado para regalar, ni sentirá el haber hecho regalos.—El que por hallarse ausente en año anterior no haya recibido su parte, la recibirá en éste.—Los ricos pagarán las deudas de los amigos pobres, y el alquiler de la casa cuando no hayan podido satisfacerlo. Procurarán, en fin, enterarse con mucha anticipación de las necesidades de sus amigos.

16. Queda prohibida toda queja de los que reciben: sea como quiera lo regalado, habrá de parecerles grande. Una ánfora de vino, una liebre ó una gallina cebada no se considerarán presentes propios de las Saturnales. No podrán ser ridiculizados los presentes saturnalicios.—El pobre instruído enviará al rico generoso un libro de los antiguos, justamente famoso y adecuado para lectura de convites, ó uno escrito como le sea posible al remitente. El rico lo recibirá con alegre rostro y lo leerá al instante. Quien lo despreciare ó rechazare, sepa que aunque haya hecho regalos, incurre en las amenazas de la hoz. Los demás enviarán coronas ó granos de incienso.—Si un pobre regalase á un rico ropas, ó plata ú oro, ó cosa superior á sus

medios, quedará confiscado el regalo, se venderá y su importe ingresará en el tesoro de Saturno: al día siguiente recibirá el pobre lo menos doscientos cincuenta palmetazos que le dará el rico con una caña.

Leyes del Banquete.

17. Baño cuando la sombra del cuadrante tenga seis pies de larga: antes del baño juegos de nueces y tabas.—Colocación en la mesa según cada cual se halle: la dignidad, el caudal y la nobleza nada significan para ocupar el primer puesto.—Todos el mismo vino: bajo ningún pretexto, dolor de cabeza ó de estómago, se servirá sólo al rico mejor mosto.—Igual distribución de viandas.—Los criados no harán distinciones entre los comensales: servirán con prontitud; no se guiarán por su parecer para traer lo pedido; no presentarán á este una gran pieza y á aquel una pequeña, ni á uno el jamón y á otro la quijada de un cerdo. Igualdad absoluta.

18. El copero mirará á cada convidado con más atención que á su dueño: tendrá también alerta el oído.—Habrá copas diversas.—Cada cual podrá brindar cuanto guste. Todos podrán beber á la salud de los demás, así que el rico dé el ejemplo. No es necesario beber si no se puede.—En las bromas se podrá llegar hasta donde no sean ofensivas.—Todo juego será á nueces: quien juegue dinero ayunará hasta la mañana siguiente.—Cada cual estará en el comedor ó se irá en cuanto y cuando se le antoje.—En el convite de un rico á sus esclavos, servirá el dueño acompañado de sus amigos.—Cada rico grabará estas leyes en una columna de bronce colocada en medio del patio para que se lean.—Sébase que mientras esté en pie dicha columna, ni hambre, ni peste, ni incendio, ni mal al-

guno caerán en la casa de los ricos. Pero si, lo que el cielo no permita, llega á ser derribada, plegue á los dioses evitar las consecuencias.

3.

EPÍSTOLAS SATURNALES.

I.

YO Á SATURNO, SALUD.

19. Te he escrito ya para manifestarte mi estado y el peligro que corro de ser el único que por mi pobreza no pueda disfrutar de las fiestas anunciadas: también recuerdo haberte dicho que era contra toda razón el que algunos mortales tengan bienes y placeres de sobra y no den nada á los pobres que mueren de necesidad, precisamente al acercarse las Saturnales. Como nada has respondido, me creo obligado á recordártelo. Conviene, pues, inmejorable Saturno, que destruyas la desigualdad y declares comunes todos los bienes antes de prescribir la celebración de tus fiestas. Tal cual ahora estamos, se nos puede aplicar el «hormiga ó camello» del adagio. Figúrate, si no, un actor trágico, con un pie calzado de alto coturno y descalzo el otro. Si en semejante disposición saliese á escena, precisamente estaría, ora en alto, ora en bajo, según el pie que emplease. Así es la desigualdad en esta vida. Calzados algunos por la fortuna con elevados coturnos, nos aplastan con trágico boato, mientras los demás vamos pie á tierra, á

pesar de que, como sabes, podríamos desempeñar el papel tan bien como ellos y alargar el paso, si se nos diesen los mismos elementos.

20. Oigo decir á los poetas (1) que en otro tiempo, mientras tú nos gobernabas, eran muy diferentes las cosas: la tierra sin siembra y sin cultivo producía los bienes; todos hallaban qué comer hasta saciarse; fluían vino y leche los ríos, y hasta líquida miel algunos. Los mismos hombres (esto es lo mejor) eran de oro, y la pobreza jamás se acercaba á ellos. En cambio nosotros, si bien se mira, ni aun de plomo somos, sino de cosa de menos precio: ganamos la mayor parte el pan á fuerza de trabajos; todo se vuelve pobreza, dificultades, desesperación y «¡Ay de mí!» y «¿Cómo lo haré?» y «¡Suerte maldita!» y cosas por el estilo. Los pobres, sin embargo, todo lo soportaríamos mejor, como comprendes, si no viésemos la felicidad de los ricos. Tienen bajo llave tanto oro y tanta plata, innumerables vestidos, esclavos, carruajes, pueblos enteros, campos, bienes de todas clases, y, sin embargo, están tan lejos de darnos parte alguna, que ni siquiera se dignan mirar al vulgo de los mortales.

21. Eso es lo que nos sofoca, Saturno, y hace insupportable nuestra suerte: eso de que ellos se estén tendidos en lechos de púrpura, nadando en delicias, proclamados felices por sus íntimos y en perpetua holganza, mientras yo y mis semejantes hasta en sueños pensamos cómo hemos de ganar cuatro óbolos para procurarnos una sopa de pan ó un guisote con berros, tomillo ó cebolla é irnos en seguida á la cama. Cambia, pues, nuestra condición y restablece la primitiva igualdad, ó en último término, manda á los

(1) Hesiodo es el primer poeta griego que describió los siglos dorados. Vid. *Obras y Días*, v. 111.

ricos que no disfruten exclusivamente de sus bienes, sino que de tantos medimnas de oro nos den á todos un quénice (1) y de tantos vestidos los que estén apollillados. No tienen por qué sentirlo: todo eso ha de perecer; mejor es, por consiguiente, que nos dejen llevar lo que ha de destruir el tiempo, que no dejarlo enmohecer y podrirse en arcas y baúles.

22. Ordena, además, que cada rico sienta á su mesa cuatro ó cinco pobres, y que los trate, no como ahora se estila, sino con democrática afabilidad y con igualdad perfecta: no se atraque uno delante del esclavo que espera en pie á que no pueda más el dueño, y luego, cuando llegue á nosotros, pase de largo, mostrándonos los residuos del pastel al alargar la mano hacia el plato; ni que si se sirve un cerdo ofrezca el criado la mitad y la cabeza á su señor, y deje á los demás los huesos medio envueltos en grasa. Ordena también á los escanciadores que no esperen á que pidamos siete veces para servirnos, sino que escancien, en cuanto se les indique, una copa tan grande y tan llena como la del amo. El vino sea igual para todos los comensales. ¿En qué ley está prescrito que el dueño se embriague con vino perfumado y á mí me ralle las tripas el vino nuevo?

23. Si corriges esto, la vida será vida, y tus fiestas serán fiestas: si no que las celebren sólo los ricos. Nosotros nos limitaremos á desear que su esclavo derribe y rompa una ánfora cuando vuelven del baño; que el cocinero se deje ahumar la comida, y distraído eche la salmuera del pescado en las gachas; que una perra, entrando de repente, se coma medio pastel y todas las salchichas mientras los marmitones están

(1) El medimna se aproximaba á nuestro hectolitro. El quénice pasaba algo del litro.

ocupados en otras cosas; que el jabalí, el cerdo y los rostrizos hagan, mientras los asan, lo mismo que de las vacas del Sol refiere Homero (1) ó mejor aún, que no se limiten á serpear por la tierra, sino que salten y metidos en los asadores huyan á las montañas; que las gallinas cebadas, desplumadas ya y dispuestas, vuelen y desaparezcan también para que no sean ellos los únicos que las coman.

24. Pero esto les causará más pena: que enjambres de hormigas semejantes á las índicas desentierren de noche sus tesoros y los repartan al pueblo; que ratoncillos diestros les agujereen, por incuria de los criados, todos los vestidos hasta que parezcan redes de pescar atunes; que á los lindos esclavos, de profusa cabellera, á quienes llaman Jacintos, Aquiles ó Narcisos, se les caigan de pronto los cabellos al servirles la copa y les salgan barbas en punta como la de los cuneobarbados (2) de comedia, y les crezcan en la mismas sienes pelos punzantes y duros, mientras se les queda pelada la calavera. Estos y otros muchos votos hacemos los pobres para el caso de que los ricos perseveren en su egoísmo y se nieguen á gozar en común sus bienes, y si á darnos alguna parte de sus riquezas.

II.

SATURNO Á MÍ, SU QUERIDO AMIGO, SALUD.

25. ¿Cómo deliras hasta el punto de escribirme sobre la presente situación y pedirme la distribución de

(1) *Odisea*, XII, v. 395.

(2) Transcrito literalmente el vocablo griego es *Esfenopogones*, nombre compuesto de σφήν, *cuña*, y πώγων, *barba*. Designaba las máscaras de viejos de comedia, las cuales acababan en punta.

bienes? ¿No sabes que esto sería incumbencia de otro, soberano actual del universo? Me asombra que seas el único que ignore que yo, rey, hace mucho tiempo distribuí el imperio á mis hijos, y he cesado en el mando. Júpiter entiende ahora en ese asunto. Mi poder se circunscribe á las tabas, á los aplausos, á las canciones y á la embriaguez, y eso durante siete días solamente. Los graves asuntos de que me hablas, la desaparición de la desigualdad, y el que todos los hombres sean igualmente pobres ó ricos, son de la competencia de Júpiter. Pero si en lo referente á las fiestas se denuncia alguna falta por injusticia ó avaricia, á mí me corresponde el juicio. En su consecuencia escribo á los ricos una carta respecto á los festines, al quénice de oro, á los vestidos y demás presentes que deben haceros para celebrar mi fiesta. Tu petición, en este punto, es justa y habrán de hacer lo que dices, á menos que opongán razones de verdadera fuerza.

26. Pero tened entendido los pobres, que estáis equivocados y tenéis idea errónea de los ricos al juzgarlos perfectamente felices, y únicos en vivir dichosa vida porque pueden comer opíparamente, embriagarse con generosos vinos, tratar con mujeres hermosas, y vestir flexibles telas. Ignoráis por completo lo que es semejante dicha y los numerosos cuidados que les asedian. Vigilancia incesante sobre cada uno de sus bienes para que el mayordomo no los menoscabe por torpeza ó los sustraiga fraudulentamente: que el vino no se agrie, que el trigo no se agorgoje, que un ladrón no se lleve las copas, que el pueblo no crea á los sicofantas que le acusen de aspirar á la tiranía. Esta es la mínima parte de la molestias que los angustian. Si supieseis sus temores y cuidados, sus riquezas os parecerían abominables como la peor peste.

27. ¿Crees que si así no fuera y si las riquezas y la soberanía fueran insignes bienes, hubiera hecho yo la locura de dejárselas á otros, para vivir como simple particular, sometido á poder ajeno? Yo conocía todos los cuidados anejos á los soberanos y á los ricos, y abdiqué el poder y no me arrepiento.

28. Te me quejas de que los ricos se atracan de jabalies y pasteles, y vosotros sólo coméis en las fiestas berros, puerros y cebollas. Pero consideremos tal cual es la cosa. Por de pronto, es evidentemente muy grata y nada fastidiosa, pero las consecuencias son diametralmente opuestas. Vosotros no os levantáis, como ellos, con la cabeza pesada por la embriaguez de la víspera, ni hinchado el vientre y lanzando ventosidades fétidas. Este fruto sacan los ricos de sus cenas: luégo, después de haberse revolcado parte de la noche con muchachos ó mujeres, ó como su perversa lujuria les sugiera, la tisis, la pulmonia, la hidropesía vienen, como resultado natural, del exceso de lascivia. ¿Podrías mostrarme un rico que no tenga el color amarillo y casi cadavérico? ¿Hay uno que si llega á la senectud, ande por su pie, y no en hombros de cuatro siervos? El exterior es de oro, pero el interior puro zurcido, como trajes de teatro, hechos de malas telas recosidas. Vosotros no coméis peces, como ellos, ni los probáis siquiera; pero ¿no consideraréis que estáis exentos de gota, y pulmonía y enfermedades producidas por semejantes causas? Por otra parte tampoco es un placer para el rico comer de semejantes cosas cotidianamente y hasta hartarse: por eso los verás apetecer legumbres y puerros con más afán que tú jabalies y liebres.

29 Callo otros mil pesares: el hijo corrompido, la mujer enamorada de un esclavo, el amado que se entrega más por necesidad que por afecto. Hay, en

suma, muchos males ni sospechados siquiera por los que sólo véis la púrpura y el oro, y os quedáis atolondrados y en actitud de adoración cuando se os presentan llevados por caballos blancos. Si desdeñaseis y despreciaseis su lujo, si no miraseis su carruaje de plata, si no os fijaseis, al hablarles, en la esmeralda de su anillo, si no os quedaseis estupefactos ante la finura de sus trajes, y los dejaseis ser ricos para ellos solos, estad seguros de que os buscarían y os rogarían que les acompañaseis á comer, para poder mostraros lechos, mesas y copas cuyo valor es nulo si su posesión carece de testigos.

30. Veréis así que todas sus riquezas las poseen, no para su uso propio, sino para que vosotros las admiréis. Conocedor de las dos clases de vida, os escribo para consolaros. Celebrad, pues, mi fiesta, en la idea de que pronto abandonaréis todos la vida, dejando ellos su abundancia y vosotros vuestra pobreza. Les escribiré, sin embargo, como os he prometido, y estoy seguro de que no menospreciarán mi carta.

III.

SATURNO Á LOS RICOS, SALUD.

31. Acaban de escribirme los pobres, acusándoos de que no les dais nada de lo que tenéis, y pidiendo el restablecimiento de la comunidad de bienes, para que á todos corresponda parte igual. «Es justo, dicen, instituir la igualdad, para que no tengan unos más de lo necesario, y carezcan otros de todo placer.» Les he contestado que esto es de competencia de Júpiter. Tocante al presente y á las injusticias que piensan les habéis hecho en las actuales fiestas, yo entiendo

que debo ser el juez y les he prometido escribiros. Lo que os piden es, á mi ver, muy moderado. «Helados de frío y muertos de hambre, dicen, ¿hay modo de que podamos celebrar la fiesta?» Si quiero, pues, que tomen parte en su celebración, me encargan que os obligue á darles los vestidos inútiles ó demasiado ordinarios, y algunas gotitas de oro. Si lo hicieréis, no pondrán en pleito vuestros bienes ante el tribunal de Júpiter; pero si no, propondrán nuevo reparto en la primera audiencia que dé el numen. No os será costoso el desprenderos de algo de lo mucho que tenéis la felicidad de poseer.

32. Quieren que también os hable en mi carta de las comidas á las cuales desean concurrir. Se quejan de que solos, y á puerta cerrada, vivís deliciosamente, y de que si, de tarde en tarde, os dignáis admitir algún pobre á vuestra mesa, el convite tiene más de molesto que de grato, pues casi todo lo que se hace en él es con evidente intención de rebajarlos. Tal es, por ejemplo, el no darles del mismo vino. ¡Qué infamia, por Hércules! ¡Y qué despreciables son si no se levantan de la mesa, y os dejan solos en medio del festín! Ni siquiera les dejáis beber hasta la saciedad: vuestros escanciadores tienen los oídos tapados con cera, como aquellos compañeros de Ulises (1). Los demás pormenores son tan bochornosos que me cuesta el decir las acusaciones presentadas contra vuestros servidores, que se están delante de vosotros hasta que os hartáis, y corren delante de ellos y otras mezquindades por el estilo, indignas de personas libres. La igualdad es el mayor atractivo del festín: por eso su

(1) Al pasar por delante de la isla de las Sirenas. Precaución aconsejada por Circe para que no les atrajesen los cantos de aquellos monstruos seductores.

presidencia compete á Isodaites (1), pues todos deben tener porción igual.

33. Procurad, por consiguiente, que los pobres no os acusen, sino que os honren y os amen por esos pequeños regalos, cuya poco sensible distribución puede, hecha á tiempo, granjearos eterna gratitud. No podríais vivir en ciudades, si los pobres no viviesen en ellas, prestándoos mil servicios que contribuyen á vuestra felicidad: no tendríais admiradores de vuestras riquezas si fueseis ricos para vosotros solos y lejos de la luz. Haya, pues, muchos admiradores de vuestras mesas y copas; que al brindar y beber á vuestra salud, puedan examinar el vaso, tantear su peso y considerar el primor de su trabajo, la cantidad de oro y la habilidad del cincel. En recompensa os llamarán excelentes y filántropos, y evitaréis malos quereres. ¿Quién ha de querer mal á un rico que distribuye y da lo justo? ¿Quién no le deseará largos años de vida, disfrutando de su caudal? Tal cual ahora obráis, vuestra fortuna carece de testigos, vuestra opulencia concita envidias y vuestra vida está falta de placer.

34. No juzgo, por otra parte, el atracarse á solas á modo de lobos y leones, tan divertido como en compañía de personas discretas que, empeñadas en agradaros, no dejan el festín frío y silencioso, sino que lo amenizan con conversaciones oportunas, bromas inocentes, y discretéos de todo género. Reuniones gratisimas, amadas por Venus, por las Gracias y por Baco. Al día siguiente los convidados elogiarán vuestra discreción y os granjearán simpatías. La cosa merece buen precio.

(1) Significa este nombre *Igualdad en el festín*, como compuesto de ἴσος, *igual*, y δαίτη, *festín, comida*.

35. Ahora os dirigiré una pregunta. Supongamos que los pobres anduvieran con los ojos cerrados: ¿no os molestaría el no tener á quien mostrar vuestros trajes de púrpura, la muchedumbre de vuestro séquito, y vuestros sortijones? Nada digo de las celadas y odios que probablemente os prepararán los pobres si os obstináis en vivir solos en medio de las delicias. Espantosas son las imprecaciones que os amenazan. ¡Plegue á los cielos desoir las! De otra suerte no probaréis del pastel y de las salchichas sino lo que la perra deje; las gachas apestarán á sardina; el jabalí y el ciervo, mientras los asan, procurarán escapar del horno al monte; y las gallinas, ¡zas! volarán sin alas á casa de los pobres. Hay más, vuestros hermosísimos coperos se quedarán instantáneamente calvos, y eso, después de haberos quebrado una ánfora. Procurad, pues, lo más adecuado á la fiesta y á la seguridad de vuestras casas: aliviad la indigencia, y proporcionaos á poca costa amigos que no son despreciables.

IV.

LOS RICOS Á SATURNO, SALUD.

36. ¿Crees que sólo á tí te han escrito los pobres? ¿No hace años sin cuento que aturden á Júpiter con reclamaciones semejantes, pidiendo nueva división de bienes y acusando al destino de desigualdad en la distribución y á nosotros de que nada les damos? Pero Júpiter, como dios, sabe en quién está la culpa, y se hace el sordo á sus ruegos. Nos justificaremos, sin embargo, ante ti, puesto que actualmenten os gobier-

nas. Los ricos, teniendo á la vista cuanto nos has escrito, de que es hermoso auxiliar á los pobres, y agradable el alternar y comer con ellos, hemos procedido siempre así, tratándolos como á iguales, sin que haya un solo convidado que pueda quejarse con fundamento.

37. Pero los pobres, que al principio decían que necesitaban muy poco, una vez franqueadas nuestras puertas, pidieron sin cesar una cosa y otra; de no concedérselas todas al instante, eran de ver sus odios, iras é insultos. Sus mentiras, como de personas en continuo trato con nosotros, parecían naturalmente dignas de crédito á cuantos las oían. Así es que nos vimos en la alternativa de ser enemigos declarados, no dándoles nada; ó de dárselo todo, y convertirnos en pobres y pasar á la clase de los pedigüeños.

38. Lo demás no es tan importante. En los convites, no contentos con llenarse y atracarse, bebían con exceso, y á lo mejor arañaban la mano del lindo escanciador que les servía, ó querían violentar á nuestra mujer ó á nuestra concubina. También, después de haber vomitado por todo el triclinio, nos llenaban al día siguiente de dicterios contando que los habíamos tenido muertos de sed y de hambre. Si te parecemos mentirosos, considera lo ocurrido con vuestro comensal Ixión: le admitisteis á vuestra mesa y le tratasteis como á igual, y el buen hombre trató de forzar á Juno cuando se puso borracho.

39. Estas y otras razones semejantes hemos tenido para, por nuestra propia seguridad, cerrarles en lo sucesivo nuestras casas. Pero si, como ahora dicen, prometen ante tí ser moderados en sus exigencias y no conducirse indecentemente en los festines, vengán á nuestra mesa, y buena suerte para todos. Enviaremosles también, como prescribes, vestidos y oro en

cantidad razonable, y, en suma, no les faltaremos en nada. Pero que, por su parte, dejen también de hablarnos artificiosamente, y muéstrense amigos y no aduladores y parásitos. De nada nos tendrás que acusar si ellos cumplen sus deberes.

LXXI.

EL CONVITE Ó LOS LAPITAS (1).

FILÓN (2) Y LICINO.

1. FILÓN.—Dicen que ayer en la comida de Aristéneto tuvisteis varias distracciones: hubo discursos filosóficos y la discusión que suscitaron fué tan vehemente que si no me ha engañado Carino, acabó á golpes y con derramamiento de sangre.

LICINO.—¿De dónde podía saber eso Carino? Porque en la comida no estuvo.

FILÓN.—Decía que se lo había contado el médico Diónico, que era, creo, uno de los comensales.

LICINO.—Así es; pero no presencié la discusión desde el principio: llegó tarde, á la mitad de la contienda, poco antes de los golpes. Por eso me admira el que haya podido relatarla exactamente, pues sólo intervino en lo que la convirtió en sangrienta riña.

2. FILÓN.—Por eso el mismo Carino me ha recomendado que me dirigiera á tí, si quería saber la verdad

(1) La descripción del combate de los Lapitas y Centauros puede verse en Ovidio, *Metamorfosis*, XII, v. 210 y sig.

(2) Este Filón se supone que es el mismo á quien Luciano dedicó el tratado de *Cómo ha de escribirse la Historia*.

y los detalles de lo ocurrido Diónico le ha dicho que no lo había presenciado todo, pero que tú lo conocías perfectamente, y hasta sabías de memoria los discursos, como persona que no acostumbra á oírlos al descuido, sino con afición grandísima. Creo, pues, que no te negarás á regalarnos con festín tan divertido. Nada más grato para mí: pacíficamente, sin vino, sin sangre, y fuera de tiro, celebraremos nuestro banquete viendo á jóvenes y viejos beodos decir y hacer cosas inconvenientes.

3. LICINO.—Es un poco fuerte lo que pides: divulgar escenas producidas por el vino y la embriaguez, que debieran ser olvidadas ó, más bien, imputadas á Baco: dudo que el dios permita que se revelen á los no iniciados en sus misterios y orgías. Mira no sea de mal educados ese afán de inquirir cosas que conviene dejar abandonadas en la sala del festín donde ocurrieron. «Detesto al convidado memorioso», como dice un verso (1). Diónico no ha hecho bien, por consiguiente, al franquearse con Carino, derramando sobre venerables filósofos los restos del festín de la víspera. Yo me guardaré muy bien de hacer lo mismo.

4. FILÓN.—Te haces de rogar, Licino. Pero no debías proceder así con quien sabe perfectamente que tienes más ganas de hacer esa relación que yo de oirla. Creo que á falta de auditorio serías capaz de acercarte á un pedestal ó á una estatua y encajarle sin respirar cuanto sabes. Apuesto á que si ahora quisiera irme, no me lo permitirías: me detendrías, de seguro, me seguirías y me suplicarías que te escuchase. Pues bien, llegó mi turno: quiero hacerme el interesante; voy á que otro me entere, ya que tú nada dices.

(1) Cf. Anacreonte, *Epigramas*, XVIII.

LICINO.—No hay que incomodarse: te lo contaré, ya que tanto lo deseas; pero no lo divulgues.

FILÓN.—O no te conozco, ó tú te encargarás de hacerlo. Antes que yo se lo dirás tú á todos, y me ahorrarás el trabajo de repetirlo.

5. Pero, ante todo, dime si la comida de Aristéneto era con motivo del matrimonio de su hijo Zenón.

LICINO.—No: era por el de su hija Cleantis con el hijo del usurero Eucrito, un joven filósofo.

FILÓN.—Bellísimo mozo, por Júpiter; pero demasiado tierno para casarse.

LICINO.—No habrá tenido otro más á propósito. Parece buen muchacho, tiene afición á la filosofía, y es único heredero del opulento Eucrito: era un novio elegido.

FILÓN.—La riqueza de Eucrito es razón convincente. ¿Quiénes erais los convidados?

6. LICINO.—¿A qué decírtelos todos? De filósofos y oradores, que son los que, á mi juicio, te interesan, estaban el anciano Zenótemis, estóico, con Difilo, alias el Laberinto, profesor del hijo de Aristéneto: representando á los peripatéticos, Cleodemo, aquel hablador, disputador sempiterno, llamado la Espada y la Hoz por sus discípulos. Asistía también Hermón el epicúreo: cuando entró bajaron los estóicos la vista y volvieron la cabeza como si se hubiese presentado un parricida ó un sacrílego. Todos habían sido invitados en concepto de amigos íntimos de Aristéneto, así como el gramático Histieo y el retórico Dionisiodoro.

7. Por parte del novio Quereas había sido invitado su maestro Ión el platónico, hombre de presencia majestuosa y divina, y facciones modelo de gracia y compostura, llamado vulgarmente el Canon, por la rectitud indeficiente de sus juicios. Cuando entró se levantaron todos y le saludaron como al más emi-

nente personaje: hubiérase dicho la aparición de un dios la entrada del maravilloso filósofo.

8. Llegado el momento de colocarse, por estar ya presentes casi todos los convidados, ocuparon las mujeres, que no eran pocas, todo el lecho de la derecha (1): en medio se sentó la desposada enteramente cubierta con un velo. El lecho opuesto á la puerta fué ocupado por las demás personas, según la dignidad de cada uno.

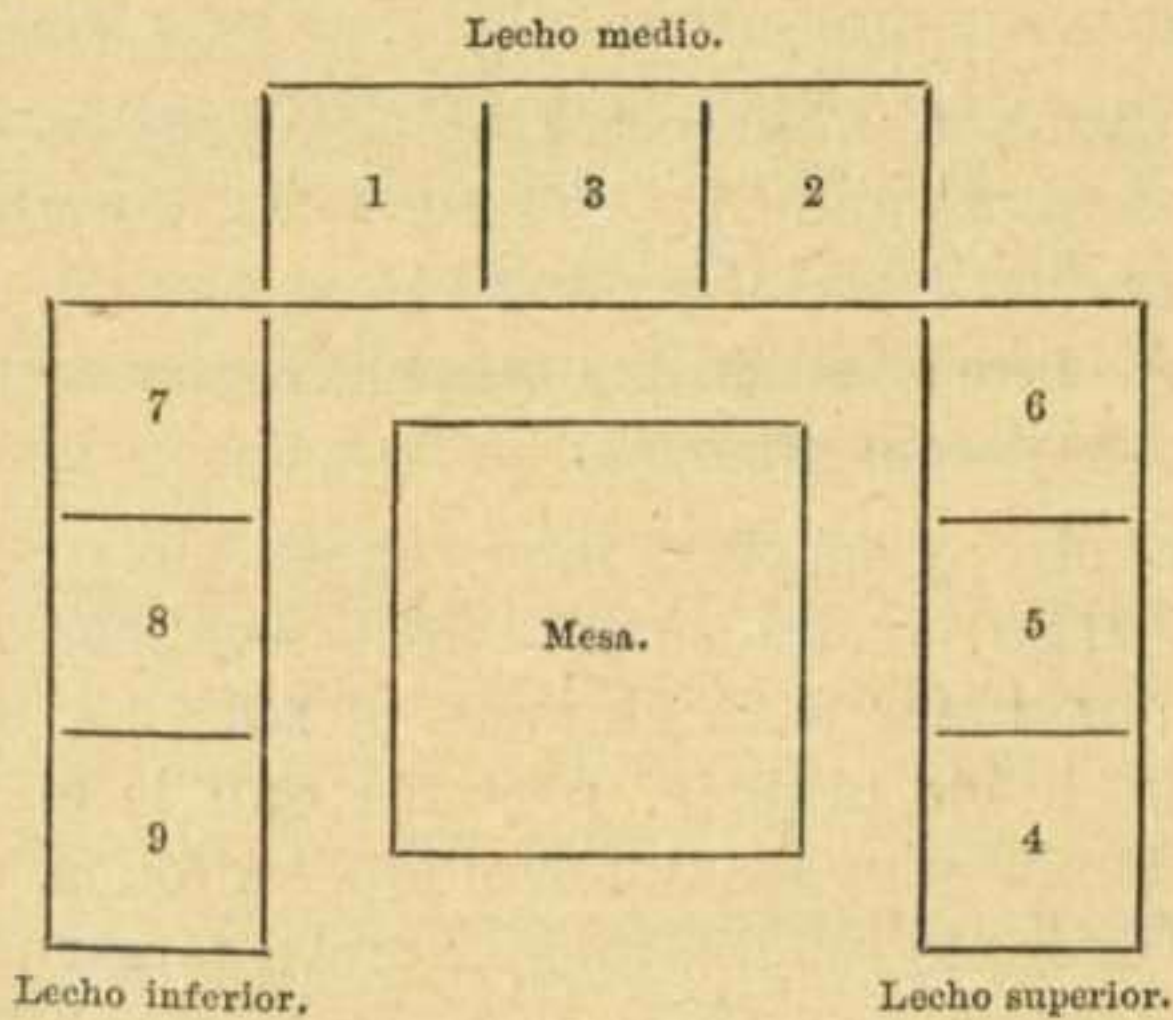
9. Eucrito se colocó el primero enfrente de las mujeres, y Aristeneto á su lado. Hubo luego la duda de si habría de colocarse antes el estoico Zenótemis, en atención á su edad, ó el epicúreo, Hermón, como sacerdote de los Dióscuros y de las mejores familias. Pero Zenótemis la resolvió en seguida. «Si me pones detrás de Hermón, dijo, detrás de ese epicúreo (lo llamo así por no desagradarte), me retiro y dejo vuestro banquete.» Llamaba al mismo tiempo á su esclavo, y parecía que iba á retirarse. «Siéntate antes, dijo entonces Hermón; pero aun prescindiendo de otras consideraciones, debieras ceder el primer puesto á un sacerdote, por mucho que detestes á Epicuro».— He querido reirme de un sacerdote epicureo—contestó Zenótemis, y ocupó un puesto: Hermón se colocó á continuación, y luego el peripatético Cleodemo, luego Ión, luego el novio, luego yo, á mi lado Difilo, junto á éste Zenón, y en fin el retórico Dionisiodoro y el gramático Histieo.

(1) Para comprender la colocación de los comensales en este diálogo y las escenas siguientes, conviene tener en cuenta ciertos detalles sobre la disposición de las mesas en los banquetes griegos y latinos.

Los Griegos comían recostados en lechos cubiertos de ricas telas y provistos de almohadones que los convidados disponían á su gusto. Lo ordinario era colocarse un almohadón debajo del pecho, y comer apoyados en el codo izquierdo.

10. FILÓN.—¡Oh Licino, ese banquete con tantos sabios es una verdadera Academia! (1) Aplaudo á Aristéneto, que en la más apetecible de las fiestas ha preferido sabios á gente vulgar, sentando á su mesa no tal cual persona instruída, sino la flor de cada secta.

Los lechos estuvieron primitivamente dispuestos para tres personas, de donde la denominación de *lectus triclínaris*. Cuando el número de convidados era mayor, se disponían de modo que formasen los tres lados de un cuadrado, dejando el cuarto lado expedito para el servicio de la mesa colocada en el centro. El lecho de preferencia era el del centro (*lectus medius*); seguiale el de la derecha (*lectus summus*). El de la izquierda del espectador (*lectus imus*) era el menos honorífico. En los sitios de cada lecho había también sus distinciones, disputadas á veces con vehemencia, como se deja ver en uno de los incidentes de este diálogo. Estas diferencias de puestos explican las frases *superius* ó *inferius accumbere* y sus equivalentes griegas, con las cuales se designa la posición relativa de los convidados. El siguiente trazado dará, mejor que todas las descripciones, idea de lo dicho. Los números indican la mayor ó menor categoría.



En el banquete descrito por Luciano, los lechos medio é inferior parecen compuestos de tres: el de la derecha estuvo ocupado por las mujeres sin distinción. En los tres lechos del medio se recostaron (salvo error) Eucrito y Aristéneto, Zenótemis y Hermón, Cleodemo é Ión; en los tres del inferior, Quereas y Licino, Dífilo y Zenón, Dionisiodoro é Histieo. A la izquierda de éste se colocó la silla que no quiso aceptar el tremendo Alcidas.

(1) Lit. *Un Museo*.

LICINO.—No es un rico vulgar, sino aficionado á la ciencia, y trata continuamente con gente instruída.

11. El principio de la comida fué tranquilo: los manjares, variados. Pero no hay necesidad de enumerarte las salsas, los pasteles y los condimentos: todo era abundantísimo. Vi en tanto á Cleodemo, que inclinándose hacia Ión y señalando á Zenótemis, le decía: «¿Ves cómo se atraca aquel viejo? Se ha llenado de grasa el vestido; da muchos trozos al esclavo que tiene detrás, y cree que nadie le observa; no se acuerda de que no está solo. Házselo notar á Licino, para que repare.» No necesitaba que me lo mostrase Ión, pues hacía tiempo que lo veía desde mi observatorio.

12. Aun hablaba Cleodemo, cuando el cínico Alcidas, sin previa invitación, entra en la sala, autorizándose con el proverbio vulgar: «Viene Menelao sin ser invitado (1)». Muchos lo creyeron una inconveniencia y le lanzaron sus saetillas correspondientes. «¿Deliras, Menelao?» (2) dijo uno.

Pero al Atrida Agamenón la cosa
No parecía grata (3),

murmuró otro; y así otras frases oportunas y picantes. Sin embargo, nadie se atrevió á explicarse claramente, por temor á Alcidas, el más gárrulo y alborotador de los cínicos, prendas que le elevan sobre los demás y le hacen formidable á todos.

13. Aristeneto le felicitó, le invitó á tomar una silla y á sentarse junto á Histieo y Dionisiodoro. Pero Alcidas: «¡Quita allá! dijo. ¿Sillas ni camas yo? Eso es mujeril y afeminado y se queda para vosotros, que

(1) Vid. Homero, *Iliada*, II, v. 408.

(2) Homero, *Iliada*, VIII, v. 109.

(3) Parodia de Homero, *Iliada*, I, v. 24.

echadazos á la bartola en blandos lechos, coméis envueltos en vestidos de púrpura. Yo comeré de pie ó paseando. Cuando me canse, echaré el manto al suelo y me tenderé sobre él, apoyado sobre el codo, como pintan á Hércules.—Sea así, pues te agrada, respondió Aristéneto.» Empezó Alcidas á comer, recorriendo toda la sala, trasladando su campamento, como los Escitas, á los pastos mejores, y rondando á los criados que servían los manjares.

14. Mientras comía no cesaba de declamar sobre el vicio y la virtud y de ridiculizar la plata y el oro, llegando á preguntar á Aristéneto á qué eran tantas y tan grandes copas, siendo igual las de arcilla. Comenzaba ya á ser molesto el cínico, y Aristéneto le tapó momentáneamente la boca mandando al cope-rillo que le sirviese un gran vaso lleno de vino hasta el borde. Parecióle un buen medio, no suponiendo los males que de aquel vaso se iban á originar. Cogiolo Alcidas y calló un breve rato; tendióse después medio desnudo en el suelo, como había amenazado, apoyado en el codo, con el vaso en la derecha, tal cual los pintores representan á Hércules en casa de Folo (1).

15. Varias veces había circulado ya la copa entre los convidados; menudeaban los brindis, se animaban las conversaciones y empezaban á traer luces. En aquel instante, viendo que un hermoso escanciador colocado detrás de Cleodemo sonreía maliciosamente, circunstancia extraña á lo demás del festín, pero muy

(1) Uno de los Centauros á quienes mató Hércules en las bodas de Hipodamia, cuyo banquete nupcial dió motivo á la terrible colisión entre Lapitas y Centauros. Hércules trató con humanidad á Folo, en atención á la hospitalidad que le había dispensado anteriormente. Luciano alude á algún cuadro que representaba á Hércules en casa de Folo. Alcidas imita la actitud del semidiós.

interesante, me puse á observar con atención. Poco después acercóse el esclavo á Cleodemo como para tomarle la copa, y el filósofo le apretó el dedo y le entregó dos dracmas con la copa. Sonrió nuevamente el muchacho al sentir el apretón, pero no debió ver la moneda: no la tomó, pues, y la dejó caer con un ruido que hizo ruborizarse significativamente al esclavo y al filósofo. Los convidados próximos no sabían á quién pertenecían los dracmas, pues el esclavo negó que se le hubieran caído, y Cleodemo, junto al cual habían sonado, sostuvo que no eran suyos. La cosa quedó así inadvertida, y muchos no la vieron siquiera, excepto, sin duda, Aristéneto, porque poco después mandó retirarse disimuladamente al esclavo, é hizo señal de ponerse detrás de Cleodemo á un escancador fornido como un mozo de mulas ó un palafrenero. Terminó así el incidente. ¡Qué bochorno para Cleodemo si se hubiera corrido la voz entre los convidados, y no la hubiese ahogado Aristéneto, hábil en disimular la liviandad de aquel beodo!

16. El cínico Alcidas, muy bebido ya, preguntó entonces cómo se llamaba la novia, y reclamando el silencio, exclamó con voz atronadora, mirando de través á las mujeres: «Bebo á tu salud, Cleantis, la copa de Hércules, mi guía y principio.» Rieronse todos, y el filósofo: «¡Canallas! exclamó, ¿os reís porque brindo por la desposada invocando á Hércules, nuestro Dios? Pues tened entendido que como no tome mi copa, no tendrá nunca un hijo de mi temple, de mi despreocupación, de mi energía y de mi robustez.» Al decir esto, se descubrió todo con la desvergüenza mayor. Rieronse nuevamente los convidados, y Alcidas se puso en pie furioso, lanzándonos una mirada feroz, con señales manifiestas de que no pensaba permanecer en paz. Acaso iba á sacudir algún garro-

tazo, cuando con oportunidad feliz trajeron un enorme pastel. Amansóse al verlo, olvidó sus iras, lo siguió y comenzó á atracarse á gusto.

17. Ya estaban casi todos ebrios, y llena de voces la sala del festín. El retórico Dionisiodoro recitaba trozos de sus discursos, que aplaudian los esclavos que tenía detrás: el gramático Histieo, que ocupaba el último puesto, cosía fragmentos de Píndaro, Hesiodo y Anacreonte, y formaba una oda ridícula en la cual, como profetizando lo que iba á ocurrir,

Chocaron los escudos (1)

decía, ó

Allí llantos y gritos de guerreros..... (2)

Zenótemis, en tanto, leía un libro de letra menuda traído por su esclavo.

18. En el breve descanso que, según costumbre, hubo entre dos servicios, Aristéneto, en la mira de que no estuviese aquel intervalo falto de distracción, mandó entrar á un bufón con orden de hacer y decir cosas que excitasen universal hilaridad. Presentóse un hombrecillo deforme, con toda la cabeza rapada, menos un mechoncito de cabellos en la mitad: bailó, haciendo contorsiones para parecer más ridículo, recitó con acento egipcio anapestos marcando el compás, y agredió, en fin, con chistes á los concurrentes.

19. Todos tomaban á risa la agresión; pero Alcidas, envidioso hacía tiempo del bufón objeto de la atención y los aplausos, enfurécese porque le llama perro de Melita, tira el manto al suelo, desafía al bu-

(1) Homero, *Iliada*, IV, v. 447.

(2) *Iliada*, V, v. 450.

fón á reñir al pancracio y le amenaza con apalearlo si se niega á aceptar. El pobre Satirión, así se llamaba el hazme-reir, se afirma en el suelo y lucha. Era cosa de ver aquel grave filósofo á vueltas con un bufón sacudiendo y sacudido á su vez. Entre los presentes unos se avergonzaban y otros se reían; hasta que Alcidas, hundido á golpes por el fuerte y ejercitado hombrecillo, cedió en medio de la hilaridad de todos.

20. Entonces, poco después de la riña, llegó el médico Diónico, y dijo que le había retrasado una visita al flautista Poliprepon, enfermo de enajenación mental. Refirió con este motivo un gracioso suceso. «Ignorando el mal de mi cliente, dijo Diónico, he entrado en su habitación. El enfermo al verme ha saltado del lecho, ha cerrado la puerta, y espada en mano me ha dado las flautas mandándome tocar. No pudiendo hacerlo, me ha pegado palmetazos con una correa. En tan apurado trance se me ha ocurrido desafiarle á tocar la flauta, á condición de que el vencido había de llevar algunos golpes. He empezado yo haciéndolo muy mal: le he entregado las flautas, le he cogido la correa y la espada y he arrojado ésta por la ventana con toda prontitud. He luchado entonces con más seguridad y he llamado á los vecinos, que, derribando la puerta, han acudido en mi favor.» Diónico nos mostraba señales de los golpes y algunos arañazos recibidos en la faz. Aplaudido tanto como el bufón, embutióse Diónico junto á Histieo, y se puso á comer los sobrantes del festín. Sin duda nos lo trajo un numen, para atender oportunamente á lo que después iba á ocurrir.

21. Presentóse á la sazón un esclavo, portador, según dijo, de una carta del estóico Hetémocles, con orden de leerla en alta é inteligible voz y de retirarse

en seguida. Otorgóle Aristéneto el permiso, acercóse á una lámpara, y leyó.

FILÓN.—¿Sería algún elogio de la novia, ó algún epitalamio de los que tantos se hacen?

LICINO.—Eso creíamos todos, pero nada tenía que ver. La carta decia así:

22. HETÉMOCLES, FILÓSOFO, Á ARISTÉNETO.

«Toda mi vida pasada testifica lo que sobre banquetes opino. Acosado diariamente por invitaciones de personas mucho más ricas que tú, jamás he aceptado, porque me constan el tumulto y excesos consiguientes á todo festín. Créome, sin embargo, con derecho á considerarme ofendido, cuando, á pesar de mi asiduo trato, no te has dignado incluirme en la lista de tus amigos: yo soy el único excluído, no obstante nuestra vecindad. Lo que siento es tu evidente ingratitud; pues no cifro mi dicha en el trozo de jabalí, en la liebre ó en el pastel de que disfruto abundantemente en casa de los que saben cumplir los deberes de urbanidad. Hoy mismo, que podía haber asistido á un banquete suntuoso de mi discípulo Pammenes, me he negado, á pesar de sus instancias, reservándome para el tuyo, simple de mí.

23. »Pero tú prescindes de mí é invitas á otros: no me extraña: nunca has podido discernir lo mejor, y careces de inteligencia comprensiva. Comprendo también de dónde viene la cosa: de tus admirables filósofos Zenótemis y Laberinto, cuya boca, sin ofender á Adrastea, puedo cerrar con un solo silogismo. Digan lo que es filosofía, ó la elemental diferencia del estado accidental y el permanente. Porque los argumentos difíciles, el *Cornudo*, el *Sorites* y el *Segador* (1), ni mentárselos quiero. Disfruta sus lecciones. Yo, que

(1) Cf. *Subasta de vidas*, 22.

sólo estimo bello lo bueno, soportaré el ultraje sin trabajo.

24. »Para no dejarte resquicio de excusa y modo de que puedas decir que entre el barullo de tanta ocupación se te ha olvidado el invitarme, te he saludado hoy dos veces, una en casa, otra en el templo de los Dióscuros durante el sacrificio. Esto para justificarme con tus invitados.

25. »Si te parezco irritado por lo del banquete, piensa en Eneo (1), y verás que también Diana se irritó de ser la única no invitada al sacrificio á que fueron convidados los demás dioses. Homero dice á este propósito:

Error ú olvido, condolióse mucho (2);

y Eurípides:

Calidón, la de fértiles llanuras,
Opuesta al mar de la Pelopia orilla,
Es esta tierra (3);

y Sófocles:

La Latonia, de flecha rapidísima,
A las tierras de Eneo envió el azote
De inmenso jabalí (4).

26. »Elijo entre muchas estas pocas citas para demostrarte el valer del hombre á quien has desairado para tratar á Difilo de entregarle tu hijo. Has hecho bien: ha sabido hacerse agradable al mozo y viven perfectamente de acuerdo. Si no fuese bochornoso el decir ciertas cosas, aun añadiría algo, de cuya ve-

(1) Rey de Calidonia, padre de Meleagro, Tideo y Deyanira.

(2) *Iliada*, IX, v. 533.

(3) Fragmento de *Meleagro*, tragedia perdida.

(4) *Meleagro*, tragedia perdida.

racidad podrá enterarte, si quiere, Zopiro, su pedagogo; pero no conviene amargar bodas, ni acusar á nadie, sobre todo por tan infames motivos. Difilo, sin embargo, no tendría más que lo merecido, pues me ha arrebatado ya dos alumnos; pero en consideración á la filosofía me callo.

27. »He mandado á este esclavo que si le dieseis un trozo de jabalí, ó de ciervo, ó de sésamo, para que en son de disculpa me lo traiga, se niegue terminantemente á recibirlo, no vayáis á creer que lo envió expresamente para esto.»

28. Durante la lectura sudaba yo de vergüenza, amigo mio, y, como suele decirse, deseaba que me tragase la tierra al ver que á cada palabra se reían los concurrentes, sobre todo los que sabían que Hetémocles es un anciano de pelo blanco y aspecto respetable. Admirábanse de haberlo conocido tan mal, engañados por la severidad de su rostro y las barbas. Parecióme también que el no haberlo invitado Aristéneto fué menos por descuido que por no creer en la aceptación de semejante personaje para fiesta de aquel género. Así es que ni siquiera lo había intentado.

29. Cuando el esclavo terminó la lectura, todos los presentes volvieron la vista á Zenón y Difilo, pálidos y medrosos, y justificando con su contrariado aspecto la verdad de las inculpaciones de Hetémocles. Aristéneto parecía también inquieto y turbado, aunque, sonriéndose para remediar lo ocurrido, nos invitó á beber y despidió el esclavo con estas palabras: «Proveeremos.» Poco después se levantó Zenón y se retiró á una señal de su pedagogo, al parecer por orden del padre.

30. Cleodemo, que hacía tiempo buscaba ocasión de atacar á los estóicos, y reventaba de coraje al no

hallar motivo oportuno para comenzar, tomó pie de la carta de Hetémocles, y: «Así son, dijo, las obras del ilustre Crisipo, del maravilloso Zenón y de Clean-to: palabras sin sentido, preguntillas sueltas, simulacros de filósofos, y Hetémocles sin cuento, para decirlo de una vez. ¡Qué carta tan propia de un anciano! Aristéneto es Eneo, y Hetémocles es Diana. ¡Todo de buen agüero, por Hércules, y adecuado á la fiesta!

31.—Por Júpiter, dijo Hermón que estaba recostado más arriba, sin duda ha oído que había jabalí en la comida de Aristéneto y no ha creído inoportuno recordar el de Calidonia. Envíale cuanto antes las primicias del animal, no se nos seque de hambre el viejo, como Meleagro. Aunque, bien mirado, ningún mal sería, pues, según Crisipo, todo eso figura entre las cosas indiferentes.

32.—¿A qué mentáis á Crisipo? exclamó entonces Zenótemis con voz de trueno y completamente erguido. Por un hombre solo, por un charlatán, por un filósofo de mala ley como ese Hetémocles, ¿vais á juzgar á sabios verdaderos como Zenón y Clean-to? ¿Y quiénes sois los que tenéis tal atrevimiento? Tú, Hermón, ¿no has cortado la cabellera de oro de los Dióscuros, y estás á punto de caer en manos del verdugo? Y tú, Cleodemo, ¿no has cometido adulterio con la mujer de Sostrato, tu alumno, y, cogido en la obra, no has sufrido el más vergonzoso castigo? ¿No os callaréis teniendo tales crímenes sobre vosotros?—Pero no soy, como tú, rufián de mi mujer, replicó Cleodemo; ni he admitido en depósito el dinero traído por un viajero, para jurar por la patrona Minerva que no lo había recibido; ni presto al interés de cuatro dracmas mensuales; ni ahogo á los discípulos que no me pagan el día del vencimiento.—Pero no negarás,

gritó Zenótemis, que vendiste á Critón veneno para matar á su padre.»

33. Y como estaba bebiendo, arrojó sobre ambos el contenido de la copa, llena hasta el medio: parte del vino alcanzó, por la proximidad, á Ión, que bien lo merecía. Hermón bajó la cabeza para enjugarse el vino, y puso á todos por testigos de la injuria inferida. Cleodemo, que no tenía copa, se volvió y escupió á Zenótemis, y agarrándole las barbas con la izquierda, iba á darle un puñetazo en la mejilla: y lo hubiera matado á no detenerle la mano Aristéneto, que, pasando por encima de Zenótemis, se interpuso entre los dos para separarlos y aquietarlos como si hubiese un muro de por medio.

34. Mientras esto pasaba, se me ocurrían, amigo Filón, mil pensamientos, sobre todo la máxima vulgar de lo poco que sirve el saber si no sabe uno arreglar su conducta. Vería, en efecto, á aquellos príncipes de la filosofía convertidos por sus actos en objeto de ludibrio. «Cierta es, me decía, la opinión del vulgo de que la ciencia aparta de la sana razón á los hombres dedicados continuamente á los libros y á las reflexiones en ellos contenidas.» Entre tantos filósofos, ninguno había dejado de cometer alguna falta: unos con actos vergonzosos, otros con palabras más vergonzosas todavía, y no podía atribuir al vino sus excesos, considerando lo que Hetémocles había escrito en ayunas.

35. Era el mundo al revés: los ignorantes se conducían con decoro, y ni por embriaguez ni por otras causas cometían inconveniencia alguna; sólo se reían y condenaban á los mismos que, engañados por el exterior, habían admirado hasta entonces. Los sabios faltaban al pudor, se llenaban de insultos, se atracaban sin miramiento y venían á las manos. El admi-

rable Alcidas orinaba en medio del salón, sin respeto á las mujeres. Todo lo que pasaba en el festín podía compararse á lo que los poetas refieren de aquel en que la Discordia, no invitada á las bodas de Peleo, arrojó la manzana, origen de la guerra de Troya. La carta de Hetémocles me parecía una especie de manzana arrojada en medio del banquete para producir males no menores que los de la *Iliada*.

36. Zenótemis y Cleodemo, á pesar de la interposición de Aristéneto, no cesaban de insultarse. «Por ahora me basta, decía Cleodemo, haber demostrado vuestra ignorancia: mañana me vengaré de vosotros en toda regla. Respóndeme, Zenótemis, ó tú, atildadísimo Difilo: ¿por qué, colocando la riqueza entre las cosas indiferentes, no os dedicáis á otra cosa que á adquirir todo lo posible? Por eso andáis siempre entre ricos, y prestáis á usura y cobráis intereses de intereses, y enseñáis por dinero. Con tanto aborrecer el placer y abominar por esta razón de los epicúreos, os entregáis, por placer, á las mas inmundas prácticas activas y pasivas, os enfurecéis si no se os convida, y si se os convida, tragáis vorazmente, y por añadidura dais á vuestros esclavos.....» Al decir esto trataba de quitar al esclavo de Zenótemis una servilleta llena de toda clase de manjares, con intención de desatarla y arrojarlos por el suelo; pero el esclavo se mantuvo firme y no soltó la presa.

37. Entonces Hermón: «Muy bien, Cleodemo; que digan por qué vituperan el placer y quieren gozar más que nadie.—No, repuso Zenótemis, á tí te corresponde probar, Cleodemo, por qué no son las riquezas indiferentes. — No, sino á ti.» Continuaban así mucho tiempo, hasta que Ión, adelantándose para hacerse más visible: «Cesad, dijo; yo, si os place, voy á proponer un tema de conversación digno de la

fiesta. Hablaréis y oiréis, alternativamente y sin disputa, como en nuestro Platón, en quien la discusión es siempre pasatiempo agradable.» Los presentes aprobaron la idea, sobre todo Aristéneto y Eucrito, que esperaban verse libres de semejantes molestias. Aristéneto pasó, pues, á su sitio, creyendo que la paz estaba hecha.

38. Precisamente entonces sirvieron lo que se llama la comida perfecta: una gallina por barba, carne de jabalí y de liebre, pescado frito, tortas de sésamo y las confituras que pueden llevarse á casa. Pero no trajeron un plato para cada comensal, sino uno para cada mesa: así, Aristéneto y Eucrito tenían uno para los dos, y cada cual tenía que comer del que estaba delante. El estoico Zenótemis y el epicúreo Hermón tenían el mismo plato; había otro para Cleodemo é Ión; otro para el novio y para mí. A Difilo, por ausencia de Zenón, le correspondía porción doble. Acuérdate de esta distribución, que es de importancia para mi relato.

FILÓN.—Me acordaré.

39. LICINO.—Entonces Ión: «Comienzo, si no tenéis inconveniente», dijo; y tras breve pausa: «Quizá, siguió, ante tan distinguido concurso conviniera tratar de las ideas, de los entes incorpóreos y de la inmortalidad del alma; mas para evitar contradicciones de los que no siguen mis doctrinas, trataré del matrimonio. Lo mejor era indudablemente no casarse, y, á ejemplo de Sócrates y Platón, dedicarse á la pederastia, único camino para la virtud perfecta; pero, supuesta la necesidad de casarse con mujeres, deberían, como opina Platón, ser comunes las esposas, para librarnos de celos.»

40. Palabras tan inoportunas causaron mucha risa, y Dionisiodoro: «¿Acabarás, dijo, con tus bárbaras so-

najas? ¿Dónde, cómo y por qué hemos de estar celosos?—¿Te atreves á resollar, pedazo de basura? replicó Ión.» Dionisiodoro iba á contestarle una fresca, cuando el gramático Histieo, excelente persona: «Callad, dijo; voy á recitaros un epitalamio.» Y comenzó la lectura.

41. Los versos elegiacos (1), si no los recuerdo mal, eran los siguientes:

Criada en el alcázar de Aristéneto,
La divina Cleantis excedía
En beldad á otras vírgenes, y á Helena
Y á la adorable Cipria.
Salud, novio feliz, que á los efebos
Vences en apostura y gallardía,
Y al hermoso Nireo, y á la prole,
De Tetis la marina.
Merecéis igualmente que en el himno
De bodas os enlace la voz mía.
Hoy os celebra entusiasmada, y siempre
Os cantará mi lira.

42. A estos versos siguió, como era natural, una explosión de risa. Llegado el momento de llevarse cada cual la parte que le habían servido, Aristéneto y Eucrito toman la que tienen delante; yo tomo mi porción y Quereas la suya, y lo mismo hacen Ión y Cleodemo. Pero Difilo quiere llevarse su parte y la de Zenón ausente, pretextando que la habían traído para él sólo: riñe con los criados, y es de ver cómo le disputan una gallina, tirando cada contendiente de una pata, como si se tratase del cadáver de Patroclo. Difilo suelta por fin, vencido por el número, y hace reír

(1) Sabido es que *Elegía* designó primitivamente todo poema escrito en exámetros y pentámetros formando disticos. A esta combinación es á la que en el original se llama versos *elegiacos*. Hemos procurado en la traducción imitar la insustancialidad y falta de número del epitalamio de Histieo.

á los comensales, sobre todo con su indignación y sus aires de víctima de enorme injusticia.

43. Hermón y Zenótemis estaban colocados como queda dicho: Zenótemis arriba y el otro debajo: su porción era igual y la tomaban pacíficamente. Pero la gallina puesta delante de Hermón era, creo que por casualidad, algo más gorda. Cada cual debía recoger la suya. Entonces Zenótemis (muchacha atenciosa, amigo mío, que estamos ya en lo capital del suceso), Zenótemis, repito, dejando su gallina, coge la más gorda que estaba servida delante de Hermón, como te he dicho. Hermón la coge también y no tolera que Zenótemis se apropie de más de lo justo. De aquí grandes gritos: acométense luego, y se plantan en el rostro las respectivas aves; agárranse en seguida de las barbas y piden favor, Hermón á Cleodemo y Zenótemis á Alcidas y Difilo. Acuden unos á éste y otros á aquél, excepto Ión, que permanece neutral en su puesto.

44. Enzárzase todos. Zenótemis coge de la mesa una copa que estaba delante de Aristóneto y se la tira á Hermón.

El golpe yerra, mas volando el vaso (1)

pega al novio y le parte en dos la cabeza con ancha y profunda herida. Gritan las mujeres: lánzase casi todas al corazón del combate, principalmente la madre del esposo, espantada al ver sangre: salta también la novia temiendo por el marido. Alcidas hace proezas en favor de Zenótemis: su garrote rompe la cabeza á Cleodemo, la mejilla á Hermón, y hiere á varios esclavos que habían acudido á socorrerles. No cejan, sin

(1) Parodia de Homero, *Iliada*, XI, v. 233, y V, v. 157.

embargo: Cleodemo vacía un ojo á Zenótemis y le arranca la nariz de un bocado: Hermón, viendo que Difilo viene á auxiliar á Zenótemis, lo arroja del lecho cabeza abajo.

45. El gramático Histieo, al tratar de separarlos, recibe en los dientes una patada de Cleodemo, que lo toma por Difilo. Cae el infeliz y, como su Homero, dice (1):

Vomita mucha sangre.

Todo es alboroto y lágrimas: las mujeres lloran en derredor de Quereas; los demás convidados procuran apaciguar el tumulto. Alcidamas es el mayor peligro: después de derrotar á sus contrarios, sacude garrotazos á cuantos se presentan: muchos hubieran muerto de no rompersele el palo. Yo, en pie junto á la pared, lo contemplo todo sin mezclarme en nada, aleccionado con el ejemplo de Histieo y conocedor del peligro de las intervenciones. Imagínate el combate de los Lapitas y de los Centauros: mesas derribadas, sangre vertida y copas por el aire.

46. Alcidamas, para fin de fiesta, derriba el candelabro y deja la sala completamente á obscuras: con esto, como es natural, aumentan los peligros del desorden. No había medio de procurarse luz de seguida, y se cometieron mil excesos á favor de las tinieblas. Al traer por fin una lámpara, vemos á Alcidamas queriendo forzar á una flautista á quien había arrancado la ropa. Dionisiodoro es sorprendido en una acción más fea: al levantarse se le cae del regazo una copa. Dice, para excusarse, que durante el tumulto se la había dado Ión para que no se rompiera. Ión confirma, por pura bondad, la excusa.

(1) *Iliada*, xv, v. 11.

47. Terminado así el banquete, vuelve la risa tras las lágrimas á costa de Dionisiodoro, Ión y Alcidas. Son retirados los heridos en situación lastimosa: sobre todo el anciano Zenótemis, que, con una mano en la nariz y otra en el ojo, gritaba que le mataban los dolores, tanto, que Hermón, á pesar de los suyos y de dos dientes saltados, le dijo á modo de réplica: «Ten presente, Zenótemis, de que ya no te parece el dolor indiferente.» El novio, cosida la herida por Diónico, y rodeada de vendas la cabeza, fué llevado á su casa sobre el carro en que había de conducir á su mujer. ¡Bien amargas fueron sus bodas! Diónico curó luégo á los demás como pudo. Los necesitados de sueño fueron llevados, vomitando en el camino casi todos. Sólo quedó Alcidas: fué imposible echarlo; cayó de través en un lecho y se quedó dormido.

48. Ahí tienes cómo terminó el banquete; ó, repitiendo los versos del Trágico (1):

Gózase la Fortuna en la mudanza;
Los dioses desbaratan nuestros planes,
Y lo que más se espera no se alcanza.

Nadie podía prever lo ocurrido. Por mi parte yo he aprendido algo, á saber: que para un hombre enemigo de tumultos, es peligroso asistir á banquetes con semejantes filósofos.

(1) Eurípides, finales de *Alceste*, de *Andrómaca* y de *Helena*.

LXXII.

DE LA DIOSA SIRIA (1).

1. Hay en Siria una ciudad no lejos del Eufrates. Llámase Hiera (2) (*sagrada*), y está, en efecto, consagrada á Juno. Paréceme que este nombre no fué el que tuvo primero cuando empezó á ser poblada. Tenía antiguamente otro (3), cambiado en el actual por la celebración de los grandes misterios. Voy á hablar de esta ciudad y de cuanto contiene: diré los ritos observados en sus ceremonias, las solemnidades que celebra y los sacrificios que ofrece: relataré los mitos referentes á los fundadores de su culto y á la construcción de su templo. Asirio soy, y cuento lo visto por mí ó lo comunicado por los sacerdotes en lo anterior á mis tiempos.

2. Los primeros hombres que sepamos hayan tenido conocimiento de los dioses son, según se dice, los

(1) Es dudosa la autenticidad de este opúsculo. Se halla escrito en dialecto jonio, con numerosas imitaciones de Hesiodo. El autor da muestras de una credulidad opuesta al habitual escepticismo de Luciano. Sin embargo, todo ello puede ser nueva muestra de la finísima ironía en que el burlón Samosense era maestro. En las mismas imitaciones de Herodoto parecen apuntar ciertos conatos de parodia.

(2) *Hierápolis* quiere decir *ciudad sagrada*.

(3) *Edessa* ó *Bambice*, según Estrabón; *Magog*, según Plinio.

Egipcios. Ellos erigieron templos, consagraron recintos, é instituyeron fiestas solemnes. Poco después los Asirios, instruídos en la doctrina egipcia, levantaron templos en los cuales pusieron estatuas y esculturas.

3. Primitivamente no había esculturas en los templos egipcios. Hay también en Siria templos poco posteriores á los egipcios. He visto muchos de ellos, entre otros el de Hércules en Tiro, no el cantado por los Griegos, sino otro Hércules de antigüedad más remota. El Hércules de que hablo es un semidiós tirio.

4. Hay también en Fenicia otro gran templo: el de Sidón, consagrado á Astarté al decir de los Fenicios. Astarté, en mi opinión, es la Luna; aunque si fuera á creer lo que me tiene dicho un sacerdote, es Europa, la hermana de Cadmo. Esta hija del rey Agenor desapareció súbitamente, y los Fenicios la honraron con un templo, y refirieron la leyenda sagrada de que, siendo hermosísima, se prendó de ella Júpiter, el cual la robó transformado en toro y se la llevó á Creta. Otros Fenicios me han contado lo mismo, y la moneda que usan los Sidonios representa á Europa sobre un toro, que es Júpiter. Pero no hay unanimidad en que sea de Europa el templo.

5. Los Fenicios tienen otro culto, no asirio, sino egipcio, importado de Heliopolis (1). No lo he visto, pero sé que es grande y antiguo.

6. He visto en Biblos (2) un gran templo de Venus Bibliana en que se celebran las orgías de Adonis. Me hice iniciar en ellas. Los de Biblos dicen que en un

(1) Ciudad del bajo Egipto. Fué llamada *Heliopolis*, ciudad del Sol, por su magnífico templo á esta divinidad. Su nombre indígena fué *On*. Ha desaparecido.

(2) Ciudad de Fenicia, en el sitio de la moderna *Djevail*.

campo de su país ocurrió el hecho del jabalí y de Adonis, y en memoria de aquella desventura todos los años se golpean el pecho, lloran, celebran orgías y guardan gran luto en toda su tierra (1). Cuando ha habido bastantes lamentos y lágrimas, envían dádivas fúnebres á Adonis, como si estuviera muerto; pero al día siguiente cuentan que está vivo y lo ponen en el cielo. Rápanse la cabeza como los Egipcios á la muerte de su Apis. Las mujeres que no quieren raparse, pagan una multa, consistente en vender su hermosura durante un día. Pero sólo los extranjeros tienen derecho á la compra, y el dinero que dan es ofrecido á Venus (2).

7. Hay en Biblos quienes opinan que allí está enterrado el egipcio Osiris, y que los llantos y orgías son todos en honor de él y no de Adonis. Diré cómo parecen dignos de crédito. Todos los años viene de Egipto á Biblos una cabeza que flota sobre el mar durante siete días; los vientos la empujan con misteriosa fuerza; jamás se desvía y siempre arriba á Biblos. Es un milagro completo; verificase todos los años; lo vi durante mi permanencia en Biblos, donde examiné esta cabeza, hecha de papiro.

8. Hay en la región Bibliana otro portentoso: un río del Líbano que desemboca en el mar: llámase el río Adonis. Cada año su agua se trueca en sangre, y perdido el natural color, se extiende por el mar enrojeciéndolo á gran distancia, lo cual señala á los Biblios el principio de su luto. Cuentan que en aquellos días es herido Adonis en el Líbano, y que al mezclarse su sangre con el agua la cambia de color y da su nombre al río. Esta es la versión vulgar; pero un Bibliense,

(1) Vid. Teócrito, idilio xv, *Las Siracusanas ó Las Fiestas de Adonis*.

(2) Vid. Herodoto, *Clio*, cap. cxix.

verídico á mi entender, me dió otra explicación del fenómeno. «El río Adonis, decía, atraviesa el Líbano. Este monte abunda en tierras rojas: vientos muy fuertes que soplan en determinados días, llevan al río esta tierra, muy semejante al minio, y enrojece las aguas. La causa del fenómeno no es, por consiguiente, la sangre, sino el mismo terreno.» Esto me dijo el Bibliense: aunque sea verdad, siempre me parece milagrosa la periodicidad en la aparición del viento.

9. De Biblos subí hacia el Libano un día de camino. Me habían hablado de un antiguo templo de Venus, fundado por Ciniro (1). Lo he visto: es construcción antigua. Estos son los templos grandes y antiguos existentes en Siria.

10. Pero entre tantos, ninguno me ha parecido mayor que el de Hierápolis, ni he hallado recinto más augusto, ni región más sagrada. Hay en él obras costosas, ofrendas antiguas, sin fin de objetos maravillosos, estatuas venerables y dioses casi siempre presentes. Las imágenes sudan, se mueven y pronuncian oráculos. Cerrado el templo, han retumbado en el santuario voces oídas por muchos. Tocante á riquezas es el primero de los que conozco. Recibe muchas de Arabia, Fenicia, Babilonia, Capadocia, Cilicia y Asiria. He visto las guardadas en la tesorería secreta: hay muchas telas y objetos de oro y plata, puestos por separado. Las fiestas y las solemnidades son más concurridas y frecuentes que en ningún otro pueblo.

11. Al investigar los años que podría tener el templo y la diosa á que estaba consagrado, se me dieron diferentes versiones: unas sagradas, otras públicas,

(1) Rey de Chipre. De su involuntario incesto con su hija Mirra nació el hermoso Adonis. Fué sacerdote de Venus.

algunas enteramente fabulosas, otras bárbaras y otras concordantes con las griegas. Las expondré todas, pero no admito ninguna.

12. El vulgo atribuye la fundación del templo á Deucalión Sisiteo, á aquel Deucalión en cuyo tiempo aconteció el diluvio. Me han hablado de este Deucalión en Grecia. Referiré la tradición helénica. Los hombres actuales no son de la primera raza, que pereció por completo: son de una segunda raza multiplicada desde Deucalión prodigiosamente. Cuéntase de los hombres primitivos, que eran ultrajadores, perpetraban delitos, faltaban al juramento, no practicaban la hospitalidad ni se compadecían de los suplicantes, por lo cual fueron castigados con tremenda catástrofe. La tierra brotó repentinamente inmensa cantidad de agua; hubo torrenciales lluvias, crecieron los ríos, subió mucho el mar y fué todo una masa líquida en que perecieron los hombres. Sólo Deucalión, por su rectitud y piedad, fué reservado para la segunda raza. Verificóse su salvación de este modo. En una grande arca que tenía puso á sus hijos y á sus mujeres, y se colocó él mismo. Al entrar Deucalión acudieron por parejas cerdos, caballos, leones, serpientes y demás animales que viven en la tierra, Admitió á todos y no le hicieron daño, antes bien, por intervención divina, reinó entre ellos la mayor concordia. Todos flotaron juntos en el arca mientras el agua cubrió la tierra. Esto refieren de Deucalión los Griegos.

13. Los Hierapolitanos completan esta narración con el detalle estupendo de haberse abierto en su país un agujero por donde se sumió toda el agua. Deucalión, al suceder esto, erigió un altar y levantó sobre la sima un templo á Juno. He visto esta abertura: es pequeña y está debajo del templo. Si fué

grande antiguamente y se ha achicado es cosa que no sé, pero sí que es pequeña la que yo he visto. En prueba de esta narración, verificase dos veces al año la ceremonia de traer agua de mar al templo. Tráenla no sólo los sacerdotes, sino toda la Siria y la Arabia, y muchos pueblos de allende el Eufrates, que bajan al mar, recogen agua y la vierten en el templo. El agua baja á la sima, que, á pesar de su pequeñez, recibe mucha. Al hacer esto, pretenden cumplir una ley instituída por Deucalión en el santuario, como doble recuerdo de un mal y un beneficio. Tal es la antigua tradición del país respecto al templo.

14. Creen otros que la babilónica Semíramis, de quien tantas construcciones guarda el Asia, fundó ésta y la consagró á su madre Dérceto y no á Juno. He visto en Fenicia una imagen de Dérceto, verdaderamente extraña. Es semimujer: la parte inferior, desde los muslos hasta la extremidad de los pies, se extiende en cola de pescado. La de Hierápolis es mujer completa. Los fundamentos de esta versión son muy claros. Consideran cosa sagrada los peces, y jamás los tocan: comen toda clase de aves, pero no comen paloma, que también es sagrada. Tal práctica parece un culto á Dérceto y Semíramis: á la primera por su forma de pez; á la segunda, porque al morir se transformó en paloma. No me opongo á creer que el templo sea obra de Semíramis; pero no estoy convencido de su consagración á Dérceto, pues en Egipto hay pueblos que no comen peces y no lo hacen por honrar á Dérceto.

15. Otra tradición sagrada me ha sido comunicada por un docto. Según esta tradición, la diosa es Rea y el templo obra de Atis. Atis fué Lidio y el primero que enseñó las orgías de Rea. Las practicadas por los Frigios, Lidios y Samotracios fueron enseñadas por Atis.

Cuando Rea lo castró, dejó de vivir como los hombres, transformóse en mujer, vistió femenino traje y recorría la tierra, celebraba orgías, contaba su historia y cantaba á Rea. Llegó en esto á Siria. Como los de allende el Eufrates se habían negado á admitirle y á aceptar sus orgías, fundó en aquel país un templo. Testifican de ello muchas semejanzas entre nuestra diosa y Rea: llévanla leones; tiene un tambor en la mano y una torre en la cabeza, como los Lidios representan á Rea. Respecto á los Galos del templo, añadía mi docto narrador que no se castran en honor de Juno, sino de Rea, y para imitar á Atis. Paréceme todo esto especioso, pero no verdadero, pues conozco una causa más fidedigna de la castración de estos Galos.

16. Prefiero la opinión de los que en casi todo van acordes con las tradiciones helénicas, a saber: que la diosa es Juno y el templo obra de Baco, hijo de Semele. En efecto, Baco, en su viaje á Etiopía, llegó á Siria. Mil objetos testifican que fué fundador del santuario: vestimentas bárbaras, piedras índicas y cuernos (1) de elefantes traídos de Etiopía. Hay, además, en el vestíbulo dos enormes falos con esta inscripción: «YO, BACO, HE ERIGIDO ESTOS FALOS EN HONOR DE MI MADRASTRA JUNO.» Bástanme estas pruebas. Diré, sin embargo, otra prueba de la consagración de Baco. Los Griegos erigen en honor de este numen falos en los cuales ponen hombrecillos de madera con miembro viril muy grande: llámanlos neurospastos (2). Hay en el muro del templo á mano derecha un hombrecillo de bronce, sentado, con un falo enorme.

(1) Versión literal. Acaso los *cuernos* no fuesen colmillos de elefantes, sino verdaderos cuernos de rinocerontes.

(2) *Nervios tendidos.*

17. Tales son las leyendas sobre los fundadores del templo. Hablaré ya del edificio, de su posición, de cómo ha sido hecho y de quién lo ha construído. Dicen que la actual no es la primitiva fábrica. El tiempo la derruyó y la de ahora se debe á Estratónice, mujer de un rey de los Asirios. Paréceme que esta Estratónice ha de ser la que inspiró á su entenado una pasión descubierta por la astucia del médico. Sin dolencia alguna, faltó de consejo para remediar un afecto vergonzoso, el príncipe padecía en silencio. Yacía sin dolor aparente, pero perdía el color y se demacraba á vista de ojos. El médico, no viendo mal manifiesto, supuso al amor causa del daño. El amor oculto tiene diversos síntomas: ojos lánguidos, voz desmayada, palidez y llanto. Conocido lo cual, hizo esto: puesta la mano sobre el corazón del joven, fué llamando á todos los de casa. El príncipe permanecía tranquilo según iban entrando, pero al presentarse su madrastra, mudósele el color, comenzó á sudar y á temblar y le palpité el corazón violentamente. Estos indicios revelaron su pasión al médico.

18. Lo sanó de este modo. Llamó al padre á quien el mal tenía ansioso. «La enfermedad, le dijo, no es tal enfermedad, sino criminal deseo. No tiene ningún mal, sino amor y locura. Apetece lo que nunca ha de conseguir: ama á mi mujer, y yo á nadie la cedo.» Esto era ardid del médico. El padre le suplica. «¡Por tu ciencia, por la profesión que ejerces, exclama, no me dejes morir el hijo! Sin querer ha contraído esa enfermedad; su mal no es voluntario. ¡No llenes de luto todo el reino con tus celos, ni siendo médico hagas responsable á la medicina de su fallecimiento!» Así rogaba sin sospechar el lazo. «Injusto es lo que pides, respondió el otro: quieres quitarme la mujer y atropellarme á mí, á tu médico. Si el amor fuese á tu esposa,

¿qué harías tú que me exiges semejante sacrificio?» El padre aseguró que nunca conservaría la mujer á costa de perder al hijo, si éste amase á la madrastra, pues la pérdida de la mujer no era comparable á la del hijo. Al oír esto: «¿Para qué me suplicas?» dijo el médico. De tu mujer está enamorado. Lo que te he dicho era todo mentira.» Persuadióse el Rey; dejó el trono y la mujer á su heredero, y retiróse á la provincia de Babilonia, y fundó junto al Eufrates la ciudad de su nombre, donde acabó sus días. Así descubrió y curó el médico el amor de aquel príncipe.

19. La Estratónice á que aludo, cuando vivía con su primer esposo, tuvo un sueño en que Juno le mandaba erigirle un templo en Hierápolis, y le amenazaba con grandes y terribles desgracias si no obedecía. La Reina no se cuidó del sueño, pero habiendo contraído grave enfermedad, lo refirió á su esposo, aplacó á Juno y prometió erigir el templo. En cuanto recobró la salud la envió el Rey á Hierápolis con gran cantidad de dinero y mucha gente, parte para la construcción, parte para la seguridad de la Reina. Llamó con tal motivo á uno de sus amigos mejores, joven hermosísimo, llamado Combabo. «Por tu honradez, le dijo, te amo más que á mis otros amigos: tu discreción y las pruebas de afecto que nos has dado merecen por igual mis elogios. Necesito una persona de lealtad acrisolada. Acompañarás á mi esposa, terminarás el templo, ofrecerás los sacrificios y mandarás la hueste. Altos honores te recompensarán á la vuelta.» Pidió encarecidamente Combabo al Rey que no le enviase, ni le encomendase cosa superior á sus fuerzas: los tesoros, la Reina, la sagrada obra. Temía, sobre todo, los celos del Rey por Estratónice, que iba á llevar solo.

20. No cediendo el Rey, acudió Combabo á nuevas

súplicas y pidió un plazo de siete días, pasados los cuales, y arreglados sus principales asuntos, partiría. Lo logró fácilmente, fué á su casa, y revolcándose con desesperación en el suelo: «¡Triste de mí! clamaba; ¿mi lealtad á dónde me conduce? ¡Viaje funesto cuyo resultado adivino! ¡Joven yo y acompañando á una mujer tan bella! Desgracia espantosa tiene que sobrevenirme, si no remuevo toda ocasión de desventura. Para librarme de temor, fuerza es tomar resolución suprema.» Dicho esto, se hace eunuco, pone las cortadas vergüenzas en un botecillo con mirra, miel y aromas, lo sella con su anillo y se cura la herida. Así que está dispuesto para el viaje, preséntase al Rey, y delante de muchos, le entrega el botecillo. «Señor, le dice, este vaso encierra el tesoro más precioso de mi casa: lo tengo en grande estima. Al emprender tan largo viaje, lo deposito en tus manos. Guardámelo en sitio seguro; lo amo más que al oro, y no me es menos querido que la vida. A mi vuelta lo recobraré intacto.» Recíbelo el Rey, lo sella con otro anillo, y lo entrega á su mayordomo para su custodia.

21. Tranquilo desde aquel momento hizo el viaje Combabo. Al llegar á Hierápolis, comenzó la construcción del templo, la cual duró tres años. Ocurrió en esto lo que Combabo temía. Con el continuo y largo trato se prendó de él Estratónice: el afecto degeneró en amor, pero en amor furioso. Los Hierapolitanos atribuyen esta pasión á patente voluntad de Juno: según ellos, quería la diosa evidenciar la virtud del Combabo, y castigar á Estratónice por sus dilaciones y dificultades para la erección del templo.

22. La Reina, prudente al principio, disimula su llama. Pero no pudiendo sofocarla ni aquietarse, da rienda suelta á su dolor, llorando todo el día y llamando á Combabo, á Combabo que lo era todo para

ella. Por fin, no sabiendo qué hacer, busca ocasión decorosa de declararse. A nadie quería confesar su pasión, y parecíale bochornoso declararse ella misma. Apela, pues, á la embriaguez para lograr sus fines: el vino da valor y hace más llevadera una repulsa: cuanto en tal situación se hace, se da por no ocurrido. Pone su plan en práctica. Entra después de cenar en el dormitorio de Combabo, le suplica, se echa á sus pies, y declara que le ama. Combabo recibe mal la declaración y se niega á todo, reprendiéndola por la embriaguez. La Reina amenaza con causarse los mayores males: espantóse Combabo; cuéntale lo que hay, refiérele su situación y se la demuestra patentemente. El frenesí de Estratónice se mitiga ante el inesperado espectáculo; pero no desaparece su amor, y se consuela con no apartarse un instante de su amado. Hoy se ven todavía en Hierápolis amores de esta especie: las mujeres se enamoran de los Galos, y los Galos enloquecen por las mujeres: nadie tiene celos de esta pasión, que allí se considera sagrada.

23. No ignoraba el Rey lo que Estratónice hacía. Muchos llegados de Hierápolis denunciaron á los dos amantes y refirieron al Monarca lo que había. Indignado el Rey, mandó presentarse á Combabo antes de terminarse la obra. Otros cuentan una cosa nada cierta: que Estratónice, al verse rechazada, escribió á su marido acusando á Combabo de haber atentado á su honra. Lo que los Griegos á Estenobea y á Fedra la de Cnosia, atribuyen á Estratónice los Asirios. Yo no creo que Estenobea ni Fedra hayan hecho tal cosa, sobre todo Fedra, si realmente amó á Hipólito. Pero quédese esto tal cual fué.

24. Llegada la orden real y enterado Combabo, partió sin inquietud, como que tenía su justificación ase-

gurada. Al llegar fué preso y metido en la cárcel. El Rey le hace comparecer ante los mismos amigos que presenciaron su despedida: le acusa de adulterio y criminal lujuria: lleno de furor, recuerda su confianza y su amistad traicionadas, y le imputa un doble crimen: adulterio, abuso de confianza é impiedad respecto á la diosa ultrajada en el momento de estarse verificando la obra. Muchos testigos afirman que los han visto abrazados; y todos opinan que Combabo debe morir, como autor de crímenes merecedores de muerte.

25. Combabo había permanecido mudo é inmóvil; pero al irle á llevar al suplicio, habla y reclama su depósito, diciendo que si le mandan matar no es por ofensas al Rey ni por supuesto adulterio, sino por apoderarse del tesoro que le había confiado. El Rey manda sacar el vaso. Tráelo el mayordomo encargado de guardarlo. Tómalo Combabo, levanta el sello, muestra el contenido, muestra también su cuerpo, y dirigiéndose al Rey: «Temiendo lo ocurrido, neguéme á partir; pero obligado por tus órdenes, hice lo que ves, bueno para tí, señor, cuanto doloroso á mi mismo. Impútaseme, sin embargo, un crimen que sólo por un hombre en toda su integridad puede ser cometido.» Da un grito el Rey, y le abraza llorando: «¡Qué horror! exclama. ¿Por qué te has causado ese daño? ¿por qué, Combabo mío, has sido el único mortal que con tal crueldad se trate? No puedo aprobar tu sufrimiento. ¡Ojalá no te lo hubieras impuesto y yo no lo hubiese visto! No me hacía falta justificación tan terrible. Mas ya que así lo ha querido la fortuna, te debo, en primer término, la muerte de tus denunciadores, y luego ricos presentes, oro y plata sin cuento, telas asirias y regios corceles. Entrarás en mi casa sin que nadie te anuncie, y nadie te alejará de mi presencia, aunque

yazga en el tálamo.» Dice así y lo hace: los calumniadores son ejecutados; Combabo fué colmado de presentes; la amistad del Rey aumentó, y ningún Asirio le igualó en discreción ni en fortuna.

26. Pidió después licencia para terminar el templo que sin concluir había dejado. Fué enviado de nuevo, terminó el templo y pasó allí el resto de su vida. En premio á su virtud y buenas obras, concedióle el Rey una estatua en el templo. Alzase, en efecto, un Combabo de bronce, obra de Hérmocles de Rodas. Las formas de la estatua son mujeriles y el traje masculino. Dícese que sus amigos mejores, á fin de consolarle, quisieron participar de su desgracia: castraronse como él y vivieron de la misma manera. Otros, haciendo intervenir á los dioses, suponen que Combabo fué amado por Juno, la cual sugirió á muchos hombres la idea de castrarse para que, no siendo único, se le hiciese más soportable su defecto.

27. La costumbre introducida entonces persevera todavía, y muchos de la edad de Combabo se castran anualmente y se afeminan, ó para consolar á Combabo ó por agradar á Juno. Pero no usan traje masculino, sino de mujer, y se dedican á trabajos femeniles. Según tengo entendido, la causa de esto se atribuye á Combabo. He aquí el motivo. Una extranjera entró al templo, y viendo á un hombre tan hermoso y con traje masculino, enamoróse de él furiosamente; luego, al saber que era eunuco se mató desesperada. Sentido de esto Combabo, y pesaroso de inspirar tan funestas pasiones, se vistió de mujer para evitar que alguna otra se engañase. Por esto se visten de mujer los Galos. Hasta aquí lo que he averiguado de Combabo. De los Galos trataré más adelante, y hablaré de su castración ó de cómo se castran, de sus sepelios y de por qué no entran en el

santuario. Ahora intento tratar de la posición y extensión del templo. Empiezo ya.

28. El lugar de su emplazamiento es una colina que se eleva en medio de la ciudad. Circúndalo dos murallas: una antigua, otra no muy anterior á nosotros. Los propileos (1) del templo están al Bóreas y ocupan unas cien orgias (2). En ellos se alzan los falos erigidos por Baco, altos cada uno treinta orgias (3). A uno de estos falos sube dos veces al año un hombre, y permanece en su cima siete días. Se da como razón de esta subida, la siguiente: el vulgo cree que desde aquella altura conversa el hombre con los númenes, les pide la prosperidad de toda la Siria y logra que sus preces sean oídas de cerca. Opinan otros que tal práctica es en recuerdo de Deucalión y de su diluvio, en que los hombres, por miedo á la inundación, subían á los montes y á los árboles más altos. Paréceme esto poco probable: creo que obran así en honor á Baco: me fundo en lo siguiente. Cuantos erigen falos á Baco, colocan en ellos hombres de madera. No sabré deciros la causa, pero presumo que el hombre de Hierápolis sube para imitar á los de madera.

29. La subida se verifica de este modo. Pasa una pequeña cadena alrededor del falo y de su cuerpo, y sube después por unos tacos de madera que salen del falo lo suficiente para que pueda apoyar la punta de los pies en ellos. Según va elevándose, sube consigo la cadena como un carrero las riendas. Quien no haya visto esto, habrá visto subir á las palmeras en

(1) Llamábanse así los vestibulos de los templos adornados con columnas. En particular recibía este nombre la magnífica construcción á la entrada de la Acrópolis de Atenas, antes de llegar al Partenón.

(2) Unos 180 metros.

(3) Unos 54 metros.

Arabia, en Egipto ó en otro lugar, y comprende lo que digo. Cuando llega al término de la ascensión, echa otra larga cadena que lleva consigo y sube lo que quiere; madera, vestidos y utensilios: forma con todo una especie de nido; siéntase en la cima, y permanece los días que he dicho. Llegan muchos con oro y plata, y con cobre algunos: depositan ante él sus ofrendas y dicen sus nombres. Otro sacerdote que está al pie del falo se los repite, y una vez oídos, ora por cada uno de los oferentes. Al orar hace sonar un instrumento de bronce que, al moverse, da un son fuerte é ingrato. No duerme. Si se rinde al sueño, sube un escorpión y lo despierta con dolorosa herida: este es el castigo de su sueño. Lo que cuentan del escorpión es sagrado y divino; ¿pero es cierto? no puedo decirlo. Paréceme que para no dormir sobra con el temor de caerse. Basta de los ascensores al falo. El templo mira al sol saliente.

30. Su forma y construcción es por el estilo de los edificados en Jonia. Una gran basa de dos orgias de altura se levanta del suelo: el templo está sobre ella: se sube por una escalera de piedra, no muy ancha. El atrio maravilla: las puertas son de oro: dentro brilla con profusión el precioso metal: áurea es la techumbre. Percíbese un divino perfume, parecido al de la Arabia. Nótase desde lejos este olor delicioso, y al retirarse no deja al visitante; dura mucho sobre los vestidos y siempre se le recuerda.

31. No es sencillo el interior: hay en él un segundo santuario. Le da acceso corta gradería: carece de puertas y está abierto á todo el mundo. Al recinto mayor pueden entrar los que quieran: al santuario sólo los sacerdotes, y no todos los sacerdotes, sino aquellos á quienes se presume más próximos á los númenes, y que están encargados del servicio inte-

rior del templo. En éste hay dos imágenes, una de Juno y otra de Júpiter, aunque les dan otros nombres. Las dos son de oro y los representan sentados: Juno llevada por leones, y Júpiter por toros. La estatua de Júpiter tiene sus ordinarios atributos: la cabeza, la vestidura y el trono impedirían, aunque se quisiera, que se le tomase por otro.

32. En cambio Juno ofrece gran variedad de formas. En conjunto es Juno, no puede negarse; pero tiene algo de Minerva, de Venus, de la Luna, de Rea, de Diana, de Némesis y de las Parcas. En una mano lleva un cetro y una rueca en la otra: en la cabeza rayos, torre y la diadema propia exclusivamente de Venus Urania. Su vestidura está cubierta de oro y recamada de preciosísimas piedras, blancas unas, color de agua otras, y color de vino ó de fuego muchísimas: son innumerables los ónices de Sardes, los jacintos y las esmeraldas traídas por Egipcios, Judíos, Medas, Armenios y Babilonios. Lo más notable es lo que diré ahora. Lleva en la cabeza una piedra llamada la lámpara, nombre que le ha dado su efecto. De noche brilla tanto, que todo el templo se ilumina como con lámparas: de día decae su brillo. Ofrece todas las apariencias del fuego. Otra maravilla tiene esta imagen: si la miras de frente, te mira; si te alejas, te sigue con la mirada; si otra persona hace lo mismo por distinto lado, también la mira la estatua.

33. Entre ambas imágenes hay otra también de oro, pero que en nada se les asemeja. No tiene forma especial, sino la de otros dioses. Los Asirios la llaman la Efigie (1) y no le dan nombre propio: no dicen ni su origen ni de quién es imagen: unos creen que es Baco, otros que es Deucalión, otros que es Semíramis.

(1) Στυμῆτιον.

Lleva, en efecto, una paloma en la cabeza, por lo que la toman por Semíramis. La bajan al mar dos veces al año para sacar agua, como he dicho antes.

34. En el mismo templo, á la izquierda, hay un trono destinado al Sol, pero sin la imagen del numen. El Sol y la Luna son los únicos dioses de quienes no presentan estatuas. ¿Por qué razón? Oid lo que he averiguado. Dicen que es permitido presentar imagen de otros dioses, porque su figura no es conocida de todos; pero el Sol y la Luna son muy visibles y los ve todo el mundo. ¿Qué falta hacen estatuas de dioses que se presentan en el cielo?

35. A continuación está la imagen de Apolo, pero no en la forma acostumbrada. Los demás pueblos consideran joven á Apolo y lo representan en la primavera de la vida: sólo los Sirios lo figuran barbado. Felicítanse de esta práctica, y censuran á los Griegos y á otras naciones que creen ganarse la protección de Apolo representándolo niño. El motivo es éste: atribuir forma imperfecta á los dioses, paréceles ignorancia grande, y para ellos la juventud no es todavía perfecta. En su Apolo hay otra singularidad: son los únicos que lo representan vestido.

36. Mucho podría decir de sus obras, pero hablaré sólo de lo más admirable. Trataré primero del Oráculo. Hay muchos oráculos en Grecia, en Egipto, en Libia y en Asia, pero no responden sin sacerdotes ó profetas: el Apolo sirio se mueve y consume la adivinación por sí sólo. Es de esta suerte: cuando quiere profetizar se mueve en el trono: los sacerdotes lo levantan al punto. Si no lo levantan, suda y aumenta su movimiento. Cuando lo llevan en hombros, los hace dar vueltas y pasar de uno á otro sitio. Por fin, el gran sacerdote se detiene y le hace toda clase de preguntas. Si el dios se niega, retrocede: si aprueba,

hace avanzar, como con riendas, á sus portadores. Así recogen los oráculos, sin los cuales nada sagrado ó particular emprenden. Predice acerca del año y de todas las estaciones, aunque no se le interrogue. Predice también la época en que la Efigie ha de hacer el viaje antes dicho.

37. Referiré otra cosa hecha estando yo presente: los sacerdotes lo llevaban en hombros y él los dejó en el suelo é iba solo por el aire.

38. A continuación de la de Apolo está la imagen de Atlas, y luego la de Mercurio y la de Ilitia.

39. Tal es el adorno interior del santuario. Fuera hay un gran altar de bronce, y en derredor cientos de estatuas en bronce, de sacerdotes y monarcas. Enumeraré las más notables. A la izquierda del templo, mostrándolo con la mano derecha, está la de Semíramis. Oid por qué se erigió la estatua. Semíramis dictó una ley mandando á todos los Sirios que la tuviesen por diosa y descuidasen el culto de los demás dioses, sin exceptuar á Juno. Fué obedecida. Pero el cielo hizo caer sobre los Sirios enfermedades, desgracias y dolencias, y Semíramis, vuelta de su locura, confesóse mortal y mandó á sus súbditos que se volvieran á Juno. Por esto se la representa en la mencionada actitud, indicando á los que acuden que deben adorar á Juno y declarando que ésta es la deidad y no ella.

40. He visto también estatuas de Helena, Hécuba, Andrómaca, Paris, Héctor y Aquiles. He visto igualmente la de Nireo, hijo de Aglae; las de Filomela y Procne, todavía mujeres, y la de Tereo, transformado ya en ave; otra estatua de Semíramis; la antes mentada de Combabo; una bellísima de Estratónice, y otra muy parecida de Alejandro. Junto á éstas se halla la de Sardanápalo, pero con otra forma y vestidos.

41. En el patio pacen en libertad grandes bueyes, caballos, águilas, osos y leones. No hacen mal á nadie y todos son mansos y sagrados.

42. Hay muchos sacerdotes: unos inmolan las víctimas, otros hacen las libaciones; unos se llaman igníferos (1) y otros asistentes (2). Estando yo presente, acercáronse á sacrificar más de trescientos. Su vestidura es completamente blanca, y se tocan con el pie. Cada nueve años se nombra sumo pontífice, único que viste púrpura y ciñe tiara de oro.

43. Hay otra multitud de personas consagradas al culto: tañedores de flauta y caramillo, Galos y mujeres furiosas y fanáticas.

44. Celébranse diariamente dos sacrificios, á los que acuden todos. El sacrificio á Júpiter se verifica en silencio, sin música de instrumentos ni de voces: en el ofrecido á Juno hay canto, música de flautas y ruido de crótalos. El porqué no han sabido decírmelo.

45. Hay también, no lejos del templo, un lago en que se crían muchos peces sagrados de diversas formas. Algunos se hacen muy grandes, tienen nombre y acuden si se les llama. Vi uno con un adorno de oro; era una joya prendida á una aleta. Lo vi muchas veces, y siempre lo tenía.

46. La profundidad del lago es grande: no lo sondé, pero me aseguraron que pasa de doscientas orgias. En medio hay un altar de mármol. A primera vista diríase que flota y sobrenada: muchos lo creen así, pero á mí me parece que está sostenido por una gran columna. Siempre está adornado de guirnaldas y humeando incienso. Todos los días pasan muchos nadando con coronas al altar para hacer oraciones.

(1) Πυφόροι.

(2) Παραθώμιαι.

47. Celébranse allí grandes fiestas llamadas bajadas al lago, porque en ellas bajan al lago todas las estatuas de los dioses. Juno llega la primera en interés de los peces, para que Júpiter no los vea antes: si tal sucediese, dicen que perecían todos. Júpiter viene á verlos, pero Juno se le pone delante, lo separa y le hace retroceder á fuerza de súplicas.

48. Las solemnidades mayores son las que se celebran junto al mar. Pero nada cierto puedo decir de ellas, porque ni las he presenciado, ni siquiera he intentado el viaje; sólo he visto lo que hacen á la vuelta, y voy á referirlo. Cada persona trae un vaso lleno de agua y sellado con cera. Nadie rompe por sí mismo el sello para verter el agua. Hay un gallo (1) sagrado que vive á orillas del lago: este gallo recibe los vasos, examina el sello, toma cierta cantidad, quita el lazo y separa la cera: este ministerio produce muchas miras al gallo. Van luégo al templo, vierten el agua, se ofrece un sacrificio y se retiran.

49. Pero de cuantas fiestas conozco, la más solemne es la celebrada al comenzar ia primavera. Unos la llaman la Pira y otros la Lámpara. El sacrificio se verifica de este modo. Cortan grandes árboles y los plantan en el patio: traen cabras, ovejas y otras reses y las cuelgan vivas de los árboles: ponen también aves, vestidos y objetos de oro y plata. Una vez dispuesto todo y paseados los dioses en derredor, dan fuego á los árboles, que en seguida arden. De Siria y de todas las regiones próximas acuden á esta solemnidad muchísimas gentes. Cada pueblo trae sus dioses y cuantas imágenes han hecho para representarlos.

(1) Se ha propuesto la corrección de este trozo en sentido de sustituir el gallo, ἀλεκτρούων, por un Galo, Γάλλος; pero es verosímil que entre sus muchas tretas tuvieron los sacerdotes la de amaestrar á gallos para los efectos que el texto indica.

50. En días prefijados afluye la multitud al templo. Gran número de Galos y de las personas consagradas citadas antes, comienzan las ceremonias, hiriéndose los brazos y golpeándose unos á otros en la espalda. Acompañanles muchos músicos tocando flautas y tambores ó entonando himnos inspirados y sacros. Estas ceremonias se practican fuera del templo, en el cual no entra ninguno de los que las hacen.

51. En estos mismos días se hacen los Galos. Mientras los demás Galos cantan y celebran las orgías, enloquecen muchas personas y bastantes que han venido sólo á ver, hacen lo mismo que aquéllos. Diré cómo lo hacen. El joven resuelto al sacrificio, se desnuda, avanza gritando al medio de la fiesta, coge un cuchillo, destinado sin duda al objeto desde hace muchos años, se castra y corre por la ciudad llevando en la mano lo que se ha cortado. La casa, sea la que quiera adonde arroje lo cortado, le da vestidos y adornos femeniles. Esto practican en las castraciones.

52. Los Galos no son sepultados como los demás hombres. En cuanto muere un Galo lo llevan sus compañeros á los arrabales, donde lo dejan con el ataúd en que lo han traído, lo cubren de piedras, y se retiran inmediatamente. Al cabo de siete días entran en el santuario; si entran antes, cometen sacrilegio.

53. Sobre el particular observan ciertas leyes. El que ha visto un cadáver no viene aquel día al templo, y al siguiente no entra sin purificarse antes. Los parientes del difunto no entran hasta después de treinta días y de raparse el cabello. Antes de este término les está prohibida la entrada.

54. Sacrifican toros y vacas, cabras y ovejas. Sólo los puercos, considerados animales impuros, no son sacrificados ni comidos. Los demás, lejos de ser impuros, son sagrados. La paloma es, en su sentir,

ave santísima; está prohibido tocarla: el que sin querer la toca, queda impurificado durante aquel día. Así es que las palomas habitan con los hombres, entran en las casas, y comen casi siempre en el suelo.

55. Diré ahora las prácticas de los que acuden á las ceremonias. El que quiere ir á Hierápolis, se rasura la cabeza y las cejas, sacrifica después una oveja, corta su carne y la come; tiende la piel en el suelo, se arrodilla en ella y levanta sobre su cabeza la cabeza y las patas de la víctima: ora en esta actitud, y pide á los dioses que acojan propiciamente el sacrificio y les ofrece otro mayor todavía. Hecho esto, ciñe coronas á su cabeza y á la de las personas de su séquito. Sale de su casa y se pone en camino. Durante el viaje usa siempre agua fría para beber y lavarse, duerme siempre en la tierra, pues le está prohibido hacerlo en lecho mientras no acabe su peregrinación y vuelva á su casa.

56. En Hierápolis se aloja en casa de un huésped desconocido, pues hay en ella huéspedes públicos para cada ciudad, que reciben á los forasteros según su procedencia. Los Asirios llaman maestros á estos huéspedes, porque enseñan todo lo referente á las ceremonias.

57. Los peregrinos no inmolan la víctima en el mismo templo; se limitan á acercarla al altar, hacen la libación, la vuelven viva á casa, y allí la sacrifican en particular, y oran.

58. Hay también sacrificios con arreglo á otro ritual. Las víctimas, adornadas de coronas, son precipitadas vivas desde los propileos. La caída las mata. Algunos precipitan también á sus hijos, pero no como las reses, sino metidos en un saco. Al traerlos en la mano, los llenan de maldiciones, diciéndoles que no son niños, sino bueyes.

59. Todos se llenan de picaduras en las manos ó en el cuello; por eso todos los Asirios tienen cicatrices.

60. Tienen también otra práctica, sólo usada entre los Griegos por los Trecenenses. Diré lo que éstos hacen. Los Trecenios tienen una ley que prohíbe á mozos y doncellas contraer matrimonio antes de cortarse el cabello en honor de Hipótito, como, en efecto, lo hacen. Igual ley rige en Hierápolis. Los jóvenes consagran las primicias de su barba; los doncellas ofrecen la cabellera, no cortada desde que nacieron. La ofrenda se deposita en vasos de plata y muchas veces de oro. Clavan el vaso en el templo con el nombre del oferente inscrito, y se retiran. Yo hice lo mismo de mozo, y todavía están en el templo mis cabellos y mi nombre.

LXXIII.

ELOGIO DE DEMÓSTENES.

1. El día diez y seis del mes, poco antes de medio-día, estaba yo paseando en el pórtico, según se sale á la izquierda, cuando encontré á Terságoras. Quizá alguno de vosotros lo conozca. Es un hombre de corta estatura, nariz aguileña, color pálido y varonil aspecto. Acerquéme al punto, y «¡Hola! le dije, ¿á dónde va y de dónde viene nuestro poeta?—De casa á aquí, me respondió Terságoras.—¿A pasear?—Sin duda, pues bien lo necesito. Me he levantado á des-hora de la noche para celebrar con alguna oblación poética el día del natalicio de Homero.—Bien haces, dije, en pagar de ese modo á quien te nutre y educa.—Apenas he principiado, ha corrido con tal velocidad el tiempo, que ha llegado, sin saber cómo, el medio-día. Por eso necesito pasear, según te he dicho.

2. «El objeto principal de mi venida, añadió Terságoras mostrando el Homero de los cabellos sueltos que, como sabes, está á la izquierda del templo de los Tolomeos, es saludar á ese augusto aeda, rendirle adoración y pedirle inspiracion copiosa.—¡Ojalá bastase el pedir! repuse yo. Tiempo hace que yo hubiera importunado á Demóstenes pidiéndole ayuda para celebrar así su natalicio. Si en pedir consistiese todo,

uniría mis votos á los tuyos y declararíamos de los dos el hallazgo.—Sólo á Homero puedo atribuir, dijo Terságoras, la facundia y facilidad que he observado en mí esta mañana y esta noche; me he sentido transportado por una especie de entusiasmo profético. Tú mismo juzgarás. De intento he traído la obra por si topaba con algún amigo desocupado. Me parece que estás en el más hermoso descanso.

3.—Tú eres feliz, dije entonces, pues te pareces á aquel vencedor en la gran carrera, que ganado el premio y quitado el polvo, se divertía en contemplar el espectáculo ó en hablar con otro atleta mientras llamaban á los luchadores al combate.—Es verdad, respondió, pero dentro de barreras no se habla.—Me pareces un vencedor en la gran carrera poética, que se burla de quien teme tentar los albuces del estadio.—Pero ¿qué dificultades te propones? me contestó riendo.

4.—Quizá, dije, te figuras que Demóstenes es inferior á Homero. Gozoso con el elogio del gran poeta, ¿crees que el de Demóstenes es para mí poco ó nada? —Me calumnias, repuso; no quiero rivalidades entre ambos héroes, aunque me inclino en favor de Homero.—Perfectamente, dije; pero ¿no crees que yo me inclino á favor de Demóstenes?

5. »Aunque no desestimas por el asunto el objeto que me propongo, das á entender que sólo la poesía es acreedora á tu aprecio; y desprecias sin rodeos los trabajos oratorios como el jinete al infante.—¡Presérvenme los dioses de tal insensatez, aunque se necesite mucha locura para acercarse al Parnaso!—¿Acaso no necesitan cierto sacro entusiasmo los prosistas, si no han de parecer pedestres y desmayados?—Lo sé, dijo, y á menudo me gozo en comparar la vehemencia, la acritud y el entusiasmo de algunos prosistas,

y principalmente de Demóstenes, con las mismas cualidades de Homero. Comparo, por ejemplo, aquel «Beodo»! (1) con las invectivas á Filipo por «su embriaguez, sus excesos y sus bailes» (2) y el «un agüero feliz» (3) con la frase «todos los hombres honrados deben tener buena esperanza» (4). El trecho:

El anciano Peleo, generoso
Domador de corceles, ¡cuánto llanto
Habrá de derramar!..... (5)

lo parangono con la exclamación: «¡Cuántos gemidos lanzarán los ciudadanos que por la libertad y por la patria han afrontado la muerte» (6). La «afluencia de Pitón» (7) me recuerda la palabra de Ulises, abundante «como los copos de la nieve» (8), y aquel pensamiento:

Libres de la vejez y de la muerte
Si subsistir pudiéramos (9)

con éste: «Límite de la vida de todos los hombres es la muerte; aunque se encierre en una cueva no la evitará nadie» (10), y otras mil ideas en que los dos autores coinciden.

6. »Gozo también observando el patético, las descripciones y los tropos que ambos emplean, la variedad con que evitan la saciedad, las transiciones para

(1) *Iliada*, I, v. 225.

(2) *Segunda Olintiaca*.

(3) *Iliada*, XII, v. 343.

(4) *Discurso sobre la Corona*.

(5) *Iliada*, VIII, v. 125.

(6) *Contra Aristócrates*.

(7) *Sobre la Corona*.

(8) *Iliada*, III, v. 222.

(9) *Iliada*, XII, v. 323.

(10) *Sobre la Corona*.

volver naturalmente al asunto, la amenidad y exactitud de sus comparaciones y su constante animadversión á todo lo bárbaro.

7. »A menudo me parece, pues he de ser sincero, que Demóstenes, cuya franqueza no resistía freno reprende con más energía la indolencia ateniense que quien llama á los Aqueos en nombre de los Aqueos (1): su espíritu sostenido y vigoroso cuadra mejor á las grandes catástrofes helénicas que el del poeta que en lo crítico de un combate, finge diálogos y enfría con largas fábulas el ardor de los guerreros.

8. »El corte de las cláusulas, el ritmo, el número y la cadencia suelen acompañar á Demóstenes con cierta poética dulzura, y no le faltan, como á Homero, sus antítesis, sus paralelismos, sus figuras atrevidas y sus primores léxicos. Parece que la Naturaleza ha procurado que todas las bellas cualidades concurren en ambos ingenios. ¿Cómo, pues, he de despreciar tu Caliope teniéndola en tan gran concepto?

9. »Pero no es menor mi empresa de elogiar á Homero: considérola doblemente difícil que la de elogiar á Demóstenes, no precisamente por los versos, sino por la naturaleza del asunto. Mi obra, en efecto, no tiene base sólida para el elogio, fuera del ingenio de Homero. Todo lo demás, patria, nacimiento y época en que vivió, es completamente obscuro. Si hubiese sobre el particular noticias ciertas,

No fuera objeto de indecisa lucha (2).

Danle por patria Io, Colofón, Cumas, Quios, Esmirna, Tebas de Egipto y otras mil ciudades. Su padre, di-

(1) Alusión á la *Iliada*, II, v. 235.

(2) Eurípides, *Las Fenicias*, v. 503.

«cen, era Meón de Lidia, ó un río; su madre Melanope, ó una ninfa de las Driadas á falta de generación humana: el tiempo de su vida se hace oscilar entre el período heróico y el jónico. Se sabe tan poco de su edad, respecto á la de Hesiodo, que hasta hay quien prefiere el nombre de Melesígenes (1) al nombre con que es conocido. Tocante á su suerte, se le hace pobre ó ciego. Mejor sería dejar estas cuestiones en la obscuridad que las envuelve. Mira, pues, si ofrece dificultades el elogio, sin dato alguno ni otra base que la de las poesías del autor y el genio desplegado en sus versos.

10. »En cambio á tí todo se te viene á la mano, y tu obra es fácil, ligera, basada en datos conocidos y concretos, manjar ya preparado, al que sólo necesitas añadir los condimentos. ¿Hay cosa grande é ilustre que la fortuna no refiera á Demóstenes? ¿En él no es célebre todo? ¿No ha nacido en Atenas, la ciudad brillante y gloriosa, el baluarte de la Grecia? (2) Atenas me brindaría ocasión para introducir, á guisa de poético episodio, el cuadro de los amores de sus dioses, sus juicios, sus moradas, sus regalos, sus misterios de Eleusis. Tocante á sus leyes, sus justicias, sus fiestas, su Pireo, sus colonias, sus trofeos de victorias en mar y tierra, no hay, como dice Demóstenes, quien pueda tratarlos de una manera digna. Hallaría en ellos materia copiosa para mi trabajo, y no impertinente al asunto, pues está admitido en el elogio de un personaje realzarlo con el del lugar en que ha nacido. Así Isócrates no vaciló en realzar el de Helena

(1) Hijo del Meles, que desaguaba en el golfo de Esmirna.

(2) Estos calificativos de Atenas son de Píndaro y le costaron una multa de mil dracmas, impuesta por sus conciudadanos los Tebanos, entonces en guerra con los Atenienses.

con el elogio de Teseo. La nación de los poetas es libre; pero acaso temas que por la desproporción de tu obra se te pueda aplicar el jocoso dicho de que el saco es menor que la etiqueta.

11. »Prescindamos de Atenas. El elogio principia por decir que el padre de Demóstenes era trierarca (1). Ya, como dice Píndaro, tenemos un basamento de oro, porque en Atenas no había entonces dignidad más brillante. Aunque el padre haya muerto siendo Demóstenes niño (2), la orfandad del orador no puede considerarse desdicha, sino motivo de gloria, puesto que puso de manifiesto su generoso carácter.

12. »De Homero nada recuerda la Historia respecto á su educación y primeros ejercicios: hay que empezar el elogio por las obras de que ha sido arquitecto, á falta de datos sobre el modo y forma como fué instruído: ni siquiera se puede acudir al laurel de Hesiodo, que tan fácilmente inspiraba á los pastores. Pero tú, tocante á este particular, ¿cuánto no puedes decir de Calistrato y del brillante catálogo en que están inscritos los nombres de Alcidas, Isócrates, Iseo y Eubúlides? (3). Cuando placeres sin cuento solicitan en Atenas á los jóvenes sometidos á la patria potestad, Demóstenes, en la edad juvenil, tan propensa y fácil en caer en las delicias, no aprovecha el descuido de sus tutores para entregarse á los placeres á sus anchas: prevaleció en su alma el amor á la filosofía y á la política, que no lo condujo á la puerta de Friné, sino á las de Aristóteles, Teofrasto, Jenócrates y Platón.

(1) Los trierarcas eran ciudadanos ricos, encargados del sostenimiento de los navíos de guerra. La república suministraba sólo los hombres y los avíos.

(2) Antes de cumplir siete años.

(3) Oradores.

13. »En esta parte de tu discurso podrías filosofar un poco y distinguir las dos clases de amor que solicitan á los hombres. Una, nacida de la espuma del mar, agitada, furiosa, levanta en la mente las olas y tempestades de la Venus popular excitadas por el hervor juvenil como verdadera borrasca: la otra nos arrastra hacia el cielo con una cadena de oro; no tiene fuego ni flechas que causen incurables heridas; la pura é inmarcesible imagen de su belleza produce en las almas una saludable embriaguez que, como dice un trágico (1),

A Jove las acerca y á los hijos
De los augustos dioses.

14. »Nada es costoso á este amor: cabeza rapada, cueva, espejo, puñal, gimnasia de lengua en edad madura, ejercicios nemotécnicos, desprecio del tumulto, noches en vela tras laboriosos días (2). Con lo cual no hay quien ignore, decía Terságoras, cuánto elevó tu Demóstenes su oratoria. Así logró estilo afluyente y nutrido de sentencias; uso acertado de las pasiones y costumbres; espléndidas amplificaciones, vehemencia, elevación y energía; discreta sobriedad de pensamientos y palabras, y variedad inagotable de figuras. Único, en fin, como se atrevió á decir Leóstenes, capaz de producir oraciones vivas y al propio tiempo sólidas.

15. Muy diferente de Esquilo que, al decir de Calístenes, escribía sus tragedias con el alma influída y acalorada por el vino, Demóstenes no componía sus

(1) Desconocido.

(2) Alusión á los trabajos y ejercicios de Demóstenes para perfeccionarse en la oratoria.

discursos bajo la influencia de la embriaguez, sino bebiendo agua pura. Aludiendo irónicamente á esta costumbre del orador, decia sin duda Demades aquello de que otros oradores arengaban al agua (1) y Demóstenes escribía. A Piteas le parecía también que la perfección de las oraciones de Demóstenes trascendía al aceite de su lámpara. En esto, siguió Terságoras, coinciden nuestros campos; pues la poesía de Homero me brinda asunto de extensión idéntica.

10. «Pero si pasas á considerar sus obras filantrópicas, su honradez en el empleo de las riquezas, su brillante desempeño de todas las funciones públicas.....» Iba á continuar su enumeración, cuando sonriendo: «¿Piensas, le dije, anegarme los oídos con otro diluvio de palabras, como si fueses un bañero?—¡Sí, por vida mía, repuso..... y sus banquetes al pueblo, y sus voluntarios dispendios para fiestas, y sus armamentos de naves, y sus muros, y su foso, y sus redenciones de cautivos, y sus dotaciones de doncellas, y su excelente administración, y sus embajadas y sus disposiciones legales! Cuantas veces pienso en la grandeza de sus gestiones públicas, no puedo menos de reirme al ver á un hombre que fruncé el entrecejo temeroso de no hallar materia suficiente para el encomio.

17.—¿Acaso piensas, le dije, que de cuantos han pasado su vida estudiando la oratoria soy el único en cuyos oídos no han sonado á menudo las bellas obras de Demóstenes?—Así parece, respondió, puesto que, según dices, necesitas auxilio para escribir su elogio, á no ser que te ocurra lo contrario, y el irresistible

(1) Se refiere á la clepsidra ó reloj de agua que medía el tiempo que podían emplear los oradores en sus discursos.

fulgor que á Demóstenes circunda, sea lo que te impida fijar en él los ojos. Cosa idéntica me sucedió cuando por primera vez quiso escribir de Homero. A dos dedos estuve de desistir de un asunto que mis ojos no podían mirar de hito en hito. Luégo, no sé cómo, me rehice, y poco á poco me voy acostumbrando á mirarle de frente, de manera que ya no se me podrá tachar de homérica bastardo, puesto que no aparto de este sol los deslumbrados ojos.

18. »En esto, continuó Terságoras, hallo también tu trabajo mucho más fácil que el mío. La gloria de Homero sólo estriba en sus cualidades poéticas, por lo cual hay necesidad de tratar exclusivamente de este punto; pero si fijas la atención en Demóstenes te sientes turbado por la dificultad de la elección, sin saber por qué punto dar principio: te pasa lo que al gastrónomo ante las mesas de Siracusa (1), ó lo que á las gentes ávidas de ver y oír ante muchos objetos que simultáneamente solicitan sus ojos y sus oídos; no sabes á dónde dirigirte en la continua movilidad de tus deseos. Saltas, sin duda, de un punto á otro, no sabes dónde pararte y giras alternativamente atraído por la magnanimidad de tu orador, por su impetuoso ingenio, por su vida templada, por su palabra enérgica, por su conducta valiente, por su desprecio á los presentes costosos, por su justicia, por su humanidad, por su lealtad, su discreción, su prudencia y por cada uno de sus muchos y grandes servicios á la república. Quizá viendo por una parte decretos, embajadas, arengas, leyes, y por otra escuadras, y Eubea, Megara, Beocia, Quíos, Rodas, el Hellesponto, Bizancio, no sabes á dónde volver la mente, solicitada por tantos y tan ilustres hechos.

(1) Cf. *Diálogos de los Muertos*, x, 2.

19. »Píndaro dirigiendo la inteligencia á mil objetos, vacila de igual modo:

¡A Amelia Ismena, la del huso de oro,
 Ó al Tirio Cadmo, ó á la sacra raza,
 De su siembra nacida, ó á la de ojos
 Verdes, ardiente Teba, ó al valiente
 Alcides cantaré, ó el regocijo
 Del adorable Baco, ó de Harmonia
 La de los blancos brazos, el enlace!

Así tú, por idéntica causa, me parece que dudas si empezar tu trabajo por la vida, ó la elocuencia, ó la filosofía, ó la política, ó la muerte de tu orador.

20. »Pero sin ningún trabajo puedes evitar tu vacilación, elige una cualidad, la elocuencia, por ejemplo, y hazla objeto de tu discurso. La de Pericles no basta para la comparación: conocemos por la fama sus rayos y sus truenos y su aguijón persuasivo, mas no la vemos realmente; sólo existe en la idea con que cada cual se la representa; pero no ofrece á nuestros juicios nada sólido y tangible. En cambio la de Demóstenes..... mas por si eliges este aspecto lo dejo á tu consideración.

21. »De preferir sus virtudes ó sus cualidades políticas, tendrías que elegir una entre tantas, ó, si deseabas tratar con mucha amplitud el asunto, considerar dos, á lo sumo tres, que darían materia suficiente á tu discurso, pues en todas y en cada una hay idéntica brillantez. Si queremos que el elogio no sea general, sino parcial, seguiremos la regla de Homero, que, al elogiar á sus héroes, sólo se refiere á una parte, á los pies, por ejemplo, á la cabeza, al cabello y, á veces, al escudo ó á las armas. Los dioses nunca han llevado á mal que los poetas celebren su huso, su arco, su egida, cuanto menos el que elogien parte de su

cuerpo ó de su alma, porque es imposible hablar de todas [las perfecciones á la vez. Por consiguiente, tampoco llevará á mal Demóstenes que se le elogie por una sola cualidad, pues ni él mismo sería suficiente para abarcar en totalidad sus elogios.»

22. Después de esta disertación de Terságoras: «Creo, le dije, que so color de demostrarme que eres un buen poeta, me estás hablando de Demóstenes para probar que hablas en prosa y verso con igual expedición.—Solo quería, repuso, ponerte á la vista la facilidad de tu asunto, y me he corrido hasta trazar el plan de tu oración por si este allanamiento de dificultades te predisponía á escucharme con más atención.»—Pues ten entendido, dije, que ha sido infructuoso tu trabajo; más bien temo que haya empeorado mi mal.—¡Brava curación que emprender! exclamó Terságoras.—Es que tú, repuse, ignoras mi verdadero mal, y como médico que desconoce la parte enferma, curas otra por error.—¿Pues cuál es?—Tú procuras poner remedio á lo que pueda turbar á un principiante en la oratoria, pero ya hace mucho que me he aplicado esos remedios: los que aplicas á mi dificultad son, por consiguiente, inoportunos.—Pues bien, dijo Terságoras, vaya otro medicamento: es preciso, como en un viaje, seguir la senda más trillada y segura.

23.—Pero yo me he propuesto, le dije, conquistar gloria contraria á la del Cireneo Anniceris (1) delante de Platón y sus discípulos. Dicen que este Cireneo, queriendo demostrar su pericia en dirigir el carro, dió varias vueltas en derredor de la Academia, siempre por la misma pista, de modo que las ruedas dejaron una sola huella en el terreno. Yo me propongo todo lo contrario, y quiero salirme de la trillada pista;

(1) Vid. Eliano, *Hist. var.*, II, 27.

pero no creo cosa fácil abrirme nuevos caminos dejando las frecuentadas sendas.—Emplea, dijo Terságoras, la discreta idea de Pausón (1).—¿Cuál? repuse; nunca he oído hablar de ella.

24.—Pausón se encargó de pintar un caballo revolcándose en tierra. El artista se puso á pintarlo en actitud de correr levantando mucho polvo. Lo vió mientras trabajaba el que encargó la obra y se quejó del cambio. El pintor mandó entonces á un esclavo que invirtiese el cuadro, y mostró el caballo en la actitud requerida.—Amigo Terságoras, le dije, eres muy agradable si supones que en tantos años he buscado un solo medio. No hay procedimiento, recurso, invento y sistema que yo no haya intentado; y á la postre temo sufrir la suerte de Proteo.—¿Qué suerte? me preguntó.—Lo que á él le sucedía cuando para ocultar su forma humana agotaba todas las transformaciones en animales, plantas y elementos, y al fin, no sabiendo qué nueva forma tomar, volvía á presentarse en la de Proteo.

25.—Pues tú ya le ganas en invenciones para evitar mi lectura.—No, amigo mío, le respondí; y para oirlo más á gusto, olvidaré un momento mis cuidados. Quizá al verte libre de los de tu parto, participarás de los que me cuesta el mío.»

Parecióle bien á Terságoras. Nos sentamos en un talud: yo me puse á oír y Terságoras á recitar un poema de levantado estilo. En medio de la lectura interrumpióse como arrebatado por entusiasmo repentino: «Vas á recibir, dijo, el premio de tu atención, como se paga en Atenas la asistencia á la asamblea ó á los juicios. Así me agradecerás.....—Te lo agradezco, sin saber lo que vas á decir.

(1) Pintor del siglo de Pericles (v antes de Cristo).

26. »Pero sepamos qué es. — Encontré unas memorias de los reyes macedónicos, y el extraordinario gusto producido por la lectura me hizo comprar el libro. En este instante he recordado que le tengo en mi casa. Contiene, entre otras noticias, datos reservados acerca de Antipatro y de Demóstenes, que creo has de tener gusto en oír.—Sin duda, respondí, y agradecido por la noticia, quiero oír lo que falta del poema, y no dejarte sin que cumplas lo ofrecido. Me has obsequiado espléndidamente con motivo del natalicio de Homero, y creo que harás lo mismo por el de Demóstenes.»

27. Concluída la lectura del poema, nos detuvimos el tiempo suficiente para elogiarlo como merecía, y fuimos á casa de Terságoras, que, aunque con algún trabajo, halló por fin el libro y me lo dió. La lectura de la obra me hizo adoptar la resolución de comunicársela sin el menor cambio en nombres ni palabras. No se honra menos á Esculapio celebrándole con el peán de Alisodemo de Trecena, á falta de himnos nuevos que entonar (1); ni muerto Sófocles, deja de darse culto á Baco en comedias y tragedias, pues los que presentan al público las antiguas obras no merecen menos gratitud, ni honran menos al dios.

28. Según este libro, del cual tomo los hechos pertinentes á mi narración, anuncian á Antipatro la llegada de Arquias. Este Arquias, por si algún joven lo ignora, tenía la misión de prender á los desterrados. Le habían encargado que, por persuasión mejor que por fuerza, hiciese venir á Demóstenes desde Calauria (2) al palacio de Antípatro, que esperaba verle

(1) Hay una pequeña laguna en el original.

(2) Isla del Egeo, hacia la costa del Peloponeso. Tenia un magnífico templo á Neptuno. Hoy *Kalavria*.

llegar de un momento á otro. Así es que en cuanto oyó que Arquias había llegado de Calauria, le mandó entrar sin dilación.

29. Entra Arquias..... pero el mismo libro nos dirá lo demás.

ARQUIAS.—Felicidades, Antípatro.

ANTIPATRO.—¿Cómo no ser feliz si te traes á Demóstenes?

ARQUIAS.—Lo traigo como me ha sido posible. Viene conmigo la urna de sus restos.

ANTIPATRO.—Has desvanecido mi esperanza. ¿A qué la urna y los huesos, si no lo tengo vivo?

ARQUIAS.—Me era imposible retener por la violencia su alma.

ANTIPATRO.—¿Por qué no lo cogisteis vivo?

ARQUIAS.—Ya lo hicimos.

ANTIPATRO.—Murió, sin duda, en el viaje.

ARQUIAS.—No; donde estaba, en Calauria.

ANTIPATRO.—Descuido vuestro sería: no guardasteis los debidos miramientos.

ARQUIAS.—También nos era imposible.

ANTIPATRO.—¿Qué dices? Hablas en enigma. ¿Lo cogisteis vivo y no lo teniais?

30. ARQUIAS.—¿No nos habías prohibido empezar por la violencia? Pero aun cuando la hubiéramos empleado, el resultado hubiera sido nulo. Ya nos preparábamos.....

ANTIPATRO.—Mal hecho el preparar nada. Sin duda vuestra violencia lo ha muerto.

ARQUIAS.—No lo hemos muerto; pero la ineficacia de la persuasión hacía necesaria la violencia. Por otra parte, ¿qué ganabas con que hubiera llegado vivo si habías de ordenar que lo matasen?

31. ANTIPATRO.—Poco á poco. Bien veo que no te has detenido á pensar quién era Demóstenes y cuál

era mi intención. Creías que me era igual hallar á Demóstenes ó á uno de esos oradores corrompidos, un Himereo de Falera, un Aristónico de Maratón ó un Eucrates del Pireo (1), aguas de torrente, hombres de nada que flotan sobre la superficie del tumulto, crecen á la menor esperanza de trastornos y caen luégo como el viento de la tarde; ó un desleal Hipérides, traidor á la amistad, adulador del pueblo, imprudente é indecoroso hasta calumniar á Demóstenes ante la muchedumbre, y ejecutar actos de que se arrepintieron luégo los mismos á quienes había servido: por eso, poco después de esta calumnia, Demóstenes fué llamado del destierro con más esplendor que Alcibíades. Pero á fe que no se le importó mucho al infame, que empezó á manejar contra sus mayores amigos aquella lengua que mandé cortar en castigo á sus ingratitudes.

32. ARQUIAS.—¿Cómo? ¿No era Demóstenes el más odioso de nuestros enemigos?

ANTIPATRO.—No; no podía serlo para quien en algo estima la lealtad, la sinceridad y la firmeza. La honradez es honradez, aunque la tenga un enemigo, y la virtud es digna de honor donde quiera que se halle. No he de ceder en generosidad á Jerjes, que, admirado de los lacedemonios Bulis y Esperquis (2), los soltó cuando podía matarlos. Si por alguién he sentido admiración ha sido por Demóstenes, á quien sólo he visto dos veces en Atenas y no despacio; pero le juzgo por particulares informes y por sus actos públicos, y no, como pudiera creerse, por su decir vigoroso. A su lado nuestro Pitón no era nada, y la oratoria de los áticos, juego de niños comparada al vigor, al ner-

(1) Citados por Plutarco, VIDAS PARALELAS, *Demóstenes*.

(2) Vid. Herodoto, VII, 134.

vio, al elegante estilo, á la oportunidad y discreción de las ideas, al encadenamiento de las pruebas, á la fuerza de la persuasión y al irresistible empuje de Demóstenes. Por eso me arrepentí de haber reunido los Griegos en Atenas fiado en Pitón y en sus promesas de refutar á los Atenienses, que nos hicieron estrellarnos contra Demóstenes y sus argumentos. Imposible nos fué llegar á la altura de su poderosa palabra.

38. Así y todo, yo la ponía en segundo lugar, considerándola como simple instrumento. Principal objeto de mi admiración era el mismo Demóstenes: su buen sentido, su sagacidad, su alma recta y firme como timón en el alborotado mar de la fortuna, sin ceder á los reveses de la suerte. Sé que Filipo tenía igual opinión de este grande hombre. Dábanle cuenta un día de una oración terrible pronunciada por Demóstenes en Atenas: Parmenión se indignaba y lanzaba contra el orador alguna burla, pero el asendereado Filipo: «Demóstenes, dijo, tiene derecho á hablar con toda franqueza. Es el único de los demagogos griegos que no figura en mi libro de gastos, aunque mejor me fiaría de él que de cualquiera intendente de galeras. En mis registros consta que todos ellos han recibido de mí dinero, bosques, rentas, ganados y fincas rústicas en Beocia; pero más pronto tomaríamos con nuestras máquinas las murallas de Bizancio que á Demóstenes con oro.»

34. «Yo, Parmenión, decía Filipo, si algún Ateniense hablando en Atenas me prefiere á su patria, le doy mi dinero, pero nunca mi amistad. Mas al que por puro patriotismo me detesta, lo ataco como á una ciudadela, á un baluarte, á un arsenal, ó á un foso; pero admiro su virtud y envidio á la ciudad que tal dicha posee. Del primero me desharía gustoso, como de mis enemigos, cuando no me hiciese falta; pero á

éste lo querría á mi lado mejor que á la caballería de Ilirios y Tribalos y á toda tropa mercenaria; porque nunca pondré la fuerza de la palabra y del consejo debajo de la fuerza de las armas.»

35. Esto dijo á Parmenión. A mí me habló en igual sentido. Cuando Diopites salió de Atenas con fuerza considerable, me manifesté algo inquieto, y Filipo: «¿Tú temes para nosotros á un general, á unos soldados de Atenas? exclamó riendo. Pues para mí sus triremes, su Pireo y sus arsenales, son cosas de juego, bagatelas. ¿Qué han de hacer hombres que pasan el tiempo en bacanales, banquetes y fiestas? Si no tuviesen un Demóstenes, te aseguro que, por fraude, fuerza, ocupación ó compra, Atenas sería mía con más facilidad que la Tesalia y Tebas; pero aquél vigila, aprovecha todas las ocasiones, sigue nuestros movimientos y se opone á nuestras stratagemas. Maquinaciones, conatos, proyectos, nada se le oculta. En una palabra, ese hombre es un impedimento y baluarte que nos impide apoderarnos de todo sin obstáculo. Si en él hubiera consistido, no habiéramos tomado Anfípolis, ni Olinto, ni la Fócida, ni las Termópilas. Por él no son todavía nuestros el Quersoneso y las costas del Helesponto.

36.—Demóstenes despierta á sus conciudadanos, dormidos como si hubiesen tomado la mandrágora; con franca oratoria quema y saja su viciosa indolencia, y se cuida poco de lo que les es agradable. Transfiere al ejército los fondos destinados á teatros; restablece con leyes navales la marina casi destrozada por continuo desorden; levanta la dignidad del ciudadano, rebajada hace mucho tiempo por la percepción del dracma y del trióbolo; procura erguir las harto inclinadas cabezas con el ejemplo de los mayores y la emulación de lo de Maratón y lo de Salamina, y forma

alianzas y federaciones entre los pueblos griegos. No es posible ocultarle nada, ni engañarle, ni comprarle, como el Rey persa no pudo comprar á Arístides.

37. »A ese hombre debemos temer, Antipatro, más que á todas las trirremes y escuadras. Lo que para los antiguos Atenienses fueron Temístocles y Pericles, es para los modernos Demóstenes, comparable á Temístocles en prudencia, y á Pericles en buen sentido. Oyéndole, han logrado hacer suyas Eubea, Megara, Beocia y las costas del Helesponto. Bien hacen los Atenienses, decía Filipo, en nombrar generales á los Cares, los Diopites, los Próxenos y otros del mismo temple, y retener en la tribuna á Demóstenes. Si hiciesen á este hombre dueño de armas, naves, ejércitos, circunstancias y tesoros, temería verme pronto en el trance de disputarle la misma Macedonia, pues hoy, con sólo sus decretos, me ataca, me rodea, me sorprende, halla recursos, reúne tropas, equipajes, cuadras, levanta ejércitos y se me opone siempre.»

38. Así ó de parecida manera solía hablarme Filipo de Demóstenes, considerando como singular fortuna el que no se pusiera enfrente del ejército un hombre cuyos discursos, como arietes y catapultas movidos desde Atenas, quebrantaban y destruían sus proyectos. Después de la batalla de Queronea (1), no cesaba de recordar el extremo peligro á que nos expuso Demóstenes: «Si, contra lo esperado, decía, la ineptitud de los generales, la insubordinación de los soldados y la impensada fortuna que tantas veces nos ha ayudado, no nos hubiesen dado la victoria, Demóstenes en aquella sola jornada hubiera puesto en trance dificultoso mi poder y mi vida, reuniendo contra mí las ciu-

(1) Se verificó el 2 de Agosto del 338 antes de Cristo.

dades más importantes y todas las fuerzas griegas, los Atenienses, los Tebanos y demás Beocios, los Corintios, los Eubeos, los Megarenses, obligando, en una palabra, á todo lo más temible de Grecia á formar un sólo haz ante el peligro común para impedir la entrada en el Ática.»

39. Así hablaba continuamente de Demóstenes. Cuando le decían que el pueblo ateniense era temible enemigo, contestaba: «Mi único enemigo es Demóstenes. Los Atenienses sin Demóstenes serían Enianos y Tesalios.» Cuando enviaba embajadores á otras ciudades y los Atenienses enviaban por su parte cualquier otro orador, la embajada de Filipo vencía fácilmente; pero si se le oponía Demóstenes: «Nuestra embajada es inútil, decía; es imposible triunfar de la elocuencia de ese hombre.»

40. Esto decía Filipo. Y yo, tan inferior en todo al gran monarca ¿qué piensas que hubiera hecho de Demóstenes si lo hubiera prendido? ¿Enviarlo como un buey al matadero, ó nombrarlo mi consejero en las cosas de Grecia y de mis propios Estados? Su conducta política me inspiraba ya una simpatía natural, aumentada por el testimonio de Aristóteles. A Alejandro y á mí nos decía continuamente este filósofo, que de sus numerosos discípulos ninguno le había causado tanta admiración como Demóstenes, por la grandeza del carácter, la aplicación á los ejercicios, la gravedad, la vivacidad, la franqueza y la constancia.

41. «Vosotros, decía, le creéis un Eubulo, un Frinón ó un Filócrates; procuráis ganáros con presentes la voluntad de un hombre que gasta su patrimonio en socorrer las necesidades particulares y públicas de los Atenienses, y perdida la esperanza de lograrlo, ¿pensáis reducir por terror á quien tanto hace que está decidido á sacrificar su vida en aras de la patria?

Cuando vitupera vuestros actos os indignáis contra él, que no consentiría humillarse al mismo pueblo ateniense. No veis, añadía, que gobierna por puro patriotismo y que hace de la política un verdadero ejercicio filosófico.»

42. Por esto deseaba ardientemente su amistad, y y conocer sus opiniones respecto á las circunstancias actuales. Apartando cuantas veces fuera preciso la turba de mis constantes aduladores, hubiera oído la verdad franca y desnuda y el consejo de una persona fidedigna y desinteresada, y hasta hubiera creído justo hacerle notar la ingratitud de los Atenienses á quienes sacrificaba la vida, cuando podía tener amigos más agradecidos y fieles.

ARQUIAS.—Todo menos eso, Príncipe: su amor á Atenas rayaba en locura.

ANTIPATRO.—Así era: ¿para qué hablar más? Dime cómo ha muerto.

43. ARQUIAS.—Creo que aumentará tu asombro. Nosotros, que le hemos visto, no nos asombramos menos, ni deja de parecernos ahora tan increíble como cuando le veíamos. Como de sus preparativos se colige, debía hacer tiempo que había determinado el fin de su vida. Estaba sentado en el interior del templo y repetíamos inútilmente las palabras de los anteriores días.

ANTIPATRO.—¿Cuáles eran?

ARQUIAS.—Le hablaba de tu clemencia y le prometía tu perdón, no porque creyese que se lo habías de otorgar, pues te juzgaba enojado, sino como argumento para persuadirlo.

ANTIPATRO.—¿Cómo acogía tus palabras? Nada me ocultes. Hubiera querido estar presente y oírlas por mí mismo. Nada omitas. Es gran cosa conocer el carácter de un grande hombre en los últimos momentos

de su vida. ¿Desmayó y cedió, ó conservó la nunca doblegada entereza de su alma?

44. ARQUIAS.—No desmayó. ¡Qué desmayar! Sonrióse suavemente, y aludiendo á mi profesión primera (1), me dijo que hacía muy mal de histrión de tus mentiras.

ANTIPATRO.—¿Se mató, pues, por desconfianza en mis promesas?

ARQUIAS.—No. Si quieres oír lo restante, verás que no fué sólo por desconfianza. Pero puesto que me mandas referírtelo todo: «Para los Macedonios, dijo, no hay nada sagrado: no sería extraño, pues, que cogiesen á Demóstenes como á Anfípolis, Olinto y Oropo.» Dijo muchas cosas semejantes, pues llevé secretarios que te levantasen acta de sus palabras. «No es, añadió, por miedo á los tormentos ó á la muerte por lo que no quiero comparecer ante Antípastro. Si es verdad lo que dices, debo sobre todo guardarme de dar á entender que debo la vida á sus promesas, y parecer que abandono las filas griegas en que yo mismo me alisté, para pasarme á las macedonias.

45. »Hermoso fuera deber la vida al Pireo, á la trireme que regalé á la patria, á los muros y fosos hechos á mis expensas, á la tribu Pandiónica de que he sido corega generoso, á Solón, á Dracón, á mi tribunicia franqueza, á la libertad del pueblo, á los decretos militares, á las leyes marítimas, á las virtudes de los antepasados, á los trofeos de nuestras victorias, á la bondad de los conciudadanos que me han coronado tantas veces, al poder de los Griegos, á quienes hasta ahora he salvado. Deber la vida á la misericordia ajena sería una humillación; pero una humillación que

(1) De histrión ó comediante.

aceptaría si esa misericordia fuese de los compatriotas que he redimido de la esclavitud, de los padres cuyas hijas he dotado, y de los deudores á quienes he pagado las deudas.

46. »Mas ya que ni el poder de las islas ni el del mar pueden salvarme, á tí, Neptuno, te pido mi salvación; á tí, á este altar y á sus sagradas leyes. Y si Neptuno, continuó, no puede proteger el asilo de su templo y no se avergüenza de ponerme en manos de Arquias, moriré antes que adular á Antípatro como si fuese un numen. Podría hallar en Macedonia amigos más leales que en Atenas; podría participar de vuestra fortuna equiparándome á Demades, Píteas y Calídemo; podría, aunque tarde, cambiar de destino si no respetase á Codro y á las hijas de Erectéo. Pero no quiero ser tráfuga de la Fortuna y mudar de campamento. La muerte es asilo seguro á donde nunca llega la deshonra. Y ahora, Arquias, por lo que á mi respecta, no deshonraré á Atenas aceptando de grado la esclavitud y renunciando á la libertad, el más bello ornamento de mi tumba.

47. »Debes recordar, prosiguió, aquellos nobles versos de un autor de tragedias (1):

Ella al morir, para guardar decoro
Al caer, arregló su vestidura.

Esto hizo una doncella, y ¿preferirá Demóstenes vida deshonrada á honrosa muerte, olvidando lo que Jenócrates y Platón han escrito de la inmortalidad del alma?» Profirió amargas palabras sobre los que se hacen insolentes con la fortuna. Pero á ¿qué decirte más? Acabé por suplicarle y por amenazarle sucesivamente, mezclando palabras suaves y severas: «Si fuese Ar-

(1) Eurípides, *Hécuba*, v. 568.

quias, dijo, me persuadiría; pero soy Demóstenes: perdona, amigo mío, que no sea capaz de una bajeza.»

48. Entonces, sólo entonces, me decidí á llevarlo por fuerza. Lo observó, y sonriéndose y mirando á Neptuno: «Arquias, dijo, cree sin duda que las armas, los trirremes, los muros, los ejércitos y las tropas son los únicos refugios de las almas; desprecia mis aprestos, aunque Ilirios, Tribalos y Macedonios no podrían arrollarlos porque son más seguros que aquella muralla de madera (1) declarada inexpugnable por el numen. Con esta precaución he gobernado sin miedo la república, con ella he atacado sin temor á Macedonia, con ella he desafiado antes á Euctemón, á Aristogitón, á Piteas, á Calimedonte y á Filipo, y desafío ahora á Arquias.

49. »No me toquéis, añadió. En lo que de mí dependa no se profanará este recinto. Dejadme adorar al dios y os seguiré de grado.» Confié en su promesa: le vi llevar la mano á la boca y me figuré que era para adorar á Neptuno.

ANTIPATRO.—¿Pues para qué era?

ARQUIAS.—Por una esclava sometida al tormento averiguamos después que hacía tiempo llevaba consigo un tósigo para procurarse la libertad quitándose la vida. Casi no había salido del templo cuando, mirándome: «Lleva esto á Antipatro, dijo; no llevarás á Demóstenes. No, lo juro por los que.....» Parecióme que iba á añadir: «Murieron en Maratón.»

50. «¡Adiós!» nos dijo, y murió. Tal es, oh Príncipe, el resultado del asedio en que tuvimos á Demóstenes.

ANTIPATRO.—¡Fin digno de Demóstenes! ¡Alma invencible y dichosa! ¡Noble resolución! ¡Previsión ver-

(1) Aludía el oráculo á las naves.

daderamente varonil la de tener siempre á mano la prenda de su libertad! A las Islas Bienaventuradas, donde viven los héroes, partió ya por los caminos que conducen á las almas á los cielos. Allá se sentará junto á Júpiter Liberador. Enviaremos á Atenas su cadaver, monumento más precioso para aquella tierra que el de los que perecieron en Maratón.

LXXIV.

LA ASAMBLEA DE LOS DIOSES.

JÚPITER, MERCURIO Y MOMO.

1. JÚPITER.—No murmuréis más, augustos dioses. No forméis corros en los rincones. No os quejéis al oído de la indignidad de muchos comensales. Se os ha convocado para el caso. Exponga francamente cada uno su opinión y sus quejas. Tú, Mercurio, haz la legal convocatoria.

MERCURIO.—¡Atención! ¡Silencio! ¿Quién de los dioses, autorizados (1) por la ley, desea hacer uso de la palabra? Se abre discusión sobre los extranjeros y metecos.

MOMO.—Yo, Júpiter, si me permites hablar.

JÚPITER.—La convocatoria te da derecho á hacerlo: por tanto no te hace falta mi permiso.

2. MOMO.—Digo, pues, que obran muy mal algunos de los nuestros, á quienes no basta haber pasado de hombres á dioses. Creen que mientras no nivelen con nosotros á sus siervos y criados nada grande ni vale-

(1) En Atenas sólo podían arengar al pueblo en asuntos políticos los ciudadanos mayores de cincuenta años.

roso han hecho. Permitidme hablar libremente. No me es posible otra cosa. Todos saben que soy suelto de lengua. No puedo callar ante una cosa mala. Manifiesto francamente mi opinión, sin disimular nada por miedo ó por vergüenza. A muchos les soy por esto insoportable; me juzgan de aviesa condición y me llaman acusador público. Pero ya que la convocatoria me autoriza y tú, Júpiter, me concedes permiso para hablar, hablaré sin empacho.

3. Muchos, como decía, no satisfechos con la admisión á nuestras juntas y banquetes, á pesar de ser semimortales, han subido al cielo una multitud de criados y danzantes y los han inscrito fraudulentamente. Estos intrusos participan ahora de las distribuciones y sacrificios, sin habernos pagado el tributo de los metecos (1).

JÚPITER.—Nada de enigmas, Momo. Habla con claridad y sin ambages y citando nombres. Tus palabras son ambiguas, abarcan á muchos y pueden aplicarse indistintamente á uno ó á otro. Un orador que se precia de franco no debe andar en reticencias.

4. MOMO.—Bien haces en excitarme á hablar con franqueza. Tu conducta es verdaderamente magnánima y regia. Voy, pues, á citar nombres. Baco, el el ilustre Baco, ese semihombre, griego sólo por parte de su madre, nieto de un tal Cadmo, comerciante de Sirio-Fenicia, ha obtenido la deificación. No necesito hablar de su mitra, de su beodez y de su porte: á vista de todos están también su afeminación, su semilocura y su olor á vino desde que el día empieza. Pero sí diré que se ha traído una fratria entera, un coro completo, y ha deificado á Pan, á Sileno y á los Sátiros, hombres

(1) Los *metecos* debían, según las leyes atenienses, pagar anualmente un tributo de doce dracmas, al cual se llamaba *μετοίκιον*.

rústicos, cabreros casi todos, bailarines de formas extrañas: uno cornudo, caprípedo y barbón, apenas se diferencia de un chivo: otro viejo, calvo y romo, casi siempre caballero en un asno, es natural de Lidia. Los Sátiros tienen orejas puntiagudas, frente calva y cuernos como de cabritos, y son oriundos de Frigia. Todos tienen cola. Ved qué dioses tan galanes nos trae ese Baco.

5. ¿Nos admiraremos ya de que nos desprecien los hombres viendo dioses tan monstruosos y ridículos? No hablo de dos mujeres que también nos ha traído. Una Ariadna, su querida, cuya corona ha colocado en el coro de los astros: otra Erígone, hija del labrador Icaro. Pero lo más ridículo, oh dioses, es que también nos ha traído la perra de Erígone para que la pobre muchacha no se entristezca si no tiene en el cielo la adorada perrilla. ¿No es esto un insulto, una insensatez de borracho, una ridiculez indigna? Escuchad de otros.

6. JÚPITER.—No hables de Hércules ni de Esculapio. Veo á dónde te arrastra la palabra. De éstos, uno cura y salva de las enfermedades

Y vale como muchos (1),

y el otro, Hércules, mi hijo, se ha ganado con trabajos la inmortalidad. No los acuses, pues.

MOMO.—Así lo haré, en tu obsequio, aunque tenía abundante materia, y sólo me permitiré decir que tienen señales de quemaduras. Ahora, si hay libertad para hablar contra tí, tengo que hacerte graves cargos.

JÚPITER.—¿Á mí? Libertad completa tienes. ¿Vas á acusarme de intrusión?

(1) Alusión á Homero, *Iliada*, XI, v. 514.

MOMO.—No eso, sino otras cosas dicen de tí en Creta, y enseñan tu sepulcro (1). Pero yo no doy crédito á los Cretenses ni á los Egienses de Acaya, que te llaman hijo supuesto.

7. Pasó á cargos más graves, á mi juicio. Origen de estas infracciones y causa de la introducción en nuestras juntas de esos elementos bastardos eres tú mismo, Júpiter, con tu incesante comercio con las mortales, á cuyo lado bajas en una ú otra forma, haciéndonos temer, cuando eres toro, que te cojan y te inmolen, y cuando eres oro, que te funda algún platero y tengamos, en vez de Júpiter, un collar, una pulsera ó unos pendientes. Así nos ha llenado el cielo de todos esos semidioses; semidioses, sí: no puedo darles otro nombre. Y es ridículo, por vida mía, saber de pronto que Hércules ha sido hecho dios, mientras Euristeo, su amo, ha muerto como todos los hombres, y ver el templo del esclavo Hércules erigido junto á la tumba de su dueño Euristeo. De igual modo Baco es dios en Tebas, y sus primos Penteo, Acteón y Learco son los más desdichados de los hombres.

8. Desde el momento en que, por tus relaciones con las mortales, franqueaste la puerta á esa gente, te han imitado todos los dioses y, lo que es peor, las diosas. ¿Quién no conoce á Anquises, Titón, Endimión, Jasión y los otros? Pero no hablaré de esto; sería interminable mi capítulo de cargos.

JÚPITER.—Nada de Ganimedes. Me incomodaré si, con motivo de su familia, afliges al muchacho.

MOMO.—¿Deberé hablaros del águila, que también está en el cielo, y, posada en tu cetro real y con el nido casi en tu cabeza, puede pasar por un numen? ¿Ó callaré, en obsequio á Ganimedes?

(1) Cf. *Timón*, 4.

9. Pero ¿y Atis y Coribas y Sabazio, de dónde nos han venido? ¿Y el meda Mitres con su traje persa, y su tiara, y su ignorancia del griego, de manera que cuando se brinda á su salud no comprende una palabra? En vista de esto, los Escitas y los Getas no se cuidan de nosotros y deifican á gusto á Zamolxis, por ejemplo, un esclavo inscrito en nuestro registro, que se nos ha colado no sé cómo.

10. Pero todo lo dicho es tolerable. Mas tú, Egipcio de cara de perro, envuelto en cincuenta sábanas, ¿quién eres, ladrador, y cómo pretendes ser un numen? ¿Qué quiere ese manchado toro de Menfis con su culto, sus profecías y sus sacerdotes? Vergüenza me daría hablar de los ibis, monos, chivos y demás númenes todavía más ridículos con que el Egipto nos ha inundado. No sé cómo podéis tolerar que les den igual ó quizá mayor culto que á vosotros. Y tú, Júpiter, ¿cómo sufres los cuernos de carnero que te plantan en la frente?

11. JÚPITER.—Es verdaderamente vergonzoso lo que hacen los Egipcios. Pero considera que casi todos son enigmas de que no debes burlarte sin estar iniciado.

Momo.—Sin duda es necesaria la iniciación, para saber qué dioses son dioses y qué cinocéfalos son cinocéfalos.

JÚPITER.—Deja ya el culto de los Egipcios. Trataremos de él en otra ocasión con más espacio. Habla de los otros.

12. Momo.—Hablaré de Trofonio, y, sobre todo, porque es lo que más me sofoca, de ese Anfíloco, hijo de un execrable parricida, que elevado á la categoría de dios profetiza en Cilicia, engañando á todo el mundo por ganarse dos óbolos. Desde entonces, tu celebridad ha desaparecido, augur Apolo, pues toda piedra y todo altar regado de aceite ó coronado de

flores da oráculos á manta en cuanto encuentra, lo que nunca deja de suceder, un charlatán que lo explota. La estatua del atleta Polídamas cura á los calenturientos en Olimpia, y la de Teágenes en Taso; Héctor es honrado con sacrificios en Troya, y enfrente, en el Quersoneso, lo es Protesilao. Desde que nos hemos multiplicado de este modo, aumentan los sacrilegios y perjurios y se nos desprecia con muchísima razón.

13. Esto tocante á dioses bastardos é inscritos á espaldas de la ley. Respecto á otros nombres extranjeros de cosas que ni existen entre nosotros ni pueden realmente existir, me causan extremada risa cuando á diario las oigo nombrar. ¿Dónde están la Virtud, la Naturaleza, el Hado y la Fortuna, nombres de cosas contradictorias y fantásticas, invención de filósofos estúpidos? Pero, aunque inventados al azar, sobrecogen de tal manera á los imbéciles, que ya nadie nos ofrece sacrificios, sabiendo que, aunque inmole diez mil hecatombes, no dejará la Fortuna de cumplir el decreto de los Hados y lo que el huso de las Parcas ha hilado á cada cual. Quería saber, oh Júpiter, si has visto en alguna parte á la Virtud, á la Naturaleza ó al Hado. Indudablemente los habrás oído nombrar en las discusiones de los filósofos, á no ser sordo hasta el punto de no oír sus destempladas voces. Mucho me queda por decir, pero concluyo. Observo que mis palabras molestan á la mayoría. Muchos las silban, sobre todo aquellos á quienes mi libertad ofende.

14. Si Júpiter me lo permite, acabaré con la lectura de un decreto que tengo escrito sobre el asunto.

JÚPITER.—Lee. No son infundadas todas tus acusaciones. Es preciso poner coto á estos abusos para que no vayan aumentando.

Momo.—Pues principio. Dice así:

«DECRETO.

»¡Para buena fortuna! En asamblea legítimamente reunida el siete del corriente mes, siendo Júpiter prítano, Neptuno proedra, Apolo epístata, y Momo, hijo de la Noche, secretario (1), se presentó por el Sueño la siguiente proposición: Resultando que muchos extranjeros, no sólo griegos, sino bárbaros, indignos de participar con vosotros los derechos de la ciudadanía celeste, se han hecho inscribir fraudulentamente en nuestros registros, ingiriéndose, no se sabe cómo, entre los dioses;—Resultando que un aluvión de gente tumultuosa y de diferentes procedencias é idiomas, ha invadido el cielo y ha atestado los banquetes olímpicos;—Resultando que el néctar y la ambrosía, agotados por la multitud de bebedores, escasean, hasta el punto de costarnos una mina el cotilo;—Resultando que la soberbia de estos intrusos ha llegado á expulsar de sus puestos á los númenes verdaderos y legítimos, arrogándose, contra la costumbre nacional, asiento preferente en el convíte, y pretendiendo igual prelación en los honores terrestres.

15. »Por todo lo cual, el Senado y el pueblo decretan la celebración, en el solsticio de invierno, de una nueva asamblea en el Olimpo. Se elegirán siete cuestores de entre los dioses antiguos, tres del Senado de Saturno y cuatro, entre ellos Júpiter, de los doce dioses. Estos cuestores se constituirán en sesión,

(1) El Atica se hallaba dividida en 174 distritos, agrupados en 10 tribus. Cada tribu enviaba 50 representantes al Senado, que se dividía en diez secciones ó pritanías, cada una de las cuales ejercía el gobierno durante treinta y cinco días. Los 50 individuos de la sección en funciones se llamaban *Pritanos*. Entre sus atribuciones estaba la de presidir la Asamblea del pueblo. Los *Proedras* eran los jefes de cada tribu. Los *Epistatas* eran jefes del Senado ó asesores de los presidentes.

previo el legal juramento por la Estigia. Mercurio, mediante convocatoria, citará á todos los que se creen con derecho á sentarse en el consejo de los dioses. Los solicitantes presentarán testigos jurados y justificantes de su linaje. Comparecerán uno á uno ante los cuestores, y éstos, previo maduro examen del asunto, los declararán dioses ó los volverán á los sepulcros y monumentos de sus antepasados. El que una vez rechazado y eliminado por los cuestores fuese cogido entrando al Cielo, será precipitado al Tártaro.

16. »Cada dios se dedicará exclusivamente á su empleo: no curará Minerva, ni profetizará Esculapio, ni Apolo desempeñará simultáneamente tantos cargos: elegirá uno, y será sólo adivino, citarista ó médico.

17. »Se prohíbe á los filósofos inventar nombres nuevos y decir sandeces sobre lo que no conocen.

18. »De todo templo ó altar, cuyo numen sea declarado intruso, se quitará la estatua de la falsa deidad y se colocará la de Júpiter, la de Juno, la de Apolo ó la de cualquiera otro dios legítimo. A los expulsados se les podrá erigir por su ciudad una estela ó un túmulo. El que no obedezca á la citación y no se presente á los cuestores, será condenado en rebeldía.»

Este es nuestro decreto.

19. JÚPITER.—Es muy justo. Levante la mano todo el que así lo crea. O más bien, ejecútese en seguida, pues veo muchos que no han de levantar la mano. Ahora retiraos. Cuando Mercurio haga la citación, acudiréis trayendo vuestros justificantes y pruebas. Los nombres del padre y de la madre, de la tribu y de la fratria, y nota del cómo y porqué de vuestra apoteosis. Si no se exhiben estos documentos, no se cuidarán los cuestores de que el recurrente posea un gran templo en la tierra y pase por dios entre los hombres.

LXXV.

EL CÍNICO.

LICINO Y EL CÍNICO.

1. LICINO.—Eh, tú, ¿por qué te dejas esas greñas y esa barba, y andas en cueros, sin túnica y descalzo, y vives nómada, silvestre y ferozmente, negando al cuerpo lo que le da todo el mundo, yendo de acá para allá, durmiendo en la dura tierra y vistiendo un manto sucio, que de todo tiene menos de suave, florido y delicado?

EL CÍNICO.—Porque no lo necesito. Tal cual es me lo procuro fácilmente; no me molesta, y, sobre todo, me basta.

2. Pero, dime por todos los dioses, ¿no es un vicio el lujo?

LICINO.—Sí.

EL CÍNICO.—¿No es virtud la economía?

LICINO.—Seguramente.

EL CÍNICO.—Pues entonces, ¿por qué al verme vivir más económicamente que los demás hombres, y á los demás hombres vivir más lujosamente que yo, me atacas á mí y no á los otros?

LICINO.—Porque no creo que vives más económicamente que los demás, sino más pobremente, ó, por

mejor decir, con la mayor escasez é indigencia. No te diferencias en nada del mendigo que pide el pan de cada día.

3. EL CÍNICO.—¿Quieres que examinemos, ya que ha salido la conversación, qué es la indigencia y qué es lo necesario?

LICINO.—Bien, si te place.

EL CÍNICO.—¿Lo necesario no es lo que basta á cada cual, ó es á tu juicio cosa distinta?

LICINO.—Es lo que has dicho.

EL CÍNICO.—¿Y la indigencia no es la falta de lo que cada cual necesita?

LICINO.—Sin duda.

EL CÍNICO.—Luego yo no estoy en la indigencia, puesto que nada me falta.

4. LICINO.—¿Cómo lo pruebas?

EL CÍNICO.—Haciéndote considerar sobre el destino de las cosas que necesitamos. La casa, por ejemplo, ¿no es para cubrirnos?

LICINO.—Sí.

EL CÍNICO.—¿Y el vestido? ¿No es también para cubrirnos?

LICINO.—Sí.

EL CÍNICO.—¿Y para qué nos cubrimos? ¿No es para estar mejor cubiertos?

LICINO.—Así me parece.

EL CÍNICO.—Ahora bien; ¿crees que mis pies están peor descubiertos?

LICINO.—No lo sé.

EL CÍNICO.—Vas á saberlo. ¿Cuál es el oficio de los pies?

LICINO.—Andar.

EL CÍNICO.—¿Crees que mis pies andan peor que los de otros?

LICINO.—No lo creo.

EL CÍNICO.—Por consiguiente, si no hacen peor su oficio, no son tampoco peores.

LICINO.—Acaso.

EL CÍNICO.—Luego en lo referente á los pies, no te parezco de peor condición que los demás hombres.

LICINO.—No me pareces.

EL CÍNICO.—Ahora bien; ¿el resto de mi cuerpo te parece peor que el de los demás hombres? Si fuese peor, sería más débil, pues la fuerza es la virtud del cuerpo. ¿Te parece, pues, más débil?

LICINO.—No lo parece.

EL CÍNICO.—Luego ni mis pies ni mi cuerpo necesitan estar cubiertos. Si lo necesitasen, estarían deteriorados. La necesidad es siempre un mal y deteriora las cosas que la sufren. Pero mi cuerpo no parece mal nutrido porque le alimento de manjares groseros.

LICINO.—Está á la vista.

EL CÍNICO.—No estaría fuerte si se nutriese mal, porque la mala comida estropea los cuerpos.

LICINO.—Cierto.

5. EL CÍNICO.—¿Por qué, pues, si es así, censuras mi método de vida y lo consideras miserable?

LICINO.—Porque la naturaleza, honrada por tí, y los altos dioses nos han puesto en medio de la tierra, haciéndola producir bienes sin cuento para satisfacción, no sólo de nuestras necesidades, sino de nuestros deleites; pero tú te privas de todos ó de la mayor parte y no gozas de ninguno, equiparándote á las bestias: bebes agua como los animales; comes lo que encuentras, como los perros; no tienes mejor cama que éstos; duermes sobre un poco de paja, y gastas un manto como no lo llevaría un mendigo. Si tu proceder es discreto, los dioses no lo han sido al dar lana á las ovejas y dulce vino á las vides, y al proporcionarnos en admirable variedad, aceite, miel y demás

para que tengamos manjares de toda especie, bebidas sabrosas, riqueza abundante, lechos blandos, casas bellas y demás cosas maravillosamente preparadas, porque las obras de arte son también un presente de los dioses. La vida, privada de estos bienes, es una verdadera desdicha, aunque la privación, como á los presos sucede, sea impuesta por otro; pero cuando se la impone uno mismo, la desdicha es mayor, ó más bien no es desdicha, sino locura evidente.

6. EL CÍNICO.—Quizá tengas razón. Pero contesta: si un hombre opulento, afable y dadivoso invitase á un festín á muchas personas de todas clases y países, débiles ó robustas, sirviéndoles abundantes platos de variadas especies, y uno de los convidados arrebatase y devorase todo lo puesto á su alcance y lo remoto, la porción de los débiles y la de los robustos, y teniendo un solo estómago, para cuya satisfacción poco basta, se expusiera á morir con el prodigioso hartazgo, ¿qué opinión formarías de este glotón? ¿Te parecería hombre sensato?

LICINO.—No.

EL CÍNICO.—¿Moderado?

LICINO.—Tampoco.

7. EL CÍNICO.—Pues bien; si un comensal del mismo festín, sin atender á la multitud y variedad de platos, eligiese el más próximo, suficiente para su necesidad, comiese de él moderadamente y no probase de otro, ni mirase siquiera á los de los demás, ¿no lo creerías más prudente y sensato?

LICINO.—Seguramente.

EL CÍNICO.—¿Comprendes ya, ó será necesario que te explique?

LICINO.—Explica.

EL CÍNICO.—Dios es como este rico dadivoso. Nos presenta muchos y variados alimentos, apropiados á

nuestras respectivas necesidades. Unos para los sanos, otros para los enfermos, otros para los débiles y otros para los robustos; y nos los presenta, no para que comamos todos de todos, sino para que cada cual coma de los que tiene más cerca, y entre éstos sólo de los que le sean más necesarios.

8. Vosotros, con vuestra insaciable intemperancia, sois idénticos al glotón que se apodera de todos los manjares: queréis comer de todos; no os satisfacen los de vuestra tierra ni los de vuestros mares; compráis el placer en los últimos confines del mundo; preferís lo extranjero á lo de casa, lo costoso á lo barato, lo difícil de conseguir á lo de fácil logro, y la vida, en fin, entre agitaciones y torturas á una existencia tranquila y sosegada. Toda esa aparatosa y magnífica felicidad con que os recreáis, os cuesta á la postre infinitas miserias y trabajos. El codiciado oro, la plata, las habitaciones suntuosas, los vestidos fabricados con industria, considera, si quieres, lo que traen consigo. ¡Cuántas dificultades, cuántos trabajos y cuántos peligros para comprarlos! ó más bien ¡cuánta sangre, cuántos homicidios y cuántas matanzas! Muchos sufren y perecen en viajes por mar y en excavaciones para hallar estos objetos, y muchos en las edificaciones peligrosas, y, por otra parte, ¡qué de guerras y de emboscadas de amigos contra amigos, de hijos contra padres y de mujeres contra sus esposos! [Por oro debió vender Erifile á su marido.]

9. Pero la naturaleza de estos objetos es tal, que las túnicas de ricos colores no dan más calor, los palacios de artesones dorados no dan más abrigo, los vasos de oro y plata no mejoran las bebidas y los lechos de marfil no brindan mejor sueño. Al contrario, muchas veces verás á los dichosos sin poder conciliar el

sueño entre las magníficas colchas de sus lechos ebúrneos. Los manjares buscados con tanta solicitud tampoco los alimentan mejor. ¿Habrá necesidad de decir que debilitan y enferman vuestros cuerpos?

10. ¿A qué hablar del doble oficio en los placeres de Venus? Pues á fe que es fácil calmar este apetito no queriendo echárselas de delicado. Pero no es sólo en el amor donde se deja ver la locura y extravío de los hombres: invierten ya el destino de las cosas, y las usan contra lo dispuesto por la naturaleza, como si alguno quisiera ir en lecho en vez de en carro.

LICINO.—¿Quién es ese?

EL CÍNICO.—Vosotros, que empleáis á vuestros semejantes para bestias de carga, obligándoles á llevar sobre el cuello esas literas que os sirven de carros. Tendidos muellemente en ellas, los guiáis como si fuesen asnos, mandándoles con las riendas dirigirse á un lado ó á otro. Los que más hacéis esto, pasáis por más dichosos.

11. Y los que no satisfechos con usar para alimento las carnes, las emplean para la fabricación de colores, como los tintoreros de púrpura, ¿no abusan del destino natural que Dios ha dado á las cosas?

LICINO.—No. La púrpura puede servir de tinte, como de comida.

EL CÍNICO.—Pero no ha sido criada para eso. Lo mismo podría usarse una copa por marmita, pero no ha sido hecha con ese objeto. ¿Sería posible describir toda la miseria encerrada en esos bienes? No, porque es incalculable. Y, sin embargo, porque no quiero participar de ella, me reprendes. Yo vivo como mi convidado prudente, me alimento de lo que está á mi alcance, uso manjares sencillos, y no apetezco los de otros países.

12. Si por necesitar de poco y vivir frugalmente te

parezco que vivo como las bestias, los dioses, según tu razonamiento, son inferiores á los irracionales, porque nada necesitan. Para que comprendas mejor lo que es tener pocas y muchas necesidades, considera que los niños tienen más necesidades que los adultos, las mujeres que los hombres, los enfermos que los sanos, y, en una palabra, lo débil más que lo fuerte. Por eso los dioses no experimentan ninguna, y muy pocas los que se aproximan á los dioses.

13. ¿Crees tú que á Hércules, el más fuerte de los hombres, varón divino, justamente deificado, le obligó la miseria á andar desnudo, con su piel de león y falta de las cosas que tenéis por necesarias? No era, por vida mía, desdichado el héroe que libraba á los demás del infortunio, ni pobre el señor de tierra y mares: á donde quiera que le arrastraba su valor, allá vencía á todos, y nunca topó con otro igual ni mejor, mientras vivió entre los hombres. ¿O crees que le faltaban vestidos y calzado y que por eso andaba errante? Es absurda esa hipótesis: era moderado y sufrido; quería vencer, y no ser quebrantado por la molicie. ¿Su discípulo Teseo no era rey de Atenas, hijo de Neptuno, al decir de la gente, y el más valeroso de su tiempo?

14. Quiso, no obstante, caminar sin calzado, andar desnudo y dejarse los cabellos y la barba: y no él sólo, sino todos los antiguos. Eran, sin embargo, más fuertes que vosotros, y antes que ellos, se hubieran dejado rasurar los leones. Creían que la finura y suavidad de la piel eran propias de mujeres: ellos, como eran hombres, querían parecer lo que eran: consideraban la barba un adorno de la virilidad, como la crín y la melena lo son de caballos y leones, embellecidos por la mano de Dios con este adorno. Para lo mismo dió á los hombres la barba. Yo quiero rivalizar

con estos hombres antiguos é imitarlos: respecto á los presentes, no les envidio la decantada felicidad que puedan proporcionarles sus mesas, sus vestidos y su costumbre de afeitarse y depilarse todas las partes de su cuerpo, sin dejar ni las más secretas tal cual las ha producido la naturaleza.

15. Deseo que mis pies sean á modo del casco del caballo, como los del centauro Quirón; deseo no tener más necesidad de colchas que los leones, ni precisión de viandas más delicadas que los perros. Querría tener por lecho cómodo la tierra, por casa el universo, por comida lo más fácil de hallar. ¡Nunca ni mis amigos ni yo necesitemos de oro ó plata! Todos los males del hombre, disensiones, guerras, emboscadas, muertes, nacen de la codicia. Su origen no es otro que el afán de tener más. ¡Lejos de mí esa locura, y el afán de atesorar! ¡Ojalá vea sin dolor menguarse todo mi haber!

16. Conoces mi sistema, diametralmente opuesto á la ordinaria manera de pensar: no es de extrañar, pues, que estando mi pensamiento tan alejado de lo común, difiera tanto de lo común en mi exterior. Admírame que tú, convencido de que el citarista necesita traje especial, el flautista vestido especial, y el histrión trágico rozagante túnica, no admitas que el virtuoso tenga traje y manera propia de vestir, y pretendas que su exterior sea igual al del vulgo, cuando el vulgo no practica la virtud. Si á los buenos conviene traje propio, ¿cuál más adecuado que el enteramente contrario al de los hombres corrompidos y al que éstos manifiestan más aversión?

17. De ahí mi catadura; por eso me presento sucio, erizado de pelos, derrotado de manto, melenudo y descalzo; la vuestra, en cambio, es idéntica á la de los bardajes, de quienes ni por el color y finura de las te-

las, ni por la multitud de las túnicas, ni por la hechura de manto y zapatos, ni por el peinado y perfumes se os puede distinguir. Oléis como ellos, vosotros los más felices de los hombres. Y un hombre que huele á bardaje, ¿qué es lo que puede valer? Sois tan débiles como ellos para el trabajo y tan esclavos como ellos del placer; coméis, dormís y andáis como ellos, ó, por mejor decir, no andáis, preferís que hombres ó bestias de carga os lleven como fardos, mientras á mí me llevan á donde quiero mis pies. Yo puedo resistir el frío y el calor, y no me quejo nunca de estas inclemencias del cielo, porque no me las hace sentir la necesidad. A vosotros os hace el vicio no estar contentos de nada; os quejáis de todo, no queréis las cosas que tenéis, anheláis las que no están á vuestro alcance, en invierno deseáis el verano y en verano el invierno, quisierais frío cuando hace calor y calor cuando hace frío; siempre impertinentes como los enfermos y quejosos de vuestra suerte; lo que la enfermedad en aquéllos, lo produce el hábito en vosotros.

18. Pretendéis, con todo, reformar y corregir nuestra conducta, suponiéndola errónea muchas veces. La vuestra sí que es loca y desconsiderada: nunca la rigen el juicio y la razón, sino la pasión y la rutina. Sois como personas que la corriente arrastra; á donde va el agua allá van ellas; así os arrastran las pasiones. Os sucede lo que á uno que montó en no domado potró: llevábalo arrebatadamente el animal y no podía apearse. Encontróle casualmente un amigo: «¿Adónde vas?» le preguntó. «A donde quiera», le contestó señalando al caballo. Si yo os preguntase: «¿Adónde vais?» y fuese sincera vuestra contestación: «A donde quieran nuestras pasiones, deberíais responderme; á donde quieran sucesivamente el placer, la ambición, la codicia, la cólera, el miedo ó cualquiera otro

de los desenfrenados apetitos que nos arrastran.» Porque no es un solo corcel el que montáis, sino muchos y todos indómitos. Os llevan á despeñaderos y abismos, y antes de caer no presumís la caída.

19. Este manto de que os burláis, esta cabellera y este aspecto tienen la virtud de hacerme vivir en dulce tranquilidad, de permitirme obrar como se me antoje y alternar con quien quiero. Ignorantes y necios, no hay uno que se me acerque espantado de mi aspecto; la gente delicada huye de mí de lejos, y en cambio se aproximan los hombres afables, bondadosos y amigos de los buenos. Estos son los que más se me acercan, y con su conversación y trato gozo. Las puertas de los que llamáis afortunados no soy yo quien las honro; las áureas coronas y la púrpura son para mí como humo, y me río de sus amos.

20. El exterior de que te burlas no sólo es el conveniente á los hombres virtuosos, sino á los mismos dioses. Para acabar de comprenderlo mira las estatuas de los númenes y dime si se parecen más á mí ó á vosotros. Y no mires sólo las de los dioses griegos, sino las de los bárbaros, y dime si son barbudos y melenudos como yo, ó si están esculpidos ó pintados sin cabello y sin barba. Verás también que casi todos están, como yo, sin túnica. ¿Cómo, pues, te atreverás todavía á despreciar un exterior con que se honran los dioses?

LXXVI.

EL PSEUDOSOFISTA Ó EL SOLECISTA (1).

LICINO Y EL SOLECISTA.

1. LICINO.—Quien advierte que otro comete solecismos, ¿no ha de poder evitarlos?

EL SOLECISTA.—Así me parece.

LICINO.—Quien no puede evitarlos, ¿no es incapaz de advertir los que otros cometen?

EL SOLECISTA.—Es indudable.

LICINO.—Y de tí, ¿qué diremos? ¿Cometes ó no cometes solecismos?

EL SOLECISTA.—Fuera muy ignorante si los cometiese á mis años.

LICINO.—Luego eres capaz de coger en flagrante delito al que los comete, y de declararlo convicto, aunque los niegue.

EL SOLECISTA.—No lo dudo.

LICINO.—Pues cógeme en flagrante delito de solecismo: ahora lo *perpetraré* (2).

(1) El asunto de este diálogo son, como el título lo indica, solecismos y faltas gramaticales de que no es posible dar en la traducción exacta idea. Hemos procurado sustituir las incorrecciones griegas por otras castellanas, explicando en las notas la sustitución, para que los lectores puedan subsanar las infidelidades por necesidad cometidas.

(2) ἄρτι σολοικιῶ. El solecismo está en usar ἄρτι con futuro. El dialecto ático sólo empleaba esa partícula con presente ó pretérito.

EL SOLECISTA.—Venga.

LICINO.—He consumado el crimen y no lo has advertido.

EL SOLECISTA.—¿Te burlas?

LICINO.—¡No, por los dioses! He cometido un solecismo; no te has dado guarda y no lo has advertido. Atención otra vez: sostengo que no lo entiendes porque *apercibes* unas cosas y no *apercibes* (1) otras.

EL SOLECISTA.—Habla.

LICINO.—Ahora mismo lo he hecho solecistamente y no lo has advertido.

EL SOLECISTA.—¿Cómo, si no dices nada?

LICINO.—Hablo y cometo solecismos, pero tú no los persigues. ¡Quiera el cielo que *podieras* (2) hallarlos!

2. EL SOLECISTA.—¿Que se me pueda escapar un solecismo! Es mucho decir eso.

LICINO.—Tres (3) he dicho y se te han escapado. Mira si se te puede escapar uno.

EL SOLECISTA.—¿Qué tres?

LICINO.—Los tres talluditos.

EL SOLECISTA.—Yo creo que te burlas.

LICINO.—Y yo que no percibes las faltas de gramática.

EL SOLECISTA.—¿Cómo he de percibirías si nadie las comete.

LICINO.—He cometido cuatro y no lo has conocido. *Si las habrías conocido*, hubiera sido grande tu victoria (4).

(1) En vez de "Α μὲν οἶσθα, ἃ δ' οὐκ οἶσθα" debiera usar para la fórmula disyuntiva τινὰ μὲν, τινὰ δέ.

(2) El solecismo del original consiste en emplear ὄφελον con futuro de indicativo.

(3) El primero ἄρτι; el segundo ἃ μὲν, ἃ δέ; el tercero ὄφελον.

(4) El cuarto solecismo consiste en una falta de concórdancia. Licino dice Μέγα (neutro) de ἀθλον (masculino).

EL SOLECISTA.—No grande, pero sí necesaria.

LICINO.—Pues tampoco ahora has caído en la cuenta.

EL SOLECISTA.—¿Cuándo?

LICINO.—Ahora mismo, cuando te hablaba de la gran victoria.

EL SOLECISTA.—No sé qué quieres decir.

LICINO.—Tienes razón, no sabes. Retrocede á lo anterior, ya que no quieres seguirme. *Si querrias* (1), me habrias seguido.

EL SOLECISTA.—Ya quiero, pero no has dicho nada de lo que suelen decir los que cometen solecismos.

3. LICINO.—¿Sin duda te parecen mínimas las faltas que hé cometido? Sígueme, pues, ya que no adviertes si me tuerzo.

EL SOLECISTA.—Te juro por todos los dioses que nada he advertido.

LICINO.—He dejado *rodar* (2) el gazapo. ¿Se te ha escapado? Pues bien fácil es verlo. *Si no pescaría* (3) este gazapo, caerán muchos en la red sin que los veas.

EL SOLECISTA.—Los veré.

LICINO.—No los has visto.

EL SOLECISTA.—Es pasmoso.

LICINO.—La excesiva erudición *te se* indigesta. Por eso no me has cogido *infraganti* cuando he colocado mal los dos pronombres (4).

4. EL SOLECISTA.—No entiendo lo que dices; pero te aseguro que he cogido á muchos en solecismo.

LICINO.—A mi me cogerás cuando te vuelvas niño

(1) Συνήσων por συνήκας ἄν.

(2) Θεῖν λαγῶ por Θεεῖν λαγων.

(3) Γενόμενοι λαγῶ por γενόμενοι λαγοί.

(4) Διέφθορας (*te perjudicas*) debiera ir seguido de τίνα, ó si no, reemplazarlo por διεφθάρης.

que *lacte á la nodriza* (1). O si no adviertes que incurro ahora en solecismo, los niños al *acrecer* (2), cometerán uno que también se te vaya.

EL SOLECISTA.—Es corto.

LICINO.—Si ignoramos esto, no entenderemos nada de otras cosas, pues también se te ha escapado otro solecismo. No digas, por consiguiente, que eres capaz de coger en flagrante solecismo á quien los comete é incapaz de cometerlos.

5. Yo te lo aconsejo. Sócrates de Mopso, con quien he tratado en Egipto, corregía los solecismos sin dureza y rigor. Nunca reprendía las faltas. Si se le preguntaba: «¿A qué hora [*por cuándo*] sales?» (3)—«¿Quién, replicaba, puede responder si saldrá hoy?» A otro que le dijo: «Tengo mi hijuela» (4).—«Hubiera jurado, repuso, que no tenías familia.»—«Es compatriota (5) mío», dijo otro.—«No sabíamos que eras extranjero», le respondió. A otro que dijo: «He ahí la embriaguez» (6).—«¿Hablas de tu madre ó qué quieres decir?»—«*Reasumen*», decía otro.—«Mal haces, le replicaba, en doblar á los que se toman el trabajo de *asumir*.» (7). Otro quería decir: «Mente bastante», pero intercaló detrás de la M una i.—«Pues si miente, interrumpió Sócrates, no se le debe creer» (8). A otro,

(1) El autor juega del vocablo con *θηλάζω* en el doble sentido de *lactare* y *lactere*.

(2) Se hace lo mismo con *αὐξάνοντα*.

(3) *Πηνίκα* significa *¿á qué hora?* El solecismo consiste en usarlo en sentido de *¿cuándo?*

(4) *Ἰκανὰ ἔχω τα πατρῶα*, en vez de *τὰ πάτρια*.

(5) *Πατριώτης* es voz bárbara: la frase castiza es *πολίτης ἔστι μοι*.

(6) *Μεθύσης* en ático sólo se usa en femenino. En el texto se aplica al masculino.

(7) El inusitado *Εκλελογχότας* (con duplicación de *ἐκλέγω*, *elegir*) por *ἐξειληχότας*.

(8) *Λῆμμα* (*provecho*) por *λήμα* (*ánimo, resolución*).

que señalando á un amigo suyo: «Ahí viene, dijo, la *juventud*» (1).—«¿Y tú, saltó Sócrates, injurias á los amigos?» A uno que decía: «*Aterro* (2) al enemigo y huyo de él.»—«Entonces, repuso, cuando *temas* á un hombre le perseguirás.» A otro que decía: «El más sumo de mis amigos» (3).—«Será gracioso, replicaba, eso superior á lo sumo.» Habiendo dicho alguno: «*Me voy*»—(4). ¿Por dónde? le replicó.—«*Sobre la superficie*», dijo otro.—«Sobre la superficie, repuso Sócrates, como sobre un tonel.»—«*Me ha ordenado*», decía una persona.—«También Jenofonte, replicaba, ordenó su batallón.» A otro que decía: «*Lo había cercado* para ocultarme» (5).—«Es maravilloso, repuso, que siendo uno lo hayas podido cercar.—«*Rivalizaba con él*», decía otro, por «*Era comparado con él*» (6).—«Pues entonces eran distintos», dijo Sócrates por vía de corrección.»

6. También solía reprender urbanamente á los solecistas por exceso de aticismo. A quien decía: «A nosotros nos parece bueno» (7).—«Entonces también dirás, á nosotros nos equivocamos.»—«A uno que contando con mucha seriedad un hecho de su patria: «Esta mujer, decía, enlazada á Hércules.....»—«¿Y Hér-

(1) Μείραξ (lit.: *joven, adolescente*) sólo se usaba en femenino en el dialecto ático; con artículo masculino, como lo usa el interlocutor de Sócrates, era sinónimo de bardaje. Traducimos *la juventud* para acercarnos algo al original.

(2) El yerro está en dar á δεδίπτομαι, *aterrar*, el significado de *temer*.

(3) Κορυφαϊότατος es un superlativo tan inadmisible como el correspondiente latino *summissimus*.

(4) Ἐξορμῶ, *yo salgo*: los Aticos no lo empleaban sino en sentido de *empujar ó expulsar*.

(5) Περιέστην, en sentido de *rodear*, es vicioso cuando quien *rodea ó cerca* es uno solo.

(6) Συνεκρίνετο αὐτῷ.

(7) El solecismo del original consiste en decir νοῖ por νοῖν.

cules no estaba enlazado (1) á la mujer?» A otro que decía: «Voy á esquilarme» (2).—«¿Qué mal has hecho para imponerte esa infamia?» A otro que, hablando de discusión amistosa, decía: «Voy á habérmelas....» (3).—«¿Con los enemigos?» añadía el burlón.—«Sufre la tortura» (4), decía otro de su hijo enfermo.—«¿Pues qué quieren que confiese?» replicó.—«Aguanta (5) en la instrucción.»—«Platón, decía Sócrates, llama á eso progresar.» Preguntóle uno: «¿Se declamará?» (6) en vez de «¿Declamarás?.....»—«¿Quieres saber si yo declamaré, contestó, y preguntas si otros declamarán?»

7. Habiéndole dicho un imitador de los Áticos «τεθνήξει» [*morirás*] en vez de usar la tercera persona:—«Más valiera, dijo Sócrates, que no te las echases de Atico, y no empleases la ominosa dicción». A uno que le dijo: Στοχίσομαι αὐτοῦ (*lo apunto*) queriendo decir: «Le perdono:»—«¿Acaso, contestó, has errado al tirar?» A uno que dijo: ἀφιστᾶν, y á otro que dijo: ἀφιστάνειν [*por ἀφιστάναι, inducir á la defección*]:—«No conozco, dijo, á ninguno de los dos.» A otro que usaba la frase «*A menos excepto que.*»—«Nos regalas á pares», le interrumpió con sal. Empleaba otro χρᾶσθαι [*por χρῆσθαι, usar*].—«Falso aticismo», exclamó:—«En entonces», decía otro.—«Está muy bien hablar á la antigua, dijo,

(1) Μίγνυμαι se usa para expresar las relaciones del hombre con la mujer.

(2) Καρῆναι era término injurioso; debiera decir κείρασθαι, cortarse el cabello.

(3) Ζυγομαχεῖν indica *luchar*, más bien que *discutir* pacíficamente.

(4) Βασανίζεσθαι tiene, entre otras acepciones, la de *someter al tormento judicial*, y nunca se aplicaba á los dolores producidos por las enfermedades.

(5) Προκόπτει (*aprovecha*), cuando el vocablo propio hubiera sido el verbo επιδιδόναι (*progresar*).

(6) Μελετήσει por μελετήσεται.

pues Platón decía «desde entonces» (1). Dijo otro: ἰδοῦ por ἰδέ [he ahí]:—«Empleas, dijo Sócrates, una palabra por otra.»—A otro que usaba ἀντιλαμβάνομαι [percibo, por συνίημι, entiendo]:—«Me pasma, le dijo, que queriendo desempeñar papel principal, se quede en el segundo.»—βραδύιον (2) [más lento], decía otro.—«¿Acaso es lo mismo τάχιον? [más pronto]». A otro que decía: «convenible.»—«Conveniente, no es tan anticuado como piensas» (3).—Otro decía: «Δέλοισχα por εἰληχα [he conseguido por la suerte].»—«La falta no es muy grande, pero existe.» A muchos que dicen ἵπτασθαι (volar), por ξίτεσθαι:—«No hay duda, dijo, de que esa palabra viene de πτήσις (vuelo).» Habiendo dicho uno, por echárselas de ático, «palomo» en vez de «paloma:»—«Acabaremos, dijo Sócrates, por llamarla ganso.»—Otro contaba que había comido lentejuelas (4).—«¿Es posible, exclamó donosamente, que se coman esas cosas?» Pero basta de Sócrates de Mopso.

8. Volvamos, si te parece, á la discusión primera. Iré citando los solecismos más notables. Tú los conocerás en seguida. Creo que ahora no te será difícil después de haber oído tantos.

EL SOLECISTA.—Quizá no pueda seguirte, pero dílos.

LICINO.—¿No has de poder? La puerta abre hacia tí (5) para que puedas conocerlos.

(1) Platón decía correctamente εἰ; τότε. El imitador indiscreto se cree autorizado á decir ἐκ τότε (desde entonces), lo cual ya no es ático.

(2) Por βραδύτερον.

(3) El arcaísmo original es Βαρεῖν por Βαρύνειν (cargar).

(4) Φακὸν (vaso de forma lenticular) por φακῆν (lenteja). Lit: «Otro contaba que había comido un vaso.—¿Es posible que haya quien coma un vaso?» No sé si las lentejuelas (hablo de las de talco) se conocerían en tiempo de Luciano; pero el lector perdonará el anacronismo, si le hay, en gracia al objeto con que se ha cometido. Creo, por otra parte, que la cosa no merece la pena de largas disquisiciones sobre invención de las lentejuelas.

(5) Ἄνεώςε σοι, en vez de ἀνεώπται σοι.

EL SOLECISTA.—Empieza, pues.

LICINO.—Ya he empezado.

EL SOLECISTA.—No he advertido nada.

LICINO.—¿No has advertido el *abre hacia tí?*

EL SOLECISTA.—No.

LICINO.—¿Qué va á ser de nosotros si no sigues ahora mis palabras? Volviendo á lo que al principio has dicho, creía que llamaba *los caballeros* (1) al llano. ¿Pero no has conocido *estos caballeros?* Sin duda no te cuidas de lo que se te dice y de lo que *entre sí* (2) debatimos.

EL SOLECISTA.—Ya me cuido; pero tú atacas en la sombra.

9. LICINO.—¡En la sombra, cuando digo *entre sí* hablando de nosotros! ¿Dónde hay cosa más clara? No hay dios, fuera de Apolo, que pueda curarte la ignorancia. *Oraculiza* (3) á cuantos le consultan, pero tú no entiendes sus oráculos.

EL SOLECISTA.—No; te lo juro: no los he entendido.

LICINO.—¿Se te escapan, pues *sendos* (4) solecismos?

EL SOLECISTA.—Así parece.

LICINO.—Este «sendos», ¿cómo se te ha escapado?

EL SOLECISTA.—No lo he advertido.

LICINO.—¿Pero conoces á alguno que quiera *maridar?* (5)

EL SOLECISTA.—¿A qué viene eso?

LICINO.—A que quien quiera maridar tiene que cometer un solecismo.

(1) Ἰππεῖς, *caballeros*, en vez de ἵππέας, que era el acusativo empleado en el estilo correcto.

(2) El solecismo castellano *entre sí*, tratándose de nosotros, equivale al κατὰ σφᾶς del texto.

(3) Μαντεύεται, *profetizar*, no era castizo en ático.

(4) Καθ' εἷς (*ad unus*) por καθ' ἓνα (*ad unum*).

(5) Μνηστεύεσθαι sólo se dice de las mujeres que van á casarse. Respecto á los hombres es impropio.

EL SOLECISTA.—¿Pero qué tiene que ver con el asunto el que quien desee maridar cometa solecismos?

LICINO.—Tiene el que se ignora lo que se presumía saber. Eso es lo que tiene que ver. Y si, al pasar te dice alguno que se divorcia de su mujer, ¿se lo permitirás?

EL SOLECISTA.—¿Por qué no he de permitirselo si tiene razón?

LICINO.—Y si te lo dice cometiendo un solecismo (1), ¿se lo permitirás?

EL SOLECISTA.—No.

LICINO.—Dices bien: un solecista es indigno de perdón; pero debe advertírsele para que no vuelva á pecar. Y si uno dice que *da golpazo á la puerta* al entrar y que *llama* en la puerta al salir (2), ¿qué opinión formarás de él?

EL SOLECISTA.—¡Yo! Ninguna; que ha querido entrar y salir.

LICINO.—Pues yo opino que quien no advierte diferencia entre *dar golpazo* y *llamar* es un gran ignorante.

EL SOLECISTA.—Y tú un gran insolente.

LICINO.—¿Qué dices? ¡Insolente yo! Ahora *me habría hecho*, discutiendo contigo. Paréceme que en este «*me habría hecho*» (3) hay un solecismo que no has advertido.

10. EL SOLECISTA.—¡Acaba ya, por Minerva! Dime alguno que comprenda.

(1) El solecismo consiste en emplear ἀπολείπειν hablando de separación solicitada por el hombre, pues este verbo designaba la demandada por la mujer.

(2) Ψορεῖν, *sonar la puerta*, se decía de los que salían, y κόπτειν de los que *llamaban* al entrar.

(3) Νῦν δὴ γενήσομαι, en vez de νῦν δὴ γένομαι, pues νῦν δὴ no se puede construir con futuro.

LICINO.—¿Cómo lo comprenderás?

EL SOLECISTA.—Si cuando cometes un solecismo oculto me dices dónde está y en qué consiste la falta.

LICINO.—No, buen hombre. La conversación se haría interminable; pero si quieres hacerme preguntas sobre cada cosa, estoy enteramente á tus órdenes. Pasemos, si te place, á otro ejercicio. Por de pronto, la palabra ἄττα, que acabo de emplear, debe tener aquí espíritu suave y no espíritu áspero. Así está correctamente empleada después ἔτερτα, y es menos extraña. Hablemos ahora del ultraje que dices *te he inferido* [ὄβρισαι σε]. Si no hablase de este modo y dijese *á tí* [εἰς σέ], sería incorrecto.

EL SOLECISTA.—Nada tengo que decir.

LICINO.—Cuando digo σὲ ὄβρισειν te maltrato directamente con golpes, cadenas ó de otro modo; pero cuando digo εἰς σέ el ultraje es á algo que te atañe: así, el que ultraja á tu mujer te ultraja á tí [εἰς σέ], y lo mismo el que ultraja á tu hijo, á tu amigo, á tu esclavo ó á cualquier cosa de tu pertenencia. Platón, en su *Banquete*, dice en este sentido, á modo de proverbio, que cabe ultraje á las cosas.

EL SOLECISTA.—Comprendo la diferencia.

LICINO.—¿No comprendes también que quien *confunde* esto merece la imputación de solecista.

EL SOLECISTA.—Ahora lo comprendo.

LICINO.—Pero si en vez de «confunde» dijera *se confunde*, ¿qué te parece que dice?

EL SOLECISTA.—Me parece que dice lo mismo.

LICINO.—¿Cómo ha de ser lo mismo *confundir* y *confundirse* (1), lo bueno y lo malo, lo consciente y lo inconsciente [lo que existe y lo que no existe]?

(1) Luciano establece diferencia entre ὑπαλλάττειν y ἐναλλάττειν; al primero se refiere el término *hipálage*, y al segundo *enálage*.

EL SOLECISTA.—Comprendo: *confundir* es usar un término impropio en vez de uno propio, y *confundirse* es emplear unas veces el término propio y otras el contrario.

LICINO.—Hay otras observaciones muy amenas: *interesarse con alguno* es buscar la utilidad propia, é *interesarse por alguno* (1) significa deseo de servir á la persona por quien nos interesamos. Hay gentes que no se cuidan de estos matices, y otras que los observan escrupulosamente. El último sistema me parece preferible.

EL SOLECISTA.—Dices bien.

11. LICINO.—¿Conoces la diferencia entre καθίζεσθαι y καθίζειν, y entre κάθισον, κάθησο?

EL SOLECISTA.—No la conozco; pero te he oído decir que κάθίσθητι no era correcto.

LICINO.—Has oído bien. Digo que hay diferencia entre κάθισον y κάθησο.

EL SOLECISTA.—¿Cuál?

LICINO.—Se dice κάθισον (siéntate) al que está de pie, y κάθησο al que ya está sentado. Por ejemplo:

Sigue en tu silla, forastero; en otras
Nos sentaremos (2);

en vez de decir: toma asiento. Es, por consiguiente, una falta el introducir cambios en esto. ¿Te parece insignificante la diferencia entre ambas locuciones? Cuando digo á otros que se sienten, digo καθίζειν, y cuando hablo sólo de nosotros, καθίζεσθαι.

12. EL SOLECISTA.—Basta de esto: habla de otra cosa; conviene que me des lecciones.

(1) Corresponde la diferencia de la traducción á la que el original establece entre σπουδάζειν πρός τινα y σπουδάζειν περί τινα.

(2) *Odisea*, XVI, v. 44.

LICINO.—Porque si hablo de otra manera no me entiendes. ¿Sabes con exactitud lo que significa *ξυγγραφεύς*? (1)

EL SOLECISTA.—Después de tu explicación lo sé perfectamente.

LICINO.—Quizá creas también que *καταδουλοῦν* es idéntico á *καταδουλοῦσθαι*; pero yo veo entre ambos diferencia muy grande.

EL SOLECISTA.—¿Cuál?

LICINO.—*Καταδουλοῦν* se dice cuando uno hace esclavo á otro, y *καταδουλοῦσθαι* cuando es uno esclavo de sí mismo.

EL SOLECISTA.—Bien dicho.

LICINO.—Aun tienes mucho que aprender, á menos que te parezca que sabes, no sabiendo.

EL SOLECISTA.—No me parece.

LICINO.—Dejemos para otra ocasión lo restante, y terminemos el diálogo.

(1) Hay en el original una pequeña laguna. Probablemente explicaría Luciano el sentido de la palabra *ξυγγραφεύς*, que, aunque significa propiamente *escritor*, se halla usada en la acepción de *historiador* por los buenos autores.

LXXVII.

FILOPATRIS, Ó EL QUE SE INSTRUYE (1).

TRIEFÓN, CRITIAS Y CLEOLAO.

1. TRIEFÓN.—¿Qué es eso, Critias? Estás demudado; frunces profundamente el entrecejo, y, como zorro que medita ardides, revuelves pensamientos en la mente, ó usando las palabras del poeta (2):

Intensa palidez te cubre el rostro.

¿Has visto al tricípite can ó á Hécate saliendo del Infierno, ó has hallado por tu voluntad á algún numen? Tal estado no se explica ni aunque hubieras oído que nuevo diluvio, como el de Deucalión, iba á destruir el mundo. Hablo contigo, hermoso Critias. ¿No me oyes gritar? Hace tiempo que estoy á tu lado. ¿Estás enfadado conmigo? ¿Te has vuelto mudo? ¿Ó esperas á que te eche mano al pescuezo?

CRITIAS.—¡Oh Triefón! Acabo de oír un discurso

(1) Este diálogo, según opinión unánime de los críticos, es de autor más moderno que Luciano. Se supone obra de algún escritor del mismo nombre que vivió en tiempo de Juliano el Apóstata. El lector verá la inferioridad de su mérito.

(2) Homero, *Iliada*, I, v. 149.

largo, inextricable, lleno de laberintos; recuerdo aquellas necedades, y me tapo los oídos temeroso de que si las vuelvo á oír me petrifique y dé que hablar á los poetas como la Niobe de la fábula. Si no me hubieses gritado, el vértigo iba á precipitarme de cabeza en el abismo, y hubiera dado asunto á una historia como la del salto de Cleombroto de Ambracia (1).

2. TRIEFÓN.—¡Por Hércules! ¿qué maravillas no habrá visto ú oído Critias para trastornarse de ese modo? Sin fin de poetas inspirados y de milagreros filósofos te han hallado indiferente, y sus discursos te han parecido siempre puras necedades.

CRITIAS.—Detente un poco, Triefón, y no aumentes mis perplejidades. Nunca me has inspirado indiferencia ni desprecio.

TRIEFÓN.—Veo que no es de poca monta ni despreciable lo que en el pensamiento meditas, sino importante secreto. El color, la mirada á lo toro, el paso vacilante, el andar arriba y abajo, bien patentemente lo declaran. Respira ya: echa del cuerpo esas sandeces; no vayas á caer enfermo.

CRITIAS.—Huye, Triefón; apártate de mí cincuenta varas (2); mira no te levante el viento, y sirvas de espectáculo á la muchedumbre, y caigas como Ícaro, y des nombre á algún mar Triefonteyo. Los discursos que he oído á esos execrables sofistas me han hinchado terriblemente el vientre.

TRIEFÓN.—Huiré hasta donde quieras. Sopla á tu gusto.

CRITIAS.—¡Fu! ¡fu! ¡fu! ¡fu! ¡las sandeces! ¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh! ¡los terribles designios! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡las esperanzas necias!

(1) Vid. Cicerón, *Tusculanas*, I, 34.

(2) Lit. *un pletra*, ó sea 30 metros.

3. TRIEFÓN.—¡Oh, qué viento! ¡Cómo se ha llevado las nubes! El violento Céfiro agitaba ya las olas y tú has lanzado el Bóreas sobre la Propóntide; tanto, que las naves, levando anclas, zarpan hacia el Euxino (1), surcando el agua alborotada por tu viento. ¡Qué hinchazón la de tus intestinos! ¡Qué borborigmos! ¡Qué sacudidas te revolvían el vientre! Sin duda te hiciste todo oídos para poder oír tanto, y ¡prodigio estupendo! hasta con las uñas has escuchado.

CRITIAS.—Escuchar con las uñas no es tan prodigioso, amigo mío. ¿No has visto convertirse un muslo en vientre (2), parir una cabeza (3), transformarse, por obra de la naturaleza, el sexo masculino en femenino (4), y metamorfoseadas las mujeres (5)? El mundo entero, si crees á los poetas, es un puro prodigio. Pero

Ya que te he hallado en este sitio (6)

vamos á sentarnos en aquel ribazo. Los plátanos lo preservan del sol:ruiseñores y golondrinas gorjean allí deliciosamente. El melodioso canto de las aves acariciará nuestros oídos, y el susurro del manso arroyuelo nos tranquilizará el alma.

4. TRIEFÓN.—Vamos, Critias. Pero temo que haya algún sortilegio en lo que tú has oído. Mira no vaya tu estupenda turbación á convertirme en mano de mortero, en puerta ó en cualquier otro objeto.

CRITIAS.—Por el etéreo Júpiter te juro que no ha de sucederte eso.

TRIEFÓN.—Más me aterrás al jurar por Júpiter eté-

(1) Hoy *Mar Negro*.

(2) Alusión á la gestación de Baco en el muslo de Júpiter.

(3) Alusión al nacimiento de Minerva.

(4) Alusión á las metamorfosis de Salmacis, Ceneo y Tiresias.

(5) Alusión á Filomela, Procne y Alción.

(6) Homero, *Odisea*, xv, v. 260.

reo. ¿Qué pena te podrá imponer si eres perjuro? Porque me consta que sabes lo que es Júpiter.

CRITIAS.—¿Qué dices? ¿No puede Júpiter enviar al Tártaro? ¿No sabes que arrojó á todos los dioses del Olimpo, y que fulminó últimamente porque tronaba á Salmoneo y que ahora mismo castiga á los insolentes? ¿No es celebrado como vencedor de los Titanes y debelador de los gigantes en los poetas, y principalmente en Homero?

TRIEFÓN.—Has enumerado todas las proezas de Júpiter. Escucha, si te place. ¿No es él quien, arrastrado por la lujuria, se ha cambiado en cisne, en sátiro y en toro? Si no se hubiese llevado á su barragana huyendo á toda prisa por el Ponto, quizá le hubiese cogido algún gañán, y el tonante y fulminante Júpiter estaría hoy arando, y en vez de lanzar rayos sentiría las punzaduras de la aijada. Sus festines en Etiopía, donde pasa doce días enteros embriagándose con aquellos negrazos tostados por el sol, ¿no crees que debían avergonzar á un viejo de tanta barba? Lo del aguila y el Ida y el haber parido por todas las partes de su cuerpo, son cosas que por pudor me callo.

5. CRITIAS.—¿Juraré por Apolo? Este es médico y excelente profeta.

TRIEFÓN.—¿Ese falso adivino, causa, con la ambigüedad de sus oráculos, de la perdición de Creso, de los Salaminios y de cincuenta mil infelices?

6. CRITIAS.—Pues entonces por Neptuno. Tiene en las manos el trífido cetro; su voz es penetrante y terrible; su grito en la pelea equivale al de nueve mil ó diez mil combatientes (1). Una de sus advocaciones significa además «el quebrantador de la tierra» (2).

(1) Vid. *Iliada*, v, v. 860.

(2) *Ενοσίχθων*, *quebrantador de la tierra*, es epíteto constante de Neptuno en las poesías homéricas.

TRIEFÓN.—¿Por ese corruptor de Tiro (1), hija de Salmoneo, que cometió adulterio después, y es natural patrocinador de seductores y adúlteros? Cuando Marte fué cogido en una red y sujeto al lado de Venus con indisolubles lazos, todos los dioses callaban avergonzados del adulterio: sólo Neptuno, domador de corceles, llorando como niño temeroso del maestro, ó vieja á caza de muchachas inexpertas, pidió á Vulcano que soltase al adúltero (2). Compadecido el dios cojo del numen anciano, dió libertad á Marte. Neptuno es, por consiguiente, adúltero, puesto que liberta á los que cometen adulterio.

7. CRITIAS.—¿Y Mercurio?

TRIEFÓN.—¡Quita allá! No me hables del perverso esclavo del libidinosísimo Júpiter. Su mala condición le complica en todas las intrigas de mal género.

8. CRITIAS.—Preveo, por tu manera de expresarte, que no has de aceptar á Marte ni Venus. Los dejo, pues. Pero de Minerva, de la virgen, de la diosa armada y terrible que lleva sobre el pecho la cabeza de la Górgona, de la destructora de los gigantes, nada malo podrás decir.

TRIEFÓN.—Sí diré, como quieras responder á una pregunta.

CRITIAS.—Pregunta lo que quieras.

TRIEFÓN.—Dime, Critias, ¿para qué sirve la Górgona y por qué la lleva la diosa sobre el pecho?

CRITIAS.—Como espectáculo terrorífico y preservador de males. Aterra á los enemigos é inclina la victoria del lado que le parece.

TRIEFÓN.—¿Por eso es invencible la ojos-verdes? (3).

CRITIAS.—Sin duda.

(1) Vid. *Diálogos marinos*, XIII.

(2) Vid. *Odisea*, VIII.

(3) Epíteto con que se designa constantemente á Minerva.

TRIEFÓN.—¿Por qué, pues, no quemamos piernas de toros y cabras en honor de los que pueden preservarnos de males y no en honor de los mismos preservados? Así podríamos hacernos invencibles como Minerva.

CRITIAS.—No puede preservar de lejos como los dioses. Sólo tiene esta virtud para el que la lleva encima.

9. TRIEFÓN.—Pero, en resumidas cuentas, ¿qué es la Górgona? Deseo que me lo digas tú, que has hecho profundas investigaciones sobre la materia. Yo lo ignoro todo, menos el nombre.

CRITIAS.—Era una doncella muy hermosa y amable. Perseo, héroe valiente y mágico habilísimo, la venció con encantamientos y le cortó la cabeza, de la cual se hicieron un arma defensiva los dioses.

TRIEFÓN.—Ignoraba que los dioses tuvieran necesidad de los hombres. Es un hermoso detalle. Y en vida ¿qué utilidad prestaba? ¿Se prostituía en el lupanar público, ó comerciaba secretamente haciéndose pasar por doncella?

CRITIAS.—Te juro por el dios desconocido adorado en Atenas (1) que conservó la doncellez hasta que le cortaron la cabeza.

TRIEFÓN.—¿Y cortando la cabeza á una virgen se obtendría un espantagente semejante? Porque yo sé de diez mil vírgenes hechas cuartos

En Creta, por las olas rodeada (2).

Si hubiese conocido esa propiedad, ¡cuántas Górgonas te hubiera traído de Creta! Te hubiera convertido en general invencible. Los poetas y los oradores me hu-

(1) Vid. *Actas de los Apóstoles*, xvii, 23.

(2) Homero, *Odisea*, I, v. 90.

bieran puesto muy por encima de Perseo por haber encontrado muchas Górgonas.

10. A propósito de Creta, recuerdo ahora que sus naturales me enseñaron la tumba de Júpiter y las espesuras que alimentaron á su madre. Sus arbustos tienen perenne verdura.

CRITIAS.—Pero no conocías los conjuros y las ceremonias.

TRIEFÓN.—Si los conjuros pudiesen hacer esos portentos, podrían acaso arrancar del infierno á los difuntos y volverlos á la luz dulcísima. Pero todo eso son necedades, cuentos de niños, y fábulas inventadas por poetas. Dejémonos, pues, de Górgonas.

11. CRITIAS.—¿No admitirías á Juno, hermana y mujer de Júpiter?

TRIEFÓN.—Ni una palabra de esa unión infame. No hablemos de esa diosa de pies y manos extendidos.

12. CRITIAS.—¿Pues por quién he de jurar?

TRIEFÓN.

Por el gran Dios, eterno, omnipotente,
Y el Hijo y el Espíritu del Padre
Nacidos, uno en tres y tres en uno.
Este es Jove; no hay otro verdadero (1).

CRITIAS.—Me estás enseñando á contar: tu juramento es aritmética pura. Calculas como Nicómaco de Gerasa (2). No sé qué quieres decir con tu «uno en tres y tres en uno». ¿Hablas del cuaternario pitagórico (3), del octonario ó de la treintena?

¡Silencio! respetemos á los muertos (4).

(1) El último verso de esta fórmula de juramento es de Eurípides, *Fragments*.

(2) Filósofo pitagórico. Floreció hacia el 150 antes de Jesucristo. Fue natural de Gerasa, en Arabia, escritor de matemáticas y hábil músico.

(3) Vid. *Subasta de Vidas*, 4.

(4) De autor desconocido.

TRIEFÓN.—No se trata de medir el salto de una pulga (1). Te enseñaré lo que es el universo, lo que es el ser anterior al universo y lo que es el sistema del universo. Recientemente me ha ocurrido lo mismo que á tí hace poco. Hallé un Galileo (2), calvo y narigudo; había subido al tercer cielo, donde había aprendido las cosas más bellas. Nos renovó por medio del agua, nos rescató de la región de los impíos, y nos hizo andar sobre las huellas de los bienaventurados. Haré de tí un hombre de veras, si quieres escucharme.

13. CRITIAS.—Habla, sapientísimo Triefón; estoy lleno de espanto.

TRIEFÓN.—¿Has leído la comedia de Aristófanes titulada *Las Aves*?

CRITIAS.—Sí.

TRIEFÓN.—En ella se halla escrito lo siguiente (3):

El Caos y la Noche, el vasto Tártaro
Y el Erebo negrísimo existían;
Y aun no la Tierra, el Aire ni los Cielos.

CRITIAS.—Muy bien; ¿y después qué había?

TRIEFÓN.—Una luz pura, invisible é incomprensible (4), que disipó las tinieblas y ordenó el desorden. Una sola palabra le bastó (5), como dice el Tartajoso (6) en sus escritos, para condensar la tierra sobre las aguas, tender la bóveda celeste, formar las estrellas fijas y trazar las órbitas de las errantes que

(1) Vid. *Las Nubes* de Aristófanes.

(2) San Pablo, el apóstol de las gentes.

(3) Vid. nuestra traducción de *Las Aves*.

(4) Alusión al principio del *Evangelio* de San Juan.

(5) Alusión al principio del *Génesis*.

(6) Moisés, que se da á sí mismo este sobrenombre *kabarleschon*. (*Exodo*, IV, 10.)

tú adoras como dioses. Adornó de flores la tierra y sacó el hombre de la nada á la vida. De lo alto del cielo observa á los buenos y á los malos, y escribe las acciones de cada hombre en un libro (1). En un día determinado juzgará, según sus obras, á todos.

14. CRITIAS.—Lo que las Parcas hilan á cada mortal, ¿está escrito también en ese libro?

TRIEFÓN.—¿A qué te refieres?

CRITIAS.—Al Destino.

TRIEFÓN.—Habla tú de las Parcas, amigo Critias. Te escucho como si fuese tu discípulo.

CRITIAS.—¿No dice el ilustre Homero (2),

Ningún mortal evitará la Parca?

Hablando del grande Hércules, se expresa de este modo:

No pudo Alcides de la negra Parca
El decreto eludir, por más que fuese
Tan amado de Jove; que el Destino
Y de Juno la cólera terrible
Le quitaron la vida (3).

Dice también que la vida entera y todas sus mudanzas están reguladas por el Destino:

Sufrirá los dolores que las Parcas
Le hilaron al nacer desde el instante
En que salió del útero materno (4).

La detención sufrida en suelo extraño es también obra del Destino:

En que Eolo benévolo acogióle

(1) Alusión al *Apocalipsis*, XX, 12.

(2) *Iliada*, VI, v. 468.

(3) *Iliada*, XVIII, v. 117. La traducción es de Hermosilla.

(4) *Odisea*, VII, v. 119.

Y le ayudó á partir; pero la hora
Fatal de su regreso no era aquella (1).

El poeta testifica que todo depende de las Parcas,
puesto que Júpiter, no pudiendo

Libertar de la muerte dolorosa (2)

á su hijo Sarpedón,

Un rocío de sangre sobre el campo
Derramó de batalla; de este modo
Honrar queriendo al hijo que debía
De Troya en la llanura, y de su patria
Lejos, morir á manos de Patroclo (3).

Nada, pues, querrás decir de las Parcas, amigo Triefón, aun cuando, arrebatado á los cielos con tu profesor, hayas sido iniciado en sus arcanos.

15. TRIEFÓN.—¿ Pero cómo se explica que el mismo poeta hable de un destino doble, cuyos decretos son dudosos? Tanto, que si se hace tal cosa se obtiene tal resultado, y si se hace otra, el resultado es distinto. Por ejemplo, cuando dice Aquiles:

Por dos caminos á la triste muerte
Me puedo dirigir. Si permanezco
En torno á la ciudad de los Troyanos
Combatiendo, la vuelta á mis hogares
Me está negada; pero gloria eterna
Tengo segura. Si al país nativo
Torno, se acabará mi nombradía;
Pero en largo vivir será muy tarde
Cuando yo baje á la región obscura (4).

(1) *Odisea*, XXIII, 314.

(2) *Iliada*, XVI, v. 442.

(3) *Iliada*, XVI, v. 458. Traducción de Hermosilla.

(4) *Iliada*, IX, v. 411. Tr. de Hermosilla.

En otro trecho, á propósito de Euquenor, se expresa Homero de esta suerte:

Su destino sabia, y en las naves
Embarcóse, no obstante. Cuando joven
Su padre Poliido muchas veces
Le dijo que en su patria moriría
De muerte natural, ó de los Griegos,
Al pie de los bajeles por la flecha
De algún Troyano herido (1).

16. ¿No son estos versos de Homero? ¿No es esta una predicción falaz y de doble sentido? Añadiré, si te place, palabras del mismo Júpiter. ¿No dice á Egipto que si se abstiene del adulterio y de las asechanzas á Agamenón, el Hado le decreta larga vida, pero que si perpetra aquellos crímenes le amenaza prematura muerte? Así he vaticinado yo mil veces: «Si matas á tu vecino, decía, serás condenado á muerte: si no lo hicieres, vivirás dichoso, y la muerte

No cortará la trama de tu vida» (2).

¿Ves ya lo inexacto, ambiguo é infundado de la idea que los poetas tienen del Destino? Déjate, pues, de todo eso para que te inscriban en los celestes libros de los justos.

17. CRITIAS.—Vuelves con oportunidad al punto de partida. Responde á esta pregunta: ¿las acciones de los Escitas están escritas también en el celeste libro?

TRIEFÓN.—Todas, si hay algún justo entre esas gentes.

CRITIAS.—Muchos secretarios deberá haber en el cielo para escribir tantas cosas.

TRIEFÓN.—Para la lengua, y no te burles de un dios sapientísimo. Escúchame como dócil catecúmeno, si

(1) *Iliada*, XIII, v. 665. Tr. de Hermosilla.

(2) *Iliada*, IX, 416.

quieres alcanzar la vida eterna. Un dios que ha extendido como una piel la bóveda celeste, que ha condensado la tierra sobre las aguas, que ha formado las estrellas y ha sacado de la nada al hombre, ¿tiene algo de extraño que pueda escribir todas las acciones humanas? Cuando tú construyes una casita y llevas á ella criados y criadas, no se te oculta ninguna de sus acciones, y Dios, que ha hecho todo el universo, ¿no conocerá con mayor facilidad los pensamientos y las obras de cada hombre? Respecto á tus númenes, tiempo hace que los hombres de juicio los tienen por figurillas de cótabo (1).

18. CRITIAS.—Tienes muchísima razón, y me has metamorfoseado á la inversa que á Niobe. De columna me has convertido en hombre. Te juro, pues, por ese Dios, que ningún mal he de hacerte.

TRIEFÓN.—Si me amas cordialmente, no me hagas experimentar ningún cambio:

No tengas en las mientes una cosa
Y otra digan tus labios (2).

Dime ya ese maravilloso discurso, para que, á mi vez, palidezca y me turbe. No quisiera enmudecer como Niobe, sino transformarme en ruiseñor canoro para cantar en los prados tu inefable sorpresa.

CRITIAS.—Por el Hijo emanado del Padre, juro que no ha de sucederte otro tanto.

TRIEFÓN.—Recibe del Espíritu el don de la palabra, y comienza. Yo me siento

Y aguardo á que de Aquiles cese el canto (3).

19. CRITIAS.—Iba por la vía pública á comprar algunas cosas necesarias. Veo multitud de personas

(1) Vid. *Lexifanes*, 3.

(2) *Iliada*, XI, v. 313.

(3) *Iliada*, IX, v. 191.

hablándose tan bajo que las bocas de unas estaban pegadas á los oídos de las otras. Con la mano extendida sobre las cejas miro con toda la atención posible para ver si descubro algún amigo. Distingo por fin al empleado Cratón, amigo de la infancia y comensal asiduo.

TRIEFÓN.—Lo conozco. El contraste de pesas y medidas. ¿Y luego?

CRITIAS.—Llego á primera fila á fuerza de codazos, me acerco á Cratón y le doy los buenos días.

20. Un hediondo viejecito, llamado Cariceno, entre resoplidos y toses cavernosas, y después de arrojar un esputo más amarillo que la muerte: «Él, como ya os he dicho, exclamaba con voz débil, abolirá los derechos de contraste, devolverá sus créditos á los acreedores, pagará las deudas públicas y privadas, y hasta admitirá á los falsos profetas, sin juzgarlos por su habilidad en el arte.» Decía otras sandeces todavía mayores. Sus palabras agradaban á los circunstantes, que esperaban discursos nuevos.

21. Otro orador, llamado Clenocarmo, cubierto con un manto andrajosísimo, destocado y descalzo, dijo entonces castañeteando los dientes: «Un hombre mal vestido y de cabello corto, que acaba de venir de la montaña, me ha mostrado el nombre de ese libertador, grabado jeroglíficamente en el teatro: ha de anegar en oro la gran calle.» Aplicando las reglas de Aristandro y de Artemidoro: «Vuestros sueños, dije, no tendrán buen resultado: vuestras deudas aumentarán á proporción de la remisión que habéis soñado. Alguno que crea tener oro á montones, perderá hasta el último óbolo. Paréceme que os habéis dormido sobre la peña blanca (1) y en medio de la nación de

(1) Vid. Homero, *Odisea*, XXIV, v. 11.

los sueños, pues tantos habéis tenido en tan cortas noches.»

22. Soltaron todos la carcajada y estuvieron á punto de ahogarse de risa. Censuraron unánimemente mi ignorancia. Entonces dije á Cratón: «¿Acaso he tenido mal olfato, como la comedia dice, ó no he interpretado sus sueños, según los principios de Aristandro de Telmesa (1) y de Artemidoro de Efeso?» (2). «Cállate, me respondió; si prometes callar, te iniciaré en bellísimos misterios que habrán de cumplirse. Eso no son sueños, sino verdades, y se verificarán en el mes de Mésori» (3). Por estas palabras caí en cuenta y me avergoncé de mi vituperable ligereza. Me retiraba lleno de pesar y echando pestes contra Cratón, cuando uno de aquellos hombres, mirándome torvamente á lo Titán, me agarró por el manto y me hizo retroceder para entablar conversación conmigo, sugerido é instigado por aquel vejezuelo.

23. Después de alguna plática, persuadióme ¡pobre de mí! á acercarme á aquellos embaucadores, y, como suele decirse, á hacer aquel día nefasto. Me aseguró que estaba iniciado en todos sus misterios. Pasamos juntos

Las férreas puertas y el umbral de bronce (4),

y por una larga escalera de caracol llegamos á una cámara de dorado techo, como la de Menelao descrita por Homero (5). La examiné con la curiosidad del

(1) Adivino famoso en tiempo de Alejandro Magno.

(2) Intérprete de sueños en tiempo de Antonino Pío.

(3) Mes egipcio correspondiente á Agosto.

(4) *Iliada*, VIII, v. 15.

(5) *Odisea*, IV, v. 121.

joven isleño (1), y vi, no á Helena, por vida mía, sino á unos hombres pálidos, con la cabeza inclinada hacia el suelo. Manifestaron alegría, salieron á recibirnos y nos preguntaron si traíamos alguna mala nueva. Sólo, al parecer, esperan noticias tristes, y como Furias de teatro no se complacen más que con escenas luctuosas. Volviendo en seguida la cabeza unos hacia otros, se pusieron á cuchichear. Después me preguntaron:

«¿Quién eres, de qué pueblo, de qué padres? (2).

Pareces, juzgado por el aspecto, un hombre honrado.»
«Los hombres honrados, dije, escasean, á lo que veo, en todas partes. Me llamo Critias, y mi pueblo es el vuestro.»

24. Luégo, como si viviesen en el aire, me preguntaron lo que ocurría en la ciudad y en la tierra: «Todos se regocijan, respondí, y piensan regocijarse.» Ellos, frunciendo el ceño: «No hay tal, dijeron; la ciudad está preñada de desgracias.» Yo, como abundando en sus ideas: «Sin duda, repuse, levantados sobre la tierra, lo veis todo como de excelsa atalaya y lo observáis con mirada penetrante. ¿Qué ocurre en el éter? ¿Se eclipsará acaso el Sol y se sobrepondrá nuestro satélite? ¿Estará Marte en cuadratura con Júpiter? ¿Saturno se opondrá al Sol diametralmente? ¿Venus y Marte se pondrán en conjunción y engendrarán nue-

(1) Telémaco. Los asombros de Telémaco en casa de Menelao dieron mucho que pensar á los antiguos. Plutarco se creyó en el deber de reprenderlos agriamente; Luciano los ha citado ya dos veces en los opúsculos *De un salón*, 3, y *El Escita*, 9, (Vid. nuestra traducción de *La Odisea*, t. 1, página 339).

(2) *Odisea*, x, v. 325.

vos hermafroditas (1) de los que os gustan tanto? ¿Harán caer torrenciales lluvias? ¿Alfombrarán la tierra de copiosa nieve? ¿Enviarán granizadas, anublos, hambres y pestes? ¿Está llena la cesta de los rayos? ¿Se halla bien surtido el almacén de los truenos?

25. Ellos, con toda seguridad y aplomo, comenzaron á echar por la boca las sandeces de su gusto: «Todas las cosas cambiarán por completo; desórdenes y tumultos desorganizarán la ciudad, y nuestros ejércitos serán derrotados por el enemigo.» Vivamente indignado, y reventando de ira como encina verde en el fuego: «Basta, miserables, exclamé con violencia; basta de fanfarronerías; ¡estáis afilando los colmillos contra valerosos leones, cuyo pensamiento son siempre lanzas, flechas y cascos de cimera triple! Sobre vosotros, que tan mal auguráis para la patria, caerán esos males. En vuestras peregrinaciones aéreas no habéis oído semejante cosa. No me parecéis muy fuertes en la matemática. Pero si predicciones é imposturas os han inducido á ese error, vuestra estupidez es dos veces más grande. Todo eso no son sino cuentos de viejas y puerilidades; sólo las mujeres pueden creer en ellas.»

26. TRIEFÓN.—¿Qué contestaron aquellos rapados de cabellos y de ideas?

CRITIAS.—Hicieron caso omiso de mis invectivas, y apelaron á un hábil subterfugio: «Hemos ayunado diez días, respondieron; pasamos la noche en cantar himnos y soñamos esas cosas.»

TRIEFÓN.—¿Qué les replicaste? La respuesta fué excelente y de refutación difícil.

(1) Hermafrodita era hijo del matrimonio de Venus y Marte. La duplicidad de sexos se verificó cuando la ninfa Salmacis consiguió de los dioses el favor de no separarse nunca de su amado, y se cumplió á la letra el *erunt duo in carne una*.

CRITIAS.—Tranquilízate: no me dí por vencido, y les respondí perfectamente: «Luego es verdad, les dije, lo que en la ciudad se susurra de que esas cosas sólo las veis en sueños.» Ellos, sonriéndose sarcásticamente: «Sin embargo, contestaron, las vemos fuera del lecho.—Pues bien, les dije; aun en la hipótesis de que sean ciertas, jamás, almas etéreas, conoceréis con seguridad lo futuro: engañados por vuestros sueños, creéis en extravagancias que ni existen ni han de existir nunca. Fiados, no sé cómo, en esas visiones, deliráis prodigiosamente, detestáis de todo lo bueno y os gozáis en todo lo malo, sin lograr utilidad de vuestro odio. Dejaos, pues, de imaginaciones absurdas y de profecías y designios perversos, no sea que, en castigo á vuestras imprecaciones contra la patria, y para cumplir vuestros falaces pronósticos, os envíe algún numen al infierno.

27. Todos á una comenzaron entonces á lanzarme improperios. Te los repetiré, si quieres. Dejéronme mudo como un poste, hasta que tu voz saludable desató mis ya petrificados miembros y me volvió al ser de hombre.

TRIEFÓN.—Basta, Critias: no más necedades. Mira cómo se me ha hinchado el vientre: parezco una mujer preñada. Tus palabras me han mordido como un perro rabioso. Si no tomo un calmante para conseguir el olvido, su recuerdo fijo en mí me causará grave daño. Déjalos en paz: comencemos la oración por el Padre (1), y terminémosla por un canto lleno de adjetivos.

28. ¿Pero no es Cleolao aquel que baja á grandes y precipitados pasos? ¿Le llamaremos?

CRÍTIAS.—Sí.

(1) Parece aludir á la *Oración dominical*.

TRIEFÓN.—¡Cleolao!

No te alejes de aquí tan presuroso:
Acércate gozoso, si algo sabes (1)

CLEOLAO.—¡Felicidades á la buena pareja!

TRIEFÓN.—¿Por qué esa prisa? Estás jadeante. ¿Ha ocurrido algo nuevo?

CLEOLAO.

Cayó el orgullo persa, en otros tiempos
Tan celebrado, y la ciudad de Susa.
Toda la Arabia, por la fuerte mano
De ínclito triunfador al fin vencida,
Ha de caer también.

29. CRITIAS.—Esto es aquello de

Nunca Dios á los buenos abandona;
Siempre los corrobora en sus empresas.

Para nosotros, amigo Triefón, han mejorado los tiempos. Inquietábame lo que á mi muerte habría de dejar á mis hijos. Conoces mi pobreza, como yo conozco la tuya. Para nuestros hijos basta con que el Emperador viva: con él no nos faltarán riquezas, ni podrá amedrentarnos pueblo alguno.

TRIEFÓN.—Yo, Critias, dejo á mis hijos el placer de ver la destrucción de Babilonia, la sumisión de Egipto, la reducción á la esclavitud de los hijos de los Persas, la represión de las incursiones escíticas, ó ¡Dios lo quiera! su conclusión completa. Nosotros, que hemos hallado el Dios desconocido, adorado en Atenas, prosternémonos, tendamos á él las manos y démosle gracias por habernos considerado dignos de ser súbditos de tan excelente príncipe. Dejemos á los demás delirar á sus anchas y contentémonos con aplicarles el proverbial «No se le importa á Hipoclides» (2).

(1) Estos malos versos son de autor desconocido.

(2) Vid. *Apología de los que viven á sueldo*, al fin.

LXXVIII.

CARIDEMO Ó DE LA BELLEZA (1).

HERMIPO Y CARIDEMO.

1. HERMIPO.—Buscando solaz en los atractivos del campo, y sosiego para meditar la obra en que me ocupaba, paseaba ayer, amigo Caridemo, por los alrededores de la ciudad. Encontré á Próxeno, hijo de Epícrates, le saludé, como es costumbre, y le pregunté de dónde venía y adónde se encaminaba. Respondióme que salía á buscar su habitual esparcimiento, deseoso de respirar el aire puro, ligero y refrigerante de los campos, y que venía de un espléndido festín celebrado en el Pireo en casa del hijo de Epícares, Androcles, el cual había ofrecido á Mercurio un sacrificio en agradecimiento por el premio de la recitación ganado en las Diasias (2).

2. Añadió Próxeno que la fiesta había sido lo más distinguida y agradable, y que había habido diferen-

(1) Este diálogo, imitación del *Elogio de Helena* de Isócrates, es de autenticidad muy dudosa.

(2) Fiestas extramuros de Atenas en honor de Júpiter *Meliquio*. Se celebraban el 21 del mes *Antesterión* [nuestro Marzo próximamente]. Había otras *Diasias ecuestres*, ó cabalgatas en honor de la misma deidad, el 19 del Muniquión [Mayo].

tes elogios de la belleza. Próxeno, parte por la mala memoria natural en sus muchos años, parte por no haberlos oído completamente, no pudo referírmelo, pero me aseguró que tú lo harías fácilmente, por haber sido uno de los elogiadores y por haber oído á los demás durante todo el banquete.

CARIDEMO.—Así es, Hermipo; pero no me será fácil repetirte con detalles cuanto allí se ha dicho. En primer lugar, no era posible oirlo todo, por el mucho ruido que hacían comensales y criados; y, por otra parte, es de lo más difícil el recordar discursos pronunciados en festines. El vino, como sabes, hace perder la memoria, hasta á los que más feliz la tienen. Pero, por complacerte, haré cuanto pueda por recordar, y procuraré no omitir en mi narración nada de lo que recuerde.

3. HERMIPO.—Mucho te lo agradezco. Pero si antes de dar principio á tu narración quisieras decirme qué obra de Androcles le ha valido el premio y quiénes erais los invitados, tu amabilidad y mi agradecimiento serían completos.

CARIDEMO.—La obra de Androcles era un elogio de Hércules, escrito, según dijo el autor, por obedecer á un sueño. El vencido fué Diótimo de Megara, que le disputaba las espigas (1), ó más bien la gloria del vencimiento.

HERMIPO.—¿Qué obra leyó Diótimo?

CARIDEMO.—Un elogio de los Dióscuros. La intervención de Cástor y Pólux le había librado, según decía, de grandes peligros, y en agradecimiento había escrito su elogio. Ellos mismos se lo habían indicado al aparecerse en lo más apurado de una tempestad sobre la punta de un mástil.

(1) Como en nuestros juegos florales la flor natural ó la de oro.

4. Asistían á la cena muchos invitados, amigos ó parientes del victorioso; pero merecen ser citados, tanto por haber sido adorno del banquete, como por haber terciado en el elogio de la belleza, Filón, hijo de Dinias; Aristipo, hijo de Agástenes, y el que te habla. Al lado nuestro estaba colocado Cleónimo, el hermoso sobrino de Androcles, jovencito tierno y delicado, pero que parece dotado de ingenio, como dió á entender escuchándonos muy atentamente. Filón fué quien empezó á hablar de la belleza con el siguiente exordio.

HERMIPO.—No comiences el elogio sin decirme antes la ocasión que os movió á elegir ese asunto.

CARIDEMO.—Haces mal en detenerme, amigo mío. Podríamos retirarnos ya después de haberte referido todo. ¿Pero qué hacer siendo un amigo quien nos fuerza? Hay que ceder á todo.

5. Ya que deseas saber cuál fué el motivo de nuestros discursos, te diré que el mismo hermoso Cleónimo. Su tío Androcles y yo lo teníamos en medio. Varios convidados ignorantes hablaban mucho del adolescente y contemplaban su belleza llenos de entusiasmo. Casi todos, olvidados de lo demás, sólo se ocupaban ya en deshacerse en elogios. Aprobábamos aquel amor á la hermosura; unimos nuestros aplausos á los de los indoctos, y creímos que el dejarnos superar por ellos en hablar de estas cosas, en lo cual únicamente podemos superarlos, sería flojedad insignificante. Determinamos, pues, hablar de la belleza; pero sin citar el nombre del muchacho, para evitar así que su amor propio aumentase: decidimos también no hablar, como los otros, sin orden, y lo primero que se nos viniese á la boca, sino por turno, y cuanto sobre el particular nos sugiriese la memoria.

6. Filón comenzó en estos términos: «Fuerte cosa

sería que, procurando diariamente armonizar con la belleza todas nuestras acciones, no hablásemos de ella jamás, y permaneciéramos en silencio, como temerosos de elogiar, á pesar nuestro, un bien constantemente apetecido. ¿Cuadra á la elocuencia emplearse en cosas de poco momento y enmudecer ante la belleza misma? Para que las galas del discurso se conserven y realcen, ¿hay medio mejor que prescindir del resto y hablar de lo que es fin de todo? Mas porque no se crea que no se puede expresar lo que la belleza nos hace sentir y lo que en sí misma es, voy á manifestar en breves palabras mi opinión. Todos los hombres desean la belleza, pero pocos son dignos de su posesión. Los dueños de tal merced con justicia han pasado por mortales felicísimos, y los hombres y los dioses los han honrado á la par. Prueba al canto. Entre los héroes elevados á la categoría de inmortales, están Hércules, hijo de Júpiter, los Dióscuros y Helena; Hércules obtuvo aquella honra por su valor y Helena por su hermosura, que la hizo diosa, y deificó además á sus hermanos, que antes de la apotheosis de Helena habían sido relegados á los muertos.

7. »Examínense todos los mortales ascendidos á la categoría de dioses, y se verá que todos han sido hermosos. Por su hermosura participó de la ambrosía Pélope: Ganimedes, hijo de Dárdano, dominó de tal manera al soberano de los dioses, que éste no quiso confiar á ningún dios el rapto del muchacho: sólo de sí mismo se fió, y volando á la cumbre del Gárgaro en el Ida, se llevó á Ganímedes á donde en todo tiempo puede estar con él. Júpiter siempre ha tenido en tanta estimación la hermosura, que no sólo se ha dignado subir al cielo á los hermosos, sino que frecuentemente ha bajado á la tierra para vivir con sus amores. Transformado en cisne disfrutó de Leda; en forma de

toro verificó el rapto de Europa; en figura de Anfitrión engendró á Hércules, y podrían citarse mil astucias empleadas para conseguir el logro de sus amores.

8. »Lo grande y verdaderamente asombroso es que cuando Júpiter se dirige á los dioses (tocante á hombres ya se ha dicho que sólo habla á los hermosos) y cuando les arenga se muestra tan altivo y tan terrible, que, según el poeta nacional de los Griegos (1), la misma Juno, á pesar de su costumbre de llenarlo de improperios, se aterra á las primeras palabras y se da por feliz con que la cólera de Júpiter no pase de los dichos. Los demás dioses no experimentan menos terror cuando en las siguientes frases Júpiter les amenaza levantarlos con la tierra y los mares. Pues bien, cuando el terrible numen se acerca á los hermosos, es tan suave, tan afectuoso y tan complaciente, que á menudo, sin hablar de otras cosas, deja su forma verdadera por no desagradar al ser amado, y adopta otra muy bella y atractiva. ¡Tanto respeto y honor tributa á la belleza!

9. »Pero no es Júpiter el único dios vencido por la hermosura; no hay un solo numen que no haya sufrido su yugo. Digo esto, más que por acusar á Júpiter, por elogiar la belleza. Si se quiere examinar detenidamente el asunto, se verá que todos los dioses experimentan la misma pasión que Júpiter. Neptuno, por ejemplo, subyugado por Pélope, Apolo por Jacinto y Mercurio por Cadmo.

10. »Las diosas tampoco se avergüenzan de mostrarse sometidas. Parece, por el contrario, que tienen á punto de honra el publicar que se han entregado á este y al otro hermoso mortal. Cada una tiene funciones aisladas en el gobierno del mundo y nunca

(1) Homero.

se disputan sus atribuciones. Minerva guía á los guerreros al combate, y no disputa á Diana sus derechos sobre la caza: Diana, á su vez, jamás invade las atribuciones bélicas de Minerva: Juno patrocina las bodas y no se intrusa en lo privativo de Venus. Pero tocante á belleza, cada diosa está tan persuadida de la suya, que se cree superior á las otras. tanto, que la Discordia, queriendo enemistarlas, no halló medio mejor que hacerlas disputar sobre su hermosura, en la seguridad de que había de resultar lo que quería. Su razonamiento era hábil y exacto, y el hecho pone á la vista la excelencia de la hermosura. Recogida la manzana y leída la inscripción (1), cada diosa creyó que le correspondía: ninguna se atrevió á votar contra sí y á declararse menos bella. Acércanse á Júpiter, padre de dos y marido y hermano de la otra, y le piden que decida. Júpiter podía decidir cuál era más hermosa; pero como había entonces muchos bárbaros y griegos sabios y prudentes, nombró juez del asunto á Paris, hijo de Príamo, cuyo imparcial y sincero juicio declaró la belleza superior á la fuerza, á la prudencia y á la sabiduría.

11. »Las diosas se cuidan tanto y tienen tal afición á oirse llamar bellas, que han sugerido al cantor de los héroes y los dioses la idea de que sólo las designe por epítetos tomados de su hermosura. Juno se complace más en ser llamada *la de los blancos brazos*, que *Diosa Veneranda*, *hija del gran Saturno*; Minerva prefiere el calificativo de *ojos verdes* al de *Tritogenia*, y Venus á cualquiera otro, el de *áurea* (2). Todos estos nombres son alusivos á bellas prendas.

(1) «A la más hermosa» decía, como es sabido, la funesta y bien entendida dedicatoria.

(2) Todos estos epítetos abundan en los poemas homéricos.

12. »Prueba esto la idea que de la belleza tienen los seres superiores, y es al propio tiempo testimonio verídico de que la anteponen á todas las cosas. Minerva la declara superior á la fortaleza y á la prudencia, pues, las poseía en el más alto grado. Juno la supone preferible á la riqueza y al poder, y Júpiter abunda en esta idea. Si tan divina, pues, si tan augusta es la hermosura extremadamente codiciada por los dioses, ¿cómo no hemos de seguir su ejemplo los mortales, patrocinando con obras y palabras la causa de la belleza?»

13. Esto dijo Filón de la belleza, añadiendo, al terminar, que se hubiera extendido mucho si no supiera que en los banquetes no convenían discursos de larga extensión. A seguida, cediendo á vivas instancias de Androcles, habló Aristipo. No quería hablar después de Filón. Comenzó en estos términos:

14. «Muchos oradores dejan á menudo de tratar asuntos excelentes y útiles, y disertan sobre otros de los que creen obtener más gloria, pero infructuosos para los oyentes. Extiéndense unos en consideraciones sobre vanas disputas; otros narran hechos que jamás han existido, y otros, en fin, disertan sobre cosas absolutamente innecesarias, cuando debían dejarse de ellas, y tratar asuntos mejores. Convencido de que tal conducta obedece á ignorancia de lo bueno, y considerando colmo de la insensatez la perpetración de faltas en los demás advertidas, elijo para mi discurso el asunto más bello y más útil para el auditorio, pues la belleza bien puede ser considerada el más bello de todos los asuntos.

15. »Si disertáramos ahora sobre cualquier otro asunto que no fuese la belleza, bastaría haber oído un orador para darlo por suficientemente tratado; pero la belleza ofrece tal copia de ideas á los que en ella

quieren ocuparse, que no podría imputarse á mala suerte el no colocarse con la palabra á conveniente altura; y si, después de haber hablado otros, se consigue añadir algo en su alabanza, debe esto juzgarse especialísimo favor de la fortuna. Prenda tan manifestamente honrada por los dioses y estimada como tan digna de los dioses por los hombres; prenda que para todos los seres es el mejor adorno, tanto, que á los que la tienen se les busca, y se huye con aversión de los que no la tienen, ¿puede, por mucha elocuencia que tenga el orador; ser dignamente alabada? Muchos elogiadores serían necesarios para aproximarse á la alteza del asunto, por lo cual no causará extrañeza el que intente yo decir alguna cosa, aunque sea Filón quien me ha precedido en el uso de la palabra. La belleza es la cosa más divina y augusta, omito, pues, el hablar de cómo la han honrado los dioses.

16. »En los tiempos pasados, Helena, hija de Júpiter, produjo universal asombro. Antes de llegar á la pubertad, Teseo, traído al Peloponeso por algún asunto, la vió y se prendó de su hermosura. Su trono asegurado y su no común gloria no le impidieron creer insoportable la vida sin Helena, al paso que con su posesión pensaba ser el más dichoso de los hombres. No esperando obtenerla de su padre, que no la había de casar hasta que tuviera la edad requerida, desafió y despreció el poder de Tíndaro, arrojó cuanto de formidable había en el Peloponeso, asoció á la arriesgada empresa á Piríto, robó á Helena y la llevó á Afidna, en el territorio del Ática. Agradeció tanto á su amigo el auxilio prestado y le amó tanto el resto de su vida, que la amistad de Teseo y Pirítoo quedó como modelo. Cuando Piríto, enamorado de la hija de Ceres, quiso bajar al reino de Plu-

tón, Teseo, no pudiendo disuadirle de la empresa temeraria, y creyendo que la mejor prueba de gratitud era arriesgar la vida por el amigo, le acompañó á los infiernos.

17. »Durante la ausencia de Teseo volvió Helena á Argos y llegó á edad de matrimoniar. Todos los reyes de Grecia, aunque tenían á elegir mujeres bellas é ilustres, se unieron para pedir á Helena, considerando inferiores á todas las demás. Viendo que iba á ser motivo de discordia, y temerosos de que sus disensiones encendiesen la guerra, se comprometieron, con unánime juramento, á ayudar al que fuese considerado digno de Helena, y á no permitir que nadie turbase su felicidad. Cada cual creía poderse procurar muchos aliados. Pero á todos les salió fallida la esperanza, excepto á Menelao; aunque después se vió que la suerte para todos iba á ser igual. Cuando poco después surgió entre las diosas la contienda de hermosura encomendada á la decisión de Paris, vencido el hijo de Príamo por los encantos y ofertas de las litigantes, se decidió á sentenciar. Juno ofrecía el imperio del Asia; Minerva la victoria en la guerrera lid, y Venus el matrimonio con Helena. Paris, pensando que un imperio puede corresponder á hombres de poco valer, pero que en lo sucesivo nadie podría poseer otra Helena, escogió el matrimonio con esta beldad.

18. »Durante la famosa guerra de Troya, en la cual se verificó la primera expedición de Europa contra el Asia, los Troyanos, devolviendo á Helena, hubieran podido vivir en paz, y los Griegos, dejándosela, se hubieran ahorrado los trabajos de la guerra y de la expedición; pero ni unos ni otros lo hicieron, pensando que nunca tendrían causa más hermosa para morir. Los mismos inmortales, sabedo-

res de que sus hijos iban á perecer en la contienda, no sólo no los disuadieron, sino que les indujeron á tomar parte en la lid, pensando que el morir combatiendo por Helena no les acarrearía menos gloria que el ser hijos de una divinidad. Pero ¿qué digo á sus hijos? Los mismos dioses se hicieron entonces guerra más encarnizada y atroz que la de los Gigantes; porque en ésta peleaban unidos, pero en aquélla combatieron entre sí. ¿Cabe prueba mayor de la superioridad que sobre las demás cosas humanas tiene la belleza en concepto de los dioses? Ninguna cosa promueve entre ellos la más leve discusión, y por la belleza, no sólo dan la vida de sus hijos, sino que pelean entre sí, y algunos hasta son heridos. ¿No está clara la opinión que unánimemente sobrepone la belleza á todo?

19. »Mas para que el insistir sobre esta prueba no se atribuya á escasez de argumentos en pro de la belleza, voy á pasar á otra, que, no menos elocuentemente, demuestra la bondad de lo que acabo de decir. Es la historia de Hipodamia, hija del Árcade Enomao: ¡Cuántos jóvenes, prendados de su hermosura, prefirieron la muerte á vivir lejos de aquel sol! Cuando llegó á la pubertad, el padre, viendo cuán lejos dejaba á las demás, se enamoró de Hipodamia, cuya belleza era tan grande que prendó al autor de sus días, contra la ley natural. Enomao deseaba guardarla perpetuamente; mas para evitar sospechas, fingió que quería darla esposo digno, é inventó una traza más perversa que su pasión, pensando que así lograría fácilmente hacer su voluntad. Con un carro fabricado adrede para asegurar la mayor rapidez, al que enganchaba los mejores corceles de la Arcadia, se apostaba á correr con los pretendientes de su hija: si vencían, el premio era la mano de Hipodamia; si

eran vencidos, pagaban con la cabeza. Exigía que la llevasen en el carro, con objeto de que, distraídos con la doncella, descuidasen la dirección de los caballos. El primero que aceptó las condiciones del certamen perdió á la vez el objeto de su amor y la existencia. Los demás, lejos de rehusar la apuesta, consideraron pueril el mudar de propósito, y maldiciendo la crueldad de Enomao, afrontaron uno tras otro la muerte, casi como con miedo de no morir por la doncella. Así perecieron trece. Los dioses, indignados de la perversidad de Enomao, y compadecidos al propio tiempo de los muertos y de la doncella, de aquéllos porque no habían podido lograrla, y de ésta porque no gozaba lo natural á su edad y á su hermosura, protegieron al joven Pélope que iba á contender por conseguirla, y le dieron un carro construído con arte y elegancia, é inmortales corceles, con los cuales había de ganarse la doncella. Logró su intento, y mató á Enomao en la meta de la victoria.

20. »Cosa divina parece, pues, la belleza á los hombres; todo el mundo la honra, y los mismos dioses la apetecen solícitos. Nadie, por consiguiente, podrá vituperar con justicia el que la hayamos creído merecedora de los pronunciados discursos.» Así terminó el suyo Aristipo.

21. HERMIPO, — Sólo te falta, Caridemo, poner tu discurso por coronamiento de los pronunciados en el banquete.

CARIDEMO. — No, por los dioses; no me obligues á continuar. Lo dicho basta para que formes idea de nuestras disertaciones. Además, no recuerdo lo que he hablado. Es más fácil recordar las palabras de otros que las propias.

HERMIPO. — Pues éstas eran las que desde el principio deseaba oír: menos me importaban los discursos

de los demás que el tuyo. Si me privas de él, hazte cuenta que es inútil el trabajo que hasta ahora te has tomado. Ea, por Mercurio, dime todo tu discurso. Al comenzar me lo has prometido.

CARIDEMO.—Mejor fuera que te contentases con lo dicho y me evitases dificultades ingratas. Pero ya que tanto deséas oír mi discurso, por fuerza habré de complacerte. Yo pronuncié el discurso siguiente:

22. «Si fuese el primero que hablase de la belleza necesitaría un largo exordio. Pero como empiezo á hablar después de haberlo hecho otros, no se extrañará que me sirvan de exordio sus discursos y les añada inmediatamente el cuerpo del mío, y más si se tiene en cuenta que no han sido pronunciados en distinto lugar, sino aquí y hoy mismo, de manera que los presentes pueden forjarse la ilusión de que no oyen varios discursos, sino uno solo, pronunciado por diferentes oradores. En lo que cada uno ha dicho sobre la belleza, hay, en verdad, méritos bastantes para lograr justa fama, pero es tan rico el asunto, que los que nos sigan hallarán sin duda, además de lo dicho, nuevos motivos de alabanza. El asunto brinda, en efecto, bajo muchos puntos de vista, multitud de ideas, todas con derecho á ser expresadas primero, que como flores de ameno prado se presentan continuamente ante los ojos é incitan á ser cogidas. Elegiré entre todas las que no puedan, en mi concepto, omitirse: seré breve, y así pagaré á la belleza el debido tributo y no molestaré al auditorio.

23. » Los hombres que por su valor ó por cualquier otra virtud nos parecen superiores, como no nos obliguen á fuerza de cotidianos beneficios, son objeto de una envidia perjudicial á sus intereses; pero á las personas bellas, no sólo no se les envidia la hermosura, sino que nos subyugan á la primera mirada, y nos

inspiran tan ardiente amor que no nos molestaría ser sus esclavos y honrarles como á dioses. Más placer nos causa servir á una persona bella, que mandar á quien no tiene esta cualidad, y le estamos más agradecidos si nos impone muchos trabajos, que á quien nada nos manda hacer.

24. »Los demás bienes que necesitamos dejamos de apetecerlos así que los conseguimos; pero tratándose de belleza jamás hay saciedad. Aunque superáramos en hermosura al hijo de Aglae, que fué con los Griegos á Ilión, ó al bello Jacinto, ó al Lacedemonio Narciso, no estaríamos satisfechos y siempre temeríamos ser superados por los que han de venir.

25. »La belleza es, por decirlo así, el modelo á que se ajustan todas las acciones humanas: los generales al formar el ejército se cuidan de la belleza, y lo mismo los oradores al componer sus discursos y los pintores sus cuadros. ¿Pero á qué hablo de artes cuyo objeto es la belleza? Hasta las cosas más necesarias y de uso común procuramos embellecerlas con todo empeño. Por eso Menelao se cuidó, más que de las exigencias de la habitación, de asombrar á los visitantes de su casa; y al efecto la construyó magnífica y suntuosa. No se equivocó, por vida mía. Cuando el hijo de Ulises vino en busca de noticias de su padre, quedó tan maravillado del palacio, que dijo á Pisistrato, hijo de Néstor:

Así es sin duda del celeste Jove
La soberbia mansión (1).

Por lo mismo el padre de Telémaco hizo pintar de minio las naves que llevaba á Troya: quería asombrar los ojos. Todas las artes, si se las examina una por

(1) Homero, *Odisea*, IV, . 74.

una, se verá que tienen por objeto la belleza y que á lograrla van encaminadas todas.

26. »La belleza predomina de tal modo sobre las demás prendas, que en muchos que la poseen unida á la justicia, al saber y á la fortaleza, logran más honor por la belleza que por estas virtudes. Los que la tienen son inmejorables á nuestro juicio, y los que no la tienen, despreciables como ninguna otra cosa. Sólo llamamos vergonzosos (1) á los que no son bellos, como si toda virtud se anulase faltando la belleza.

27. »Á los que gobiernan una democracia ó á los que están sujetos á un tirano les llamamos, á aquéllos demagogos, y aduladores á éstos: pero á los sometidos al dominio de la belleza, los admiramos, los llamamos amantes del trabajo y de lo bello, y consideramos bienhechores públicos á los que la favorecen. Tan augusta es la belleza, que es objeto de todos los deseos, y todo el mundo considera ganancia el servirla. ¿No habrá, pues, derecho á inculparnos si, pudiendo obtener tal lucro, renunciámos á él sin comprender el perjuicio que nos causamos?»

28. Este fué mi discurso. Suprimí muchas cosas que se me ocurrían, porque advertí que iba extendiéndome demasiado.

HERMIPO.—¡Felices vosotros, que habéis podido disfrutar de esas pláticas! Aunque, gracias á tu amabilidad, puedo considerarme no menos dichoso.

(1) Téngase en cuenta que *αἰσχρὸς* como su correspondiente latino *turpis*, significa *feo* y *vergonzoso*; así como *καλὸς* significa *bello* y *bueno*.

LXXIX.

NERÓN, Ó DE LA RUPTURA DEL ISTMO (1).

MENÉCRATES Y MUSONIO (2).

1 MENÉCRATES.—¿La ruptura del Istmo. que, según dicen, tuvo el tirano en vías de ejecución, era digna de ingenio griego?

MUSONIO.—Ten entendido, Menécrates, que era inmejorable el proyecto de Nerón: evitaba á los navegantes la circumnavegación del Peloponeso por Malea, abriendo el Istmo por un canal de veinte estadios (3). Hubiera sido obra útil al comercio, tanto de las ciudades marítimas como del interior. Estas, como sabes, pueden subvenir perfectamente á sus necesidades cuando la navegación anda bien.

MENÉCRATES.—Refiérenos esa empresa, Musonio. Todos deseamos conocerla, si no tienes algún importante quehacer.

MUSONIO.—Si os agrada, la referiré. No sé cómo co-

(1) La mayor parte de los críticos opinan que este diálogo no fué escrito por Luciano.

(2) El filósofo Musonio fué desterrado por Nerón. El autor lo supone condenado á trabajos forzados en la apertura del istmo de Corinto, á donde vienen á visitarle Menécrates y otros amigos.

(3) Unos 3.600 metros.

rresponder á la molestia que os habéis tomado viniendo á visitar mi triste escuela.

2. La afición á la música y la firme convicción de que las Musas no cantaban como él (1), trajeron á Grecia al tirano Nerón. Quería ser coronado en Olimpia, cuyos juegos son los más famosos de Grecia; respecto á los juegos píticos creía tener más derecho que el mismo Apolo, deidad que, á su juicio, ni en el canto ni en la cítara se atrevería á competir con él. El Istmo no entraba en sus anteriores proyectos; pero la naturaleza del lugar le sugirió el propósito de una obra gigantesca. Pensaba imitar al rey que para llevar á los Griegos á Troya separó la Eubea de la Beocia, cerca de Calcis, por el canal de Euripo (2); á Darío, que tendió un puente sobre el Bósforo para pasar á Escitia, y á Jerjes, cuya obra superó en magnificencia á las anteriores (3). Creía también que la facilidad de acudir, procurada por la aminoración de las distancias, haría de Grecia un brillante punto de reunión y una especie de banquete universal. Los tiranos, aunque ebrios por las grandezas del poder, anhelan oirse celebrar (4).

3. Salió, pues, de su tienda entonando el himno de Neptuno y Anfitrite, y un breve canto á Melicerta y

(1) Vid. Suetonio, *Nerón*, 20 y sig.

(2) Agamenón (?). El nombre moderno de Eubea es *Egripo* ó *Negroponto*, isla del Egeo, separada del continente por el estrecho canal de *Euripo*, hoy *Egripo*. Calcis era la ciudad principal, cuyo nombre actual es el de la isla. La Beocia corresponde á los territorios de *Livadia* y de *Thiva*.

(3) Vid. *Herodoto*, VII, 20. El puente de barcas tendido por Jerjes sobre el Helesponto (estrecho de los *Dardanelos*) empezaba en Abidos (*Nagara*) y terminaba un poco más abajo que Sestos (*Ak-Bacht-Liman*). Media siete estadios al decir de Herodoto (*loc. cit.*), pero según cálculos de M. d'Auville (*Mém. de l'Acad. des Bell. lettr.*, t. XXVIII, pág. 334), estos estadios debían de ser de unos 100 metros y no de 180 que tenía el estadio ordinario.

(4) Hay una laguna en el texto.

Leucótoe. El Gobernador de Grecia le presentó una almocafre de oro, y Nerón empezó el trabajo entre aplausos y cantos de la multitud; tres veces, creo, golpeó la tierra, y recomendando actividad á los obreros, se retiró á Corinto, pensando que había superado todos los trabajos de Hércules. Los presidiarios trabajaban en las partes pétreas y penosas; el ejército en las llanas y de tierra.

4. Hacía cinco ó seis días que estábamos como encadenados en el Istmo, cuando llegó de Corinto el rumor de que Nerón había desistido de la empresa. Decían que unos Egipcios al medir la altura de los dos mares, habían visto que no tenían el mismo nivel, estando más alto el que forma el golfo Lequeo, de suerte que era de temer la anegación de Egina si semejante golpe de mar caía sobre ella de repente. Pero esto no bastaba para disuadir á Nerón de la apertura del Istmo: Tales con toda su sabiduría y su pericia en las ciencias naturales no lo hubiera logrado. Había tomado más á pecho la ruptura del Istmo que el cantar públicamente.

5. Pero un alzamiento de los pueblos occidentales, fomentando por el valerosísimo Vindex, apartaron del Istmo y de Grecia al Emperador, que dió por inútil excusa la objeción de los geómetras egipcios. Me consta, en efecto, que ambos mares están á igual altura. Dícese también que hay algún movimiento sedicioso en los alrededores de Roma. Ayer se lo oíríais al quiliarca que ha venido.

6. MENÉCRATES. — ¿Qué tal voz tiene el tirano para sentir tal delirio por la música y por los juegos píticos y olímpicos? De las personas llegadas á Lemnos, unas lo admiraban y otras lo ridiculizaban.

MUSONIO. — Su voz no es ni admirable ni ridícula: la Naturaleza le ha dado una voz pasadera y ordinaria.

Tiene timbre hueco y sordo, porque contrae la garganta al emitirla, lo cual produce en sus cantos una especie de zumbido. Emite, sin embargo, notas que la dulcifican, sobre todo cuando no las ataca con bravura. Pero la afinación, la dulzura, la flexibilidad, la precisión en el acompañamiento de la cítara, el entrar á tiempo, el pararse, el ajustar los movimientos á la medida, ¿no es una vergüenza que constituyan el estudio preferente de un emperador?

7. Si imita á los artistas buenos, ¡oh, qué risa! Los espectadores no pueden contenerse, aunque mil muertes amenazan al que se burle de él. Mueve mucho la cabeza, retiene excesivamente la respiración, se levanta sobre la punta de los pies, y se dobla hacia atrás, como los atados á la rueda: rojo ya naturalmente, se pone echando llamas: no le llega un aliento á otro, y respira trabajosamente.

8. MENÉCRATES.—¿Pero cómo son vencidos sus competidores? ¿Emplean el fingimiento para serle agradables?

MUSONIO.—Sí, como los atletas que se dejan vencer. Piensa en aquel actor trágico y en cómo murió en el Istmo: hay gran riesgo en el cultivo de las artes, cuando los artistas sobresalen en ellas.

MENÉCRATES.—¿Qué fué eso, Musonio? No lo he oído nunca.

MUSONIO.—Oye una cosa increíble, ocurrida á vista de los Griegos.

9. Aunque en los juegos Ístmicos está prohibida la representación de comedias y tragedias, Nerón quiso triunfar de los histriones trágicos. Acudieron bastantes al certamen, entre ellos un Epirota de hermosa voz, famoso ya por su habilidad artística: fingía en esta ocasión desear el premio como nunca, y había dicho que no se lo cedería á Nerón por menos de diez

talentos. Nerón se exasperó hasta la locura, pues oía todo esto en escena, en el momento de empezar el espectáculo. Los aplausos de los Griegos animaban ya al Epirota cuando el Emperador le envió su secretario, con orden de ceder en el certamen. El Epirota esfuerza más la voz y rehusa con altivez democrática: Nerón lanza al escenario sus propios histriones como si tuviesen papel en el asunto. Esgrimen éstos, á guisa de puñales, tablillas de marfil de doble hoja; estrechan al Epirota contra una columna y le cortan la garganta con sus tablillas.

10. MENÉCRATES.—¿Y venció en la tragedia cometiéndolo ante toda Grecia ese infame asesinato?

MUSONIO.—Este asesinato era un juego de niños para el matador de su madre. El matar á un histrión cortándole la garganta ¿es cosa que en Nerón maraville? ¿No quiso obstruir la mina por cuya boca salen de Delfos los oráculos, con la idea de sofocar la voz de Apolo? La Pitia le había elevado á la altura de Orestes y de Alcmeón, á quienes el parricidio parece haber procurado alguna gloria, por haberse perpetrado en venganza de sus padres; pero Nerón, que á nadie tenía que vengar, se creyó ultrajado por el dios, á pesar de las atenuaciones del oráculo.

11. Pero mientras hablamos, ¿qué navío es ése que se acerca? Parece portador de buenas nuevas: los tripulantes vienen coronados de flores, como un coro de buen agüero: alguno nos tiende la mano desde la proa, dándonos la señal de contento y regocijo: grita, si los oídos no me engañan, que Nerón ha muerto.

MENÉCRATES.—Eso grita, Musonio. Cuanto más se acerca á tierra, se oye con más distinción el grito. ¡Qué dicha, santos dioses!

MUSONIO.—¡Nada de imprecaciones! No se debe maldecir á los muertos.

LXXX.

LA TRAGOPODAGRA (1).

PERSONAJES.

El Gotoso.		Un Mensajero.
Coro.		Médicos.
La Gota.		Los Dolores.

EL GOTOSO.

¡Oh nombre triste, oh nombre aborrecido
Por los celestes númenes! ¡oh Gota,
Madre del llanto y del Cocito engendro!
Erinnis en los antros tenebrosos
Del Orco te parió, y al negro jugo
Te crió de sus pechos. La Miguera
Alecto destiló sobre tus labios
Su amarga leche. ¿Quién te ha echado al mundo,
Azote del mortal, funesto numen?
Si á quien pecó la expiación se impone
Allende de la tumba, ¿á qué el castigo
Del agua fugitiva al triste Tántalo,
A qué la rueda á Ixión y la pesada
Roca á Sísifo? En el plutonio reino
Fueran pena mayor de sus maldades,
Oh Gota, tus dolores. ¡Consumido

(1) Significa la *Tragedia de la Gota*. Es parodia del estilo trágico.

Me tienen ¡ay! desde las secas manos
 A la insegura planta! Humor viscoso,
 Mezclado á amarga bilis, por mi cuerpo
 Corre, obstruye mis poros, paraliza
 Mi aliento y exacerba mis dolores.
 Llama infecciosa en mis entrañas arde,
 Y mis carnes devora en remolinos
 De irresistible fuego. Así del Etna
 Brota llamas el cráter; así ruge
 En el Sículo estrecho la oprimida
 Mar, y las oquedades de las peñas
 Bate mugiendo en vórtice espumoso.
 ¡No hay cura de este mal! En vano el hombre
 Le aplica medicinas. ¡Siempre falla
 La esperanza risueña de curarse!

CORO.

Sobre la cumbre del Cibeleyo
 Monte Dindimo, con largo aullo,
 Al delicado semidiós Atis
 Celebra el Frigio.

De frigias flautas al son melódico,
 Del arduo Tmolo sobre la cumbre,
 La sacra orgía de sus misterios
 Celebra el Lidio.

De Coribantes furiosa turba
 Blande garrotes, «¡Evan!» gritando;
 Ó con el ritmo de los Cretenses
 Himnos entona.

Bélicas trompas suenan por Marte;
 Pero nosotros, cuando principia
 La Primavera, tus tristes himnos
 Cantamos, Gota.

Cuando las hierbas mullen los prados,
 Cuando templados soplan los vientos,
 Cuando de hojuelas finas y frescas
 Se viste el árbol,
 Y en las techumbres Progne pipía
 Y en la enramada por Itis canta
 La dulce Aedon, entonces, Gota,
 Te celebramos.

EL GOTOSO.

Apoyo de mis males, bondadoso
 Báculo bienhechor, tercer pie mío,
 Sosten mi paso vacilante, guíame,
 Y da firmeza á mi insegura planta.
 Levántate, infeliz; deja el incómodo
 Lecho de tu dolor; deja la obscura
 Miserable mansión. La negra noche
 Quítate de los ojos: la Febea
 Luz sal á recibir y el aire puro,
 Gozo del alma. Quince días llevo
 Sumido en las tinieblas; quince días
 Sin ver el sol, en lecho fementido
 Destrozado, ¡ay de mí! ¡cómo me arrastra
 El anheloso espíritu á la puerta!
 Pero flaca la carne al impetuoso
 Deseo no obedece. ¡Ea! Bien sabes
 Que el gotoso indigente que no puede
 Salir á mendigar es hombre muerto.
 ¡Valor! ¿Quiénes son esos cuyas sienes
 Ciñe el follaje del saúco? Llevan
 Sendos bastones. ¿A qué dios tributa
 Culto ese coro? ¿A tí, Febo fatidico?
 Les falta el laurel délfico. ¿Sus odas

Son quizá para Baco? No verdea
 En sus frentes la yedra. Forasteros,
 Decidme quiénes sois. Con torpe engaño
 No mancilleis las lenguas. ¿A qué numen
 Cantáis, amigos míos?

CORO.

Di primero
 Quién eres tú y tus padres. Por el báculo
 Y el vacilante andar, bien se colige
 Que eres un iniciado en los misterios
 De la invencible diosa.

EL GOTOSO.

¡ Yo iniciado!
 ¡ Yo digno de ese honor y de una diosa!

CORO.

Venus nació del celestial rocío,
 Y entre las olas de la mar Nereo
 Crióla ufano y de sin par belleza
 Le dió el adorno.

Junto á las fuentes del inmenso Océano,
 Tetis fecunda amamantó á la esposa
 Del gran Saturnio, la deidad augusta
 De brazos níveos.

De su cabeza el soberano Jove
 Dió á luz á Atene, que en las guerras goza;
 Nuestra deidad en los nervudos brazos
 De Ofión mecióse.

Al fenecer la obscuridad del Caos,
 Al refulgir la sonrosada Aurora,
 Al primer rayo del brillante Apolo
 La Gota surge.

Cloto al nacer la sumergió en un baño;
 Rióse el Cielo; y sin nublarse, el éter
 Tronó con fuerza, y á sus propios pechos
 Plutón crióla.

EL GOTOSO.

¿Con qué ritos inicia en sus misterios?

CORO.

No derramamos con cuchillo agudo
 La sangre del neófito; no flota
 Nuestro cabello en rizos; las espaldas
 No damos al azote resonante
 De tabas guarnecido; ni de toros
 Comemos carnes crudas. Cuando el olmo
 De tierna flor se viste en primavera
 Y canta el mirlo en la espesura, un dardo
 Impalpable, invisible, por los miembros
 Del iniciado se entra: lo más hondo
 Le ataraza cruel; pies y rodillas,
 Cótilos y talones, manos, muslos,
 Clavículas, muñecas, hombros, brazos.
 Roe, devora, aprieta, incendia, cuece
 Hasta que la deidad cesar le manda.

EL GOTOSO.

¡Sin darme guarda estaba en los misterios
 Iniciado también! Potente diosa,

Acércate propicia. Con tus súbditos,
De los gotosos la canción sumiso
Voy á cantar.

CORO.

Silencio, éter sublime;
Permanece sereno. Selle el labio
Todo gotoso. La deidad, que goza
Con lechos de dolor, se acerca al ara,
Apoyada en el báculo. Cien veces
Salve, deidad benigna, la más dulce
De los dioses eternos. Con propicios
Ojos mira á tus súbditos, y ahora
En la estación vernal manda que cesen
Nuestros dolores.

LA GOTA.

¿Qué mortal el cetro
Me niega del dolor? ¿Quién desconoce
En la tierra el imperio irresistible
De la invencible Gota? Ni los humos
Del incienso me aplacan, ni la sangre
Sobre el fuego vertida, ni los templos
Con oblaciones ricas. No me rinden
Los remedios de Péan, aunque á los númenes
Celestiales asiste, ni Esculapio,
Hijo docto de Apolo. Desde el hombre
Apareció en la tierra, por vencerme
Lucha y porfía, y mezcla á sus remedios
La habilidad y el arte. ¡Cuántas drogas
Inventa contra mí! Machacan unos
Llantel, apios, lechuchas y silvestres

Verdolagas, y ortigas; otros hojas
 De consuelda, y albérchigo, y beleño,
 Zanahorias cocidas, amapolas,
 Cortezas de granada, incienso, huevas
 De rana, nitro, fenogreco en vino,
 Zaragatona, harina de cebada
 Hojas de col cocidas con raíces
 De heléboro, resina de cipreses,
 Excrementos humanos, cagolitas
 De cabra montaraz y harina de habas
 Con flor de piedra de Asio (1): otros revueltos
 Cuecen escuerzos, comadrejas, gatos,
 Alces, lagartos, hienas y raposos.
 ¿Qué metal, qué resinas, cuáles jugos
 No han ensayado? Huesos de animales,
 Sangre, tendones, pieles, grasas, tuétanos,
 Leche, orina y estiércol. Cuatro veces
 Beben unos la pócima, otros ocho
 Y casi todos siete. Purifícase
 Antes de beber, uno; este se fía
 De charlatán avieso; aquel se deja
 Coger por un judío, y otro implora
 El poder de la Ciencia. Y yo, que mando
 Llorar á todo él mundo, con más furia
 Suelo atacar al que resiste y trata
 De echarme con remedios. Más benigna
 Soy con quien se me rinde. El iniciado
 En mis misterios, ante todo aprenda
 A hablar bien, á decir burlas y chistes,
 Y á divertir á todos, de manera
 Que con aplauso y risa le contemplen
 Conducirlo á los baños. Soy la Ate (2)

(1) Ciudad de la Troade, en el Asia Menor.

(2) *Niada*, IX, v. 500.

De que habla Homero, la deidad que corre
 Con delicados pies por las cabezas
 De los soldados. Pero el vulgo llámame,
 Porque los prendo por los pies (1), la Gota.
 ¡Ea, iniciados, celebrad con himnos
 A la Gota, á la invicta!

CORO.

¡Oh virgen animosa de pecho diamantino,
 Que del soberbio prócer amargas el destino,
 De tus leales coros escucha la canción!

Tu fuerza es imponente; los rayos del Tonante
 Te temen, y las olas del mar horrisonante,
 Y las moradas lóbregas del reino de Plutón.

Tu gusto son los lechos, tu gozo los vendajes;
 Minas, socavas, quemas del hueso los encajes;
 Asida á los talones impides el andar.

Salve, atiranta-músculos, abrasa-coyunturas,
 Muerde-rodillas-ferreas, derrama-calenturas,
 Oh Gota cucharófoba (2), que temes el pisar.

MENSAJERO.

Llegas á tiempo: escúchame, señora.
 No traigo vanas nuevas, pero el paso

(1) La *Podagra*, nombre griego de la protagonista, se compone de *ποῦς*, genitivo *ποδός* *pie*, y *ἄγρα* *caza*, *lazo* ó *cepo*. Su significado es, por consiguiente, el que en su parlamento dice la Gota.

(2) *Δοιδυχοφόβα* [verso 201] es un epíteto cuya traducción es *que temes la mano del almirez*, ó *que temes la cuchara*. Se me perdonará la invención del *Cucharófoba*, que me ha parecido no encajaría mal dentro del majestuoso burlesco de la composición. Denota el horror que á la Gota debía inspirar la cuchara con que se propinaban al enfermo electuarios compuestos de tantos *mplies* y del jaez de los especificados en el parlamento anterior.

Al igual de las rápidas palabras
 No puede caminar. Con pie tranquilo
 Iba, como mandaste, recorriendo
 Una y otra ciudad. Todas las casas
 Investigaba para ver si alguno
 No honraba tu poder. Todos los pechos
 Hallé tranquilos, y á tu imperio, oh reina,
 Sumisos. Sólo dos, sólo dos hombres
 Predican por los pueblos el desprecio
 De tu poder, y de la vida humana
 Prometen desterrarle. Al pie los grillos
 Me sujeté veloz, y en cinco días
 He andado dos estadios (1).

LA GOTA.

Mensajero

Veloz como ninguno, ágil volaste;
 Pero dime de qué ásperos confines
 Vienes á mí. Habla claro.

MENSAJERO.

Una escalera

De cinco gradas, cuyas sueltas losas
 Temblaban bajo el pie, fué de mi ruta
 El comienzo fatal: después un suelo,
 Erizado de palos, con las plantas
 Doloridas medí: todo contuso
 Penetré en un camino salpicado
 De pedernales; empinada cuesta
 Se me ofreció después, lisa y fangosa:

(1) Unos 260 metros.

Daba un paso, y mis débiles talones
 Echaba el barro atrás. Sudando á mares,
 Rendido y jadeante, en otra vía,
 Bastante ancha en verdad, pero insegura,
 Entro por fin. Empújanme y me acosan,
 Y obliganme á correr carros sin cuento.
 Acelero el pie tardo; oblicuamente
 Cruzo la parte estrecha, y así evito
 Los carros voladores. Tus adeptos
 No podemos correr.

LA GOTA.

Tu buen servicio
 No quedará sin recompensa. En gracia
 Á tu celo, dolores sólo leves
 Tendrás en un trienio. Mas vosotros,
 Impuros, enemigos de los dioses,
 ¿Quién sois y de qué padres, para osados
 Mover guerra á la Gota, á quien no puede
 Ni el Saturnio vencer? Hablad, perversos:
 Yo he vencido á cien heroes: lo saben
 Muy bien los doctos. Príamo su nombre
 Cambió por *El Gotoso* (1); el grande Aquiles
 Pereció por el pie; sufrió mis males
 Belerofonte. Edipo, rey de Tebas,
 Tuvo hinchados los pies. Fueron gotosos
 El pelópida Plístenes y un hijo
 De Péan, jefe de naves. El tesalio
 Podarces, general, aunque gotoso,
 Muerto Protesilao, de la escuadra
 Tomó el mando. Al rey de Itaca, al astuto

(1) Ποδάρχης.

Ulises maté yo, no de una raya
 La aguda espina. No esperéis gozaros
 De nuestros actos, pues: pena condigna
 Os impondré, infelices.

LOS MÉDICOS.

Somos Sirios,
 Nacidos en Damasco. La miseria
 Y el hambre por las tierras y los mares
 Vagabundos nos traen. Poseemos
 Esta heredada untura, y aliviamos
 Con ella á los gotosos.

LA GOTA.

¿Y esa untura
 Cuál es? ¿Cómo está hecha?

LOS MÉDICOS.

Un juramento
 Nos prohíbe decirlo. Orden postrera
 Del moribundo padre, siempre oculta
 Nos obliga á tener de este remedio,
 Que tus dolores cura, la eficacia.

LA GOTA.

¿Hay en el orbe, miserables, dignos
 De mala muerte, hay todavía un unto

Poderoso á vencerme? Estipulemos
 Un pacto y apostemos á quién vence:
 Si el fuego de la Gota, ó vuestra untura.
 ¡Undívagos y tétricos dolores
 De mis orgías compañeros, todos
 Acercaos á mí! Tú de ese mísero
 Abrasa los talones; tú los dedos
 Inflámale del pie; tú de los muslos
 Á la rodilla viértele una gota
 De tu veneno atroz; plegad vosotros
 Como mimbres sus manos.

LOS DOLORES.

Se han cumplido
 Tus órdenes, señora. En tierra yacen
 Gritando con furor: todos los músculos
 Les retorció nuestro ímpetu.

LA GOTA.

Extranjeros,
 Probad ya la eficacia de la untura.
 Si de veras me ataca, de la tierra
 Huyo por siempre y en el hondo Tártaro
 Olvidada y obscura me sumerjo.

EL MÉDICO.

Untado está; pero el dolor no mengua.

EL GOTOSO.

¡Oh dioses! ¡oh dolor! ¡ardo, me muero!
 Invisible saeta me desgarrá.

No es tan terrible el rayo del Saturnio;
 Menos fiera la mar alza sus olas;
 Es menos impetuoso el torbellino
 De negra tempestad ¿Me muerde el diente
 Del Cerbero cruel? ¿Quema mi sangre
 Viperina ponzoña? ¿Es del Centauro
 La envenenada túnica? Clemencia,
 Poderosa deidad, no es obra mía
 La malhadada untura. No hay remedio
 Capaz de contenerte. Un voto unánime
 Vencedora del hombre te proclama.

LA GOTA.

Cesad, torturas, y el dolor acerbo
 Calmad de quien se muestra arrepentido
 De haberme provocado. Sepan todos
 Que, única entre los dioses, no me ablandan
 Unturas ni oraciones.

CORO.

La violencia
 De Salmoneo contender no pudo
 Con los truenos de Júpiter: un rayo
 Le arrebató la vida. No se goza
 Marsias del reto á Apolo, pues de un pino
 Cuelga su piel chillona. La fecunda
 Niobe, por su apuesta, gime y llora
 Sobre el Sipilo. Aracne con Minerva
 Se atrevió á competir, y, transformada,
 Teje ahora sus telas. La osadía
 De los mortales resistir no puede

La cólera de un numen, como Febo,
Palas, Latona ó Jove. Accesos suaves
Danos, benigna Gota; accesos cortos,
Sin extrema acritud, casi anodinos,
Que no impidan andar, mansos y débiles.
Formas diversas toma el mal. El único
Consuelo de los míseros gotosos
Son la resignación y la costumbre.
Con esto, compañeros, los dolores
Podréis apaciguar. Lo inesperado
Sucede á veces, y otras la esperanza
Deja fallida un numen. Todo enfermo
A la risa se brinde: este es su sino.

LXXI.

OCIPO (1).

ARGUMENTO.

Ocipo, hijo de Podaliro y de Astasia, era un joven robusto y hermoso dedicado á la caza y al gimnasio. Burlábase á menudo de las personas que padecían gota incurable, diciendo que su enfermedad no era nada. Indígnase por esto la diosa y le acomete por los pies. Ocipo se resiste y se niega á darse por vencido, hasta que la Gota lo derriba. La escena del drama se supone en Tebas. Constituyen el Coro los gotosos del país, que se burlan de Ocipo. Es drama muy culto. Sus personajes son: la Gota, Ocipo, su Ayo, un Médico, el Dolor, un Mensajero. La Gota dice el prólogo.

La GOTA, OCIPO, AYO, un MÉDICO, el DOLOR, un MENSAJERO.

LA GOTA.

Yo soy la Gota, espanto de los hombres,
Plaga cruel. Yo aprieto con mis lazos
Sus pies ligeros, y sin ser notada
Por sus músculos corro. Yo me burlo
De los que, heridos por mi dardo, niegan
La verdadera causa y con pretextos
Especiosos la encubren. Con mentiras

(1) De dudosa autenticidad.

Se nutre cada cual: «me he dado un golpe»,
 Dicen á sus amigos, y se callan
 La causa verdadera. Pero el tiempo
 Revela lo callado, aunque el doliente
 Ocultarlo creía. Al fin, mi nombre
 Subyugado confiesa, y sus amigos
 Se lo llevan en triunfo. Mi ayudante
 Y mi ministro es el Dolor: no puedo
 Nada sin él. Me enciende y solivianta
 El que siendo la causa de los males
 No le maldigan, y furiosos vuelvan
 La lengua contra mí. No se si juzgan
 Huir de mis prisiones de este modo.
 Pero ¿á qué divagar? ¿Por qué no digo
 Lo que me trae y la insufrible afrenta
 Que revuelve mi bilis? El osado
 Ocipo (1), bravo vergonzante, atrévese
 A desdeñarme y á negar que existo.
 Mordida por la cólera, como hembra
 Que soy al fin, acabo de morderle
 Un pie y causarle mi incurable herida.
 El terrible dolor espacio corto
 Ocupa ya, y con íntimas punzadas
 Le taladra la planta. Finge Ocipo
 Haberse lesionado un pie en la lucha
 O en la carrera, y engañar pretende
 A su Ayo, un pobre viejo. La cojera
 Disimulando, ahí viene de su casa,
 Cogido ya en mi liga, el bravo Ocipo.

OCIPO.

Este agudo dolor que, sin herida,
 No me permite andar ni estar parado,

(1) *Ocipo* significa *Pie veloz*.

¿De qué puede venir? Como un arquero
 Que á disparar se apresta, los tendones
 De la pierna me estira, y llorar me hace.
 ¡Cuánto tarda el alivio!

EL AYO.

Hijo, enderézate,
 Y sostente, no sea que, cojeando,
 Caigas, y yo contigo.

OCIPO.

Sin tu ayuda
 Avanzo: ya lo ves. La enferma planta
 Pongo en el suelo y me sostengo. Es mengua
 Para un joven robusto del apoyo
 Necesitar de un viejo que no acaba
 De gruñir.

EL AYO.

Calla, necio. No te precies
 De tu temprana edad, y considera
 Que la cruel necesidad un viejo
 Hace de todo joven. Si yo ahora
 Me apartase, de pie se quedaría
 El viejo débil, y el robusto joven
 Caería por tierra.

OCIPO.

Si cayeses,
 No teniendo dolor, se imputaría

Tu caída á la edad. En los ancianos
Es enérgica el alma, pero el cuerpo
Carece de vigor.

EL AYO.

De sutilezas
Déjate ya, y refiere de qué modo
Ese dolor terrible por la planta
Se te metió del pie.

OCIPO.

Cuando corría,
Contraje el pie al pisar, y me produje
Este dolor.

EL AYO.

Pues á correr de nuevo,
Como decía el otro, ó á sentarte
Hasta que se te pelen los sobacos.

OCIPO.

En la lucha, al echar la zancadilla
Me he lastimado. Créeme.

EL AYO.

¿Qué atleta
Eres entonces? Pero en vano mientes.

Yo, como tú, á tu edad, á los amigos
 Engañaba también. Ya ves que todos
 Procuran por su parte..... mas ¿qué veo?
 ¡El dolor lo derriba!

EL MÉDICO.

¿Dónde se halla
 Mi compañero Ocipo, á quien impiden
 Sentar el pie acerbísimos dolores?
 Soy médico. Me han dicho que no tiene
 Localizado el mal. Pero á mis ojos
 Helo ahí. Sobre el lecho, boca arriba
 Está tendido. Ocipo, por los dioses
 Te deseo salud. ¿Qué mal te aqueja?
 Responde, amigo: conocerlo quiero.
 Acaso conociéndolo, consiga
 Librarte del dolor.

OCIPO.

Sotero, mírame,
 O mejor aún, Sotérico, que llevas
 De Atene el sobrenombre: sí, Sotérico.
 Me duele mucho el pie: temo fijarlo
 En tierra para andar.

EL MÉDICO.

¿De qué proviene
 El mal? ¿Qué te ha ocurrido? Confesando
 La verdad á los médicos, más fácil

Es la cura: si ignoran lo ocurrido,
Es más fácil errar.

OCIPO.

Ejercitándome

En la carrera y la gimnasia, diéronme
Golpes muy fuertes mis amigos.

EL MÉDICO.

¿Cómo

No ha habido inflamación? ¿por qué no hay venda
En el sitio contuso?

OCIPO.

Yo no aguanto

Vendas de lana, inútil ornamento,
Que á muchos gusta.

EL MÉDICO.

¿Qué hago, pues? ¿Sajarte?

Alarga el pie; pero te advierto, Ocipo,
Que ha de ser muy copiosa la hemorragia.

OCIPO.

Haz cuanto sepas, por dejarme libre
De este dolor atroz.

EL MÉDICO.

Ya preparadas
 Las lancetas están: cobre y acero,
 Bien sedientos de sangre y afilados
 Y por mitad redondos.

OCIPO.

¡Quita! ¡quita!

EL AYO.

¿Qué haces? ¡Permita Júpiter que á nadie
 Cures jamás! ¿Pretendes sus dolores
 Aumentar con tu estuche? Tu ignorancia
 Va exacerbar su mal. Cuanto ha contado
 No es cierto. No se ha herido, como dice,
 Luchando ni corriendo. Vino anoche
 Con muy buena salud. Con apetito
 Comió y bebió, y el pobre bien repleto
 Se fué á la cama y se durmió. Despiértase
 De pronto y, como herido por un numen,
 En lamentos prorrumpe. Horrorizados
 Quedamos todos. «¡Ay de mí! clamaba;
 ¿De qué viene este mal? Un dios, sin duda,
 Me está arrancando el pie?» Toda la noche
 Pasa en un grito, solo, incorporado
 En el lecho, llorando sus dolores
 Con voz de heraldo. Apenas anunciada
 Por el clarín del gallo el alba rósea,
 Se me acerca, me pone entre las mías
 La enardecida mano; suspirando

Se apoya en mí, y camina. Lo que acaba
De hablar es ficción pura: nos oculta
Su verdadero mal.

OCIPO.

Siempre está el viejo
Armado de palabras y gloriándose,
Aunque de nada sirve. Sufrir mucho
Y ocultarlo á un amigo, ¿no sería
Comer betún para quitarse el hambre?

EL MÉDICO.

Tu volubilidad engaña á todos:
Dices que estás enfermo, y no nos dices
La causa de tu mal.

OCIPO.

¿Cómo decirla?
Sé que estoy mal, pero no sé la causa.

EL MÉDICO.

Cuando sin causa conocida duele
El pie y se inventan fútiles razones,
Aunque se sabe la verdad del caso.....
Ahora te duele un pie; cuando te ataque
La enfermedad al otro, á tus gemidos
Se mezclarán las lágrimas. Te advierto
Que será así, que quieras ó no quieras.

OCIPO.

Pero ¿cuál es mi mal? ¿Qué nombre tiene?

EL AYO.

Uno terrible, de otros dos compuesto.

OCIPO.

¡Ay! ¿cuál es? ¡Por favor, dímelo, anciano!

EL AYO.

El primer componente indica el sitio
Donde radica el mal (1).

OCIPO.

El pie, sin duda,
Si te comprendo bien.

EL AYO.

Añade luego
Un *agra* atroz que vale *caza*.

OCIPO.

¡Juegos

Encima de mi mal!

(1) Vid. la etimología de *Podagra* en la *Tragopodagra*.

EL AYO.

Atroz de veras
Pues no perdona á nadie.

OCIPO.

¿Qué me dices,
Sotero mío?

EL MÉDICO.

Aguarda; me he engañado
Respecto á tu dolencia.

OCIPO.

¡Habla! ¿Qué tengo?
Ó qué me ha sucedido?

EL MÉDICO.

Una incurable
Dolencia de los pies.

OCIPO.

¡Me quedo cojo!

EL MÉDICO.

Cojo sólo no es nada. La cojera
No te apure.

OCIPO.

¿Y qué peor?.....

EL MÉDICO.

Quedar tullido

De los dos pies.

OCIPO.

¡Ay, cielos! ¿Qué terrible
 Dolor me invade el otro pie? Clavado
 Me quedo al ir á andar. Escalofríos
 Como á niño espantado, me produce
 La idea de moverme. ¡Por los dioses
 Te lo pido, Sotérico! Si puede
 Algo tu ciencia, en remediar mis males
 Ocúpate, ó soy muerto. Un daño oculto
 Me devora y las plantas me alancea.

EL MÉDICO.

Déjome de palabras mentirosas
 Con que engañar á sus enfermos suelen
 Los médicos si no hallan medicinas
 Con que curarlos. La verdad desnuda
 Te diré. En una sima de dolores
 Incurables caiste. No á los cepos
 Con que á los delincuentés se castiga
 Estás sujeto, sino á oculta y grave
 Tortura de los pies, que apenas puede
 La fuerza humana resistir.

OCIPO.

¡Oh dioses!

¡Oh cielos! ¡Ay de mí! ¿De dónde viene
 Este oculto dolor que me taladra
 Los pies? Cogedme de las manos, antes
 De que caiga. Tenedme como suelen
 Los Sátiros á Baco.

EL AYO.

Soy un viejo,
 Pero obedezco. ¿Ves? Cargado de años
 A tí, joven lozano, te conduzco.

.

LXXXII.

EPIGRAMAS.

—
1.

DE SU LIBRO.

Esto ha escrito Luciano,
En lo antiguo perito,
Y en necesidades sabio.

Porque suele lo necio
Pasar entre los hombres
Por sabio y por discreto.

Nada hay cierto y probado;
De lo que tú te admiras
Otros se están burlando.

2.

CONTRA LOS PRÓDIGOS.

Gastó toda la herencia de su padre
Terón, el de Menipo, en francachelas.
Euctemón, leal amigo de Menipo,
Lloró al ver del mancebo la miseria.

Lo admitió en casa, le otorgó su hija,
 A quien dotó con la mayor riqueza:
 Pero Terón á los antiguos gastos
 Volvió con furia y derrochó la hacienda.

La crápula, los vicios más infames;
 La voraz gula, la lujuria ciega,
 Al fomento del oro renacidas,
 Volvieron á sumirle en la miseria.

Llora el suegro, no al hijo del amigo,
 Sino sus bienes y la unión funesta,
 Y aprende que á quien mal las suyas trata
 No se pueden fiar cosas ajenas.

3.

DE LA MODERACIÓN.

Debes tus bienes gastar
 Cual si hubieras de morir,
 Y los debes ahorrar
 Cual si hubieras de vivir.

Lo discreto, en mi sentir,
 Es las dos cosas pesar,
 Y con tal regla medir
 El ahorrar y el gastar.

4.

DE LA VIDA HUMANA.

Las cosas de los mortales
 Están á morir sujetas:

Todas se van de nosotros,
O más bien, nosotros de ellas.

5.

BREVEDAD DE LA VIDA.

Una vida larga es breve
Para el que vive feliz:
Una breve noche es larga
Para el que vive infeliz.

6.

DEL AMOR.

No es el amor el injusto
Con el humano linaje,
Pero sirve de pretexto
Á los actos más infames.

7.

DE LOS INGRATOS.

Es el hombre perverso
Tonel sin fondo:
Se le echan beneficios
Y se van todos.

8.

DE LOS DIOSSES.

Podrás acaso ocultar
Una acción mala á los hombres;
Pero, por más que la ocultes,
Siempre la sabrán los dioses.

9.

CONTRA LOS ADULADORES.

No hay gente de peor calaña
Que la que alevosa engaña
Con la capa del amor.
De ella incautos nos fiamos,
Y como amiga la amamos,
Y así es el daño mayor.

10.

DEL SECRETO.

Pon un sello á tu lengua si pretende
Secretos revelar.
Las palabras, mejor que las riquezas,
Se deben reservar.

11.

DE LA RIQUEZA.

Sólo es bien de verdad el bien del alma;
Llenos están los otros de quebrantos.

Sólo el que usa y disfruta de sus bienes
Merece el nombre de opulento y sabio.

Quien en las arcas amontona el oro,
Y se seca talegas recontando,
Es simple abeja que para otros guarda
La dulce miel en el panal dorado.

12.

DE LOS FELICES.

Mientras seas feliz serás amado
Por hombres é inmortales,
Y con gusto atendido y escuchado;
Pero, como resbales
Y caigas de tu dicha, ¡adiós amigos!
Todo te será hostil, y la Fortuna
Los cambiará, al mudarse, en enemigos.

13.

DE LA PRUDENCIA.

No hay como el consejo lento;
Pues siempre al precipitado
Sigue el arrepentimiento.

14.

Á UN GLOTÓN.

Eres en el comer rápido
Y pesado en el correr;

Debes correr con la boca
Y atracarte con los pies.

15.

DE UN IMPOSIBLE.

¿Á qué la piel de un indio.
Te obstinas en lavar?
Afán vano: no puedes
Con el sol las tinieblas alumbrar.

16.

CONTRA LOS GRAMÁTICOS.

Salve, dadora de la vida, salve,
Gramática inmortal, que el «Canta, diosa,
La cólera (1)» has hallado por remedio
Del hambre dolorosa.
Templo augusto mereces, con altares
Siempre incensados, reina de la Agora,
Dadora de mil bienes y de puertos
Y de mares señora.

17.

DE LOS QUE LES HUELE EL ALIENTO.

Un exorcista de hediondo aliento
Hizo á un tremendo demonio huir.

(1) Principio de la Iliada.

—¿Con la violencia de sus conjuros?
—No: con los bríos de su nariz.

18.

Díme, dios de Cilene, cómo al Orco
Ha descendido el alma de Loliano.
Callando, es increíble maravilla;
Querría, de seguro, enseñarte algo.
Fatal encuentro, hasta después de muerto,
Debió ser el del alma del pelmazo.

19.

DE UN NIÑO.

Yo fui el niño Calímaco: la Muerte
Al cumplir los cinco años me ha llevado;
Pero no me lloréis: buena es mi suerte,
Pues si poco viví, poco he penado.

20.

DE LA ESTATUA DE VENUS EN CNIDO.

Nadie ha visto desnuda
Á la risueña Pafia (1);
Mas si alguno la ha visto,
Será el autor de su desnuda estatua.

(1) Venus, adorada en Pafos, de donde el sobrenombre.

21.

DE LA MISMA.

Tu bellísima estatua,
 Oh Venus, te consagro:
 No hallo mejor ofrenda
 Que tus propios encantos.

22.

DE PRIAPO (1).

Cercado de ancho foso, en este yermo
 Eutiquides me ha puesto á mí, Priapo,
 Para guardar sarmientos: los ladrones
 Al guarda han de robar si roban algo.

23.

DESPUÉS DEL NAUFRAGIO.

Á vosotros Nereo, Glauco é Ino,
 Á vosotras deidades Samotracias,
 Á vosotros Saturnio y Melicerta,
 Que me salvasteis de las ondas bravas,
 Como oblación mayor no puede haceros,
 Lucilio sus cabellos os consagra.

(1) Lit. *De otro Priapo*, porque el epigrama de Luciano viene en la *Antología Planudæ* detrás de otro de Timnes, también á Priapo.

24.

Acindino entre beodos
Cuerdo parecer procura,
Y pasa, con su cordura,
Por el más ebrio de todos.

25.

Apagó la luz un necio
Acosado por las pulgas;
Y muy satisfecho dijo:
«Ya no me hallaréis á obscuras.»

26.

¿Ves esa cabeza calva,
Esos hombros y ese pecho?
Pues no me preguntes más:
Ese es un calvo y un necio.

27.

Aunque te tiñas el pelo
No te teñirás los años,
Ni rellenarás los surcos
Que en tus mejillas araron
Déjate de coloretos
Y de carmines y blancos,

Si has de parecer persona
 Y no mascarón extraño.
 ¡Necia! ¿para qué te afanas
 Con tan inútil trabajo?
 Nunca harán Helenas ni Hécubas
 El colorete y el blanco.

28.

Para pasar los ríos
 De más profundas aguas,
 El quebrado Diofante
 No necesita barca.

Pone sobre la potra
 El jumento y la carga,
 Larga velas y surca
 Con rapidez las aguas.

¡Tritones nadadores,
 Dejaos de jactancias;
 Ya en nadar un potroso,
 Si no os vence, os iguala!

29.

Tiene Nicón nariz superlativa
 Y á distancias enormes huele el vino;
 Pero le es imposible llegar pronto
 Al tonel donde se halla contenido.

Teniendo su nariz doscientos codos,
 No le bastan tres días del estío.
 ¡Bella nariz! Para pescar le sirve
 Muy buenos peces al pasar los ríos.

30.

Sólo las formas atrapáis, pintores:
La voz no se somete á los colores.

31.

Que Bito sea sofista
Me llena de admiración,
Porque siempre ha carecido
De sentido y de razón.

32.

Antes verás cuervos blancos
Y tortugas voladoras,
Que oradores instruídos
Oriundos de Capadocia.

33.

Si para ser sabio
Basta ser barbón,
Un chivo barbudo
Sería un Platón.

34.

He visto en un festín la inmensa ciencia
De un cínico bardado y bastonado.

Primero no comió nabos ni coles;
 «Él no era, dijo, de su vientre esclavo.»
 Pero una vulva de marrana, al traste
 Dió con la austera sobriedad del sabio.
 Pidió de ella y comió. «No puede, dijo,
 Hacer la vulva á mis virtudes daño.»

35.

Á LA GOTA.

Huyes del pobre, y sólo te complaces
 En domar ricos, oh deidad, dechado
 De vida regalada.
 Gustas de ser llevada
 Por los ajenos pies; séquito armado (1),
 Perfumes y coronas son tu gusto,
 Y el licor delicado
 Por las ausonias vides destilado.
 No guarda estos placeres en su casa
 El mísero mendigo;
 Por eso no traspasa
 Tu pie de su tugurio el pavimento,
 Y busca dulce abrigo
 Bajo el áureo artesón del opulento.

36.

Tres tibi miserunt hæc, maxima Cypris, amicæ
 Ludicra, diversam quodque notans operam.

(1) Leyendo ὀπλοφορεῖν. Otra lectura, πιλοφορεῖν, exigiría en la versión *aque gustas de envolverte en mantas ó fieltros*, en vez del *séquito armado*.

Dedicat hæc ab clune Euphro; illa altera Clio
 Inde ubi fas; Atthis tertia ab ætheriis.
 Quis contra mittas, primæ puerilia lucra;
 Feminea Clio, tertia neutra ferat (1).

37.

¡Líbrenme de tus platos deliciosos
 Los soberanos dioses, Erasítrato!
 Son peores que el hambre, son horrendos;
 Los deseo á mis peores enemigos.
 Prefiero morir de hambre á que me obliguen
 Á probar de tus platos exquisitos.

38.

Para que le enseñase la Gramática (2)
 Me envió su hijo un médico famoso.
 En cuanto supo el chico el «Canta, Musa»,
 Y el «Causó muchos males», y aquel otro
 Tercer verso que sigue: «Muchas almas
 De valientes guerreros lanzó al Orco» (3),
 No vino más á la lección. El padre
 Me dijo: «Gracias, pero puede sólo
 Sin maestro aprender eso conmigo,
 Pues muchas almas precipito al Orco.»

(1) De este epigrama, cuya obscenidad nos obliga á dejarlo en la versión
 jativa de *Hugo Grotio*, dice Brunck: «Sic salse perstringit Lucianus tot poë-
 tarum lusus in tres fratres qui naseam movent.»

(2) Téngase en cuenta que la *Gramática* de los antiguos era nuestra *Lite-
 ratura*.

(3) En el principio de la *Iliada* de Homero.

39.

Cuenta muchos millones Artemidoro,
 Pero no gasta un dracma de su tesoro.
 Es un mulo que lleva rico bagaje,
 Y que, cargado de oro, come forraje.

40.

Á LA ESTATUA DE ECO.

Amigo mío, tienes delante
 Á Eco, la ninfa de Pan amante.
 Vivo en los riscos enamorada
 Y repercutó toda tonada.
 De los pastores soy diversión
 Y exacta imagen de todo son.
 Cuanto me digas he de decir.
 Habla. ¿Me oíste? Te puedes ir.

41.

Me has enviado vino
 Cientos de veces,
 Y te he dado las gracias
 Cual se merece.
 Pero no me lo envíes
 En adelante.
 Si no cómo lechugas,
 ¿Á qué el vinagre?

42.

[De un hijo mío te encargué el retrato] (1),
 Y el de un niño me traes con faz de perro.
 ¡Desgraciado Erasítrato, de una Hécuba (2)
 Mi lindo Zopirión nacido veo!
 Seis dracmas ese Anubis á la egipcia
 Ha costado á este pobre tablajero.

(1) Falta en el original lo correspondiente al primer verso.

(2) Hécuba fué transformada en perra.

A LA ESTATUA DE ECO.

Amigo mío, tienes delante
 A Eco, la niña de Pan amante.
 Vivo en los ríos enamorada
 Y reperto toda tonada.
 De los pastores soy diversión
 Y exacta imagen de todo son.
 FIN DEL TOMO IV Y ÚLTIMO.
 Habla. Me oíste? To puedes ir.

41

Me has enviado vino
 Cientos de veces,
 Y te he dado las gracias
 Cual se merece.
 Pero no me lo envías
 En abelante.
 Si no como lechugas,
 ¿A qué el vino?

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO IV.

Página	
1	LII.—El Mentiroso y el Incredulo
27	LIII.—Hijas, ó el Baño
33	LIV.—Pretacio, ó Baco
39	LV.—Pretacio, ó Hércules
43	LVI.—Del Ambar, ó de Los Cianos
47	LVII.—Elogio de la Mosca
53	LVIII.—Contra un librero bibliomano;
	LIX.—La Maledicencia no debe ser creída
60	de ligero
	LX.—El Pseudologista, ó sobre la pala-
65	bra Anépac, contra Timarco.
103	LXI.—De un Salón
117	LXII.—Ejemplos de la orguesidad
127	LXIII.—Elogio de la Patria
133	LXIV.—De las Hiparbas
137	LXV.—Discusion con Hesiodo
141	LXVI.—El Navio, ó los Pasos
	LXVII.—Diálogos de las Cortesanas
165	1. Glicora y Tais
166	2. Mirra, Pánfilo y Doris
168	3. Filina y su Madre
170	4. Melisa y Rapun



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO IV.

	Págs.
LII.—El Mentiroso y el Incrédulo.....	1
LIII.—Hippias, ó el Baño.....	27
LIV.—Prefacio, ó Baco.....	33
LV.—Prefacio, ó Hércules.....	39
LVI.—Del Ambar, ó de Los Cisnes.....	43
LVII.—Elogio de la Mosca.....	47
LVIII.—Contra un Ignorante bibliómano.	53
LIX.—La Maledicencia no debe ser creída de ligero.....	69
LX.—El Pseudologista, ó sobre la pala- bra 'Απόφραξ, contra Timarco..	85
LXI.—De un Salón.....	103
LXII.—Ejemplos de Longevidad.....	117
LXIII.—Elogio de la Patria.....	127
LXIV.—De las Dípsades.....	133
LXV.—Discusión con Hesiodo... ..	137
LXVI.—El Navío, ó los Deseos.....	141
LXVII.—Diálogos de las Cortesanas	
— 1. Glicera y Tais.....	165
— 2. Mirtia, Pánfilo y Doris.....	166
— 3. Filina y su Madre.....	168
— 4. Melisa y Baquis.....	170

	Págs.
LXVII.—5. Clonaria y Leena.....	173
— 6. Crobile y Corina.....	175
— 9. Musaria y su Madre.....	178
— 8. Ampelis y Crisis.....	180
— 9. Dorcas, Panniquis, Filóstrato y Polemón.....	182
— 10. Quelidonia y Drose.....	185
— 11. Trifena y Cármide.....	188
— 12. Ioesa, Pitias y Lisias.....	190
— 13. Leontico, Quénidas é Himnis....	193
— 14. Dorión y Mirtale.....	197
— 15. Coclis y Partenis.....	199
LXVIII.—Sobre la muerte de Peregrino....	201
LXIX.—Los Fugitivos.....	219
LXX.—Las Saturnales.	
— 1. El Sacerdote y Saturno.....	235
— 2. Cronosolón, ó el Legislador de las Saturnales.....	240
— 3. Epístolas Saturnales.....	245
LXXI.—El Convite, ó los Lapitas.....	257
LXXII.—De la Diosa Siria.....	279
LXXIII.—Elogio de Demóstenes.....	303
LXXIV.—La Asamblea de los Dioses.....	327
LXXV.—El Cínico.....	335
LXXVI.—El Pseudosofista ó el Solecista....	345
* LXXVII.—Filopatris, ó el que se instruye... 357	357
* LXXVIII.—Caridemo, ó de la Belleza.....	375
* LXXIX.—Nerón, ó de la Ruptura del Istmo. 389	389
LXXX.—La Tragopodagra.....	395
* LXXXI.—Ocipo.....	409
LXXXII.—Epigramas.....	421

Página	
173	LXVII.—5. Glorias y Leonas.....
175	— 6. Cópula y Corlas.....
178	— 7. Musaris y su Madre.....
180	— 8. Ampelis y Crisais.....
	— 9. Dorcas, Pandanus, Píndaro y
182	Polémon.....
185	— 10. Queidonia y Prose.....
188	— 11. Trifens y Cármede.....
190	— 12. Iosas, Pídas y Laisa.....
193	— 13. Leontico, Quénidas é Himnis.....
197	— 14. Dorón y Mirisais.....
199	— 15. Gochis y Partenis.....
201	LXVIII.—Sobre la muerte de Peregrino.....
218	LXIX.—Los Ráptivos.....
	LXX.—Las Saturnales.
225	— 1. El sacerdote y Saturno.....
	— 2. Cronosón, ó el legislador de las
240	Saturnales.....
245	— 3. Epístolas Saturnales.....
257	LXXI.—El Convite, ó los Jajias.....
279	LXXII.—De la Diosa Siria.....
303	LXXIII.—Elogio de Demóstenes.....
327	LXXIV.—La Asamblea de los Dioses.....
335	LXXV.—El Glaseo.....
345	LXXVI.—El Pseudosófista ó el Solocista.....
357	* LXXVII.—Hiloparis, ó el que se instruye.....
375	* LXXVIII.—Caridemo, ó de la Belleza.....
389	* LXXIX.—Merón, ó de la Ruptura del Istmo.....
395	LXXX.—La Tragopodagra.....
409	* LXXXI.—Ocipó.....
451	LXXXII.—Epigramas.....

